

ABRIL LAÍNEZ

Cuando estamos prohibidos



ABRIL LAÍNEZ

Cuando
estamos
prohibidos

Copyright©2023 ABRIL LAÍNEZ

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Primera edición, junio 2024

Titulo original: Cuando Estamos Prohibidos

Diseño de la portada: Adyma Design

Corrección: Cristina García.

Para mi hijo, por lo mucho que lo admiro.

Capítulo 1

Chloe

Manhattan, Nueva York.

Me pregunto por qué no dejo de consultar mi reloj de pulsera cuando en la pared de enfrente, a pocos metros de mí, hay colgado un reloj de agujas del tamaño de una rueda de camión. Incluso tiene un panel luminoso que también muestra la hora digital, y... la fecha.

«Lunes, 1 de junio». Eso es lo que indica, y eso es lo que se me ha incrustado en el cerebro tras cinco minutos más de espera.

El retraso de Lance y mi conflicto con la paciencia están haciendo que empiece a ponerme muy nerviosa. Para una vez que consigo ser puntual...

«Quiero contarte algo importante», me ha dicho a través de un mensaje de voz.

Lance es muy predecible, sé de qué se trata. Lo que no entiendo es por qué ha elegido un restaurante tan alejado... Pero debo reconocer que ha sido una buena elección. No lo conocía, pero la intimidad que proporciona la distribución de las mesas, todas separadas en acogedores reservados, me gusta.

Sé que tiene algo que celebrar. Estoy segura de que ha conseguido el viaje a Italia. Es la manera en la que su empresa, una multinacional del sector inmobiliario, premia al empleado con mejores ventas del semestre.

Espero que eso haga que esté algo más relajado: últimamente ha estado muy inquieto, incluso un poco ausente.

Sé que lo ha conseguido, el tono de su voz cuando me ha dejado el mensaje de voz así lo indicaba; después de siete meses de relación, puedo decir que lo conozco.

Debo confesar que me entusiasma ese viaje. Sé lo importante que es para él, y también me vendrá bien desconectar un tiempo, especialmente estos últimos días en los que no consigo quitarme de la cabeza la llamada que recibí.

Siento escalofríos al recordarla, pero ahora no es el momento de pensar en ello; solo conseguiré alterarme más.

El viaje. Es mejor que siga pensando en él.

Todavía no he pensado cómo me las voy a ingeniar para ausentarme del bufete durante diez días; eso es lo que creo que dura. Y... si la memoria no me falla, será dentro de tres o cuatro semanas.

Cuando llevo unos minutos imaginando cómo debería planteárselo a mi jefe, Lance hace acto de presencia.

Viene algo acalorado. Me besa en la mejilla al pasar por mi lado y se sienta frente a mí sin decir una sola palabra. Centra toda su atención en el camarero que se ha acercado a nuestra mesa y le pide una copa de vino igual que la que me han servido a mí.

El camarero asiente con la cabeza y se marcha. Es el mismo que me ha mirado con lástima

varias veces creyendo que me iban a dar plantón. Y no es para menos: Lance se ha retrasado media hora.

—Siento llegar tarde. El lunes siempre es un día complicado. ¿Has pedido ya? —me pregunta señalando las cartas que descansan sobre la mesa.

—No, claro que no, te estaba esperando.

El camarero llega con la copa de vino y le pedimos algo más de tiempo para poder elegir.

Ambos nos centramos en silencio en la carta. Yo no puedo concentrarme, solo puedo observar a Lance de reojo por encima de ella. Se comporta de una forma extraña.

Me sorprende mirándolo y me sonrío. Vaya, parece que mejora la situación. ¿Habrá tenido malos resultados en las ventas? ¿Y si no lo ha conseguido?

—El viaje a Italia es mío —afirma desvaneciendo mis dudas.

—¡Enhorabuena! —me apresuro a exclamar—. Sabía que lo ibas a conseguir.

Me mira fijamente de forma que consigue inquietarme y alarga un brazo para acariciarme fugazmente la mano.

—El viaje es dentro de dos semanas, el 16 de junio.

—¿Dos semanas? Vaya, es antes de lo que esperaba —afirmo intentando ocultar lo mucho que me ha impactado. No quiero que note mi desconcierto. Dos semanas es poco tiempo para que pueda organizarme en el trabajo y delegar todos los temas urgentes.

—He decidido ir solo.

Afortunadamente, soy rápida en disimular cualquier emoción que pueda dejarme en evidencia, así que sonrío y evito a toda costa que perciba que me ha dejado en shock y que han empezado a temblarme las piernas.

—¡Estupendo! —consigo decir, notando que se me está haciendo un agujero en el estómago. No puedo exigirme más, no he tenido tiempo para pensar.

—Quiero reflexionar durante el tiempo que esté en Italia y que tú también lo hagas —me dice entrelazando los dedos y apoyando los brazos en la mesa.

El camarero se acerca a tomar nota de nuestra elección. Debe percibir mis dudas, así que se adelanta y nos recomienda algo que... soy incapaz de retener en mi mente. Asiento con la cabeza y Lance hace lo mismo, aunque él le hace un apunte: señal de que estaba más atento que yo.

—¿Reflexionar? ¿Sobre qué? —le pregunto impaciente en cuanto se aleja el camarero.

—Sobre la libertad, Chloe —pronuncia afligido—. Quiero contarte algo que me ocurrió el viernes, cuando salí con los chicos.

¿Salió con los chicos el viernes? Me dijo que estaba agotado y que solo quería dormir. ¿Por qué no lo ha mencionado durante el fin de semana? El sábado por la noche estuvimos en su casa...

¿Libertad? Pero ¿de qué narices está hablando?

Siento calor en las mejillas. Aunque él no lo sabe, el hecho de haber fantaseado sobre ese viaje me hace sentir tan ridícula que tengo ganas de esconderme. Presentir que lo que me va a decir no me va a gustar, tampoco ayuda.

—El viernes fuimos a North —me confiesa refiriéndose a una conocida discoteca—. Allí conocimos a unas chicas estupendas. Una de ellas era muy guapa, muy simpática... Yo le gustaba, ella me gustaba... Empezamos un juego de seducción, pero yo no podía dejar de sentirme mal. No podía disfrutar del momento... ¡Por ti! Eras tú la que se interponía una y otra vez.

—¿Por mí? No recuerdo haber estado el viernes en *North*...

—No es el momento de ironizar, Chloe, estoy intentando ser sincero contigo.

—¡Oh! Disculpa. Sigue, parece interesante.

—Chloe, no me sentía libre. No dejaba de pensar en ti. Me sentía atado —Hace una pausa—. La vida es corta, Chloe, solo se vive una vez, no tenemos tiempo para...

—Ve al grano, Lance. Deja las reflexiones para cuando estés en Italia.

Me mira confundido. Mueve la cabeza ligeramente y se peina con los dedos.

—Yo estoy encantado de estar contigo, me gustas, pero no quiero volver a sentirme como me sentí la otra noche.

¿Encantado de estar conmigo? ¿Le gusto? ¿Eso es lo que ha dicho?

Estoy intentando que mi rostro no muestre ninguna emoción, pero me está costando mucho. El agujero del estómago sigue creciendo.

—No es la primera vez que me encuentro en una situación así —prosigue afligido—, pero hasta el viernes no había tomado conciencia de la importancia que tiene. Le he dado muchas vueltas desde entonces. Chloe, pasé la mitad de la noche en un estado de confusión y frustración que no me gustó. Es una sensación de...

—¿Y la otra mitad de la noche? —le interrumpo. Es todo lo que se me ocurre preguntarle. No me puedo quejar, pensaba que iba a ser incapaz de hablar.

Baja la cabeza.

Creo que intuyo la respuesta.

—Chloe, quiero que tengamos una relación abierta. Que ninguno de los dos se sienta atado. Podemos llegar a un nivel de complicidad y confianza muy superior al que tenemos. Podemos seguir como estamos hasta ahora, pero sin renunciar a nada que nos apetezca solo por vínculos imaginarios que nos autoimponemos. Incluso podemos compartir nuestras experiencias y crecer.

¿Cuánto tiempo le habrá costado aprenderse ese discurso?

Ha llegado el momento de marcharme, pero hay algo que me lo impide. No es él, sino mis piernas. Se niegan a trabajar en equipo. No importa que yo quiera utilizarlas para salir de aquí, ellas se niegan a desclavarme del suelo.

«No me falléis ahora, traidoras». ¿Es que no lo habéis oído? Se va solo a Italia, se siente atado a mí, está «encantado» conmigo y se ha tirado a otra. ¿Qué más necesitáis? ¡Sacadme de aquí!

Si al menos solo me fallaran las piernas, pero tampoco soy capaz de decir nada. Procesar todo esto lleva su tiempo y, aunque soy algo impulsiva, por una vez, estoy siendo capaz de controlarme para no decir nada de lo que pueda arrepentirme después.

—Chloe... Piénsalo. Sé que esto puede sorprenderte, pero tenemos que abrir la mente. Yo no quiero perderte, incluso quiero que nos acerquemos más el uno al otro. La otra noche, solo fue un polvo, uno más, pero no quiero volver a sentirme tan atado.

Mi intuición no ha fallado. Ahora ya sé lo que hizo la otra mitad de la noche.

Esta vez mis piernas reaccionan. ¡Por fin! Han decidido que es suficiente y que mi dignidad todavía puede salvarse. No puedo seguir escuchando lo que está diciendo.

Me levanto ante su atenta mirada.

—Vamos, Chloe, no montes una escena.

¿Una escena? ¡Esto es lo último!

No quisiera marcharme de este modo, pero el silencio, en este momento, es mi mejor aliado si no se me ocurre algo ingenioso que decir. En cualquier caso, necesito perderlo de vista.

Atravieso el restaurante. Me cruzo con el camarero. Lleva en la mano dos platos que no consigo ver. Vaya, me voy a quedar con las ganas de saber qué ha elegido.

Cuando entro en el interior de mi coche, siento la voz agitada de Lance. Se acerca rápidamente e impide que cierre la puerta sujetándola. Inclina la cabeza para hablarme.

—Vamos, Chloe, no puedes irte así, ni siquiera hemos cenado. Podemos hablarlo. Una relación abierta no es algo descabellado. Tienes que evolucionar. Te estás estancando. Puedes acostarte con quien quieras y yo también, eso no significa que no podamos seguir juntos. Además, últimamente has estado muy ausente, muy sumergida en tu trabajo...

¿Yo? Pero ¿qué narices está diciendo? Se está describiendo a él mismo.

—¿Por eso te tiraste a esa tía?

—Puede que influyera...

—¿No me lo puedo creer! ¿Y tú me hablas de evolucionar?

—Vamos, Chloe, solo te pido que lo pienses, no tiene que cambiar nada entre nosotros...

—Lance, me has hecho una propuesta... La respuesta es no. Lo siguiente es... ¡Adiós! No es difícil de entender, ¿verdad? Mucho menos para una mente abierta como la tuya. Hasta mi mente cerrada lo entiende.

—Chloe, yo no quiero hacerte daño, te aprecio mucho.

¿Apreciar? ¿Ese es el verbo que resume nuestra relación?

—Lance, no tienes de qué preocuparte, dentro de unas tres o cuatro manzanas, esta conversación dejará de importarme. Y ahora... quita la mano de la puerta... No te recomiendo que la tengas en el mismo sitio cuando la cierre. Recuerda que tengo una mente cerrada y que si te estrujo la mano... puedo disfrutar con ello... ¡Aún no he evolucionado!

Se aparta moviendo la cabeza en señal de resignación y cierro la puerta despacio. Pongo el coche en marcha y salgo muy despacio de la plaza de aparcamiento, como si me estuviera examinando para obtener el permiso de conducir. No me gusta el resultado. No me gusta cómo me he marchado. Me quema.

Me han fallado las piernas, mi cerebro se ha negado a enviarme palabras que pudiera pronunciar de forma digna o ingeniosa. Pero... ¿Qué podía decir en este caso?

Mi novio, con el que llevo siete meses saliendo, me ha dicho que se marcha solo a un viaje al que me había invitado mil veces a acompañarle, si lo conseguía; me ha dicho que lo pasó mal deseando a una tía por mi culpa; me ha dicho que se acostó con ella; me ha dicho que quiere que nos acostemos con otras personas y que incluso nos lo contemos... Y me ha dicho que me he quedado anticuada y me ha recomendado que evolucione...

«Lo pasé muy mal luchando contra ese deseo», repito en voz alta las palabras de Lance mientras hago un esfuerzo por concentrarme en la carretera.

¿Qué se le puede decir a alguien que te suelta eso? ¿Merece la pena contestarle?

No, no merece la pena. No creo que sea capaz de entender que yo no quiero a mi lado a alguien que luche contra ese deseo, sino a alguien que «no» sienta ese deseo.

Capítulo 2

Chloe

No puedo marcharme en este estado a mi apartamento, no quiero estar sola, al menos las próximas horas. Necesito hablar con Madison, mi mejor amiga y... también la de Lance. Ellos son primos y están muy unidos.

A pesar de haber vivido en estados diferentes durante varios años, siempre se han apoyado el uno en el otro. Lance se marchó a Seattle con su familia cuando tenía dieciocho años y volvió a Nueva York tan solo hace un año. Fue así como lo conocí: Madison me lo presentó. Pocos meses después empezamos a salir.

A Madison la conozco desde hace seis años, en mi último año de universidad. Yo estudiaba en la facultad de derecho y ella empezó a trabajar en la biblioteca de esa misma facultad.

—¡Chloe! —exclama frunciendo el ceño cuando me abre la puerta de su apartamento—. No te esperaba. ¿Te pasa algo?

Entro asintiendo con la cabeza, pero nada más aterrizar en su salón, me giro bruscamente hacia ella.

—¿Estás sola?

—Sí, estoy sola.

—Lance y yo hemos roto.

Me mira sin mostrar ninguna expresión.

—Voy a buscar algo de beber. ¿Una...?

—Lo que sea.

Vuelve poco después con dos cervezas en la mano y me entrega una sin dejar de mirarme. Se sienta a mi lado, en el sofá, y se encoge de hombros. Es una señal para que hable, es habitual en ella expresarlo de ese modo.

—Me ha pedido que tengamos una relación abierta, ¿te lo puedes creer? —le digo muy alterada—. Salió con sus amigos el viernes y le gustó una tía... Y me ha dicho que lo pasó mal porque quería tirársela y yo... o sea, el hecho de pensar en mí... se lo impedía, ¿te lo puedes creer? Pero... se la tiró...

Mi discurso es algo desordenado, pero confío en que Madison me entienda.

—Y quiere que follemos por separado... —continúo mientras me levanto y empiezo a dar paseos desordenados por el salón—. Y, además, pretende que nos lo contemos. ¿Te puedes creer? Da por hecho que yo necesito estar con otros tíos. ¿Eso tiene sentido? Y se va solo a Italia, así me lo...

—¿A Italia? ¿Lo ha conseguido? —me interrumpe Madison entusiasmada—. ¿Por qué no me lo ha dicho?

—Sí, lo ha conseguido —Bajo la voz. Su entusiasmo me confunde—. Se quiere ir solo para reflexionar sobre la libertad... ¡La libertad! ¿Te lo puedes creer? Llevamos siete meses saliendo, Madison, siete puñeteros meses. Sabes mejor que nadie que teníamos una relación muy... muy buena. ¿A qué viene esto? ¿No era más fácil decirme que quería romper en vez de plantearme... esa gilipollez?

Me canso de dar vueltas, empiezo a marearme y me vuelvo a sentar; más bien me desplomo.

—Si te ha planteado eso, es porque quiere eso. Si quisiera romper, lo habría hecho. ¿Tú que le has dicho?

No tengo la mente muy despejada para concentrarme, por eso solo soy capaz de responder a su pregunta, aunque creo que debería centrarme más en el resto de la frase.

—¿Qué querías que le dijera? No hay muchas opciones, Madison.

—Siento que te haya afectado tanto.

—¿Afectado? Pues claro que me ha afectado.

Estoy confundida con las palabras de mi amiga.

—Puede que Lance haya sido poco sutil... Eso no te lo voy a negar.

—¿Sutil? Pero ¿tú me estás escuchando?

—Chloe, sí que te estoy escuchando. Te he entendido perfectamente, no seas dramática. Una relación abierta no es algo descabellado. Tienes que evolucionar. Podéis acostaros con otras personas y seguir juntos...

—¿Estás hablando en serio, Madison?

Está utilizando las mismas palabras que Lance. Está claro que ese tema lo han hablado antes.

—Chloe, solo intento ayudarte.

—¿Ayudarme diciéndome lo que me estás diciendo? ¿Por qué tengo la sensación de que tú sabías algo de esto?

—Eso ahora no tiene importancia —concluye mostrando malestar—. Lance no es impulsivo, él medita mucho las cosas. Es una persona...

—Es un cabrón, un cerdo... Es un...

—Chloe, delante de mí no vas a insultar a Lance.

Me impresionan tanto sus palabras como su tono: está realmente ofendida. No puedo dejar de observarla atónita.

—Yo te entiendo —continúa con un tono mucho más suave—, pero creo que, en vez de montar un drama, deberías pensar en lo que te ha dicho. Una relación abierta es más frecuente de lo que crees. No deberías haberte marchado así, deberías haberte quedado, hablado un poco más con él y permitirle que se explicara... Dejarlo plantado en el restaurante no ha sido una opción muy madura.

¿Cómo sabe ella eso? No le he contado esos detalles.

Está claro.

Nos miramos fijamente. Soy incapaz de saber qué pasa por su cabeza.

—Creo que es mejor que me vaya, Madison.

Me tiemblan las manos y me siento como si estuviera flotando.

—Chloe —me dice casi en un susurro, poniéndose en pie—. Ya sé que esto te ha afectado, pero lo único que quiero es que veas las cosas de otra manera. Es cierto que Lance lo pasó mal la otra noche, no te ha mentado. Se sentía atraído por ella, pero por otro lado...

—Tú lo sabías, ¿verdad? —interrumpo su absurdo discurso—. Sabías que se había acostado con otra tía.

Madison guarda silencio. Por un momento, pienso que nuestra conversación va a dar un giro

y va a salir la amiga que yo recuerdo haber tenido tantos años, pero su rostro se transforma y me mira desafiante.

—Eres tú la que has venido a contarme esto, Chloe. No tienes en cuenta que Lance es como un hermano para mí... Hasta nacimos con...

—Sí, lo sé, con horas de diferencia, lo has dicho cientos de veces.

—Pues no parece recordarlo. No me gusta que me hables mal de él. Puedes desahogarte, eres mi amiga, pero... ¡Modérate!

—Lo de la otra noche... Ha ocurrido más veces, ¿verdad? —le pregunto ignorando su discurso cargante—. Y tú lo sabías...

—Chloe, hazle caso y abre más tu mente, estás algo anticuada.

«Es hora de marcharse, Chloe», me digo sintiendo mucha presión en el pecho. No quiero mostrar lo mucho que me está afectando esta conversación. Me dirijo a la puerta.

—¿Te vas? —me pregunta sorprendida.

—Me voy —le digo sin detenerme, dándole la espalda.

—Si es lo que quieres...

Antes de salir, me doy la vuelta para mirarla. No sé por qué lo hago. Me encuentro con un rostro congelado.

Silencio.

Cuando salgo a la calle, me siento aliviada de recibir algo de aire fresco.

Esto duele.

«Si es lo que quieres», repito en mi cabeza.

No, no es lo que quiero.

No quiero marcharme con el corazón encogido, sintiendo que he cometido una estupidez al intentar refugiarme en una amiga.

No quiero marcharme sin haber sido capaz de decirle cómo me siento y lo que me parece su actitud.

No quiero marcharme sin respuestas, sin entender por qué me siento traicionada por dos personas a las que quiero.

Pero me he marchado con todas esas sensaciones y muchas otras que irán apareciendo. Seguramente dentro de unas horas sea capaz de admitir que hace tiempo que Madison dejó de ser la amiga que era y que, por alguna razón que desconozco, se ha distanciado.

Siento tantas ganas de llorar. Tantas...

Antes de poner el coche en marcha lo hago, doy rienda suelta a mis lágrimas.

Miro hacia arriba en un intento de localizar a esa persona que tanto echo de menos y que tanto necesitaría abrazar ahora.

«Ojalá estuvieras aquí», digo en voz alta. Pero eso es imposible y todavía siento más ganas de llorar.

Capítulo 3

Chloe

—¡Atrévete! —le digo al niño que se acerca a mí, obligándole a frenar en seco—. Acércate a mi falda, y te hago tragar la cremallera entera.

Me mira desafiante, frunce mucho el ceño y da unos pasos hacia atrás antes de salir corriendo en dirección a su casa.

Se trata del hijo de los vecinos. Vive en la casa contigua a la de mi padre y Paige. Desde que era muy pequeño, mostró interés y mucha pasión por levantarle la falda y tocarle el culo a toda aquella persona que vistiera una y se le acercara, sin discriminación alguna. Un angelito con una maldita costumbre que, a día de hoy, veo que sus padres siguen sin corregir.

Mientras empujo la puerta de la valla le sigo con la mirada, por si acaso cambia de opinión: es rápido como un rayo. Una vez que desaparece de mi vista, lleno mis pulmones de aire y lo expulso lentamente.

Como siempre que vengo a esta casa, desde que murió mi padre, necesito armarme de valor para entrar.

No suelo venir con mucha frecuencia por ese motivo. Siempre que Paige, mi madrastra, y yo nos encontramos, lo hacemos en cualquier otra parte, pero hoy he decidido, después de cuatro meses sin hacerlo, que iba siendo hora de volver.

Descubro la figura de Paige a través de una de las ventanas de la fachada principal mirándome y riéndose. Me acerco a la puerta y espero a que la abra. Evito mirar a mi alrededor. No quiero ver todos los elementos del jardín delantero que me recuerdan a mi padre.

Es la segunda puerta a la que llamo en los dos últimos días con la intención de desahogarme. La primera vez le tocó a Madison, pero sé que en este caso el resultado será distinto.

Lo necesito, necesito un hombro, un abrazo, algo que me haga bajar de la burbuja de tristeza que me ha envuelto estos dos últimos días.

Paige abre la puerta y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—¿Con quién hablabas? —me pregunta sonriente, muy característico en ella.

—Con tu vecino, el delincuente de siete años con un futuro prometedor.

—¿Kian? —me pregunta echándose a reír al tiempo que se aparta para dejarme entrar.

—Sí, el mismo. Le he visto la intención y lo he persuadido.

—¿Y si te digo que ha venido a saludarte? Le he dicho que ibas a venir. Ha cambiado, ya tiene ocho años —me dice fingiendo seriedad.

—No, no ha cambiado —le digo mientras cuelgo mi bolso en el perchero del vestíbulo—, tenías que haberle visto la cara.

—¿Dónde está la presunción de inocencia, abogada?

—Eso es un mito. Este niño tiene antecedentes, tengo derecho a desconfiar de él. Y si sus intenciones eran buenas, tendrá que saber que esto es la consecuencia de su oscuro pasado.

Paige suelta una carcajada mientras se dirige al interior de la casa.

Trago saliva antes de seguirla intentando reunir fuerzas para enfrentarme a todo lo que me va a recordar a mi padre.

Para mi sorpresa, las sensaciones que siempre tengo al entrar no son ni la mitad de intensas que otras veces. Puede que entrar bromeando sobre el vecino haya ayudado, pero... puede que el nuevo aspecto del salón sea la verdadera causa.

—¿Qué ha pasado aquí? —le pregunto sonriendo.

—Lo necesitaba, Chloe. No podía convivir con todo lo que me recordaba a tu padre. He guardado casi todas sus cosas y, como ves, estoy haciendo otros cambios. ¿Te gustan?

—Me encantan... y me alegro de que lo hayas hecho —le digo mientras observo el salón.

Hay algunos muebles y objetos de decoración nuevos. Incluso ha reducido las fotografías que reposaban en una de las estanterías de la pared. Solo hay dos. Una de mi padre y Paige durante su viaje de luna de miel, otra, de los tres juntos.

—Me encantan esas fotos —le digo con una mueca de nostalgia.

—Son las mejores. Todo lo demás está guardado, si algún día quieres echarle un vistazo...

—No te preocupes, así está bien. Guardo cosas de él en mi apartamento. Me alegra mucho que te hayas animado a hacer cambios.

Paige asiente con la cabeza.

Ella solo tiene siete años más que yo. La diferencia de edad entre ella y mi padre, veinte años, nunca fue un problema para ellos, al menos durante los diez años que estuvieron juntos, los años que más feliz he visto a mi padre.

Siempre he tenido una buena relación con ella, excepto cuando la conocí. Su diferencia de edad y mi adolescencia hicieron que me costara un poco aceptarlo, pero necesité poco tiempo para darme cuenta de que la llegada de Paige a nuestras vidas había sido un precioso regalo.

Desde la muerte de mi padre, un año atrás, hemos mantenido más contacto y nos hemos unido más. Es lo que hace compartir un dolor.

Aunque no hablamos ni nos vemos a diario, siempre encontramos un momento para ponernos al corriente de nuestras vidas.

Suelo visitarla en su trabajo. Es la propietaria, desde hace muchos años, de una librería en el sur de Manhattan. Los libros son su mundo y, ahora más que nunca, su evasión.

Nunca he tenido dudas, pero si alguna vez las hubiera tenido, a lo largo del último año me habría quedado muy claro lo mucho que Paige quería a mi padre.

—¿Significa esto que ya no la vendes? —le pregunto refiriéndome a la casa donde nos encontramos.

—Exacto. Es una decisión firme. No la vendo.

Esas palabras merecen otro abrazo y ambas nos apresuramos a fundirnos en él.

Paige se había planteado vender la casa a los pocos meses de morir mi padre; le resultaba muy duro vivir en ella sin él. La compraron juntos con mucha ilusión, al poco tiempo de casarse, y no hay un solo rincón que no tenga algún recuerdo de ellos juntos. Cuando se mudaron a ella, coincidió con mi entrada en la universidad, razón por la que nunca he vivido en ella, aunque, en ocasiones especiales, me he alojado alguna que otra noche.

Yo sigo ocupando el apartamento en el que siempre viví junto a mi padre; el mismo que él me dejó en herencia, justo en el otro extremo de la ciudad. Es luminoso y espacioso. Quizás algo

grande para mí sola.

Después de acomodarnos y deleitarnos con una copa de vino, Paige aborda el tema directamente.

—¡Cuéntame! ¿Cuál es el motivo de que necesites un hombro? —me pregunta refiriéndose a las palabras que he utilizado por teléfono para anunciarle mi visita.

—He roto con Lance.

Guarda silencio unos segundos antes de invitarme a contárselo con detalle.

Me lleva media hora y otra copa de vino más ponerla al corriente de lo sucedido. No me interrumpe en ningún momento, pero sí muestra muchos gestos de sorpresa y mueve la cabeza cada vez que algún detalle de mi triste relato le llama la atención.

—Y... nada más, creo que no me he dejado ningún detalle —le digo encogiéndome de hombros.

Durante mi monólogo, no he podido evitar que alguna lágrima me recorriera la mejilla. Algunos episodios me siguen impactando; supongo que está dentro de la normalidad, teniendo en cuenta que solo han pasado dos días.

—¿No vas a decir nada? —le pregunto sorprendida de su silencio.

—¿Qué te gustaría que te dijera? —me sorprende preguntando.

—Dime que estoy anticuada y que no he evolucionado, eso me gustaría escucharlo.

Nos echamos a reír al tiempo que empiezo a relajarme. Será el vino.

—¿La verdad? —me pregunta acariciándome un brazo.

—La verdad —le pido arrugando la nariz.

—¿Sinceramente, sin tapujos?

—De esa manera.

—¿Teniendo en cuenta que me puedo equivocar y que es mi opinión... o mi interpretación?

—Sí, teniendo en cuenta todo eso, pero dime algo de una vez.

—No esperes un largo discurso.

—Ni lo espero, ni lo quiero.

—Lo que te contó Lance de la otra noche con sus amigos... Me parece forzado. Creo que está con otra y que ahora ha cobrado suficiente protagonismo como para decidir romper contigo. Él te conoce lo suficiente como para saber cómo reaccionarías si te planteaba una relación abierta. Consiguió lo que quería, que te enfadaras, te indignaras y le dijeras «Adiós».

Es lo que he tenido en la cabeza estos días, pero escucharlo de su boca me impacta más.

—Creo que a Italia se va con ella —añade.

—Vaya, eso no lo había pensado —le confieso mientras siento que me escuece.

—Y en cuanto a Madison... Su «neutralidad» deja mucho que desear. Creo que ella está al corriente de todo y... hace tiempo que decidió dónde quería estar. Tú estás fuera de esa ecuación, Chloe.

—Eso duele. No sé si quiero que sigas siendo sincera —le digo guiñándole un ojo.

Recibo una caricia en la mano que acepto encantada.

—Claro que duele... Puede que con Madison haya oportunidad de arreglarlo, pero, sinceramente, no creo que sea así, ni tampoco creo que valga la pena. No lo has elegido tú y no creo que haya nada que te una a Madison de ahora en adelante. Y... hay algo que me ha llamado mucho la atención. Dime, ¿no fue ella la que empujó a una compañera de trabajo de su novio por

las escaleras del metro?

—Sí, fue ella, lo recuerdas bien. Decía que se le insinuaba constantemente.

—¿Fue un caso aislado?

—De esas dimensiones sí, pero en todas sus relaciones siempre tiene conflictos de celos y situaciones de ese tipo.

—¿Y te aconseja a ti que abras la mente y evoluciones?

—Es irónico, ¿verdad?

—¿No se lo recordaste?

—Si algo siento, es haber estado tan callada ante Lance y ante ella. Me quedé en shock y no estuve muy acertada. Podría haberles dicho tantas cosas...

—No merece la pena, Chloe. Puede que nos hayamos equivocado en algo en las conclusiones que hemos sacado, pero está claro que esas personas no deben estar en tu vida.

—¿Así de fácil?

—No he dicho que lo sea, pero debes trabajar la forma de no alargarlo demasiado.

—Me siento engañada, traicionada...

—¿Echas de menos a Lance?

—No he tenido mucho tiempo de echarle de menos, solo han pasado dos días.

—¿No ha intentado contactar contigo?

—No.

—Chloe, me ha parecido que te afectaba más el tema de Madison que el de Lance.

—¿Eso crees?

—Creo que Lance llegó en un momento de tu vida muy conveniente, y que fue tu refugio, pero... no sé hasta qué punto estabas enamorada de él. Dímelo tú.

—Ahora solo tengo rabia y, a veces, tristeza. Y... los he metido a los dos en el mismo saco.

—Sácalos de tu cabeza y de tu vida.

—¿Así sin más?

—Lo conseguirás antes de lo que crees.

—Entonces... me gustaría cambiar de tema. Es inútil darle más vueltas. Es muy reciente y por eso es inevitable que todavía lo tenga en la cabeza y me duela, pero sé que con un poco de esfuerzo y muy poco tiempo... serán historia.

—Esa es mi Chloe.

Me da un abrazo rápido y me coloca los dedos en la comisura de los labios para dibujarme una sonrisa.

Es entonces cuando la supuesta fortaleza de mis palabras se derrumba.

Era demasiado frágil, demasiado precipitada.

Ese simple gesto en mis labios me recuerda que hace tiempo que me tienen que invitar a sonreír, como lo acaba de hacer ella.

Y por fin estallo en un llanto que necesito como respirar.

Capítulo 4

Chloe

—¿Qué tal tu trabajo? —me pregunta Paige mientras saboreamos un postre delicioso que ha elaborado ella misma.

Hace un buen rato que he dejado las lágrimas. A cambio, hemos preparado juntas una pizza con muchas toneladas de distintos ingredientes y nos hemos dedicado a recordar momentos que nos hicieran sonreír. Solo reír, ese ha sido el pacto.

—Igual que siempre. Ni hacia delante ni hacia atrás. En ese bufete es difícil avanzar. Soy pequeña, insignificante.

Paige me mira sorprendida y tomo conciencia de que nunca antes le había hablado así de mi trabajo; ni siquiera lo he pensado, ha sido como un acto reflejo.

—¿No te gusta lo que haces? Creía que era lo que querías. Cambiaste de derecho civil a mercantil...

—Me gusta el derecho mercantil, me parece fascinante. Pero ahora... no puedo vivirlo de esa manera. Lo que hago ahora es muy repetitivo. Lo que deseo... queda lejos. Para avanzar, debería trabajar en las diferentes delegaciones europeas, solo así podría salir de donde estoy. Tendría que rotar de vez en cuando. Ya perdí dos años cuando me dediqué a derecho civil, así que ahora me siento un poco estancada.

—¿No tienes opción de avanzar? ¿No puedes rotar en esas delegaciones?

—Sí, pero ahora no es el momento. Lo tendré que hacer antes o después, pero son periodos de seis meses y... Quizás lo haga algún día.

—Chloe, tengo tantas ganas de volverte a ver como eras antes, cargada de energía...

—Hasta yo me echo de menos a mí misma. Solo necesito tiempo. Han pasado muchas cosas y... ¡Me recuperaré!

—¿Por qué no aceptas uno de esos destinos ahora?

—¿Ahora? Ahora no me siento bien, ya te he dicho que necesito algo de tiempo. Cuando me sienta más fuerte haré planes.

—¿Y si cambias el orden? Puede que no tengas que esperar a estar bien, puede que estés bien si cambias de aires.

Guardo silencio un rato.

—Lo pensaré —le admito—. Y... ahora me gustaría hablarte de otro tema. Sé que nuestro pacto de la noche solo admite temas agradables, pero es importante que te hable de algo que me ha ocurrido.

—¿Qué ha pasado?

—Hace unos días recibí una llamada.

—¿Una llamada? ¿De quién?

—De una mujer. Afirmaba ser mi madre.

El rostro de Paige palidece. Abre mucho los ojos y niega con la cabeza. Se sirve más vino y se lo bebe de un trago.

La imito, creo que ambas necesitamos un estímulo para abordar este tema.

Le ha sorprendido tanto como a mí, aunque a juzgar por su expresión, diría que incluso más.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro, Paige. No es un tema para bromear.

—¿Seguro que era tu... madre?

—Deduzco que sí.

—¿Qué es lo que te dijo?

—Que era mi madre, que sabía que mi padre había fallecido y que quería conocerme.

—¿Conocerte? ¿Está aquí, en Nueva York?

—No, nada de eso. Vive en un pueblo al sur de Inglaterra. Eso es todo lo que me dijo, y también su nombre, Caroline... Turner.

—Si ha contactado contigo ha sido porque tu padre ya no está, aunque no sé cómo lo sabe.

—Sí, eso he pensado yo. Paige... ¿Tú sabes algo que justifique esa llamada?

—No, claro que no. ¿A qué te refieres?

—Puede que mi padre... me ocultara algo...

—No, Chloe. Tú sabes lo mismo que yo. Tu padre te contó siempre la verdad. Quizás no te contó la historia completa desde un principio porque la fue adaptando a tu edad y a tus preguntas, pero no te mintió.

—¿Qué historia conoces tú?

—Vamos, Chloe, no quiero que tengas dudas.

—No son dudas, te lo aseguro, solo quiero repasar lo que sabemos por si tú conoces algún detalle, aunque no tenga importancia, que yo desconozco. Solo quiero saber si existe alguna explicación para esa llamada.

—Tu padre la conoció en Londres cuando participó en un proyecto de investigación de la universidad. Ella trabajaba en un hotel, en el que se alojó los primeros días que estuvo en la ciudad. Salieron juntos durante un tiempo, no mucho, y ella se quedó embarazada. Tu padre alargó la estancia implicándose en otros proyectos de la universidad y estuvo a su lado durante el embarazo. Nada más nacer le dijo que no estaba preparada para ser madre y que no quería formar parte de tu vida. Creo que su padre estaba enfermo y tenían problemas... Ella solo pensaba en ayudar a su familia. Renunció a ti legalmente y tu padre volvió aquí contigo. Y... tu abuela y él te criaron.

—Es la historia que me contaron mi padre y mi abuela.

—Ella renunció por escrito a través de un acuerdo muy detallado a todo lo que tuviera que ver contigo como madre.

—Sí, lo sé, la abuela me enseñó ese documento.

—No tiene sentido esa llamada. ¿Ahora quiere conocerte? ¿Veintiocho años después?

—Eso parece. Puede que tenga curiosidad.

—¿Y tú?

—¿Yo? No, claro que no. Esa mujer no significa nada para mí.

—Si tuvieras esa curiosidad, no temas decirlo, Chloe, es normal.

—No sé qué pensaría mi padre si estuviera aquí.

—Tu padre se aseguró que nunca reclamara nada ni se acercara a ti, pero ahora eres adulta y él hubiera respetado tu decisión. Lo sabes. Entre vosotros existía un vínculo muy especial y,

aunque no esté, no hay nada que pueda borrarlo. Tu padre, de estar aquí, le hubiera dicho unas cuantas cosas a esa mujer, estoy segura, pero nunca te hubiera impedido que la conocieras.

—Lo sé. Claro que, esa posibilidad nunca se habría presentado. Está claro que solo me ha llamado cuando ha sabido que mi padre ya no está.

—Eso creo yo también. ¿No te planteó venir a verte?

—No, me dijo que a ella le resultaba imposible, que pensara en la posibilidad de viajar a Londres.

—Puede que quiera pedirte dinero... ¿No te ha pasado por la cabeza?

—Sí, no te lo voy a negar.

—¿Qué le dijiste?

—Que no quería saber nada de ella, y que no me molestara más.

—¿Cuánto tiempo hace que te llamó?

—Una semana. No ha vuelto a intentarlo.

—No sé qué decirte, Chloe. Piénsalo. Si sientes curiosidad por verle la cara, te apoyaré, por supuesto. Podrías plantearte viajar a Londres y conocerla. Hasta podría acompañarte si quisieras.

—No, Paige, te lo agradezco, pero no quiero saber nada de esa mujer. Nunca ha estado en mi vida, y tampoco quiero que esté ahora. Ella decidió lo que quería y yo decido ahora. ¿Crees que voy a salir corriendo porque me ha llamado?

—Decidas lo que decidas, me parecerá bien.

Quando salgo de la casa de Paige me siento como si mi cabeza fuera a explotar.

Me subo a mi coche y, antes de ponerlo en marcha, escucho el sonido de un mensaje en mi teléfono móvil. Se trata de Madison y me puede la curiosidad.

Como has bloqueado a Lance, me ha pedido que te transmita yo la invitación. Mañana iremos al concierto de The Sky. ¿Te animas? Tenemos cuatro entradas, también vendrá una «amiga» de Lance.

Lo he tenido que leer tres veces para creérmelo.

Las comillas que adornan esa palabra me han llegado al alma.

¿Bloquear? Yo no he bloqueado a nadie.

¿A qué viene este juego sucio?

Es cínico, cruel... ¡Innecesario!

Sujeto con fuerza el volante... Tanto que llega a dolerme. Respiro hondo. Expulso el aire lentamente.

¡Maldita sea! —grito en voz alta.

¿Acaso he estado viviendo en una realidad paralela?

¿Cómo se puede derrumbar un mundo aparentemente «normal» en cuestión de días y dar un giro de estas dimensiones?

Podría seguir haciéndome preguntas en este momento, podría llorar, patalear, preguntarme mil veces «¿por qué?»; podría analizar en profundidad mi vida, el universo, y la condición humana. Podría... Pero no lo voy a hacer.

Tampoco voy a contestar a ese despreciable mensaje.

Solo voy a hacer dos cosas.

Una, bloquear a esos dos impresentables, esta vez sí que lo voy a hacer.

Dos, sonreír.

Esta vez no necesito que nadie guíe la comisura de mis labios.
Siento una paz extraña.

Capítulo 5

Chloe

Hoy debo reunirme con mi jefe para valorar las revisiones que hice en unos contratos de un cliente correspondientes a unas operaciones con una empresa suiza. Es un trabajo que me ha llevado más de una semana, pero creo que he conseguido con éxito localizar todos los puntos que deben ser modificados, o que podrían convertirse en «jaulas», como solemos decir al referirnos a los conflictos más improbables; pero que tienen una posibilidad, aunque sea pequeña, de producirse. Esa es la política del bufete y de mi trabajo en general. Buscar una aguja en un pajar. Esas agujas pueden llevar al traste operaciones millonarias.

Han pasado dos días desde que visité a Paige y mi mundo, aunque sigue siendo plano y carente de emociones, parece empezar a entrar en fase de calma.

Aunque el asunto de la llamada me sigue persiguiendo, suelo apartarlo de mi cabeza imaginando todas las consecuencias negativas que podría tener el contacto con esa persona. La lista es tan larga... Claro que, la mayor parte de ella está confeccionada con situaciones surrealistas que rozan la estupidez más absoluta... Pero a mí me consuelan, incluso me divierten.

He imaginado a una mujer con dos cabezas, a una mujer que lidera una secta y quiere secuestrarme; una líder de una organización terrorista dispuesta a incorporarme a su lista de fieles; una bruja; una estafadora profesional; una farsante que ha robado la identidad de la verdadera persona que afirma ser... Y una larga lista de gilipollices de todos los colores que me calman y hacen que me sienta satisfecha y orgullosa de haber rechazado la propuesta del encuentro con esa mujer.

Saludo a los recepcionistas, al guarda de seguridad, me canso de esperar el ascensor, y subo hasta la tercera planta utilizando las escaleras. Entro en mi despacho, me deshago de todo lo que me sobra y me dirijo directamente a la sala de descanso.

Es una amplia y preciosa sala, decorada con muchas plantas artificiales y sillones incomodísimos, pero originales, destinada a exponer todas las quejas, todas las críticas y todos los lamentos respecto a nuestro trabajo y nuestros jefes. Un desahogo necesario que, acompañado de una buena dosis de café y cotilleos, nos ayuda a funcionar e incluso a rendir mejor.

Hoy, como suele ser habitual, las quejas provienen de Miller, un compañero que utiliza la sala incluso para criticar el papel higiénico.

Sarah, a su lado, con una cara de querer que la engulla la tierra, me mira y aprovecha un descuido de Miller para poner los ojos en blanco.

Sarah es la única persona en el bufete con la que tengo una relación más estrecha.

—¿De qué se trata esta vez, Miller? —le pregunto mientras me sirvo un generoso vaso de café.

—Llevo un año esperando poder pisar la delegación de Berlín —se apresura emocionado a explicarme—. Promesas, promesas... Y se la han dado a Douglas.

—¿No te interesa otro destino? —le pregunto con la intención de indagar sobre ellos.

Sarah me hace una señal con los brazos para que desista de preguntarle y me echo a reír. Tal y como ella temía, Miller nos proporciona una aburrida explicación que nos cuesta digerir e incluso cortar.

—Si no fuera por esa bruja de Londres, Hill, me iría mañana mismo —confiesa Sarah.

—Yo creo que es exagerado. Creo que Nancy nos contó un drama —intervengo refiriéndome a la compañera que nos narró su horrible historia en la sede de Londres debido a una jefa que le hizo la vida imposible.

—No es la única que lo ha comentado, Evelyn también narró episodios muy desagradables con esa mujer —protesta Sarah haciéndome una mueca de fastidio.

Yo solo he hablado en una ocasión con esa mujer de la delegación de Londres, vía telefónica. Es cierto que no era muy agradable conversar con ella, pero siempre me ha parecido que Evelyn y Nancy exageraban un poco, especialmente porque su paso por Londres no fue precisamente voluntario.

—Pero es un portento delante de un tribunal —la defiende Miller—. Yo nunca he tenido problemas con ella. Incluso diría que me dio un trato especial. Hasta la descubrí alguna vez sonriéndome de una forma que...

—Tengo que marcharme —dice Sarah saltando del sillón en forma de fresa.

—Y yo —Finjo consultar mi reloj y sigo a Sarah—. Adiós Miller.

—Os vais a perder la mejor parte.

Ni ella ni yo le contestamos.

En el pasillo, ambas nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Te imaginas a alguien mirando embobado a Miller? —Me suelta Sarah.

—Sarah... a ti te he pillado varias veces haciéndolo... Te he visto desde la sala de proyección —le digo haciendo referencia a la sala que está junto a su despacho.

Sarah se echa a reír y me golpea cariñosamente el hombro.

—Vaya, yo creía que no se me notaba... ¡Me has pillado!

Sí, por todos es sabido que la belleza está en el interior, pero es que Miller es el resultado de un rostro desordenado que resulta... ¡Feo! Muy feo.

Cuando nos alejamos unos metros, escucho de nuevo a Sarah.

—Chloe... ¡Me ha gustado escucharte bromear!

—¿Qué quieres decir?

—Que hacía dos o tres siglos que no lo hacías...

Asiento con la cabeza y le regalo una media sonrisa.

Me guiña un ojo y nos alejamos en direcciones opuestas.

Ese comentario me ha llegado a lo más profundo de mi ser, que no sé bien dónde está, pero que últimamente recibe muchas visitas.

Vaya, no creía dar una imagen tan apagada, mucho menos a Sarah que es la persona más cercana a mí.

«Apagada», me repito mientras entro en el despacho de Steven.

Por suerte, la reunión es breve, apenas se alarga más de veinte minutos.

He recibido su felicitación y sus halagos respecto a la revisión de los contratos de Suiza y me siento pletórica.

—Chloe, te faltan muchas áreas en las que trabajar. Podías empezar reforzando adquisiciones.

El bufete tiene como política que todos los abogados, especialmente los que no somos socios, nos formemos en todas las áreas que abarca el derecho mercantil, independientemente de que acabemos especializándonos, por lo general, en una de ellas. Para ello tenemos que pasar periodos en las diferentes delegaciones europeas, solo en algunas de ellas, dependiendo del enfoque que queramos darle a nuestra carrera. Cada delegación tiene un área que refuerza más que otras, de manera que cuando acabamos el «tour» podemos tener posibilidades de un ascenso en la sede central, en la que me encuentro, y así poder trabajar de manera independiente, sin «exceso de supervisión».

—Me faltan muchas cosas por decidir, pero no quiero correr. Y... ese campo no tengo claro que sea el mío.

—Ni lo sabrás si no sales de tu precioso despacho.

—Steven... —Suspiro—. No sé si ahora es un buen momento para hablar de eso.

Lo último que deseo es seguir hablando de este tema porque sé que no va a conducir a nada.

—No quisiera que apuraras el plazo para hacer las rotaciones —continúa, ignorando mi protesta.

—No lo haré —le contesto esquiva.

—Chloe, ya ha pasado un año. Sé que los duelos no tienen una fecha, pero creo que debes empezar a plantearte nuevas metas. Te estás estancando.

—Lo sé, y te aseguro que estoy muchísimo mejor, por eso quiero aprovechar este momento para fortalecerme y pensar en esos nuevos objetivos.

—Tienes una buena oportunidad en Milán, ¿qué te parecería? Y en Madrid también. En esta puedes reforzar todo el asunto contractual. Y... en Londres. El tema de adquisiciones parece que se te da bien —insiste en plantear.

—Lo pensaré —le digo sin disimular mi malestar al tiempo que me pongo en pie dispuesta a desaparecer.

Steven guarda silencio y permite que me vaya, algo que no sé si es bueno o malo, pero que en este momento agradezco.

Antes de volver a mi despacho, me paso por la sala de descanso. No tengo ganas de encerrarme en él.

No encuentro ningún rostro que me invite a charlar, así que finjo estar interesada en alguno de los diarios de economía que se apilan en una de las estanterías con forma de reloj de arena.

Hay un grupo de compañeros, del departamento financiero, que charlan entre ellos compartiendo los planes de su fin de semana, el que está a punto de empezar en cuestión de horas. Hoy es viernes y solo trabajamos hasta las cuatro de la tarde.

Todos los planes de mis compañeros me parecen aburridos, no hay nada que me llame la atención, pero siempre son mejores que los míos.

Siento una extraña presión en el pecho, una que me sorprende; poco acorde con el momento en el que me encuentro. Se añade una sensación de angustia, como si tuviera que salir corriendo en busca de aire.

Lo hago.

Me siento atrapada y corro hacia mi despacho. Abro la ventana en busca de aire fresco, pero no es precisamente lo que voy a encontrar en un cálido mes de junio.

Aun así, la sensación de espacio me reconforta y empiezo a calmarme.

Solo diez minutos después consulto mi reloj y me dirijo a toda prisa al despacho de Steven; sé que en pocos minutos desaparecerá del edificio.

Abro bruscamente la puerta, aun sabiendo lo mucho que lo odia, y me encuentro con su perpleja mirada.

—Me voy.

—¿Disculpa? ¿Qué quieres decir?

—Ya lo he decidido y me voy.

Me mira fijamente. Por un momento, me parece que la conversación va a ser demasiado larga y maldigo en silencio.

—¿Alguna preferencia? —me pregunta, por fin.

—Sí, solo aceptaré un destino.

—Y ese destino es...

—Londres. Me voy a Londres.

Si el destino le ha sorprendido no lo ha demostrado: se ha limitado a sonreír y a asentir con la cabeza.

Capítulo 6

Andrew

Bristol, Inglaterra.

Recibir la visita de mi padre al acabar el día, es motivo de alegría, pero que lo haga a estas horas de la tarde, sin mi madre, en mi apartamento de Bristol, es motivo de sospecha. Mucho más si hace solo dos días que hemos estado juntos.

Solo puede haber tres razones: que algo no vaya bien, que quiera sorprender a mi madre con algún regalo y haya agotado las ideas, o que haya discutido con ella por algún tema «transcendental» y esté retrasando la llegada a su casa para, entre otras cosas, hacerse el ofendido; algo que nunca suele funcionarle, pero que nunca deja de intentar.

En el hipotético caso de que alguna vez me enamorara de alguien y decidiera pasar el resto de mi vida con esa persona, algo que ahora me parece imposible de concebir, incluso de pronunciar, me gustaría tener una relación como la que tienen ellos.

Sí, se adoran. No pueden vivir el uno sin el otro, y sus discusiones suelen ser tan absurdas que mi hermano Paul y yo, lejos de preocuparnos, hemos crecido disfrutando y entreteniéndonos con ellas por lo simples que eran y por la forma tan divertida en que solían zanjarlas.

A veces, el motivo de discordia era, y es, un simple objeto que se cambia de lugar «accidentalmente», o una chimenea sin avivar «por descuido», o una de esas cenas a las que mi padre se niega a asistir por «falta de interés»; aunque siempre acabe asistiendo.

Mi padre es médico, igual que yo. Dirige su propia clínica privada junto a mi único hermano, Paul, también médico, en Tetbury, la localidad donde ellos residen, la misma en la que yo he vivido desde que nací hasta que empecé mis estudios en la universidad.

Tetbury cuenta con poco más de seis mil habitantes y pocos de ellos, muy pocos, no han pasado por la clínica o no son pacientes habituales, hecho que ha derivado en muchas ocasiones en invitaciones a todo tipo de eventos, de los cuales, mi padre solo quiere acudir a la mitad de ellos. La otra mitad suele ser motivo de discordia.

El timbre de la puerta me sobresalta y acudo a toda prisa a recibirlo, estoy impaciente por saber el motivo de su visita.

El rostro sonriente de mi padre aparece ante mí mientras alza un brazo mostrando una botella de algo que no reconozco.

—¿Celebramos algo? —le pregunto cediéndole el paso.

—¿No puedo invitar a mi hijo a beber *whisky* sin que haya un motivo?

«Si al menos me gustara el *Whisky*...», pienso.

Hago un esfuerzo y decido servir dos vasos, hace rato que no deja de alabar la calidad del mismo mediante una jerga que solo los amantes de este tipo de destilados pueden entender.

—¿Has discutido con mamá? —le pregunto nada más acomodarme en un rincón del sofá, a su lado.

—No, hace tres días que no discutimos.

—¿Cuál fue el motivo?

—Unas flores que pisoteé en la entrada.

—¡Ajá!

—No las vi —protesta a la defensiva.

—No lo dudo. Entonces, ¿le vas a hacer algún regalo?

—No.

—Entonces, ¿se trata de un problema serio?

—¿Por qué me estás haciendo esas preguntas? —Frunce el ceño intentando endurecer su expresión, algo que, por mucho que lo intente, nunca consigue. Es difícil verlo enfadado.

—Porque intento adivinar el motivo de tu visita.

—He venido a Bristol a hacer unas compras y he aprovechado para visitarte. También quiero hablarte de algo.

Se remueve en el sofá buscando una postura más cómoda, da un pequeño trago del líquido que, según sus palabras, tienes más años que yo, y me mira sonriente.

—¿Qué ocurre? —le apremio. Por su expresión no debe ser grave, pero algo me dice que no me va a gustar.

—No me mires así, no ocurre nada. Solo se trata de un asuntillo que me inquieta.

—¿Paul está bien? He hablado con él esta mañana y...

—Sí, no se trata de él —me interrumpe—, sino de... ti. ¿Sigues viéndote con Olivia? ¿Hay algo... entre vosotros?

Abro mucho los ojos impactado por la sorpresa. No me puedo creer lo que estoy escuchando.

—Claro que no. ¿De dónde has sacado eso?

—Eso mismo creía yo, pero Margaret y George vinieron ayer a cenar e hicieron comentarios que me confundieron.

—¿Qué clase de comentarios?

—Tu hijo y mi hija esto... Nuestros hijos, lo otro... Hasta bromearon con la idea de tener nietos.

—¿Nietos? ¿Estás hablando en serio? ¿De dónde han sacado esa tontería?

—Hablan como si hubiera algo entre vosotros, algo más serio. Me sorprendió, claro está. Tu madre y yo salimos de la situación como pudimos. Por eso he venido, para que me expliques qué está pasando.

—Papá, no está pasando nada. Ya sabes lo que ocurrió y no ha cambiado nada, excepto que empiezo a estar un poco harto de Olivia; ahora mucho más, después de lo que me has contado. Yo no he tenido ni tengo nada serio con ella. Solo tuvimos unas cuantas citas, ya está. Yo no sabía quién era, de lo contrario no habría tenido nada con ella.

—No podías saberlo, claro está. Que yo recuerde nunca habéis coincidido —añade con su habitual tono calmado.

Margaret y George son amigos de mis padres, buenos amigos. Ellos llegaron a Tetbury doce años atrás, en la época en que yo me marché a la universidad. Los he visto en alguna ocasión, en casa de mis padres, pero no conocía a su hija. Ella nunca ha vivido en Tetbury, sino en Londres. Allí la conocí, en un local de copas, y nos liamos.

—Papá —prosigo, en un intento de dejarlo todo claro de una vez por todas—. La segunda

vez, o... quizás la tercera, que la vi me dijo que nuestros padres eran amigos, y ahí decidí alejarme de ella.

—¿Cómo lo supo ella? Olivia tampoco te conocía a ti.

—No lo sé. No le he preguntado, ni tampoco lo haré.

—Puede que te nombrara delante de sus padres y ellos se lo aclararan —especula pensativo.

—Puede ser, es lo que más sentido tiene, sin embargo, no entiendo por qué les habló a sus padres de mí... Claro que, no sé qué clase de relación tienen. Yo no te hablo de... mis citas.

—Puedes hacerlo cuando quieras —Me dice sonriéndome de la manera que siempre me reconforta—. Yo tampoco sé por qué les hablo de ti, puede que creyera que ibais en serio. Sus padres tardaron poco en comentárnoslo. Fue cuando hablé contigo de ello por primera vez. ¿Cuánto hace de eso? ¿Tres semanas?

—No lo sé, papá, yo diría que una eternidad. Aunque no me hubiera enterado o no hubieras hablado conmigo, me habría alejado igualmente de ella porque es... un poco pesada, no puedo llamarlo de otra manera. Pero no parece captarlo. En otras circunstancias se lo habría dejado más claro, pero me pediste que tuviera mucho tacto y que fuera muy delicado, ¿recuerdas?

—Sí, Andrew, sé lo que te pedí —afirma con pesar—. Es que ese tipo de situaciones suelen ser muy incómodas. Mucho más para ellos que parecían y... parecen estar convencidos de que hay algo más. Yo no quería que la chica lo pasara mal y que eso creara una situación violenta entre sus padres y nosotros. Esas cosas siempre acaban creando tensión.

—Parece que estemos en el siglo XVIII, esto es absurdo.

—Sus padres, especialmente Margaret, son algo... ¿Cómo te diría? Algo anticuados, o conservadores. Sí, esa es la palabra. Son un tanto protectores con su hija y no dejan de hablar de ella.

—No hemos tenido nada serio, solo unas cuantas citas y en todas... solo... ¡Ya me entiendes!

—Hijo, puedes decirlo claramente, que soy mayorcito. Te refieres a que solo ha sido sexo, ¿cierto?

—Cierto —le digo algo incómodo. No es el tema de conversación que elegiría para hablar con mi padre. Y no será por qué él, y también mi madre, no nos hayan abierto la puerta a hablar con ellos de cualquier tema—. Por eso me cuesta entenderlo. No hay nada que comentar, ni por parte de ella ni de sus padres.

—Londres es infinito, hijo... ¡Qué casualidad!

—Casualidad o no, no hay tema que tratar. Me he alejado todo lo que he podido de ella pensando que así se daría cuenta. La he esquivado muchas veces. Hasta le he dicho que no estoy preparado para tener una relación, pero ella me dice que ella tampoco. Sin embargo, sigue llamándome, a pesar de que la mitad de las veces no atiendo sus llamadas. Y sigue enviando algún mensaje o proponiéndome otra cita, a pesar de que siempre le digo que estoy ocupado. Hoy mismo me ha enviado dos mensajes sin sentido.

—¿Qué te ha dicho?

—Que mañana es jueves y espera verme en Londres. Hace más de dos semanas que se presenta en la cafetería del hospital cuando sabe que estoy en ella, conoce mis horarios. Ahí es donde más complicado me resulta esquivarla. ¡No lo capta!

—El hecho de que el hospital esté tan cerca de su trabajo no ayuda mucho —me comenta afligido.

—No, no ayuda. Por suerte, solo estoy en el hospital de Londres dos días, aunque el fin de semana también insiste. Esto se está alargando demasiado.

Trabajo tres días a la semana, de lunes a miércoles, en University Hospital Bristol, y dos más en el King's College, en Londres. Cerca de este último hay docenas de edificios de oficinas, y en uno de ellos trabaja la protagonista de nuestra conversación: Olivia. Una aventura pasajera, que, lejos de acabar como cualquier otra, me está dando muchos dolores de cabeza, especialmente porque es la hija de los mejores amigos de mis padres.

—Esta situación me incomoda, Andrew —me confiesa.

—A mí también, mucho.

—Sus padres hablan como si fuerais novios. Margaret dijo que os estabais conociendo y después....

—¿Después qué? —le pregunto al ver que está sopesando continuar.

—Dijo que le encantaba ser nuestra consuegra.

—¿Y qué dijisteis vosotros?

—En todo momento nos mostramos esquivos; estábamos incómodos. Tu madre y yo hablamos después y por eso he venido a comentártelo. Ella no ha podido, está en casa de la abuela.

—¡Joder! Eso no tiene ni pies ni cabeza. No quiero que esto os repercuta a vosotros. Yo no quiero que ella se sienta mal, ni tampoco sus padres ni tampoco vosotros. Pero no quiero seguir con esta pantomima porque me estoy hartando. Hablaré claramente con ella en cuanto la vea y ya no habrá dudas de ninguna clase.

—Vale, pero te pido que seas delicado.

—Pues es lo que he sido y Olivia no parece entenderlo. Si sus padres hablan de nosotros como si fuéramos... una pareja, la única fuente que pueden tener es ella.

—Está claro que ella quiere algo más y por eso se hace la tonta.

—¿Y qué consigue con ello? Estoy intentando que lo capte siendo paciente y esquivándola, pero tendré que dejárselo muy claro. Te aseguro que nunca me había encontrado en una situación así, claro que, normalmente cuando salgo con alguien, o ella o yo dejamos claro si continuamos o no: no jugamos a esto.

—Hijo, solo intento evitar una situación incómoda con sus padres, que ya los conozco y...

—Sus padres no pintan nada aquí, o no deberían.

—Puede que Olivia solo quiera que seáis amigos. Eso podría explicar su insistencia.

—No, papá, créeme, no es eso lo que quiere —replico enfadado.

—No te enfades conmigo.

—No me enfado, es que... esto es absurdo. Te puedo asegurar que lo que menos me apetece en este momento es tener que lidiar con este tema y plantarme delante de ella para decirle que se olvide de mí. Pero está claro que lo haré.

—¿Y si se lo dices de otra manera?

—¿Qué quieres decir?

—Que saque ella las conclusiones, que sea ella la que tire la toalla. Si te ve con otra... no habrá conversación alguna, ni malentendidos. Busca una situación en la que ella crea que estás con otra. Sal con alguna amiga, déjate ver.

—¿Estás hablando en serio?

—Claro. Si le dices que no quieres nada con ella, se sentirá mal, humillada y montará un drama, y ese drama, sus padres nos lo trasladarán a nosotros. En cambio, si se desencanta por ella misma, será mejor.

—No veo la diferencia.

—Era una idea. Te ahorras el mal trago de hablar con ella.

—No es una buena idea.

—Resuélvelo como quieras, pero sé delicado.

—¿Delicado haciendo que me vea con otra?

—Eso sería más doloroso, pero menos humillante que si le dices a la cara que no te interesa.

—¿Esa psicología es...?

—A mí me funcionó una vez. Solo era una idea.

Se levanta sonriente, me besa en la mejilla, me da un par de palmadas en el hombro y hace ademán de marcharse.

—¡Eh! No te vayas ahora, tienes que contarme esa historia.

—Eso jamás. Fue hace muchos años, antes de conocer a tu madre. Si quieres toma nota, si no, haz lo que consideres oportuno, pero no quiero que Margaret y George sigan pensando lo que no es y mucho menos que nos molesten con el tema. Hijo, siento que te sientas incómodo por nosotros.

Nos fundimos en un nuevo abrazo.

—Me llevo el *Whisky*, a ti no te gusta.

—Déjalo para la próxima visita que me hagas.

Se echa a reír.

Cuando se marcha tardo en volver a la realidad.

¿Qué he hecho mal?

He tenido la sensación de que mi padre me hacía responsable de una situación que yo no he creado... O quizás no, quizás solo está harto de la montaña que se está creando de un granito de arena. Si Olivia no fuera hija de sus amigos, este tema no sería un tema. Pero al intentar ser delicado, sutil y... mil cosas más he salido perdiendo y teniendo que aguantar a esa mujer, que es muy pesada.

Cuando está conmigo no me habla en esos términos. El hecho de que insista en verme o aparezca cada dos por tres, me hace creer que está interesada, pero luego se contradice cuando afirma que ella, como yo, no quiere una relación. Entonces, ¿qué quiere?

Sea lo que sea lo que hay en su cabeza, me encargaré de aclararle la situación; no le va a quedar ni una sola duda.

Lo lamento por mis padres, pero si sus amigos no lo entienden no es culpa de nadie, menos mía.

¡Qué manera de complicarlo todo tiene la gente!

En cuanto la vea, se lo dejo claro... ¡Muy clarito!

Por supuesto, no voy a tener en cuenta la idea de mi padre. Es absurda, es inmadura, es... ¡Puede que no esté tan mal!

Capítulo 7

Chloe

Londres, Inglaterra.

Últimamente, tengo una extraña relación con los relojes, o... sería más acertado decir con el tiempo. Creo que nunca antes había tenido tanto protagonismo en mi vida.

En esta ocasión, no dejo de consultar el reloj fantaseando con que, por alguna extraña razón que prefiero no analizar, se adelanta una hora. Con eso me conformaría. Es justo el tiempo que me queda para salir del bufete, el de Londres, tras mi primer día trabajando en él.

Estoy deseando de salir por la puerta para refugiarme en mi habitación de hotel, mi alojamiento provisional hasta que me asignen un apartamento; pero eso será dentro de tres días. También un coche, que me entregarán mañana, aunque no tengo muy claro, por lo que he observado esta mañana, que el tráfico de Londres me anime a conducirlo; al menos, no con mucha frecuencia.

Desde que salí del despacho de Steven con la decisión de trasladarme a Londres, solo han pasado seis días; seis largos días en los que apenas he tenido tiempo para respirar.

Steven me confirmó el traslado al día siguiente, a pesar de ser sábado. Lo hizo con la buena intención de que pudiera organizarme e iniciar los preparativos, ya que mi vuelo había sido reservado para cuatro días después. Por supuesto, le pedí algo más de tiempo, pero, al parecer, la incorporación debía ser a finales de esta semana; la otra opción era esperar tres meses más.

¡Qué locura! Fue una carrera contrarreloj. Solo tuve tiempo de preparar una maleta para sobrevivir una buena temporada, despedirme de Paige, ordenar mi apartamento..., ¡para encontrarlo decente a mi vuelta!, y acudir a Inwood Hill Park. Un oasis de naturaleza al norte de Manhattan; el lugar donde esparcimos las cenizas de mi padre atendiendo su voluntad; una voluntad que nos transmitió cuando su muerte no era ni siquiera una sospecha.

Ese lugar tiene mil recuerdos familiares, incluyendo a mi abuela y también a Paige, cuando se incorporó a nuestras vidas.

No fue una buena idea acudir a ese lugar, solo conseguí romperme y tener que enfrentarme a muchos recuerdos que todavía me duelen sin piedad, pero... era mi forma de «hablarle» de mis nuevos planes. Paige se ofreció a acompañarme, lo que supuso que la tristeza fuera por partida doble.

Y... tras esos días de ritmo frenético, me encuentro en Londres, dispuesta a subir un pequeño escalón en mi carrera dentro del derecho mercantil. Claro que, hoy, mi primer día, no es el más indicado para creer firmemente en ello.

He conocido a la «señorita Hill», como desea que la llame todo el mundo, aunque también estoy segura de que, si existiera la más mínima posibilidad, nos haría llamarla «majestad».

Debe rondar los treinta. Es guapa y viste de forma elegante e impoluta, pero es la mujer más

altiva y antipática que he conocido hasta ahora, en mis veintiocho años de existencia.

Y yo pensando que Nancy y Evelyn exageraban cuando hablaban de ella...

Es una persona de trato desagradable que en todo momento me ha mirado por encima del hombro.

Nuestro primer encuentro se ha producido en su majestuoso despacho mediante un discurso de bienvenida muy aprendido que seguramente haya pronunciado muchas veces a lo largo de su carrera.

—El mundo necesita a Baker & Finnian —ha empezado a decir refiriéndose al nombre del bufete, el que hace referencia a los socios fundadores—. Ahí fuera hay millones de contratos, transacciones, adquisiciones, tratados, disputas transoceánicas, financiaciones y un largo etcétera, no es cuestión de enumerarlas todas, que requieren y piden nuestra intervención a gritos. Pero solo unos pocos somos los elegidos para representar esta firma, el resto solo están de paso o se limitan a asomar la cabeza.

Me ha costado un gran esfuerzo no mostrar lo ridículo y forzado que me ha parecido su discurso.

—Te conviene llevarte bien conmigo —ha continuado—, ganarte mi respeto y, a poder ser, impresionarme, aunque eso lo veo más complicado. No soporto a los «becarios» que vienen de la sede central con aires de superioridad. Si quieres escalar en este lugar tendrás que llevarte un informe favorable de tu paso por nuestro bufete, o acabarás cubriendo vacantes sin importancia fruto de bajas laborales o refuerzos puntuales. Aquí puedes aprender, es lo que te ofrezco, pero no vayas de lista, detesto a ese tipo de personas. Puedes llegar lejos, estar de paso, quedarte en lo más bajo o... simplemente asomar la cabeza.

He conseguido felicitar a mí misma por ser capaz de no mostrar ni un solo movimiento en mi rostro que me delatara. De haber podido actuar con libertad, le habría hecho tragar el lapicero con forma de balanza, le habría atado su larga trenza al perchero y habría vomitado en sus pies, pero... no lo he hecho.

Steven me advirtió del carácter de esta mujer, pero me aconsejó que hiciera mi trabajo y que aprendiera, porque si algo podía obtener, al margen de su carácter cargado de prepotencia, era un gran aprendizaje. Los retos diarios del mundo mercantil que trata este bufete son una gran oportunidad para formarme.

Pero ese discurso era innecesario y hasta diría que ridículo.

Y lo que más me ha molestado, ha sido escuchar una y otra vez cómo se dirigía a mí como «becaria».

¿Becaria? Estoy segura de que debimos obtener el título en la misma fecha, año arriba..., año abajo.

Después de su bienvenida, me ha asignado al equipo de Thomas, un compañero del departamento de derecho marítimo que se ha encargado de mostrarme los diferentes departamentos, y de presentarme a mis futuros compañeros: todos ellos me han dado la bienvenida de una manera cordial, solo cordial. Incluso he conocido a Harper, uno de los tres socios de esta delegación, que me ha brindado el mismo recibimiento cordial que el resto. Solo la señorita «discursos baratos» me ha recibido a patadas.

—Trata siempre así a las nuevas incorporaciones —me ha aclarado Thomas tras cruzarnos con ella en un par de ocasiones y escuchar otra retahíla de gilipolleces.

—¿A todo el mundo?

—Si te soy sincero, creo que tiene debilidad por los que venís de Estados Unidos, bien de la delegación de Los Ángeles, como de la sede central.

—Eso es interesante. Daría para un estudio —le he dicho consiguiendo que nos echemos a reír.

—Pero no te preocupes, suele ser más tratable cuando pasan unos días. No te enfrentes a ella si no es necesario. Así conocerás su lado bueno.

—¿Lo tiene?

—Digamos que puedes aprender mucho a su lado. Hill domina muchos campos, a pesar de su juventud, pero es que se ha formado junto a Beckett, uno de los socios. Ya lo conocerás, aunque suele pasar mucho tiempo fuera. Es familiar suyo. Hill empezó a interesarse por el derecho cuando aún llevaba pañales.

Ha sido agradable tratar con Thomas. Me he llevado una impresión muy buena del funcionamiento del bufete, incluso he tomado nota mental de algunos puntos en su forma de derivar los asuntos menos importantes que podrían funcionar en Manhattan. Un tema que siempre ha sido nuestro talón de Aquiles y que, a día de hoy, todavía es motivo de discordia entre algunos compañeros.

Vuelvo a consultar mi reloj por quinta vez en dos minutos. Debo abandonar la sala de descanso, una que está completamente vacía, y que aquí la llaman *Paradise*. Muy original, claro que sí.

He vuelto a intentar beberme un té, necesito algo caliente, pero no he conseguido pasar del primer trago. ¡Me parece odioso! Siempre me lo ha parecido.

Todavía queda una hora para que abandone el edificio. Tengo un dolor de cabeza tremendo y en el botiquín de mi despacho no he encontrado nada que lo aliviara.

Decido probar con un café, puede que la cafeína me ayude, aunque a este paso lo que va a conseguir es matarme. ¡Es muy fuerte y concentrado! Cuando el trago de café lo acompaño con unas muecas que, seguro resultan espeluznantes, aparece la señorita Hill.

Estoy convencida que ha entrado en esta sala porque sabía que yo me encontraba aquí. Thomas me ha dicho que ella nunca la frecuenta. Debe necesitar otra dosis de intimidación.

Se dirige al otro extremo de la sala, caminando despacio, dejando que el repiqueteo de sus tacones sea una tortura. ¿Cómo podrá pasar todo el día subida a esos zapatos? Seguro que guarda unas deportivas en su despacho.

Se apodera de una botella pequeña de agua y vuelve a pasar junto a mí con la misma pose, pero antes de salir se detiene.

Centra su mirada en la taza que sostengo.

—Le iba a sugerir una marca de té, pero, por un momento, he olvidado que era americana.

—Puede sugerírmelo de todos modos, quizás mañana me anime a probarlo.

—¿Va a volver mañana, señorita Handley? —me sorprende preguntando, aunque no sé si la sorpresa viene por la pregunta en sí o por no haberme llamado becaria.

—Claro, ¿hay algún motivo para que no lo haga?

—Solo quería asegurarme de que ha entendido la política de nuestro bufete y no va a salir corriendo.

Podría decir tantas cosas...

Sentiría tanto placer al hacerlo...

Pero acudo al sentido común y él me hace decir:

—No voy a salir corriendo.

Tras mi declaración de intenciones desaparece de mi vista, para mi alivio.

No voy a salir corriendo, pero ganas no me faltan.

Cuando empecé en el bufete de Manhattan, no me lo pusieron fácil, entendí rápidamente que eran exigentes desde el principio. Pero se trataba de una exigencia dentro de la más absoluta cordialidad. La forma que tiene esta mujer de dirigirse a mí, no me gusta, y no estoy muy convencida de que solo sea un trato *a priori* ni que lo haga con todo el mundo. Hay algo en sus ojos que me dice que no le caigo bien y que nunca lo haré. Y hay algo que me dice también que voy a tener que esforzarme mucho para que esa mujer me tenga en consideración, deje de llamarme becaria y esté dispuesta a dejarme trabajar en paz.

Con la moral por los suelos, aunque sin haber perdido la esperanza, salgo del edificio dispuesta a cobijarme en mi confortable habitación de hotel.

Tal y como Thomas me ha aconsejado, me dirijo a la esquina de la siguiente manzana para poder localizar un taxi. Según me ha contado, las posibilidades en este punto son mayores.

En los siguientes quince minutos no aparece ningún taxi, lo que significa que voy a tener que esperar mucho más o desplazarme algunas manzanas más.

Tres minutos más. Por fin, aparece uno desde mi izquierda. Al verme se detiene, aunque me pasa de largo unos pocos metros.

Cuando estoy a punto de llegar a su altura, observo una figura que aparece de la nada y tiene las mismas intenciones que yo, e incluso se apresura a abrir la puerta.

—¡Eh! ¿Qué haces? —le grito indignada mirándolo perpleja—. Lo he llamado yo primero.

Gira la cabeza en mi dirección y me encuentro con un rostro que me impacta. Es un rostro sonriente, perteneciente a una... representación de la belleza masculina, con unos ojos de color miel que me han dejado clavada al suelo.

—En eso te equivocas. Deberías ser más rápida.

—¿Más rápida? No estabas aquí cuando lo he visto.

—Se ha detenido delante de mí, no de ti... Por algo será.

—Sé bien lo que ha pasado. No estabas ahí, has surgido de... la nada.

—¿En serio he hecho eso? ¡Increíble!

La belleza masculina es imbécil.

—¿Ya se han decidido? —nos apremia el taxista con un tono que deja poca margen para seguir discutiendo.

—Sí, está decidido —le informa el desconocido. Suelta la maneta, da un paso atrás y luego hace una reverencia.

Lo miro mientras entro en el interior. Se acerca a la puerta impidiendo que la cierre.

—¡Me debes una...! —murmura con un tono de voz que me deja helada, acompañando las palabras con una mirada y una sonrisa que hacen que mi cuerpo se estremezca, de extremo a extremo.

Cierro la puerta algo confundida y le indico al taxista el nombre del hotel.

Veinte minutos después, cuando me bajo del taxi, todavía me tiembla el cuerpo. Tengo la mirada color miel metida en el cerebro y no consigo entender por qué me ha impactado tanto.

Y sí, sigo pensando que ha salido de la nada y que me ha robado el taxi.

Capítulo 8

Chloe

Hace más de una hora que dejé atrás el bullicio de Londres en dirección a Tetbury, el lugar donde vive la mujer que afirma ser mi madre.

Confieso que, desde que me llamó por primera vez, en muchas ocasiones, me ha cruzado por la cabeza conocerla, especialmente desde que hablé el tema con Paige. Debo admitir que mi elección por trabajar en Londres, podría..., solo podría, haberse visto un poco influida por esa idea, pero no esperaba que fuera a producirse tan pronto; me hubiera gustado meditarlo con más tiempo.

Dos noches atrás, cuando llegué al hotel, con la moral por los suelos, después de mi primer día en el bufete, esa mujer se comunicó conmigo para decirme, una vez más, que quería conocerme. Me pareció algo sospechoso que volviera a llamarme nada más pisar Londres, pero no imagino de qué forma podría haberlo averiguado.

En un principio, me negué y no le desvelé dónde me encontraba, pero hubo unas palabras que me hicieron cambiar de parecer.

—Ojalá pudiera visitarte, pero estás muy lejos y desgraciadamente no cuento con tanto tiempo. Chloe, estoy enferma y me gustaría conocerte antes de... emprender mi viaje.

Creo que esas palabras fueron las que hicieron que ahora me encuentre camino de ese pueblecito en el corazón de los Cotswolds.

Estoy temblando desde que salí de Londres, no solo por el motivo de la visita, sino porque me siento muy insegura conduciendo desde el lado derecho y circulando por la izquierda de la carretera.

Solo son noventa millas. Es lo que llevo repitiéndome un buen rato, cuando siento que no voy a llegar nunca.

Viajar hasta Tetbury mediante otro tipo de transporte no me ha parecido una buena opción, así que me he decantado por subirme a este precioso coche, gentileza del bufete. No es un coche de alta gama, ni nada parecido, pero es bonito y puede cubrir todas mis necesidades mientras permanezca en Londres.

Me lo entregaron ayer y solo lo conduje para llegar al hotel. Fue toda una aventura, o más bien toda una pesadilla de la que prefiero olvidarme.

Suspiro por quinta vez en un minuto e intento disfrutar del paisaje. Si pienso en el motivo por el que estoy recorriendo este trayecto, seguramente acabe por darme la vuelta y volver a la ciudad.

Hace rato que he dejado atrás la autopista y me he adentrado en una carretera que une varios pueblos del sureste de Inglaterra.

El paisaje se ha transformado drásticamente presentándome poco a poco las campiñas inglesas, distintivas de esta zona del país.

No dejo de admirar las grandes extensiones de hierba y el color verde tan intenso que reflejan.

Es un paisaje hipnótico, dominado por una sensación de calma que hasta me hace estremecer. Incluso el hecho de poder contemplar el cielo despejado, por primera vez desde que llegué, me sorprende.

A medida que me acerco a Tetbury, el aire se llena con un aroma floral dulce que me agrada. Puedo distinguir el pueblo a poca distancia y mi cuerpo reacciona con la cercanía. El corazón empieza a latirme más deprisa, igual que la respiración.

El cosquilleo molesto que siento a la altura del estómago no me ayuda a calmarme, pero no puedo hacer nada para impedirlo.

Solo puedo intentar relajarme. Para ello, me detengo en un arcén de la carretera y me bajo del coche. Respiro hondo y miro a mi alrededor.

Consigo calmarme, aunque necesito un buen rato para ello. Por primera vez, soy consciente de lo lejos que estoy de casa y de lo mucho que ha cambiado mi vida en cuestión de una semana.

¿De verdad estoy a punto de conocer a la mujer que... me trajo al mundo?

Siento como si estuviera traicionando a mi padre, pero intento consolarme pensando que él, tal y como me dijo Paige, me habría animado a saciar mi curiosidad.

Nunca me habló mal de ella. Me contó la verdad, por capítulos, conforme fui creciendo y preguntando, pero siempre intentó que entendiera que no siempre se puede comprender la actitud de todo el mundo. Y sobre todo... se encargó de que nunca la echara de menos.

Satisfecha con la calma conseguida, me vuelvo a subir al coche y recorro el último tramo que me separa de conocer a esa mujer.

Recorro las primeras calles de Tetbury, asombrada de la elegancia de sus casas y de sus calles empedradas.

Tetbury es conocido, entre otros aspectos, por ser la segunda residencia de muchas personalidades pertenecientes a la élite londinense. Un destino de lujo en el corazón de los Cotswolds. Eso es lo que he leído sobre este lugar.

Localizo el camino por el que debo desviarme, uno que conduce hasta un parque, el lugar elegido para nuestro encuentro.

En un principio, ella me propuso que nos encontráramos en su casa, pero yo me negué alegando que quería un lugar menos íntimo. Aunque no se mostró muy satisfecha, me dio las indicaciones de este lugar.

Y... aquí estoy.

Detengo mi coche junto a un vehículo oscuro que se encuentra delante de la puerta de hierro que delimita el perímetro del parque; el único acceso, por lo que he podido comprobar. Me dirijo hacia entrada lentamente. Al pasar junto al coche oscuro, una mujer más o menos de mi edad, baja la ventanilla y se dirige a mí. No puede ser ella, es demasiado joven.

—Tú debes ser Chloe —me dice con una sonrisa dulce y una voz casi susurrante. No espera a que le conteste—: Caroline está dentro, a pocos metros. En el camino principal verás unos

bancos de piedra, junto a unas estatuas de animales. Es su lugar preferido del parque.

—Y tú eres...

—Natalie —Me ofrece una sonrisa y asoma la mano por la ventana para estrechármela—. He acompañado a Caroline, está un poco débil.

Asiento con la cabeza mientras estrechamos la mano para, acto seguido, alejarme en la dirección que me ha indicado.

Avanzo por el camino sintiendo el crujir de algunas hojas bajo mis pies. Me parece un sonido escalofriante... quizás porque esa es la sensación que me acompaña.

Sigo avanzando mientras observo los grandes árboles que bordean el camino, así como la inmensa variedad de flores coloridas que los rodean.

Sin duda, es un rincón espectacular, aunque no me gusta el silencio que lo envuelve. No se escucha ni siquiera el cantar de los pájaros. Tengo la sensación de estar atravesando un cementerio.

Algo me alerta cuando localizo los bancos de piedra: me sorprende que no haya nadie en ellos.

No puede haber duda: solo hay un camino, solo unos bancos y también los animales que esa mujer ha descrito.

Por un momento, los engranajes de mi cerebro trabajan a toda velocidad y empiezo a imaginar situaciones surrealistas, a cuál más retorcida y... hasta peligrosa. Pero una voz me interrumpe y me devuelve a la realidad.

—Hola, Chloe.

La voz es algo lejana. Deduzco de dónde proviene y bordeo un conjunto de árboles que se encuentran a mi derecha. Me encuentro con una pequeña fuente de piedra circular en cuyo borde está sentada ella.

Siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo cuando la veo.

Se levanta lentamente y da dos pasos hacia mí, pero se detiene. Me adelanto a tenderle mi mano y responde lentamente tendiéndome la suya.

Su palidez parece haberse transmitido a su mano, aportándome una sensación fría y frágil.

Aunque su rostro está ligeramente maquillado, no ha conseguido disimular el cerco oscuro que rodea sus ojos.

Está muy delgada. Luce un recogido desenfadado a la altura de la nuca que deja caer un mechón rizado sobre sus mejillas. Viste un pantalón oscuro y una blusa blanca, acompañada de una ligera prenda de abrigo que descansa sobre sus hombros.

—Me estoy viendo a mí misma con veinti... pocos años —me dice con una voz clara y dulce.

Eso mismo me ha parecido a mí, pero he preferido apartarlo de mi mente. Sin duda, el parecido es muy grande.

—Hola, Caroline —le digo por fin esforzándome por pronunciar las palabras en un tono menos frío del que quiero mostrar.

—Debo sentarme, no estoy cómoda de pie. ¿Te importa?

—No, adelante.

La sigo y me siento a su lado, algo alejada. Sus movimientos son lentos y parece tener dificultades para encontrar una postura cómoda.

—Eres muy guapa, Chloe.

—Gracias.

—Esta situación es muy extraña.

—Sí, lo es.

—¿Te has preguntado alguna vez por qué...?

—Por qué, ¿qué? —repito fríamente marcando el tono que deseo en nuestra conversación.

—¿Qué te contaron sobre mí? —Esta vez lo intenta con un nuevo enfoque.

—Escúcheme...

—Tutéame, por favor.

Dudo un momento y decido hacerle caso.

—Escúchame. He venido porque sentía curiosidad, solo eso. No necesito preguntar...te nada ni profundizar en ningún tema. Si no hubiera estado trabajando en Londres, no habría venido. Así que... la cercanía y la curiosidad es todo lo que me ha traído hasta aquí.

—Solo dime qué te contaron sobre mí —pronuncia con una voz más clara que la anterior.

—Me contaron la verdad. Que no estabas interesada en ser madre. ¿Me mintieron? ¿Hay alguna historia emocionante que lo desmienta?

Baja la cabeza y niega con la cabeza.

—Yo... no estaba preparada para ser madre.

—Yo no te he pedido explicaciones, ni te voy a reprochar nada. Es que... no me interesa. Nunca has existido en mi vida, más allá de una cuestión biológica, así que... como te he dicho, solo sentía curiosidad.

—Mi padre estaba enfermo y... tenía que ayudar en casa. La maternidad era algo que no podía permitirme.

—¿Cómo me localizaste? —le pregunto intentando que deje de hablar de ese tema. Me incomoda.

—Contraté a una persona para que lo hiciera —me aclara con un hilo de voz que evidencia su fragilidad—. Solo tenía el nombre de tu padre y... que podías vivir en Nueva York, pero no estaba segura.

—¿Esperaste a que mi padre no estuviera? ¿Creíste que así sería más fácil hablar conmigo?

—Chloe, lo hice cuando supe que estaba... enferma. No supe que tu padre había fallecido hasta que el detective me informó. Siento mucho lo que le ocurrió. Si tu padre estuviera vivo, lo habría intentado de todas formas. Supongo que él habría intervenido...

Me siento molesta escuchando a esa mujer nombrar a mi padre.

—Cuando me llamaste por segunda vez, ¿sabías que estaba en Londres?

—No. Fue toda sorpresa, no lo mencionaste en la llamada anterior. De hecho, no tenía esperanzas de que te desplazaras desde Nueva York.

—No lo mencioné porque aún no estaba aquí.

—¿Estás por... trabajo?

—Sí.

—El detective me dijo que conservas la nacionalidad inglesa.

—Sí, tengo doble nacionalidad.

—Yo también soy abogada, como tú. Tengo un pequeño despacho en Tetbury desde hace muchos años. Compartimos vocación.

Guardo silencio. No quiero que perciba mi sorpresa al confesarme a lo que se dedica. Me parece increíble que sea abogada también. Mi padre nunca mencionó algo así. Si no recuerdo mal, me habló de que trabajaba en un hotel.

—Cuando conocí a tu padre estudiaba mi primer año de carrera —me aclara. Parece que me haya leído el pensamiento—. También trabajaba en un hotel, allí lo conocí. Pero tuve que dejar los estudios un tiempo y los retomé unos años después. ¿Qué derecho ejerces?

—Mercantil.

—¡Oh! Eso está muy alejado de mí. Yo llevo asuntos civiles, los propios de un pueblo pequeño, aunque me especialicé en penal y también he llevado algunos casos. Mi mundo es muy diferente al tuyo.

No me molesto en aclararle que yo empecé con derecho civil.

—Caroline, creo que ambas hemos saciado nuestra curiosidad. Ya nos hemos visto las caras. Es mejor que me marche —Me levanto lentamente.

—No quería morirme sin conocerte. Te agradezco que lo hayas hecho posible.

—¿Tan enferma estás?

—Si te soy sincera, no sé si habría intentado localizarte de no haber estado enferma. Puede que más adelante, puede que nunca. Pero lo estoy. No te mentí cuando te dije que no contaba con mucho tiempo. Es en ese momento cuando se siente la imperiosa necesidad de ordenarlo todo y de encontrar algo de paz antes de... partir.

Trago saliva impactada por esas palabras.

—Espero que encuentres esa paz.

—¿Qué le pasó a tu padre?

—No quiero hablar de mi padre contigo.

—¿Estuvo enfermo? —insiste.

—No, fue un accidente. Y... es todo lo que te voy a decir de él.

—Dime si tuviste una buena relación con él.

—Echo de menos a mi padre cada día y lo seguiré haciendo mientras viva. También celebro cada día que pasé a su lado. Nunca sentí la necesidad de tener una madre ni jamás me pregunté qué habría sido de mi vida si la hubiera tenido. Me crie con mi padre y con mi abuela. No sé si esto te dará paz o no, pero nunca te he odiado ni lo hago ahora. Puede que sea mucho más simple que todo eso. Yo... solo quería verte la cara. Y siento que estés enferma. No puedo ni quiero decirte nada más.

—Claro, lo entiendo —dice levantándose—. Solo déjame abrazarte una vez.

No espera mi respuesta. Se acerca a mí y me envuelve con sus brazos. Yo, en un principio, estoy rígida como un palo, pero un segundo después consigo mover un brazo y darle unas palmadas en la espalda. No soy capaz de más.

Me aparto suavemente.

—Adiós, Caroline —le digo apartándome de ella—. Yo... solo puedo desearte... esa paz que necesitas.

—Gracias, Chloe. Sé feliz. Ha sido un placer conocerte y... gracias por venir.

La miro por última vez y me alejo a paso ligero.

Estoy muy confundida. ¿Qué le podía decir a alguien que afirma ser mi madre y que solo quiere verme una vez antes de morir?

Siento angustia y ganas de salir corriendo. Algo me dice que esto, sea lo que sea, no se acaba aquí.

Capítulo 9

Andrew

Ha sido un día muy largo, un sábado eterno. No solo por el número de pacientes que han acudido a las urgencias del hospital, sino por todas las veces que he tenido que buscar un rincón aislado para poder dedicarme a recuperar el control de mi respiración y... el control en general.

Debería sentir satisfacción por salir del hospital y dar por terminada mi jornada, pero ni siquiera eso me consuela. Solo siento algo de alivio por poder respirar aire fresco sin interrupciones.

Debería hacer planes para disfrutar de esta noche. Podría aceptar la propuesta de David, mi mejor amigo, o incluso otras que he recibido de algún otro compañero, pero no lo voy a hacer.

Debería hacer muchas cosas, pero, de momento, solo soy capaz de estar plantado en mitad de la calle, con los ánimos a ras del suelo, esperando que un taxi se apiade de mí y me lleve hasta mi apartamento.

Puede que esos ánimos cambiaran si tuviera que disputarme el taxi con una belleza inusual de ojos azul claro.

Es curioso que, después de sentirme como me siento, soy capaz de pensar que volver a ver a esa mujer, podría mejorar lo que queda de día.

Y lo haría...

Se me olvidaría la llamada que recibí ayer por la noche del doctor Mitchell. Se me olvidaría que necesito un cambio urgente en mi trabajo, pero que las posibilidades de hacerlo en poco tiempo no existen.

Cuando llego a mi apartamento, me encuentro a David en el portal. Es mi mejor amigo, médico también.

—¿Qué haces aquí?

—Quería asegurarme de que era verdad lo que me has dicho y no una excusa. Tienes un aspecto espantoso, así que... ¡Te creo! —me confiesa arrugando la frente.

Me ha propuesto salir esta noche y le he dicho que me resultaba imposible hacerlo porque estaba agotado.

—Y si fuera una excusa, ¿qué? Tú también lo has hecho muchas veces.

—¿Estás enamorado? —me pregunta dejándome perplejo.

—¿Qué? ¿De dónde has sacado eso?

—Mis excusas eran por ese motivo. Si tú no lo estás, no es comparable.

—No tengo la cabeza para...

—Invítame a una cerveza y te dejo en paz.

Meneo la cabeza y abro la puerta del edificio haciéndole una señal con la mano.

No tardamos en acomodarnos. En parte, me alegro de que haya venido, creo que necesito más de lo que creía compartir con él lo que siento después de la llamada.

—¿Solo es cansancio?

—Ayer me llamó Mitchell. De siete meses a un año. Ese es el plazo que ha mencionado para que pueda incorporarme a la plantilla del Hospital de Oxford.

—Eso no sería una mala noticia si tu trabajo actual...

—Me proporcionara algo de motivación —termino la frase por él sabiendo que es algo muy parecido a lo que pretendía decir.

—Contar con el compromiso del doctor Mitchell para obtener esa plaza a «corto plazo», es un logro importante, Andrew, y deberías estar celebrándolo.

—Lo sé, pero ese «corto plazo» me parece una vida entera, o dos.

El doctor Mitchell fue mi profesor en la Universidad de Oxford, donde cursé mis estudios de Medicina, y también es miembro del departamento de investigación en el John Radcliffe Hospital. Un peso pesado en la institución que siempre me ha guiado en todos mis pasos. Pasos que, hasta hace un año y medio, eran firmes, pero que dieron un giro y me llevaron de cabeza a la situación en la que estoy, ralentizando mis planes en la medicina interna, mi especialidad. Aun así, conseguí completar casi en su totalidad mi formación, pero a base de muchos obstáculos.

Mitchell fue el que me aconsejó desvincularme, aunque fuera de forma parcial, del hospital de Londres, el que llevo tiempo deseando perder de vista para siempre, y compaginarlo con un trabajo que me permitiera estar activo en la medicina hasta que pueda incorporarme a Oxford y acabar allí la poca formación que aún me queda, dentro de la especialidad. Pero esperaba que el plazo fuera más corto.

—Toca esperar, David, no puedo hacer nada más. Bristol ha supuesto una vía de escape, pero solo eso. Me está costando compaginar dos trabajos que se encuentran a ciento treinta millas el uno del otro. En este apartamento, de jueves a domingo, y en el que he alquilado en Bristol, de lunes a miércoles... Me está consumiendo tanto desplazamiento. Y si añadimos las malditas jornadas de urgencias... —Resoplo con fuerza—. El caso es que cada vez me las plantean con más frecuencia. Hoy mismo he cubierto a una compañera. Esa fase ya la he vivido y ahora me parece fuera de lugar.

—Lo sé, amigo, creo que nadie mejor que yo te puede entender. Todavía, después de casi... un año y medio, sigo pensando que tu futuro en el King's Collage se torció por mi culpa. Tenías un camino bien trazado y trabajaste mucho para conseguirlo.

—Es bastante absurdo que te culpes por eso. Sabes como yo que la política del hospital deja mucho que desear. Nos abrió los ojos a los dos.

David denunció a un médico que tenía por costumbre beber antes de sus intervenciones quirúrgicas. La vida de una mujer joven fue la primera consecuencia de ello. A pesar de la gravedad del asunto, David no contó con el apoyo ni de la directiva del hospital ni de muchos compañeros, que interpretaron de la manera más mediocre el concepto de corporativismo.

A pesar de que el médico fue inhabilitado por la justicia y a pesar de que ingresó en un centro de desintoxicación por su adicción al alcohol, el hospital optó por negar las posibilidades de ascenso a David y a todo aquel que le había ofrecido apoyo.

El médico denunciado, aparte de contar con la simpatía de todos, pertenecía a una familia muy adinerada e influyente que invertía muchas cantidades de dinero en los proyectos de investigación del hospital. Cantidades que se rebajaron considerablemente tras el juicio.

Mi apoyo a David también tuvo consecuencias para mí, negándome la posibilidad de optar a

una plaza en medicina interna, la misma por la que llevo luchando muchos años y me he ganado con creces.

David se marchó pocos meses después del conflicto y yo, de momento, solo he podido optar por reducir mi jornada y trabajar en el hospital de Bristol, un buen lugar, pero lejano a mis aspiraciones en la medicina.

—Andrew, yo lo conseguí. Ahora estoy encantado en el Royal Sussex —me confiesa refiriéndose al hospital de Brighton, donde trabaja desde hace poco menos de un año—. Tú también lo conseguirás. La espera valdrá la pena.

—No tengo una garantía absoluta.

—Sé que Mitchell no te lo habría propuesto si no fuera posible. En cualquier caso, podrías entrar por otra puerta, pero entrarás, al fin y al cabo. Es lo que necesitas. Siempre fuiste el preferido de Mitchell.

Nos echamos a reír y nos dedicamos a recordar viejas anécdotas universitarias, un modo de dar por finalizado el tema y también de disfrutar recordando aquellos irrepetibles tiempos.

—¿Cómo está el asunto con... esa mujer, la hija de los amigos de tus padres?

David conoce el tema de Olivia. Solemos estar al corriente de todo lo que sucede en nuestras vidas, como hemos hecho siempre, desde que nos conocemos. Él está casado con Ashley, una americana maravillosa que conoció un año y medio atrás. Aunque nuestras agendas son distintas, siempre encontramos tiempo para llamarnos o reunirnos. Adoro a esa mujer, especialmente por lo que ha conseguido hacer en la vida de mi amigo: que sea feliz.

—Es curioso, mi padre me ha preguntado lo mismo esta mañana. Pues... no sé nada de ella desde hace tres días, desde que hablé con mi padre del tema.

—¿Eso significa algo?

—Nunca antes, desde que la conozco, ha estado tres días sin «manifestarse» de una u otra manera. Creo que se ha dado cuenta.

—No cantes victoria todavía.

—Gracias, eres único dando ánimos —le digo echándome a reír.

—¿Qué es eso que te gusta tanto de ella? No recuerdo su nombre.

—Olivia. Lo que más me atrae de ella es su necesidad de hablar constantemente de sí misma.

—Entiendo —confiesa arrugando la nariz.

—¿Decepcionado? Creo que Ashley te está contagiando sus ganas de que tenga una novia o lo más parecido a ese título.

—No desiste —me confiesa echándose de nuevo a reír—. Dice que te va a presentar a alguna amiga suya de Los Ángeles.

—Ya lo intentó con la amiga que vino a la boda.

—Seguirá intentándolo con otra.

—Dile que no quiero ni necesito una novia, y que mucho menos quiero que sea americana.

—Eso le va a doler.

Bromeamos durante unos minutos más sobre las ocurrencias de Ashley y nos despedimos.

«Americana», repito en voz alta en cuanto David desaparece.

Seguro que la belleza de ojos claros es americana. Eso me pareció. Su acento era parecido, aunque no igual, al de Ashley. Claro que, no habló mucho. Pero sí lo suficiente para dejarme claro que estaba enfadada y que no era inglesa.

¿Por qué me acusó de robarle el taxi?

¿Lo hice?

Probablemente sí, pero ni siquiera la vi.

Y esa mueca que hizo con los labios...

«Has salido de la nada», recuerdo sus palabras.

De la nada...

Ojalá saliera de ella, de esa nada, porque es ahí donde siento que estoy: en «ningún lugar».

Me pregunto si no es preocupante que esté pensando en la americana de ojos claros cuando probablemente no vuelva a verla en toda mi vida.

Capítulo 10

Chloe

—¿Se ha incorporado alguien nuevo al bufete? —le pregunto a Thomas en la sala de descanso nada más entrar. Intuía que debía encontrarse aquí.

—No, que yo sepa —responde pensativo.

—Entonces no lo comprendo.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre que, por primera vez en una semana, la señorita Hill —recalco su nombre— ha sido amable conmigo.

Thomas se echa a reír y me señala una enorme tetera.

—No, gracias. No consigo hacerme amiga del té.

—¿Sigues añorando tu café neoyorkino?

—Le seré fiel mientras viva.

—¿Qué ha pasado exactamente con Hill? —me pregunta mientras se sienta en uno de los sillones raros y empieza a jugar con un mechón de cabello que se le ha escapado de su coleta pelirroja.

—Me ha felicitado por la revisión de un acuerdo.

—Eso significa que ya ha llegado la paz. Ya te dije que le dieras tiempo, aunque te confieso que tenía mis dudas. No esperes que sea amable todos los días, pero algo es algo. Si no estás en su punto de mira, celébralo.

Thomas ha sido mi paño de lágrimas estos días. Hace una semana exacta que me incorporé y no ha habido un solo momento, hasta hace una hora, que esa mujer me haya dado un respiro. Su actitud altiva y sus comentarios hirientes no han cesado ni un solo momento. Su necesidad de hacerme creer que está por encima del bien, del mal y de todo lo que habita en el planeta, ha sido constante. «Veo que no tienes ni idea». «Así llegarás muy lejos, becaria», «¿Te has planteado cambiar de profesión?», «No estás en Nueva York, sino bajo mis dominios».

Thomas me ha animado en todo momento aconsejándome que no me enfrentara a ella, pero estaba a punto de perder la paciencia.

Intenté consolarme con mi jefe, Steven, pero acabé sintiéndome mucho peor cuando vi que mis quejas le parecían divertidas y les restaba importancia.

—Tiene un programa muy completo para que le saques provecho a tu estancia. Aprovéchalo. Y deja de quejarte, podías haber optado por Milán o por Madrid —añadió sin perder la diversión.

Por lo poco que llevo en este lugar, sé que esa mujer es un peso pesado, y no se puede negar su nivel de conocimientos en el mundo mercantil. A pesar de su volumen de trabajo, parece capacitada para estar en todas partes al mismo tiempo y... con resultados óptimos. Eso no puedo negarlo. La admiraría si no fuera tan prepotente y narcisista. Eso le resta en todos los sentidos.

Mantiene varias reuniones al día, habla constantemente por teléfono esté donde esté y, además, tiene tiempo para supervisar todo mi trabajo con una precisión y meticulosidad que exaspera y... hasta ofende.

No la soporto, y si lo que me ha ofrecido hace un rato no se trata de una tregua permanente, no sé si voy a poder soportarlo más; no sé si voy a ser capaz de seguir callando.

Confieso que cuando ha entrado en mi despacho con una sonrisa felicitándome por el acuerdo que he redactado en su totalidad, uno en el que he trabajado incluso desde mi apartamento, me ha hecho respirar tranquila.

En fin... Puede que lo peor haya pasado. Nadie puede soportar un trato así durante meses. ¿O sí? ¿Nadie se ha quejado formalmente?

Una hora después, decido salir del edificio para aprovechar mi hora de descanso. Ningún día hasta ahora he podido hacerlo. No entiendo la forma que tienen de trabajar, incluso el resto de compañeros me parecen desangelados. Son cordiales, relativamente amables, pero parecen robots. Claro que, en Manhattan tampoco hay un ambiente maravilloso y cercano. Si no fuera por Sarah...

Cuando salgo del despacho, me vuelvo a encontrar con ella.

—¿Te vas?

No interpreto bien su tono y eso me descoloca.

—Sí, necesito un poco de aire fresco.

—Te irá bien. A veces es mejor salir y cargar las pilas fuera.

Sigue la tregua. ¡Qué alivio!

—¿Querías estar presente mañana en el planteamiento inicial de una demanda contra una empresa australiana? Es muy compleja.

—Claro, será un placer. Me encantará.

Es la primera vez que me pregunta y la primera que su tono es «normal».

Desaparece de mi vista y yo me descubro sonriendo cuando paso delante de uno de los espejos que adornan el vestíbulo.

Siento que floto al caminar y decido dirigirme al edificio anexo, a una cafetería muy acogedora que llevo días intentando visitar: recomendación de Thomas.

Está situada en los bajos del edificio. La mitad está cubierta y la otra mitad se extiende hacia una zona ajardinada delimitada por columnas que parecen de cristal.

Solo los días en que la lluvia no está presente, que son pocos, se puede disfrutar de ella. Hoy es uno de esos días.

Los rayos de sol se cuelan por las columnas y ofrecen todo un espectáculo para la vista.

Empiezo a relajarme al tiempo que disfruto de un refresco cargado de cafeína, decorado con algo parecido a un jardín botánico.

Parece que la tregua de la señorita insoportable me ha sentado bien. Puede que ello me ayude a apartar por completo la visita de... Caroline. Aunque lo he intentado, me resulta difícil apartarla de mi cabeza.

Cierro los ojos para disfrutar de aquellos inusuales rayitos de sol y cuando vuelvo a abrir los ojos me encuentro con otros que me están mirando fijamente.

Son del color de la miel y los he visto antes. Incluso he soñado con ellos.

Capítulo 11

Andrew

«No cantes victoria tan pronto», fue lo que me dijo David refiriéndose a Olivia.

Tenía razón.

Conforme avanzaba la semana me iba alegrando cada vez más de ver que se iban sumando días a su silencio, que ha durado justo una semana; el reloj de esa alegría se detuvo anoche.

Me envió un mensaje que ignoré por no encontrarme de humor para enfrentarme a ella, y se ha repetido esta mañana, cuando me ha llamado. Aunque no he atendido su llamada, me ha enviado un mensaje, uno más.

¿Cuándo nos vemos señor ocupado?

¿Cafetería? ¿Fin de semana?

¿Alguna sugerencia?

Te he echado de menos.

Así de ingeniosa y original se ha mostrado.

Tengo claro que esta misma noche la voy a llamar para dejarle las cosas claras. Por esa razón, no pienso acudir a la cafetería, a ninguna de las dos del hospital; por si aparece... No es el lugar más indicado para hablar del tema.

Me desprendo de mi uniforme de trabajo y me dirijo a una cafetería que hay a dos manzanas del hospital. Si algo necesito es tomarme un té tranquilo. Ha sido un día espantoso y presiento que seguirá siéndolo.

Asomo la cabeza desde un lateral de la zona exterior para ver si hay alguien sospechoso y me quedo completamente clavado al suelo cuando veo a la americana de ojos claros sentada frente a una de las mesas que hay en una esquina.

No sé qué hacer. Estoy fascinado observando cómo tiene los ojos cerrados y la cabeza ligeramente alzada hacia arriba.

Es americana, seguro. Ashley se queda igual de absorta cuando hay un rayo de sol.

Me acerco lentamente. No sé qué voy a decirle, pero algo se me tiene que ocurrir.

Cuando estoy cerca, sin que haya posibilidades de que ella me haya descubierto todavía, me enfrento a la peor de mis pesadillas: Olivia está en el otro extremo, mirando hacia donde me encuentro. ¿Qué ha pasado? ¿Me ha seguido? ¡Maldita sea!

Intento no desesperarme y recuperar la calma.

Disimulo para que no vea que he advertido su presencia, al tiempo que una idea se me cruza fugazmente por la cabeza.

No hay tiempo para pensar. Seguramente si lo hago no seré capaz de dar ni un paso.

«Papá, no sé por qué te hago caso», pienso mientras acelero mi paso hacia la belleza americana.

En cuanto estoy a su altura, abre los ojos y muestra su sorpresa alzando las cejas.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí?

—El que me robó el taxi.

Sí, ese mismo, aunque no se lo digo.

Me acerco hacia ella, la sujeto de un brazo y tiro suavemente de ella mientras consigo que se levante.

—¿Qué...? —dice ella sin dar crédito a lo que hago.

—Hay alguien que nos está mirando y necesito besarte. Por favor, no digas nada, solo será un segundo —le digo tan rápido que no tengo claro que haya podido entenderme.

Sé a lo que me expongo y seguramente me salga mal la jugada, pero creo que me da igual. Ni siquiera tengo claro que lo haga por Olivia.

Lo que está claro es que he perdido el juicio.

Sin pensarlo más, me acerco a ella, que sigue perpleja, y me inclino para besarla. Estoy preparado para cualquier cosa, pero no para que acepte mi contacto.

No sé si son seis, cinco o quince segundos, pero esos labios ligeramente separados, carnosos y de un rojo que deslumbra, saben a gloria.

Separo mis labios de ella y los dirijo a su oído: ¡Me debías una!

Me preparo para cualquier cosa, pero no se produce.

Una voz conocida se encarga de ponerle desenlace a esta locura.

—¡Qué decepción, Andrew! No me puedo creer lo que estoy viendo.

Ella reacciona ante las palabras de Olivia, da un paso atrás para acabar de separarse de mí y la mira horrorizada. Después me mira a mí con una expresión de odio que me estremece.

Yo me limito a mirar fijamente a Olivia.

¿No podía ver la escena y desaparecer? ¿Tenía que acercarse dispuesta a montar un número ridículo?

Claro que, para ridículo, el que yo siento ahora mismo.

—No es el momento, Olivia —le digo tajante. Puedo jurar que mi mente ha dejado de funcionar.

—¿Con una becaria americana? ¡Qué poca clase tienes! —me dice mirándome fijamente y girándose hacia ella después, hacia la ¿becaria americana? ¿Por qué ha dicho eso?

—Yo... Yo no tengo ni idea de... —Empieza a decir la belleza antes de que Olivia la interrumpa.

—¡Cállate, estúpida! —le dice antes de atravesarme una última vez con la mirada y marcharse a toda prisa.

No sé muy bien qué está pasando. Sé que la situación ha sido absurda, pero algo está fuera de lugar y no sé qué es.

Después de seguir con la mirada a Olivia, sorprendido de que la belleza no se haya vuelto a pronunciar, me enfrento a su mirada azul cargada de odio.

—¿Os conocéis? —le pregunto cuando empiezo a sentir que mi cerebro vuelve a funcionar.

—¿Que si nos conocemos? Es mi jefa, maldito imbécil.

Capítulo 12

Chloe

Durante unos segundos tengo la esperanza de que esto se trate de un episodio de mal gusto que mi cerebro se ha empeñado en recrear mientras duermo.

Todo ha sido un sueño. Mi subconsciente se ha liberado y ha recreado una escena en la que el chico guapo de ojos color de miel me besa y aparece la bruja, que es su novia, indignada por la escena. Ahora me despertaré en mi apartamento londinense y descubriré que todo ha sido un sueño. ¡No! Mucho mejor, me despertaré en mi apartamento de Manhattan y descubriré que todo ha sido una estúpida pesadilla.

—¿Es tu jefa? —Esas son las palabras que se llevan toda mi esperanza.

Lo miro fijamente y me doy cuenta de que, una vez más, como viene siendo habitual en mí en las últimas semanas, soy incapaz de decir nada: estoy demasiado impresionada. No proceso tan deprisa como debería, mucho menos los episodios surrealistas.

Por fin, empiezo a reaccionar. La sangre vuelve a circular dentro de mi cerebro y soy capaz de abrir la boca para decir algo.

—Sí, es mi jefa, tu novia es mi jefa. ¿Se puede saber qué narices has hecho? —le acuso muy alterada.

—No, no es mi novia —se defiende el chico increíblemente guapo mirándome con incredulidad y hasta... con lástima—. Yo... lo que he hecho... es una estupidez, está claro, pero no era lo que yo pretendía...

—¿No? ¿Y qué pretendías? Sales de la nada otra vez, me dices que... —Hago una breve pausa recordando— que quieres que alguien te vea, o algo parecido, me besas y... aparece la que querías que te viera besándome y... me mira dispuesta a volver a joderme la vida. ¿Me he dejado algo? —La pregunta ha salido en un tono lo suficientemente alto como para que sienta algunas miradas cercanas clavadas en mí.

—Lo siento, siento que sea... tu jefa —Se peina con los dedos y después levanta las palmas de las manos a modo de defensa o... a saber de qué.

—Pero ¿en qué narices estabas pensando? Tú no eres muy listo, ¿verdad? —le digo apretando los puños en cuanto siento que la rabia se está apoderando de mí.

—Déjame que te lo explique...

—No, a mí no, a mí no me tienes que explicar nada, eso se lo explicas a tu novia.

—No es mi novia.

—¿No? Vaya. Pues no parecía muy feliz con la escena.

—Eso es lo que yo pretendía, que ella viera la escena, pero no es mi novia. Todo ha pasado muy deprisa. Te he visto... y... no lo he pensado.

—No se te da muy bien pensar, ¿verdad?

—Todo ha ocurrido muy deprisa —repite moviendo la cabeza—. Te he visto y... como ya nos conocíamos...

—¿Conocernos? ¿Te refieres al día en que me intentaste robar el taxi?

—No, no, no. No intenté robártelo, sigues equivocada. En cualquier caso, te lo cedí... y... como me debías una...

—¿Que yo te debía una? ¿Por cederme un taxi que querías robarme? ¿Y por eso has creído que podías besarme e interpretar esa gilipollez de escena?

—Bueno, esa parte no ha sido tan mala, ¿cierto? —Un amago de sonrisa aparece dibujada en sus labios, pero es fugaz—. Después se ha estropeado, pero hasta ahí... Creo que me has respondido un poquito, ¿no?

—¿Te estás burlando de mí? ¡Eres un cínico! —le acusó sin dar crédito a lo que escucho. El muy gilipollas se lo está pasando en grande. Pero ¿qué puedo esperar?

—Escúchame —murmura borrando la sonrisa—, lo siento, ya sé que es una situación ridícula, lo sé, pero...

—Pero me has jodido, eso es lo que ha pasado. Esa bruja —Se me olvida que estoy hablando con su novio o con quien quiera que sea, pero ese nombre es el único que soy capaz de pronunciar para referirme a ella— lleva jodiéndome una semana, una que se me está haciendo eterna, y justo hace un par de horas parecía que se había convertido en un ser humano normal que se empezaba a comportar como... un ser humano normal, pero, ¡claro!, el impresentable de su novio se abalanza sobre mí y me besa delante de sus ojitos de bruja... Y tengo que estar bajo sus órdenes durante seis meses más, seis largos meses que tú te has encargado de que se conviertan en un putito infierno.

—Vaya, es peor de lo que pensaba.

—¿Haces esto a menudo? ¿Qué querías, darle celos? ¿No te parece un poco cutre? ¿En qué siglo vives?

—No eran celos, déjame explicártelo...

—No me interesa lo que hayas hecho, solo lo mucho que me has jodido.

—Ojalá pudiera cambiarlo, pero...

—Claro que puedes cambiarlo —le interrumpo intentando utilizar un tono más suave. No quiero que haya más miradas clavadas en nosotros—. A mí no me tienes que explicar nada, a mí no, sino a ella. Ahora mismo vas a salir corriendo detrás de esa... de la señorita Hill —Suavizo más el tono de mi voz— y le vas a contar lo que ha pasado. Me importa muy poco lo que le cuentes respecto a ti, solo quiero que quede clara mi parte de la historia. Le vas a decir que no te conozco de nada...

—Eso no es del todo cierto, algo... sí que te conozco.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿A mí me conoces? ¿Te refieres al día que me robaste un taxi? ¿Otra vez ese puñetero tema?

—Eres tú la que insiste en acusarme, pero... sí, me refiero a ese día. Eso cuenta a la hora de decir que nos conocemos, ¿no crees?

—Estoy hablando en serio.

—Vale, disculpa, solo quería dejar claro que yo no robo taxis.

No me puedo creer que siga insistiendo en ese tema. Estoy a punto de lanzarme sobre él y descargar toda la frustración que siento en este momento.

—Mientras tú te diviertes, yo intento arreglar esto porque es a mí a quien perjudica tu brillante idea, ¿lo entiendes?

—Te vuelvo a decir que lo siento.

—No lo digas más, ¡haz algo! Corre tras ella y dile que yo no te conozco de nada —continúo mientras me esfuerzo en recuperar el control—, y también que me has asaltado tú, y también que...

—¿Asaltado? No me gusta mucho esa palabra. No es lo que pretendía.

—Me quedan veinte minutos de descanso y quiero que los aproveches para dejarle claro a esa mujer lo que ha pasado. Deja clara mi parte, lo demás es asunto tuyo. Aunque te aconsejo que aterrices en este siglo porque eso de darle celos besando a otra... Merece un estudio a fondo.

—No es eso lo que pretendía —se defiende molesto—. Mi idea era que ella presenciara la escena, pero no ha salido como yo quería.

—Deja de perder el tiempo aquí. Ve a buscarla y aclárale lo que ha ocurrido. Cuando yo vuelva a entrar en la oficina, lo tiene que tener todo clarito. ¿Te parece bien?

—Me parece justo, pero...

—¡Vete! —Esta vez se lo imploro. Paso de la rabia a la desesperación. Debe haberlo percibido porque me mira de una forma diferente. Si conoce a la bruja, sabrá de lo que es capaz. He conseguido conmoverlo. Necesito que le aclare este maldito asunto.

—Está bien.

—Vete, por favor —le insisto—. No sé cómo va eso de «me debes una», pero creo que ahora eres tú quién me debe una a mí...

—Veré que puedo hacer... Lo siento, de verdad.

Me doy la vuelta bruscamente y tropiezo con la silla en una situación de esas en la que se acaba pidiéndole a la tierra que te trague.

Intento alejarme a toda prisa y me enfrento a unas cuantas miradas de clientes de la cafetería que han debido estar pendientes del enfrentamiento.

Me giro antes de atravesar las puertas de salida y veo que el chico guapo que piensa poco ya no está.

¡Menudo gilipollas!

Salgo del local confundida, temblando y sin saber hacia dónde dirigirme. Tengo esperanzas de que ese hombre hable con ella, pero, la verdad es que tengo pocas.

No sé qué ha ocurrido, todavía no he tenido tiempo de asimilarlo.

Esos labios...

Esos ojos de color miel...

Ese contacto...

¡La bruja!

«Que poca clase tienes», me retumban en la cabeza sus palabras.

«Becaria americana», me retumba más fuerte aún.

Esto es una locura. ¿Ese tío sabía que ella era mi jefa?

No, claro que no, ¿qué sentido tiene eso?

Claro que, nada tiene sentido en todo esto.

Me siento en un rincón apartado del vestíbulo del edificio mientras intento calmarme. Cierro los ojos esperando que ese gilipollas esté haciendo algo por arreglar esta maldita situación.

¿Qué más me puede pasar? Desde que llegué a esta ciudad, no puedo decir que me haya ocurrido nada bueno.

Si mi padre estuviera aquí me diría que todo lo malo tiene un sentido y que trae siempre algo bueno detrás.

Recordarlo hace que se me dibuje una sonrisa. Creo que él es el único capaz de hacerme sonreír en este momento.

¿Qué bueno puede traerme esto?

Solo es mala suerte. Ese estúpido se ha cruzado en mi camino para complicarme la vida y...

Me interrumpe el sonido de mi teléfono móvil. En la pantalla aparece un número desconocido que no está entre mis contactos.

Dudo.

—¡Hola! —pronuncio en un susurro al descolgar.

—Hola, Chloe. Soy Natalie, ¿te acuerdas de mí? Nos conocimos hace unos días, en el parque de Tetbury.

—Sí, claro que sí —admito recordando a la mujer que me saludó antes de conocer a... Caroline.

—Siento decirte que... tu madre ha fallecido.

¿Y yo me preguntaba qué más podía pasarme?

La respuesta ha llegado en tan solo unos minutos.

Capítulo 13

Andrew

No sé qué estoy haciendo dando vueltas alrededor del hospital. Necesito pensar con claridad, pero ahora es muy difícil conseguirlo.

¿Por qué Olivia no se ha limitado a ver la escena y desaparecer con las conclusiones bien claras? ¿Tenía que acercarse a decir las tonterías que ha dicho?

«Me has decepcionado», han sido sus palabras. ¿De qué va esa mujer?

El único que ha decepcionado a alguien he sido yo a mí mismo.

¡Qué ridículo!

¡Qué situación más infantil y absurda!

Pero me lo tengo bien merecido. ¿En qué momento se me ha ocurrido hacer algo así?

Sé la respuesta, sé que, independientemente de la presencia de Olivia, me he dejado llevar por la presencia de... No sé cómo se llama. Lo de Olivia ha debido ser una excusa que mi mente ha trabajado con tal de acercarme a ella. Pero podía haberlo hecho de mil maneras distintas...

Y lo peor es que Olivia es la jefa de esa belleza.

«Becaria americana», la ha llamado. Y el tono no era muy amigable, más bien despectivo.

¿Es abogada...?

¿Ha dicho que le estaba haciendo la vida imposible? ¿Seis meses? Ojalá pudiera recordar bien lo que ha dicho, pero estoy confundido de todas las maneras.

Sé que esa chica va a tener problemas por mi culpa, me lo ha dejado claro, pero... ¿qué puedo hacer? Me he comprometido, de alguna manera, a intentar aclarar esto, pero eso no va a ser posible.

No puedo llamar a Olivia. ¿O sí? No creo que quiera escucharme, mucho menos con el episodio tan reciente, pero siento que se lo debo a esa chica. Al fin y al cabo, yo he sido el que la ha metido en esto.

¿Por qué escuché a mi padre?

No, no puedo ser tan injusto. Mi padre no tiene la culpa. Seguro que él, incluso llevando a cabo su idea, no lo habría hecho de una forma tan torpe como la mía.

Nunca me había sentido tan estúpido. Debería haber hablado con Olivia mucho antes. Lo único que he hecho es empeorarlo todo y de la forma más tonta e infantil.

Pero ahora no es momento de reflexiones. Debo hacer algo, pero... no sé qué hacer.

Meto mi mano en mi bolsillo y acaricio mi móvil.

¿La llamo o no la llamo?

¿No es un poco ridículo llamarla para decirle que la belleza no tiene nada que ver en todo esto? ¿Acaso eso va a servir para algo? Seguramente no, pero no me siento bien recordando el lío en el que he metido a la chica americana.

Debo intentarlo.

Presiono en la pantalla sobre el nombre de Olivia. Trago saliva, respiro hondo y espero.

Varios tonos de llamada. No descuelga.

Al menos lo he intentado. Espero que sea ella la que aclare la situación.

Debería sentirme peor de lo que me siento.

Debería estar pensando en la reacción que ha tenido Olivia, en los problemas que podría tener la «becaria americana» por mi culpa, pero... solo puedo pensar en los segundos en los que sus labios y los míos se han acariciado.

¿Debería preocuparme?

Capítulo 14

Chloe

Tal y como imaginaba, la situación ha sido cada vez peor en el bufete.

Ayer, cuando volví de mi descanso, no me encontré con la señorita Hill, u Olivia, o la bruja... en ningún momento.

Desconozco si ella volvió antes o después que yo, pero lo que restó de tarde estuvo reunida. Sin embargo, esta mañana me la he encontrado nada más llegar.

Lo primero que he intentado es hablar de lo que ocurrió ayer. Desconozco si el protagonista de ese tema llegó o no a hablar con ella.

—Señorita Hill, querría aclarar el malentendido de ayer con... ese hombre —le he dicho intentando mostrar un tono de voz que indicara seguridad.

Se ha girado bruscamente hacia mí y me ha mirado de una forma que he creído por un momento que saldría fuego de sus ojos.

—¿Me estás hablando de algún asunto personal? —ha recalcado cada palabra y ha acentuado su mirada cargada de odio.

—Yo solo quería aclarar...

—No te atrevas a hablarme nunca más de algo que tenga que ver con mi vida personal. ¡Nunca! Y ahora ponte a trabajar que para eso estás aquí. Encontrarás sobre tu mesa acuerdos que ya no están vigentes. Busca algo que se nos pudiera haber pasado por alto y redacta las conclusiones. ¡De todos!

—¿Y la reunión del contrato australiano?

—Ya te he dejado claro lo que tienes que hacer —me ha dicho recorriéndome con la mirada de arriba a abajo.

Cada vez que recuerdo todo lo que ha ido ocurriendo durante el día, más me deprimó.

Ya no sé si debo seguir culpando al chico guapo, a esa bruja o al poco valor que he tenido para enfrentarme a ella.

¿Qué me ocurre?

Esto no lo voy a soportar mucho tiempo.

Vuelvo a concentrarme en todos los contratos que decoran mi mesa y suspiro.

Por suerte, mi jornada ha terminado y puedo empezar a disfrutar del fin de semana alejada de esa bruja.

Cuando estoy a punto de salir, la ayudante de esa odiosa mujer entra en mi despacho, cargada con una buena pila de carpetas.

—¿Dónde te las dejo? —me pregunta haciendo equilibrio sobre sus tacones de mil centímetros.

—¿Qué es? —pregunto sospechando de qué puede tratarse.

—Contratos antiguos. Debes crear una nueva base de datos con el programa nuevo. Todos tienen fecha de finalización. Hay veintiséis.

—Déjalos en el suelo —le digo sonriendo, dejándome la vida para que no perciba lo que estoy sintiendo.

—¿En qué parte del suelo? —me pregunta con la característica amabilidad que también a ella, como a su jefa, la caracterizan.

—Elige tú.

Los deja caer con desgana.

—Ahí me parece muy bien —le digo antes de recibir una mirada despectiva.

Siento ganas de llorar. Esto no me puede estar pasando. Todo lo que me ha asignado esa bruja es un trabajo administrativo que a mí no me corresponde hacer. No he venido a este lugar para esto.

Me siento como si estuviera en el colegio, castigada por haber hecho alguna travesura.

Una hora más tarde, me lanzo sobre mi cama. Quiero apartarlo todo de mi cabeza. No quiero pensar en esa bruja ni en el beso de su novio inmaduro, pero sí hay algo a lo que tengo que enfrentarme de forma inmediata.

Me apodero de mi móvil.

—Hola, Chloe —me indica la voz dulce de Natalie nada más descolgar el teléfono—. ¿Has cambiado de opinión?

—Sí. ¿Podrías decirme cuándo y dónde se celebra el funeral?

Capítulo 15

Chloe

Son las doce del mediodía y el sol ilumina con debilidad el cementerio de Tetbury. Las oscuras nubes amenazan con descargar de un momento a otro, pero parece que no lo harán durante la ceremonia que a pocos metros se está celebrando.

El cementerio se extiende en una colina suavemente inclinada, completamente rodeada de árboles de grandes dimensiones.

Antes de iniciar el descenso por el camino empedrado, escucho un motor detrás de mí. Me giro lentamente y descubro la figura de un hombre joven, de mi misma edad, ataviado con un traje muy formal, oscuro, bajando de un coche negro y lujoso.

Nuestras miradas se cruzan y me doy la vuelta rápidamente para continuar mi camino sin detenerme.

Sigo avanzando por un camino empedrado que cubre la gran extensión de hierba que conduce hasta las tumbas y pequeños mausoleos.

Al acercarme, puedo calcular que hay más de cincuenta personas, todas ellas alrededor de la figura destacada de un sacerdote situado ligeramente a una altura superior.

Se trata de una ceremonia religiosa y no puedo dejar de pensar que es el único y quizás último dato que voy a tener de la mujer que en este momento están despidiendo todas esas personas.

Se me atraganta la palabra cuando pienso que se trata de mi ma... de la mujer que me parió.

«Y que la luz divina ilumine su camino hacia la paz y la redención», escucho decir antes de detenerme y hacerme un hueco junto al grupo.

Observo con calma y distancia, sin sentir el peso del dolor que parece envolver a los demás. Yo solo me siento envuelta en una extraña sensación de frialdad. Un «lo que pudo haber sido, pero nunca fue y que nunca necesité que fuera».

La ceremonia se alarga veinte minutos más. Muchos de ellos, especialmente los que muestran más señales de dolor, se acercan al féretro para lanzarle alguna flor.

Natalie aparece a mi lado sin que apenas me dé cuenta y me pone una mano en el hombro. Me ofrece una rosa y me hace una señal, pero niego con la cabeza. Ella asiente mostrando que respeta mi decisión y yo, guiada por un impulso, se la arrebató de las manos y me acerco al centro que cubre el grupo de personas para lanzarla con suavidad.

«Adiós, Caroline», pienso mientras veo cómo choca contra la reluciente madera del féretro.

No sé por qué me he animado a hacer algo tan personal, pero por un momento he sentido que era lo único y lo poco que esa mujer se iba a llevar de mí, además de un encuentro frío.

Natalie me está sonriendo cuando vuelvo a mi rincón y algunas miradas están puestas en mí.

Después de dos lecturas en las que, por un lado, Natalie, y por otro una anciana que no conozco, le han dedicado unas preciosas palabras a Caroline, se da por terminada la ceremonia y decido que ha llegado el momento de abandonar este lugar.

Antes de hacerlo, observo de nuevo al hombre joven que se ha bajado del coche lujoso. Está plantado a unos doscientos metros de mí. Algo en él ha llamado mi atención, pero no sé de qué se trata.

Le sigo con la mirada hasta verlo desaparecer.

—¿Estás bien? —me sorprende Natalie.

—Sí —respondo algo confusa antes de preguntarle algo que me ha rondado por la cabeza durante la ceremonia—. ¿Caroline tenía... marido, hijos?

—No —pronuncia tímidamente mientras se desprende de unas grandes gafas de sol que dejan al descubierto unos ojos ligeramente hinchados por el llanto.

—Quería darte las gracias por llamarme y por proporcionarme la información. Tengo que irme, es que esto es... —Me detengo sin saber qué palabras utilizar.

—Conozco toda la historia, Chloe, no tienes que justificarte. Hace muchos años que conozco a Caroline. Aparte de ser su ayudante, éramos amigas. Sé que la viste por primera vez el sábado pasado, cuando nos conocimos, hace justo una semana.

—Así es...

—Tú debes ser Chloe —me dice una voz femenina a mis espaldas.

Se trata de una anciana que viste de forma elegante. Su expresión es algo severa, pero desaparece en pocos segundos para dar lugar a una débil sonrisa.

—Es la señora Catherine Herbert —me aclara Natalie haciéndole un gesto cariñoso a la anciana—. Vive en la casa contigua a la de Caroline.

—Hola —le digo confundida alargando mi brazo para saludarla.

—Me alegra conocerte —me dice la anciana volviendo a su expresión severa.

—Igualmente. Yo... Tengo que irme. Ha sido un placer conocerla.

Natalie me sonríe y me frota cariñosamente el brazo, antes de que empiece a alejarme de ellas.

¿Es una lágrima lo que he visto descender por su mejilla?

Necesito salir de aquí. Siento no haber sido más atenta con la anciana, pero presentía que iba a hablar de Caroline y no quería pasar por una situación tan fuera de lugar.

A Caroline nunca llegaré a conocerla, ni tampoco es algo que lamente.

Ahora mismo solo soy capaz de lamentar la oscuridad que envuelve el lugar en el que me encuentro, a pesar de los frágiles rayos de sol. El lugar en el que descansará la mujer que me trajo al mundo. Una mujer religiosa, abogada, con una amiga fiel llamada Natalie y una vecina llamada Catherine.

Abandono Tetbury con una sensación amarga. Me pregunto qué sentido ha tenido el paso fugaz de Caroline por mi vida. Y me pregunto, también, por qué entre muchas otras sensaciones, la que impera en este momento es la de sentirme sola.

Capítulo 16

Andrew

Se van sumando los fines de semana en los que la palabra «nada» y «gris» se convierten en protagonistas. Se suman las excusas, cada vez más elaboradas, a mis amigos cuando me proponen algún plan, principalmente nocturno, y se suman los dolores de cabeza producidos por una exagerada actividad mental que nunca me lleva a ninguna parte; excepto a dar vueltas y vueltas en círculo sin encontrar la salida. Eso es lo que ha ocupado mi tiempo durante el largo fin de semana.

A ello se suma el hecho de que hoy, el primer día laborable de la semana, lunes, me encuentre en el hospital de Londres para solventar un asunto pendiente, uno que se podría haber resuelto sin que estuviera yo presente, pero que el hospital ha considerado, siguiendo su línea de buena colaboración, que debía solucionar en persona.

Debo admitir que no he luchado en exceso por impedirlo. Podría haber buscado una forma de solucionarlo a través de algún compañero, de esos que me deben muchos favores laborales, pero... había algo en mi confusa mente que me susurraba que cabía la posibilidad de encontrarme con la belleza americana. Pero mi intuición ha fallado: ni rastro de ella.

No es que las posibilidades fueran muy altas, al fin y al cabo, a pesar de la cercanía, el recinto que engloba el hospital y los edificios de oficinas es muy amplio, pero algo de esperanza tenía.

Me habría gustado volver a disculparme con ella. Me quedó un sabor muy amargo el jueves pasado, el propio después de tener una idea ridícula. El viernes también lo intenté, pero... ¡Ni rastro de ella! Claro que... sé dónde trabaja y a lo que se dedica, pero no sé ni siquiera su nombre. Intentar localizarla directamente en el bufete donde trabaja Olivia... no es una buena idea.

Se me dibuja una sonrisa cuando la recuerdo en aquel instante en el que estaba enfadada. Era graciosa su forma de expresarse...

Con la belleza en la cabeza, me dirijo al aparcamiento. Mi siguiente parada es el hospital de Bristol. Me espera una dura jornada y no tengo muchos ánimos para afrontarla.

Para bajar a la planta subterránea, debo atravesar la planta principal de extremo a extremo.

Al hacerlo, me encuentro con la persona que menos puede contribuir a cambiar mi estado de ánimo: Olivia.

No puedo creerme mi mala suerte. Me pregunto qué hace saliendo de la cafetería del hospital. ¿Me está buscando? No puede ser. Hoy es lunes. Mi presencia aquí es una excepción.

No tengo mucho tiempo para decidir si pasar de largo e ignorarla, o intentar aclarar el

malentendido. Si no fuera por la belleza, lo tendría claro.

No sé por qué, pero el tema «Olivia» siempre está condicionado por alguien.

Se acerca a mí y me obliga a detenerme. Bien, así no le queda muy clara cuál era mi intención.

Su mirada es... ¿desafiante?

—¿Es que no vas a decir nada? Creo que me debes una explicación.

—Yo no te debo nada, Olivia.

—Me has decepcionado mucho, Andrew, no me lo esperaba de ti.

—Eso se debe a que estabas muy confundida.

—¿Confundida? ¿Cómo no iba a estarlo? Si estás con otra y no me lo dices...

—No estoy con otra. Entre esa chica, la que trabaja contigo, y yo no hay nada. Tuve el impulso de... acercarme a ella y lo hice. No la conozco. No tengo relación con ella de ninguna clase.

—Búscate una excusa mejor. ¡Te vas superando!

—No es una excusa, aún no has entendido que no te tengo que dar explicaciones de nada. Solo pretendo aclararte lo que ha ocurrido respecto a esa chica, nada más.

—Para tu información, esa mosquita muerta no trabaja conmigo, sino para mí. ¿Es que no te lo ha dicho?

Esto empieza a superarme. Ya le he aclarado lo de la belleza americana, no tengo por qué seguir hablando con ella, mucho menos con ese tono de reproche con el que se está dirigiendo a mí.

—Olivia, tengo que marcharme. No quiero discutir contigo ni tengo que darte explicaciones de nada. Ya te he aclarado lo de... esa chica.

—¿Sigues con lo de Handley? ¿La inútil que me han enviado de Nueva York? ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

Aunque agradezco la información, me resulta repulsivo escucharla hablar con tanta prepotencia. Esta faceta no la conocía de Olivia. Sí, era pesada, y lo sigue siendo, pero nunca antes se mostró tan altiva. Hasta me revuelve el estómago.

—No deberías hablar así de las personas que trabajan contigo.

—Lo que tenga que ver con mi trabajo, es asunto mío. Esperaba más de ti, Andrew.

Ya me he hartado.

—Ese es el problema, Olivia —le digo en un tono más alto que el que he utilizado hasta ahora—, que esperabas algo que no debías esperar. Nos acostamos dos o tres veces, nada más. El hecho de que no atendiera tus llamadas, ni tus mensajes, ni me volviera loco de alegría cuando aparecías en la cafetería del hospital o... te ignorara cada vez que me hacías una propuesta para salir... debería haberte dado una pista de que... íbamos en direcciones opuestas. Ahora, espero que te haya quedado claro.

—No me puedo creer que me estés hablando así. Resulta que es culpa mía porque interpreté mal lo que había entre nosotros.

—No voy a perder más tiempo, Olivia. Entre nosotros ni hubo ni hay nada. —Hago intenciones de marcharme, pero ella insiste en prolongar esta absurda conversación.

—Andrew... Me voy a tragar mi orgullo por un momento, así que espera —Me mira con una expresión más suave—. Es evidente que entre tú y yo no puede haber nada, pero quisiera que tuviéramos un trato cordial. Ya he visto que no mereces la pena, pero nuestros padres son amigos y... quisiera ser considerada con ellos. No te negaré el saludo si te encuentro por el recinto... ¿Estás de acuerdo?

Esto es lo último que puedo soportar.

La fulmino con la mirada. Ni una palabra más. No puedo permitirme el lujo de perder tiempo ni dignidad con esta tía.

—¿Es que no me vas a responder? —me pregunta indignada mientras me alejo de ella—. ¿Cómo te atreves?

Sé que ha dicho algo más, pero no consigo entenderla. Tampoco me importa.

Este estúpido episodio solo ha hecho que empeorar el día y la maldita semana a la que tengo que enfrentarme.

Algo tiene que cambiar. Es evidente que no puedo continuar así.

Capítulo 17

Chloe

—Tengo que volver —me indica Thomas tras colgar una llamada—. El deber me llama. ¿Te quedas un rato más?

—Sí, lo necesito —le digo mostrando una mueca que le hace reír—. Aún tengo un rato libre.

Nos encontramos en una cafetería cercana a la oficina. Thomas me ha animado a salir cuando ha visto el nivel de saturación que tenía por culpa de esa odiosa mujer.

Por suerte, no ha propuesto que acudiéramos a la cafetería donde... donde el novio de la bruja me besó, sino a otra más cercana. Por nada del mundo querría volver a encontrarme con ese hombre.

Por segunda vez en los últimos veinte minutos, recibo la llamada de un número desconocido. No le he dado importancia, pero puede que deba atender la llamada...

—Hola —digo nada más descolgar.

—¿Chloe Handley? —me pregunta una voz masculina grave.

—Sí, soy yo.

—Soy Leonard Pemberton. Soy abogado y amigo de su madre.

Abro muchos los ojos. Algo me dice que esta conversación no va a ser agradable. ¿Mi madre? Qué mal me sigue sonando eso.

—¿Qué es lo que desea, señor Pemberton?

—Quisiera reunirme con usted para hablar del testamento de su madre. He pensado que podríamos reunirnos cuanto antes para...

—¡Un momento! —le interrumpo perpleja—. ¿De qué está hablando? ¿Un testamento?

—Sí, señorita Handley, eso es lo que he dicho. Como beneficiaria de...

—¡Espere! —le vuelvo a interrumpir—. Debe haber algún error.

—Señorita Handley, permítame que se lo explique. Su madre, Caroline Turner, me confió el cumplimiento de sus últimas voluntades, las que se reflejan en un testamento que yo mismo redacté y que obra en mi poder.

—¿Qué tiene eso que ver conmigo? —pregunto casi tartamudeando.

—Usted es la persona que ella asignó como única heredera de todos sus bienes.

—¿Qué? Eso no puede ser. Yo no quiero saber nada de un testamento.

—Entiendo su postura, pero le ruego que me escuche.

—Señor Pemberton, no lo entiende. Usted me está hablando de algo que no me interesa y no quiero que perdamos tiempo. Puede que esto le sorprenda, y puede que le parezca brusca mi respuesta, pero... —Me detengo buscando la forma de explicárselo. No sé qué sabe del tema, aunque me temo que no mucho.

—Señorita Handley, aparte de representar profesionalmente a Caroline, también éramos

buenos amigos.

—Entonces sabrá que conocí a Caroline hace solo unos días. Nunca he tenido contacto con ella. No entiendo por qué me ha incluido en su testamento ni quiero saberlo, pero sí puedo decirle que no me interesa en absoluto. Siento que Caroline haya perdido la vida, era muy joven, es muy triste, pero mi vínculo con ella fue inexistente. Apareció en mi vida hace unas semanas, cuando me llamó para decirme que quería conocerme porque estaba enferma. Y... acepté, pero si no me hubiera encontrado en Londres en ese momento, probablemente no nos habríamos visto las caras —Hago una pequeña pausa—. Señor Pemberton, le sugiero que inicie los trámites pertinentes para una renuncia y me la haga llegar.

—Me temo que eso no es posible de la forma que usted lo plantea.

—Claro que es posible —protesto sorprendida.

—¿Puede escucharme un momento? Por favor...

—De acuerdo —acepto resignada. Esto no se va a acabar nunca.

—Las leyes en materia testamentaria en Reino Unido no admiten una renuncia tal y como usted la expresa, de forma inminente y bajo esas condiciones. Por supuesto, llegado el momento, usted podrá hacerlo, mediante el tribunal correspondiente. Pero antes, debe validarse el testamento mediante varios trámites que ya he puesto en marcha. Seguro que en Estados Unidos no es muy diferente.

—Sí, es algo diferente, pero le he entendido.

—Bien, pues lo que yo le propongo es que se reúna conmigo para que, a modo informativo, conozca el contenido de ese testamento, tal y como deseaba su madre. No es una apertura formal, eso llegará más adelante, pero siendo la única beneficiaria, no hay ningún problema en que esté informada.

—Eso no cambia nada, señor Pemberton. Si no redacta ahora la renuncia, hágalo cuando sea pertinente, o yo misma me encargaré de hacerlo. Pero... mi interés no cambia. Lo que quiero decirle es que mi decisión será la misma.

—Solo le pido unas horas de su tiempo. Permítame hacer bien mi trabajo, el que me encargó una buena amiga. Permítame hacerlo bien, por favor. Su decisión de renunciar o no, nadie puede impedírsela. Permítame informarle del contenido de ese testamento, y también mostrárselo. Usted podrá renunciar llegado el momento y yo... podré sentir que he hecho mi trabajo.

—Ese no es su trabajo, señor Pemberton.

—Le hablo como amigo de Caroline...

No puedo seguir discutiendo con este hombre. Esto no nos lleva a nada.

Guardo silencio sintiendo punzadas de dolor en la cabeza.

—Piénselo un poco más. Ahora veo que proponerle una reunión mañana o pasado mañana es algo precipitado, pero llámeme y propóngame una fecha. Piénselo, al menos.

—Lo pensaré, señor Pemberton, ahora no puedo decirle nada más —le informo resignada.

Consulto mi reloj. Llego tarde. Me despido del abogado y me dirijo a la oficina con un enjambre de abejas zumbando en mi cabeza, pero a buen ritmo.

Mientras atravieso el complejo de edificios comerciales, entre el ir y venir de la gente, mi mirada se detiene en un coche que se encuentra a pocos metros de mí.

El conductor y yo cruzamos la mirada.

Es él. El novio de la bruja. El de los ojos color miel, el que me besó...

Siento un ligero temblor en las piernas y aparto la vista rápidamente incapaz de seguir

manteniéndola.

El descubrimiento me ha dejado desconcertada, especialmente por mi reacción: una mezcla de atracción y rechazo al mismo tiempo.

Capítulo 18

Chloe

Ya está decidido. Esta mañana he intentado ser positiva y creer que algo iba a cambiar, pero no ha sido así.

Y... lo he decidido.

Han bastado dos comentarios despectivos, tres «becaria», dos encargos absurdos, seis miradas perdonándome la vida y diez minutos de reflexión para que tome la decisión.

O hago una pausa... o estalló por los aires y me llevo a la bruja por delante.

Entro decidida en su despacho, sin llamar. Me he informado bien de mis posibilidades en el departamento correspondiente del bufete y solo me queda el bonito trago de hacérselo saber a ella, a esta encantadora mujer que mantiene una conversación telefónica, al parecer, muy entretenida.

No hay ni rastro de la bruja en esa conversación. Quien quiera que sea el que hay al otro lado del teléfono, está recibiendo su mejor versión: dulzura, amabilidad, risas...

¿Estará hablando con su novio? Igual ya lo ha perdonado.

¡No! Falsa alarma. Se trata de su padre.

—Espero que sea urgente o... como mínimo importante —me dice después de colgar, tras transformar su semblante y convertirlo en uno oscuro, el de siempre.

No le ha hecho ilusión mi visita. Tendré que aprender a vivir con ello.

—Sí, lo es. Quería informarle de que voy a estar ausente los próximos... tres días.

Me mira confundida.

—Eso no es posible, becaria. No me voy a molestar en preguntarle los motivos, principalmente porque no me importan, pero sí le voy a tener que recordar que...

—Ha fallecido mi madre —le suelto interrumpiéndola. Por nada del mundo aguanto un discurso.

—¡Oh! —Hace una pausa—. En ese caso...

Me doy la vuelta para salir, deseando perderla de vista, pero ella no parece conformarse y me veo obligada a escucharla de nuevo.

—¿Pretendes ir y volver a Nueva York en tan solo tres días?

—Yo no he hablado de Nueva York. Mi madre vivía en... Inglaterra.

Me sigue mirando algo confundida.

—¿Era inglesa?

La sensibilidad que está mostrando es para lanzarle un pisapapeles a la cabeza, uno de mármol. De acuerdo, no estoy destrozada de dolor por la pérdida, pero ella no lo sabe. ¿Y si se tratara de una situación normal con una madre normal? ¿Tendríamos que hablar de la nacionalidad de mi madre? Esta mujer no tiene remedio.

—Sí, era inglesa.

—¿Por eso tienes la doble nacionalidad?

—La tengo porque nací aquí —le digo con desgana intentando aguantarme las ganas de reír.

—No seas impertinente, becaria, ya me imagino que es por eso. Solo buscaba el vínculo que puedes tener con este país.

—No soy una becaria —le digo tajante en un tono que la deja confundida—. Y ahora, si me disculpa, dadas las circunstancias, tengo que marcharme. Para hablar de nacionalidades, sería mejor elegir otro momento.

—Tres días —grita—. Y para que veas una muestra de mi educación, no me queda otra que... ofrecerte mis condolencias.

Salgo de su maldito despacho con el estómago revuelto. ¡Menuda mierda de persona!

Tengo varias llamadas perdidas de Paige.

Prefiero hablar con ella desde la tranquilidad de mi apartamento. Tengo mucho que contarle, especialmente mis intenciones de llamar al señor Pemberton, esta misma noche, y decirle que acepto reunirme con él.

Los mensajes de Natalie, animándome a hacerlo, han influido en esa decisión.

Capítulo 19

Andrew

Encontrarme a mi padre en el portal de mi apartamento, en Bristol, después de un día espantoso en el hospital, intuyendo que, o bien tiene algún problema, o bien quiere hablar de nuevo de Olivia, no es la velada que había imaginado cuando contaba las horas que quedaban para terminar mi accidentada jornada.

Está esperando en el salón mientras yo busco desesperadamente la botella de *whisky* que trajo con él la última vez que recibí una visita sorpresa por su parte.

Esta misma mañana hemos hablado del encuentro que tuve ayer con Olivia y hemos zanjado el tema para siempre, o al menos eso creía. Espero que su visita se trate de otro asunto porque no tengo humor para hablar de esa mujer.

Lo único bueno que tuvo encontrarme con ella fue que, justo unos minutos después, pude ver a la belleza americana, Handley; ese fue el nombre que pronunció Olivia.

Verla, aunque fuera durante unos segundos, contribuyó a mejorar mi humor, a pesar de su mirada cargada de misiles.

—¿A qué debo el honor de tu visita?

—¿Lo has encontrado? —me pregunta refiriéndose al *whisky*—. Me alegro. Ha sido un día muy largo en la clínica, me vendrá bien una copa.

—¿Hay algún problema?

—¿Es que tengo que tener algún problema si decido hacerte una visita?

—Papá... Si lo que quieres es hablar de Olivia, te advierto que...

—No, claro que no. Por lo que a mí respecta ese tema está más que terminado. Lamento haberte llevado a esa situación, ahora veo con mucha más claridad, y tu madre también, que no debimos intervenir ni llevarte a una situación incómoda. Cuando volvamos a ver a Margaret y George, si el tema vuelve a surgir, lo zanjaré rápidamente. Si siguen con la misma cantinela o nos dan quejas de algún tipo, los pondré en su lugar.

—Tema acabado —sentencio mientras pienso que ojalá hubiera adoptado esa postura antes con sus padres, me habría ahorrado muchas situaciones incómodas. Claro que... no habría besado a una belleza de ojos azules.

—Andrew... ¿Dónde estás? Te estaba diciendo que... tu acción fue brillante y tengo que felicitarte —Se echa a reír.

—No le veo la gracia, la idea fue tuya.

—La idea era mala, pero tú la ejecutaste peor. Cuando te dije que te dejaras ver con otra, me refería a alguna amiga. A alguien que conocieras y te siguiera la corriente en algún lugar que

supieras que se encontraba Olivia, no que te abalanzaras a besar a la primera que te encontraras en la calle. Pobre chica, y encima trabaja con ella.

—¿Podemos hablar de otra cosa? Prefiero no pensar más en ese episodio, bastante ridículo me he sentido ya.

—Bien, pues entonces solo me queda hablarte del motivo de mi visita.

—O sea que hay un motivo... —Me sorprende su cambio de expresión, se ha vuelto más sombrío.

—Me voy a tomar un descanso en el trabajo. Y... antes de que preguntes, no estoy enfermo, ni tu madre y yo estamos atravesando una crisis matrimonial, ni se debe a ningún problema de ninguna clase.

—Es justo lo que te iba a preguntar. Entonces, ¿a qué se debe ese descanso? ¿Unas vacaciones? ¿Un viaje?

—Necesito parar, Andrew y desconectar un tiempo de la clínica. Quiero dedicarle más tiempo a tu madre, puede que... algún viaje, y... disfrutar de un tiempo de tranquilidad. Hacer cosas que normalmente no suelo hacer.

—¿Cómo cuáles?

—No lo sé, Andrew. Es un descanso, ya se me ocurrirán.

—No sé si eso me convence de que no hay ningún problema.

—Andrew, llevo treinta años en la clínica y quiero descansar más allá de un periodo corto de vacaciones. No me voy a jubilar todavía, solo tengo sesenta años y no estoy preparado para alejarme de la medicina definitivamente, pero necesito un descanso para recorrer mi última etapa profesional. ¿Me entiendes ahora?

—Claro, y me parece una gran idea. Mamá te lo ha dicho algunas veces.

—Pues esta vez le voy a hacer caso.

—Bien, me alegro por ti. Un descanso siempre es bueno, tienes razón. Supongo que Paul se las arreglará durante tu ausencia. No sé cuánto tiempo has pensado... ¿Un mes, dos?

—Seis.

Esa cifra me sorprende. No es propio de mi padre. Quiero creerle, pero siento que pueda deberse a algún problema y me lo esté ocultando.

—Te estoy diciendo la verdad... —me dice molesto. Es horrible que me conozca tanto, si hasta sabe lo que estaba pensando.

—Te creo, solo me ha sorprendido, entiéndelo. Te mereces ese descanso y te va a venir muy bien, también a mamá.

—Quería proponerte que ocuparas mi lugar en la clínica durante mi ausencia.

No sé si esta vez podrá leerme el pensamiento, si es así seguro que ha visto un torbellino de interrogantes y neuronas perplejas que han hecho que desaparezca todo vestigio de color de mi rostro.

—¿Yo? ¿En la clínica?

—No quiero que me contestes ahora, solo que lo pienses.

—No sé qué decirte... ¡No entiendo nada!

—Es muy sencillo, Andrew. Te estoy proponiendo que dirijas la clínica junto a tu hermano durante el tiempo que yo esté ausente. Sé que no estás bien en el trabajo...

—No, no lo estoy, pero tengo planes en Oxford, ya lo sabes.

—Todavía queda mucho tiempo para eso. Yo te hablo de los próximos seis meses. Tienes completada la formación y puedes solicitar una excedencia para ejercer en medicina privada. Solo te pido que lo pienses.

—¿Por qué no contratas a alguien que te cubra durante esos meses?

—Es poco tiempo y he pensado en ti porque a mis pacientes les daría confianza saber que los dejo en manos de mi hijo.

—Papá, tus pacientes no me conocen...

—Pero eres mi hijo, como Paul, no alguien que viene de fuera.

—¿Qué opina Paul de este tema?

—A Paul le parece una gran idea que me tome un descanso y que te proponga el puesto también. Supongo que le vendría bien estar más cerca de ti, sigue sin levantar cabeza.

—Papá, necesita tiempo.

Mi hermano está atravesando un momento difícil debido a su ruptura con Kate. Tras tres años de relación, ella decidió poner punto y final; solo hace tres meses de ello.

—Sé que necesita tiempo, Andrew, pero no le veo progresar. No está bien y me preocupa.

—Papá, yo...

—No quiero que me digas nada ahora —Se levanta con intenciones de marcharse—. Piénsalo. No lo enfoques hacia mí ni hacia tu hermano, sino hacia ti. Estás mal, lo sé, por mucho que intentes maquillarlo. A este ritmo no vas a llegar a Oxford entero. Solo quiero que te tomes unos días y lo pienses. Después me comunicas qué has decidido.

—Está bien —acepto mientras pienso en llamar a mi hermano e informarme bien de lo que está pasando.

El broche final a un día espantoso... otro día espantoso.

Me siento mal por no poder ayudarlo. Pero... ¿Cómo voy a ponerme yo al frente de la clínica?

¿Seis meses? Eso es una locura.

Ni siquiera me entra en la cabeza que mi padre me lo haya propuesto.

Capítulo 20

Chloe

Caroline Turner.

Abogada

Esas son las palabras que, escritas con elegante letra sobre un cartel de madera, me anuncian que he llegado al lugar acordado con el señor Pemberton.

Es la única referencia que podría haberme hecho sospechar que el despacho de Caroline se encontraba en el interior de una preciosa casa de una sola planta como esta. Había imaginado un local de arquitectura moderna, pero ahora, después de recorrer una parte del pueblo, entiendo que hubiera estado fuera de lugar.

Miro a mi alrededor comprobando con admiración la perfecta simetría que existe entre todas las casas que se alzan a lo largo de la pequeña plaza en la que me encuentro.

El pueblo cuenta con seis mil habitantes, pero, por lo que he podido ver, está lleno de vida. Cuenta con una gran variedad de comercios, muchos de ellos enfocados de cara al turismo, que es constante.

Observo la fachada del despacho de Caroline. Está construida con ladrillo rojizo y contrasta con las de color miel que completan la plaza.

Está cubierta por enredaderas, detalle que comparte con las demás, y luce macetas repletas de coloridas flores en el alfeizar de las dos ventanas principales.

Siento una ligera presión en el pecho que se va incrementando conforme atravieso la robusta puerta de madera en forma de arco, que permanece entornada, y desemboco en un pequeño vestíbulo pequeño y luminoso.

Me detengo antes dos puertas decoradas con motivos florales muy coloridas y respiro hondo antes de girar la maneta para abrirlas.

Cuando lo hago, me encuentro con una sala amplia en la que la madera es la principal protagonista. Hay muebles antiguos, lámparas de pie por todas partes y cientos de estanterías repletas de libros y estatuillas decorativas.

Conviven en armonía varios estilos diferentes y elegantes a la vez. El resultado es una estancia acogedora.

A mi derecha, frente a una mesa antigua de madera, se encuentra Natalie, sentada frente a dos personas. A mi izquierda, algo más apartada, una pequeña sala de espera en la que se encuentran al menos una veintena de personas; unas ocupando las amplias butacas, otras de pie. Y al fondo, tres puertas cerradas.

Me sorprende el silencio que impera en sala, a pesar de todas las personas que se encuentran en su interior. Silencio, solo interrumpido por las voces de las personas que acompañan a Natalie y que por sus gestos no parecen estar contentas.

Me acerco sigilosamente, sintiéndome como si avanzara por el pasillo principal de una iglesia camino del altar, y me detengo en cuanto me encuentro con la mirada y la sonrisa de

Natalie, que se levanta rápidamente y acude a mi encuentro.

—Hola, Chloe. Me alegra verte. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. El señor Pemberton me citó aquí.

—Te está esperando. Es la puerta del fondo, la de la derecha. Era el despacho de Caroline. Después, me gustaría hablar contigo, si dispones de unos minutos.

—Claro —acepto con timidez.

El despacho de Caroline contrasta con el resto de la casa. Las líneas modernas y la tecnología lo invaden. Da la sensación de haber atravesado una puerta en el tiempo.

Es amplio y acogedor. Y, a pesar de que la luz del sol es prácticamente inexistente, por lo que he podido comprobar en el tiempo que llevo en Inglaterra, la sensación de luminosidad está muy presente.

El señor Pemberton es mayor de lo que había imaginado. Debe rondar los setenta años. Es muy alto y muy delgado; tiene un aspecto muy saludable.

Tras los cordiales saludos, entramos en materia.

—Señorita Handley... Tome asiento. Bienvenida.

—Llámeme Chloe, por favor.

—Si es lo que desea... En esa misma línea, puede llamarme Leonard.

Ninguno hemos planteado tutearnos, pero al menos hemos decidido quitarle una capa de innecesaria seriedad a este encuentro. Cuando escucho el nombre de «señorita Handley», me recuerda a la bruja. Los formalismos ingleses me siguen impresionando, no solo por los modales de la bruja, sino por los del resto de compañeros. Siempre tengo la sensación de que imponen un muro para mantener las distancias, excepto Thomas.

—El testamento, tal y como le comenté, está redactado para que usted sea la única beneficiaria. Caroline le dejó un patrimonio que incluye su casa, donde ella residía, un terreno no edificado, de dos hectáreas, a una media milla de la casa, y su negocio, donde nos encontramos: una casa que, como habrá podido comprobar, habilitó para convertirla en su lugar de trabajo.

—Cuando habla de negocio, ¿está hablando de una sociedad?

—Así es, Chloe. Le mostraré toda la documentación llegado el momento —Se aclara la voz y continúa—. Todos los bienes que le he mencionado están libres de deudas y poseen la documentación en regla... Puedo hacerle un resumen, si lo desea...

—No es necesario.

—Yo también lo creo. Llegado el momento, le mostraré toda la documentación. Pero... puedo decirle que no hay ningún tipo de carga de ninguna clase sobre las propiedades y sobre la actividad —Hace una pausa y me mira fijamente. Debe esperar mi intervención, pero al ver que no se produce, continúa—: Como le dije por teléfono, solo quiero que se tome un tiempo, el que duren los trámites para tomar una decisión.

Leonard, como me ha pedido que le llame, sigue durante al menos veinte minutos haciendo hincapié en lo mismo. Vuelve a nombrar las propiedades, el valor de las mismas, los deseos de Caroline, y un largo etcétera que acaba por provocarme dolor de cabeza.

Estoy a punto de pedirle que termine su largo discurso, cuando me propone visitar las propiedades mencionadas.

—No es necesario.

—Chloe, ya que ha venido, hagámoslo bien. No le llevará apenas tiempo.

—De acuerdo —acepto sin saber muy bien por qué. Supongo que acabaremos antes viendo la casa que escuchando una y otra vez lo mismo.

—Natalie se ha ofrecido a mostrarle las propiedades, si no tiene inconveniente.

—Yo... no lo tengo, pero todo esto... —Resoplo—. No sé si es buena idea... Leonard.

—Chloe, no volvamos a lo mismo.

—Está bien —me apresuro a decir temiendo haber metido la pata y tener que escuchar de nuevo el discurso.

Cuando salimos del despacho, la sala de espera se ha reducido en número de personas. Es algo que me sorprende, debido al poco tiempo que ha transcurrido desde que entré en el despacho de Leonard.

Natalie nos mira fijamente. Su sonrisa ya no es visible y parece estar preocupada.

El hombre que tiene enfrente le está diciendo algo que la inquieta por la forma en que meneaba la cabeza.

Ese hombre se pone en pie.

—No basta con sea comprensiva. Ni basta con mi comprensión —dice antes de dirigirse a toda prisa a la salida.

Natalie nos hace una señal con la mano indicando que esperemos y se acerca a la sala de espera.

El señor Pemberton, mientras, me habla de la antigüedad de la casa, dos siglos, y las diferentes reformas a las que ha sido sometida.

Apenas puedo centrarme en su relato, estoy pendiente de Natalie, que parece afectada por algo mientras conversa con el grupo de personas de la sala de espera.

Veinte minutos después, recibo toda la atención de Natalie y nos disponemos a hacer las visitas que ha anunciado Leonard, el mismo hombre que se ha despedido de mí haciendo uso de buenos modales y recordándome que estaríamos en contacto.

Caminamos en silencio. Al parecer, el despacho y la casa de Caroline se encuentran a poca distancia, la suficiente para poder recorrer el trayecto a pie.

No sé por qué he accedido a esta visita. Siento curiosidad, pero también me siento tan fuera de lugar que no consigo centrarme.

—¿Estás bien? —le pregunto a Natalie al ver que sigue preocupada. Alguien tiene que romper el hielo.

—No, lo siento, es que... es muy complicado atender a todos los clientes.

—¿Has tomado el relevo de Caroline?

—No, Chloe, claro que no. Yo solo he sido la ayudante de Caroline. Ella era la abogada. Pero tenemos doscientos clientes con causas pendientes.

—¿Solo estabais tú y Caroline?

—Sí. Leonard era el que se encargaba de los asuntos notariales, pero no tenía participación activa en el despacho.

—¿Es notario?

—Sí. Él y Caroline eran buenos amigos, como te habrá dicho. Confiaba ciegamente en él y le confié la redacción y la ejecución de su testamento.

—Sí, eso lo sé. ¿Qué es lo que te tiene tan preocupada?

—Todos los clientes están muy nerviosos porque sus pleitos, sus demandas... todos sus asuntos se han quedado congelados con la muerte de tu madre.

—Pero... nadie tiene la culpa de ello. Tendrán que acudir a otro abogado.

—Para muchos de ellos supone un gran problema. Muchos casos requieren una intervención rápida, o estaban en la última fase, y... un cambio de abogado les supone un retraso considerable. Incluso hay juicios que se tendrán que posponer por el cambio de letrado y pueden alargarse mucho tiempo, más del que ya lo han hecho.

—Vaya, entiendo que eso es un problema, está claro. Pero nada se puede hacer.

—Chloe, ¿podrías ayudarme?

Me detengo en seco.

—¿A qué te refieres?

—¿Podrías ponerte al frente del despacho? ¿Podrías ocupar el puesto de tu madre?

No sé qué estará viendo Natalie en mi rostro, seguramente la perplejidad por lo que he escuchado.

«El puesto de mi madre...». Esa expresión es irónica, como una burla del destino.

Capítulo 21

Chloe

—Natalie, no estoy segura de haberte entendido... —consigo pronunciar con dificultad.

—Chloe, necesito atender a todas esas personas, prestarle la ayuda que necesitan antes de cerrar el negocio. Es un trabajo que conlleva unos meses, pero me pregunto si sería posible que tú te hicieras cargo. Solo hasta que todo esté controlado, mientras se tramita la herencia.

—Natalie, eso no es posible. Yo... he venido porque Leonard insistió y... creo que estás al corriente de todo.

—Lo sé, estoy al corriente de todo lo que hablasteis.

—Yo no tenía relación con Caroline... Tú lo sabes.

—Así es. Caroline era mi jefa, pero también mi amiga. Conozco sus asuntos personales.

—Natalie, hablar de una herencia me produce escalofríos. No entiendo por qué Caroline lo hizo, pero mi postura está clara. Solo puedo esperar a que esté formalizada y renunciar a ella. Yo no tengo vínculo ni con Caroline, ni con su despacho ni con nada de todo esto. No formaba parte de mi vida ni yo de la suya. Esto es una situación... circunstancial. Ni siquiera vivo en Inglaterra. Mi vida está en Nueva York y estoy en Londres de forma provisional, por un traslado de trabajo. Me encantaría ayudarte, me caes bien, soy sincera, pero... si conoces la historia como afirmas conocerla... entenderás que todo esto no tiene sentido para mí. No tiene cabida en mi vida.

—Ella quería que tú te quedaras con todo lo que tenía —pronuncia afligida.

—¿Por qué?

—Porque eres su hija, aunque no hayáis tenido contacto. Ella creía que tú lo valorarías.

—¡Por Dios, Natalie! No me conocía de nada. ¿Qué voy yo a valorar? ¿El patrimonio de una mujer que nunca estuvo interesada en ser mi madre? Yo no busco dinero, ni propiedades, si es eso lo que ella pensó. Si fuera así, aceptaría esa herencia y vendería esos bienes. Pero es una cuestión diferente, mucho más compleja, a una escala muy superior.

—Lo sé y te ruego que no me malinterpretes. Estoy nerviosa y puede que diga algo que no deba. Me caes bien y Caroline me dijo que eras una buena abogada.

—Natalie... —le murmuro intentando olvidar lo que acaba de decir. ¿Una buena abogada? Como si ella pudiera saber algo de mí...—. Deberías contratar a un abogado, alguien que ponga orden en todo esto. O bien, reunirte con todos los clientes y pedirles que se apresuren en buscar otro profesional. Quizás Leonard, da su condición, pueda recomendarte a alguien. Proporcionales a esos clientes sus expedientes. ¿Qué más puedes hacer? Se trata de la muerte de una persona, no hay nada que hacer ni entender. Solo es una sugerencia, discúlpame. No pretendo decirte lo que tienes que hacer.

—No te disculpes, te lo agradezco. Pero... —Hace una pausa y se lleva la mano al estómago; una forma de buscar alivio para su ansiedad—. He seguido todos esos casos con ella,

Chloe. El despacho forma parte de mi vida. Todas esas personas residen en Tetbury, o en los pueblos cercanos, o tienen una segunda residencia aquí. Era un despacho en el que se respiraba un ambiente familiar y Caroline se dejaba la vida por conseguir resultados para todos ellos. No era fácil porque, como te imaginarás, en los pueblos todos se conocen. En su inmensa mayoría los casos tratan de conflictos sobre límites de propiedades, derechos de paso, herencias disputadas, disputas entre propietarios y arrendatarios... También algunos casos de custodias de menores, manutenciones, testamentos, disputas contractuales de comercios o de alquileres, disputas familiares, ruidos de vecinos, mascotas molestas, peleas entre borrachos...

Natalie me deja con la boca abierta, no solo por su capacidad para enumerar todas esas causas sin coger aire, sino por la implicación que muestra en ello.

—¿Todo eso abarcaba ella sola? ¿Incluso divorcios y custodias de menores?

—De todo. Incluso algunos asuntos penales, como agresiones o... un homicidio.

—Vaya, ¿también hay homicidios?

—Sí, pero es un caso puntual. Representó a la familia de un hombre que recibió el disparo con una escopeta de su hermano; Un enfrentamiento de muchos años por un asunto de unas tierras heredadas.

—Mi mundo es el derecho mercantil, Natalie. Yo...

—¿Eso sería un impedimento?

—No, claro que no, puedo representar casos civiles, pero no es mi especialidad.

—Caroline me dijo que podías ejercer en el Reino Unido.

—Sí, sí que puedo. Trabajo en un bufete que trata asuntos internacionales y... —Me detengo. No creo que tenga sentido darle explicaciones sobre eso—. Pero esa no es la cuestión, Natalie. No puedo ayudarte y lo siento.

—Solo un tiempo, Chloe. Piénsatelo. Sé que esta propuesta, puede parecer una locura y no te conozco de nada. No quiero incomodarte, pero necesito ayuda y nadie mejor que tú, que eres la heredera del negocio y su hija.... A pesar de las circunstancias.

—No soy la heredera, voy a renunciar. Y no hay nada que me vincule a ese negocio ni a esos clientes. Y... como hija, es algo que no tiene sentido, lo sabes.

—Me quedo sin trabajo, supongo que me está afectando más de lo que quisiera.

—Lo siento, Natalie.

—Solo te pido que lo pienses unos días. ¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Vuelvo a Londres hoy mismo.

—¿Y a Nueva York?

—Acabo de llegar, estaré en Londres más o menos medio año —Nada más pronunciar estas palabras, me arrepiento de haberlo hecho.

—Piénsatelo un poco, por favor.

—Natalie, yo tengo un trabajo. Por algo estoy en Londres, no es un viaje de placer.

—Ya... Está claro. Lo siento, creo que me estoy excediendo. Es que estoy desesperada.

—No te preocupes, no tienes que disculparte. Entiendo que estés afectada, pero debes planteártelo de otra manera. Nada de lo que está pasando es culpa tuya.

—La echo mucho de menos, Chloe. Antes de morir, hasta el día que te conoció, estuvo ocupándose de sus clientes. Estaba débil y no podía apenas acudir al despacho, pero trabajamos codo a codo en su casa, en la que te voy a mostrar.

—¿Dónde murió? ¿En esa casa?

—En el hospital de Bristol, está cerca de aquí.

—No sé qué decirte, Natalie. Estamos hablando de una desconocida para mí.

—Lo sé —admite al tiempo que señala una casa—. Esa es la casa de Caroline. Es preciosa, aunque por dentro lo es más todavía.

Es la última casa de la calle.

Todas son casas adosadas, inspiradas en el estilo victoriano. Fachada de ladrillo rojo, adornada con pequeñas molduras, cuyo acceso a la entrada principal es a través de una pequeña escalinata de pocos peldaños que atraviesa un diminuto jardín delantero. Sus ventanas son grandes, como si buscaran la luz desesperadamente, la poca que debe entrar cuando no está lloviendo. Y la puerta principal es de madera clara adornada con accesorios de hierro fundido y rodeada de pequeñas enredaderas que forman un pequeño arco a su alrededor.

Es preciosa.

La casa de al lado es exactamente igual, aunque cambia el color de la puerta principal.

—¿Recuerdas a la señora que te saludó en el cementerio?

—Sí, la recuerdo —admito recordando el rostro de la anciana.

—Vive ahí —señala la casa contigua—. Ella y tu madre se llevaban muy bien.

—Espera, Natalie —le digo cuando se dispone a entrar en el diminuto jardín delantero—. No quiero verla por dentro. Demasiado personal. No quiero, de verdad.

Siento una presión en el pecho que me impide hablar con claridad.

—Quizás otro día... —sugiere afectada.

—Quizás —digo después de guardar silencio uno cuantos segundos.

La siguiente visita nos lleva a un terreno trasero, cerca de la casa. Tal y como me ha indicado Leonard, no está construido. Solo contiene una preciosa alfombra de hierba y está delimitado por una valla pequeña de madera.

—¿Te ha dicho Leonard que este terreno tiene un gran valor?

—No, no hemos hablado de cifras, ni quiero hacerlo.

—No es lo que pretendía —Me dice molesta—. Solo me refería a que está situado en un lugar privilegiado, con las mejores vistas de Tetbury.

—No quería ser tan brusca... Lo siento. Es que esto me está superando.

Natalie me sonríe con su característica sonrisa dulce y me indica que podemos marcharnos.

Es una de esas personas con las que podría haber congeniado perfectamente. Es dulce, amable, y está envuelta por un aire de bondad que hasta abruma.

Nos despedimos en la puerta del despacho, al que hemos llegado mientras me hablaba de Tetbury y sus costumbres.

—¿Lo pensarás? Todo lo que has visto es tuyo, Chloe. No dejes que vaya a parar a manos del estado. Se convertirán en bienes vacantes y... ya sabes dónde acabaran: fines públicos, benéficos, pero... no sé bien si los repartos son justos y lícitos. Todo lo que has visto es por lo que ella luchó durante toda su vida. Y decidió, a pesar de haber sido una pésima madre, que tú lo conservaras. Entiendo lo que habrá sido tu vida sin una madre, y mucho más conocerla tanto tiempo después, a punto de morir, pero... deja tu rencor al lado, por favor. Piénsalo. Ayúdame con el despacho. Mientras, puedes vivir en esta casa. Me conformo con que sea durante unas semanas...

Su angustia me conmueve, pero estoy tan aturdida que no pudo seguir hablando con ella.

—Lo pensaré y te llamaré. Es todo lo que te puedo decir.

Me marcho sin esperar su respuesta. Ni siquiera entiendo por qué le he dicho algo así. Está claro que no voy a hacer nada de lo que me ha pedido. ¿O sí?

Capítulo 22

Andrew

—Explícame qué está pasando en la familia Ransey —le pido a mi hermano nada más escuchar su voz a través del teléfono—. ¿Es un buen momento para hablar?

—A la segunda pregunta, la respuesta es sí, para ti siempre tengo tiempo, «mi vida» — recalca las últimas palabras imitando a mi madre—. A la primera pregunta... Te contestaré lo que tú ya sabes. La ciencia todavía no ha avanzado lo suficiente como para tener respuestas.

Me echo a reír.

Paul y yo somos diferentes, él es mucho más reservado y de menos palabras que yo, pero si en algo coincidimos es en la forma en que bromeamos sobre nuestra familia.

—Estoy decepcionado, esperaba que me iluminaras.

—Papá te ha propuesto lo de la clínica, ¿cierto? —me pregunta sin posponer más el tema.

—¿Qué está pasando? No acabo de entenderlo.

—¿Qué parte no entiendes? ¿Qué se tome un descanso, o que te proponga que ocupes su lugar en la clínica?

—Ambas son difíciles de entender. ¿Hay algo que deba saber?

—No, no hay ningún misterio. Últimamente, está un poco estresado. Hay mucho trabajo en la clínica y, después de tantos años al frente, un descanso le vendría bien.

—¿Y la idea de proponerme que lo sustituya?

—Le dije que no era buena idea, que no aceptaría. Pero no me escuchó.

—Me sorprendió mucho su propuesta.

—Cree que a ti también te vendría bien un descanso en tu trabajo. No deja de decir que no estás bien. ¿Es cierto? ¿O se trata de esa tendencia a exagerarlo todo que tiene nuestra familia?

—No estoy atravesando un buen momento —le confieso incómodo por tener que admitirlo una vez más.

—¿Qué pasa? Papá me ha contado algo, pero... ya sabes, a veces exagera.

Los próximos minutos los dedico a poner a mi hermano al corriente de mi vida profesional. Aunque hemos hablado en otras ocasiones y sé que mi padre lo mantiene al día, le proporciono algunos detalles que mi padre desconoce.

—Siento que estés así. No pinta bien.

—¿Y tú? —Cambio de tema radicalmente, no quiero seguir hablando de mi trabajo. Conforme le he ido contando detalles, he sentido que me alteraba.

—Yo, ¿qué?

—Papá cree que no estás bien. ¿Exagera?

—No va desencaminado. No es algo que me moleste en ocultar.

—¿Has vuelto a saber algo de Sophie?

—No, no mantenemos contacto.

—Si te soy sincero... creí que os reconciliaríais.

—¿Qué te ha hecho creer eso?

—Creía que erais felices juntos..., que solo se trataba de una crisis pasajera.

—¿Tú me veías feliz con ella, Andrew?

Esa pregunta me impacta.

—No sabría qué decirte.... ¿No fue ella la que rompió la relación?

—Sí, fue ella. Pero... yo la rompí mucho antes.

—No te entiendo... ¿Qué pasó?

—No quise verlo, Andrew y... me refugié en mi trabajo. Me alejé de ella. Ahora veo que fue un gran error. Si me hubiera detenido a hacerme algunas preguntas y me hubiera contestado con sinceridad, sin miedo... Habría evitado males mayores. Pero... me engañé y opté por el camino más cómodo.

—¿Qué es lo que no quisiste ver?

—Que no la quería como para mantener una relación con ella. La quería como a una amiga.

—¿Por qué nunca me has hablado de esto?

—No sé si eres la persona más indicada para dar consejos sobre el amor... —Se echa a reír.

—Que nunca haya tenido una relación o no me haya enamorado... no significa que no sepa escuchar.

—Lo sé, pero esto ha sido un proceso largo. Y necesitaba escucharme a mí mismo. ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo. Pero sabes que siempre estoy aquí, ¿verdad?

—Eso lo sé. Y... ahora me arrepiento de no haberte hablado de ello. Después de saber lo bien que te has desenvuelto con la hija de los Hill... —Esta vez no es una risa, es una carcajada maliciosa.

—Mucho has tardado en soltarlo...

—¿Qué ha pasado? Tengo la versión de papá y me parece demasiado ficticia para ser cierta.

—La realidad supera a la ficción muchas veces.

—Lo de esa chica que besaste... que resultó ser una empleada de... la hija de los Hill, ¿es cierto?

—Sí, es cierto. Y que tu padre, y el mío, me pidió que fuera delicado con Olivia para que sus padres, que parecen interesados en que estemos juntos, no se molestaran.

—¿Le hiciste caso? Cuenta, cuenta. Promete ser más interesante de lo que pensaba.

Y lo hago. Lo hago durante la siguiente media hora.

Y nos reímos.

Y bromeamos de todas las maneras que se nos ocurren.

Él, consigue olvidarse un rato de sus conflictos con... su conciencia.

Yo, consigo olvidarme de los míos con mi trabajo.

Me doy cuenta de que echaba de menos estos momentos con él y de que me he perdido muchos momentos de su vida, al parecer importantes.

Y lo mejor de todo es que, en este momento, mientras hablo con él, no soy consciente de que yo también estoy esperando que el tiempo se encargue de solucionar mis problemas. Es más fácil, más cómodo, y trae menos dolores de cabeza. Pero hace más daño.

Capítulo 23

Chloe

—¿Tan claro tienes que vas a renunciar a esa herencia? —me comenta Paige después de escuchar la historia que le he relatado durante más de una hora.

—¿No debería tenerlo tan claro? —le pregunto sorprendida.

—Yo no estoy tan segura...

—Paige... —la apremio para que se salte el silencio que pretende mantener.

—¿Qué te gustaría que te dijera?

Sonrío. Esa es la forma que Paige tiene siempre de abordar un tema. No hace mucho tiempo que me preguntó lo mismo, pero en ese caso se trataba de Lance y Madison.

Es curioso que me parezca algo tan lejano cuando tan solo han pasado tres semanas.

—Lo que piensas.

—¿La verdad?

—Toda la verdad y nada más que la verdad.

—Teniendo en cuenta que...

—Lo sé —la interrumpo— que es solo tu opinión y que puedes equivocarte.

—¿Tanto me repito?

Nos echamos a reír. Sé que intenta que me relaje, pero después del extraño día al que me he enfrentado en Tetbury, va a ser difícil.

—Deberías pensártelo un poco más. No hay nada que te obligue a renunciar a esos bienes —me aconseja para mi sorpresa.

—Lo sé, pero es una cuestión... ¿Ética? ¿Emocional?

—Chloe, sé que es un tema complejo en el campo emocional, pero tienes que pensarlo muy bien. Ella quiso que esos bienes te pertenecieran tras su muerte. No sabes por qué, ni lo sabrás, pero ahora, o cuando terminen los trámites, serán tuyos. Es un regalo, no tienes por qué rechazarlo. No va a cambiar nada tu vida ni tu pasado. Ella ya no está. Ni ha formado parte de tu vida ni lo hará nunca más, pero todo ese patrimonio podría serte útil alguna vez en tu vida.

—Nunca quiso ser mi madre...

—Ella se lo perdió. No la necesitaste, tu padre te dio todo lo que necesitabas.

—No logro imaginarme lo que él pensaría si pudiera ver todo lo que ha pasado.

—Él solo querría que fueras feliz. No hay nada, Chloe, que pueda borrar ni ensuciar la relación que habéis tenido tu padre y tú. A esa mujer la conociste poco antes de morir y ahora eres su heredera. Si renuncias a esa herencia, pasará a manos del estado. Será él el que decida cómo administrar o utilizar esos bienes. Podrían terminar en diferentes manos o ser destinados a usos que no reflejen los deseos de esa mujer. Por alguna razón quiso que fueran tuyos. De esa manera, puedes hacer lo que te venga en gana con ellos. No puso ninguna condición, ¿o sí?

—No, no lo creo. Supongo que el albacea lo habría mencionado.

—Se trata de una estabilidad económica, podrías necesitarla en un futuro. Es dinero, y... siempre es necesario.

—No lo voy a negar, pero...

—Chloe —continúa cuando no termino la frase—, puede que lo que te voy a decir ahora te resulte más raro aún, pero... quizás sea bueno para ti echarle una mano a esa chica... ¿Cómo has dicho que se llama?

—Natalie. ¿Te refieres a ayudarle con los asuntos del despacho? Solo tengo unos días libres. No me importaría echarle una mano, ha sido muy amable y me cae bien, pero lo que ella me ha pedido requiere tiempo y no tiene sentido que yo me ocupe de ello. Esos clientes han perdido a su abogada y necesitan otra.

—Bien, entonces vuelve a Londres y trabaja con esa bruja.

—¿A dónde quieres llegar?

—A que te plantees si merece la pena. ¿Vas a aguantar ese trato? ¿Vas a hacer algo por cambiarlo? La pregunta es... ¿Puedes cambiar algo? Creo que en ese bufete no vas a aprender nada.

—No, no creo que pueda cambiar nada, pero marcharme significaría perderlo todo. Solo tengo que aguantar seis meses.

—Pide una excedencia y aléjate de ese sitio. Podrías conocer mejor a la persona que te dejó esa herencia y... cerrar cualquier herida que pueda haber. Eres una buena abogada, seguro que los clientes de Caroline estarían encantados contigo.

Me deja sin palabras. No me puedo creer que me plantee algo semejante.

—Sé que lo echas de menos —continúa— y que todavía te duele demasiado, pero debes empezar a buscar la forma de ser feliz.

—¿Crees que, ocupándome de ese despacho, del de Caroline, sería feliz?

—Más que junto a esa bruja. Estás amargada en ese lugar, y lo estarás más. Esa mujer no te lo va a poner fácil, mucho menos después de que su novio te besara. Esa herencia es una oportunidad para respirar aire fresco un tiempo, después ya verás lo que haces. Puede que me anime a pasar unas vacaciones en Tetbury...

Me echo a reír.

—Puedes venir cuando quieras.

—Lo haré —me dice antes de despedirse y decirme que me quiere.

Las palabras de Paige me han sacudido de una forma que no esperaba. No tengo nada claro de todo lo que hemos hablado, pero la idea de alejarme del despacho de Londres me produce mucho placer.

Capítulo 24

Chloe

No tengo humor para aguantar un nuevo discurso sobre la política de rotación del bufete y las cinco mil variantes de ese tema con respecto al ascenso y a la importancia de la firma que represento. Por eso, en vez de prestar atención a Steven, estoy esperando que termine pensando en otras cosas, como por ejemplo mis intenciones de obtener una excedencia.

—Chloe, no puedo darte lo que me pides. ¿Qué sentido tiene que te encuentres en la delegación de Londres y quieras ausentarte unos meses? Tendrás que esforzarte más porque hasta ahora me parece inconcebible lo que me estás proponiendo.

—Tengo mis razones, Steven. Necesito unos meses. Cinco, seis... Una excedencia.

—¿Qué motivos alegas?

—Que se ha muerto mi madre, que tengo que ocuparme de sus asuntos y que emocionalmente estoy destrozada.

—¿Desde cuándo tienes madre? ¿Dices que se ha muerto? ¿Estás aquí, en Nueva York?

La primera pregunta que me ha hecho es la mejor. Es una buena pregunta, sin duda, pero no puedo contestarle con la verdad. «Desde nunca» sería lo más acertado.

—Murió hace unos días. Ella vivía aquí, en Inglaterra. Sigo en Londres.

Sin estar segura, creo que son dos minutos los que permanece en silencio.

—Lo siento, Chloe.

—Gracias.

—¿Por esa razón pediste el traslado a Londres?

—No, en absoluto.

Sé que espera una explicación más larga, y debería ofrecérsela por mi propio interés. Si le ofrezco un drama en toda regla, que podría hacerlo, sería más fácil conmovérsela, pero ni siquiera soy capaz de meterme unos segundos más en el papel.

—Sigo sin verlo claro.

—Steven, podría haberte llamado para decirte lo que pienso sobre la política del bufete en cuanto a la mujer que tenéis al frente de la delegación de Londres. Podría pedirte que me explicaras por qué estoy archivando expedientes porque a esa mujer no le he caído en gracia y necesita dejar claro cada dos segundos el poder que tiene en la firma, lo inteligente que es y lo buena e imprescindible que es en su trabajo. Podría pedirte que me explicaras qué voy a aprender en esta delegación y de qué coño me va a servir.

»Podría pedirte que me explicaras también cómo encaja eso en Baker & Finnian, el prestigioso bufete de abogados, el más grande de la costa este. Desde que llegué aquí me he preguntado por qué me llaman becaria, por qué tengo la sensación de estar en una academia militar y sobre todo por qué permitís esto. Muchas personas se han quejado. Pero... no te lo

pregunto, no te pido explicaciones. Solo te pido una excedencia porque acabo de enterrar a mi madre, quiero ocuparme de sus asuntos y quiero volver a creer en mi bufete y en mi jefe, el que me aseguró que iba a aprender mucho en este puto lugar.

El silencio vuelve a ser de dos minutos más. El corazón se me está saliendo por la garganta, casi puedo sentir sus ventrículos y sus válvulas jugueteando con mis cuerdas vocales; cuerdas que están secas de tanto que he soltado por la boca.

A pesar de los dos minutos, no tengo tiempo para arrepentirme; lo hecho, hecho está.

—Ayer mismo me dio quejas sobre ti.

—¿Y qué te dijo exactamente?

—Que estaba muy disgustada con tu rendimiento y que esperaba que mejorara.

—Tú tienes la palabra, Steven. Dejaste que Nancy y Evelyn pasaran por esta mierda, ahora me ha tocado a mí.

—Te doy cinco meses, algo menos. Pero después tendrás que viajar a Madrid. En noviembre necesito cubrir esa rotación.

—Me parece justo —afirmo calculando que se trata de casi cinco meses. Esto es todo un logro. No tendré que volver a trabajar con esa maldita bruja.

—Chloe... no te daré más oportunidades. Si en noviembre no te incorporas a la delegación de Madrid, terminaré tu vinculación con Baker & Finnian. No me temblará el pulso.

—También me parece justo.

Me parece más una manera de dejar su última palabra que de hacer justicia. Me ha hablado como si yo le hubiera fallado antes, como si hubiera desaprovechado alguna otra oportunidad. Pero no voy a discutir, he conseguido lo que quería.

Sé que es una locura, pero ahora soy capaz de sonreír. Y sé de alguien que también lo va a hacer cuando la llame.

—Natalie —le digo cuando escucho su dulce voz—. Puedes contar conmigo.

¿Es un grito de alegría lo que he escuchado?

No sé cómo he sido capaz de enfrentarme a Steven de esa manera, pero si algo no quiero es apagarme más, como bien me ha recordado Paige.

Capítulo 25

Andrew

Puedo justificar las tres primeras veces que he colocado el dedo sobre la pantalla, justo encima del número de teléfono del bufete donde trabaja Olivia para colgar a continuación. Lo que no puedo justificar son las doce veces restantes que lo he hecho.

Es una idea absurda y mi cerebro lleva un buen rato intentándomelo hacer saber, pero es lo único que se me ocurre para poder hablar con la belleza.

No he vuelto a verla en las inmediaciones del hospital, a pesar de haber mantenido los ojos bien abiertos y de haber acudido a tomar café a cafeterías que no suelo frecuentar.

Pulso de nuevo sobre el número y, esta vez, no cuelgo.

—Quisiera hablar con la señorita Handley —le indico a la persona que me atiende identificando el nombre del bufete, el mismo que tantas veces nombraba la pesada de Olivia.

Mi llamada viaja por diferentes departamentos hasta que alguien es capaz de informarme.

—Lo siento, pero la señorita Handley no está disponible. ¿Desea que le haga llegar algún mensaje? ¿De qué se trata?

—¿Cuándo podré encontrarla?

Después de una pausa que se me hace eterna, consigo algo de información.

—La señorita Handley ya no trabaja aquí, si lo desea...

Cuelgo bruscamente.

¿Qué significa lo que me acaba de decir?

Ya no trabaja aquí...

«Está claro, Andrew», me digo en voz alta. ¿Se habrá marchado? ¿La habrán despedido? ¿Trasladado? ¿Habrá vuelto a Nueva York? Esa es la ciudad que nombró Olivia cuando se refirió a ella de aquella forma tan... ¡Prefiero olvidarlo!

No... no puede ser que haya tenido problemas por mi culpa, ¿o sí? Eso no tendría ni pies ni cabeza. Puede que no le haya beneficiado que yo la besara siendo Olivia su jefa, pero de ahí a un final trágico...

En cualquier caso, ella no está, así que no tiene sentido alguno que siga intentando localizarla. Lo que debería es preguntarme por qué estoy haciendo esto.

Puede que me sienta culpable, o puede que esa belleza me eclipsara hasta el punto de... ¿De qué, Andrew? Me digo siguiendo con mi monólogo.

Hasta el punto de hacerme perder el sentido común. Me respondo.

Lo único que tengo claro es que encontrarme con la belleza es la única ilusión que tengo cuando vengo a trabajar a Londres.

Tenía...

Ahora, ya ni siquiera eso tengo.

Llego a mi apartamento con la misma sensación que llego todos los días después de salir del hospital: sin fuerza, sin ánimos... Sin nada.

El chorro de agua caliente me ayudará a despejarme, pero después de media hora bajo su dominio, mi cabeza sigue sin estar donde debe estar. Solo soy capaz de recrear la conversación con mi padre, con Paul, y las imágenes de un día terrible en el hospital en el que solo durante unos minutos he sentido que estaba ocupando mi lugar.

Las imágenes siguen sucediéndose.

Por un momento siento que estoy a punto de desbordarme, de perder el control.

Me dirijo, desnudo, dejando un reguero de agua a lo largo del pasillo, hacia mi dormitorio. Me estiro en la cama y recupero, unos minutos después, el ritmo saludable de mi respiración.

«Te vendría bien alejarte del hospital».

«Puedes solicitar una excedencia».

«Mientras esperas a que llegue la oportunidad de Oxford».

«Le dije que no era buena idea, que no aceptarías»

«Tu hermano no está bien».

«A ese ritmo no vas a llegar a Oxford entero».

Me sujeto la cabeza como si con ello pudiera hacer desaparecer todo lo que me está torturando.

No puedo continuar así.

Es evidente que necesito alejarme del hospital de Londres, y también del de Bristol.

No puedo seguir así, me repito.

No puedo, no puedo, no puedo...

Puede que la propuesta de mi padre no sea tan descabellada.

Solo necesito la confirmación de Mitchell para dar este paso.

Media hora después la obtengo. La idea de mi padre es bien acogida por el doctor Mitchell y me anima a seguirla. No interfiere en mi camino hacia Oxford.

Lo que acaba por decidirme a llamar a mi padre es la tremenda sensación de alivio y de libertad que siento en este momento.

—Papá, ya lo he pensado.

Así empieza mi locura.

Capítulo 26

Chloe

Se han cumplido diez días desde que me instalé en Tetbury. El tiempo sigue siendo protagonista en mi vida. Desde hace un mes, tengo la sensación de que existe un reloj coronando mi cabeza que, o bien se detiene y convierte mi vida en una cámara lenta, o bien se acelera y apenas soy consciente de lo que ocurre a mi alrededor.

Tan solo hace un mes que mi vida dio un giro considerable. Fue aquella noche en la que el reloj de la pared del restaurante donde esperaba a Lance se me incrustó en el cerebro, y desde entonces no lo he perdido de vista.

En este momento, mientras disfruto de un generoso batido de frutas en el jardín trasero de la casa de Caroline, miro hacia el cielo y disfruto de la combinación de colores que me ofrece cuando está a punto de anochecer. La ausencia de nubes y de lluvia lo convierte en un espectáculo excepcional.

Me instalé en esta casa dos días después de llegar a Tetbury tras haberme alojado en un precioso hotel en el centro del pueblo.

Fui capaz en menos de veinticuatro horas de darle un giro a mi vida de grandes proporciones, pero instalarme en este lugar requería algo más de tiempo.

Desde el momento en que crucé el umbral de la puerta, tuve la sensación, una de las muchas que me acompañaron y me siguen acompañando a diario, de que se trataba de un hogar cálido a la vez que sofisticado.

Los gustos de su decoradora, la propia Caroline, se decantan claramente por la fusión de los muebles de madera clásicos y las líneas modernas más frías; una fusión arriesgada que da como resultados un lugar acogedor a la vez que elegante; igual que su despacho.

Las paredes están prácticamente vacías, decoradas únicamente con algún que otro cuadro que combinan diferentes estilos: desde un típico paisaje inglés hasta una forma abstracta difícil de contemplar.

Quizás el elemento que más me sorprendió fue el jacuzzi que se encuentra en uno de los dormitorios, uno especialmente decorado para ser una sala de relajación exclusivamente: amplios sillones, estanterías repletas de libros... Y unas vistas espectaculares.

Después de cinco días en este lugar sigo luchando por combatir la sensación de estar flotando constantemente. Soy consciente de que me encuentro en el hogar de una mujer que, de la misma forma que entró en mi vida se fue: efímera, superficial...

No consigo sentir que tengo los pies sobre el suelo, en todo momento siento que levito y que tengo que esforzarme por encontrar equilibrio. Es una carga emocional brusca y demasiado grande con la que me está costando lidiar.

Cada día que pasa voy conociendo más aspectos de la dueña de la casa, no solo por todas las

menciones que Natalie hace constantemente, sino por los detalles que se encuentran en cada estancia.

A pesar de que Natalie se llevó la mayoría de sus pertenencias: su ropa y otros objetos personales, y los depositó en un desván de la casa donde está ubicada el despacho, todavía quedan suficientes como para tener una pista de su personalidad organizada y de gustos refinados.

Por suerte, no hay ni rastro de imágenes immortalizadas que reflejen su vida y su entorno: ni una sola fotografía. Desconozco si se debe a que Natalie las hizo desaparecer o simplemente no eran elementos que convivieran con ella.

Son muchas las veces que me pregunto cómo era su vida. La vida de una mujer que nunca estuvo y, como dijo Paige, nunca estará; sin embargo, me encuentro bajo el techo que la cobijó durante muchos años.

Los clientes de Caroline han acogido muy bien la noticia de que me voy a hacer cargo de sus casos, aunque no todos. Solo he podido entrevistarme con una pequeña parte de ellos, pero tres en concreto no se han mostrado muy entusiasmados mostrando su recelo y falta de confianza.

Mi descanso es interrumpido por la voz de la señora Herbert, Catherine, como me ha pedido que la llame; la anciana vecina de la casa contigua, la que conocí en el cementerio tras el funeral.

A pesar de que este rincón de la casa es mi favorito, especialmente porque son pocos los momentos que puedo disfrutarlo sin lluvia, también es el lugar que elige la anciana para comunicarse conmigo, aunque no es el único.

Catherine se ha convertido en algo cercano a una pesadilla. Desde que llegué, no ha transcurrido ni un solo día que no me haya visitado por alguna razón. Si bien, el primer día me ofreció un generoso pastel de frutos secos como bienvenida, el resto han sido pequeñas invasiones: para hablarme de mi madre; para preguntarme por mi día en el despacho; para sonsacarme aspectos relacionados con mi traslado a Tetbury; para pedirme que le anote mi número de teléfono por si lo necesita en caso de emergencia, o para indicarme que en la estantería del vestíbulo se encuentra un juego de llaves de su casa.

Es una mujer de baja estatura, robusta, que siempre, sea el momento del día que sea, viste de forma elegante. Se muestra dulce y hosca al mismo tiempo. Lo mismo sonrío de forma tierna que frunce el ceño hasta casi nublarse la vista.

Su actitud me desconcierta, no solo por sus frecuentes visitas, sino por los temas de conversación que elige. No se trata de una anciana solitaria que necesite combatir la soledad contándome aspectos de su vida. Se trata de una anciana muy interesada en conocer aspectos de mi vida en Tetbury; lo que he dejado atrás le tiene sin cuidado.

Nombra a Caroline con naturalidad. Se refiere a ella por su nombre, nunca aparece la palabra «madre» en sus frases; frases que suelen contener pequeñas anécdotas vividas junto a Caroline, o relacionadas con sus gustos y sus manías. En conjunto, no puedo decir que hable en exceso o que lo que diga sea aburrido, pero la frecuencia de sus visitas es la que me descoloca.

Me llama la atención lo que puede conocer de la historia que nos une a Caroline y a mí, pero no osaría tratar ese tema ni siquiera estando bajo tortura.

Tres visitas diarias...

Quince minutos por visita...

Ocho días...

El total de minutos es abrumador.

Por suerte, recibe muchas visitas y suele mantenerse ocupada.

—Chloe —Escucho su voz a mi espalda.

Su jardín y el mío están separados por una valla metálica cubierta parcialmente por plantas enredaderas, pero no lo suficientemente poblada ni alta como para proporcionar intimidad.

Resoplo con cuidado de que no me vea ni oiga y me giro lentamente.

—Catherine... ¿Qué se le ofrece?

—Estoy decorando una parte de mi salón. Dime de estos dos cuadros cuál crees que es más bonito.

Los dos son espantosos, así que me lo pone muy difícil. Parecen cuadros antiguos, pintados por un aficionado... ¡Muy aficionado! De esos que al tercer cuadro desiste por las duras críticas que recibe de su entorno.

—El de las montañas...

Es el menos feo, aunque más que montañas parecen bolas de harina y agua esperando ser amasadas.

—¿Por qué?

—Porque es muy... soso. Es más bonito el de los pájaros —evito decirle que la bandada de pájaros tiene un tamaño desproporcionado.

—Mnnnnn —Tuerce la boca mientras recorre los cuadros con la mirada—. Puede que tengas razón. Caroline tenía un buen gusto para la decoración, aunque ella me hubiera dicho que tirara los dos cuadros a la basura.

Otro aspecto que conozco de Caroline. Tenía buena vista y sentido común.

Estoy a punto de sugerirle que haga lo mismo, pero debo evitar a toda costa alargar innecesariamente las conversaciones.

Desaparece sin despedirse y yo miro al cielo dando las gracias.

Además de sus continuas interrupciones, su acento inglés es diferente. Si bien he apreciado la diferencia entre el de Londres y el de Tetbury, no he tenido antes dificultades, excepto con ella. Sin embargo, es ella la que se queja de mi vocalización.

Me va a costar adaptarme a... A tantas cosas. No sé cuánto tiempo estaré en este lugar, pero me queda mucho camino para sentir que estoy... ¡En un lugar!

Mi móvil me devuelve a la realidad bruscamente.

No me lo puede creer. Es Catherine. Tengo grabado su contacto y es la segunda vez desde que estoy aquí que recurre a esta forma de comunicación.

—Catherine...

—Chloe, estoy en un apuro. Me he subido a una escalera de tres peldaños, estoy en el más alto y no puedo bajar. ¿Me echas una mano?

—¿Qué? Claro... Espere..., no se mueva..., voy a buscar las llaves.

¡Dios! Pero ¿qué hace una mujer de su edad en lo alto de una escalera? No parece tener problemas de movilidad, en general, pero su forma de caminar es lenta y muestra señales de cansancio. ¿Qué me voy a encontrar?

Capítulo 27

Chloe

Tengo que hacer un sobreesfuerzo para recordar dónde están las dichas llaves de la casa de Catherine. Si tuviera la seguridad de que las puertas del jardín por las que se accede al salón están abiertas, saltaría la valla, pero no lo estoy.

«¡Sí!», grito cuando las encuentro.

Salgo corriendo, rezando durante el corto trayecto para que esté ilesa.

Cuando aterrizo en el salón de su casa, compruebo que se encuentra en las alturas y no en el suelo, lo que me hace expulsar el aire que he contenido en los pulmones. De momento, va bien. Pero vuelvo a contenerlo cuando miro a mi alrededor. Me horroriza todo lo que veo. No hay ni un solo centímetro en la pared que esté libre: cuadros, tapices, lámparas, cabezas de animales disecados, estanterías, vitrinas de una sola puerta... Todo lo que pueda colgarse en una pared, y lo que no, también.

El resto del salón, aunque está algo recargado de sillones, mesas y cojines, permite que circule algo más de oxígeno. Parece una tienda de antigüedades, o más bien el almacén de una tienda de antigüedades.

Consigo localizar a Catherine, a pesar de estar camuflada por todo lo que la rodea. Se encuentra en la misma posición que me ha descrito: un pie descansa en el tercer peldaño; otro, en el segundo. Tiene una mano apoyada en la pared, la misma de la que cuelga el cuadro de los pájaros, y la otra está sujeta al arco de apoyo del final de la escalera.

En el suelo hay un pequeño martillo de espuma que ha debido soltar cuando se ha sentido insegura. A su lado, descansa un móvil que no parece haber sufrido daños.

—¿Cómo se le ocurre subirse sola? —le pregunto haciéndome paso entre todo lo que habita aquí para llegar hasta ella.

—Como si fuera la primera vez, pero hoy no he acertado. No sé cómo bajar, se me aflojan las piernas.

—No se mueva, por favor, o se caerá.

—¿Cómo quieres que me mueva? ¿Por qué te crees que te he llamado? Estos americanos...

Es una señora mayor, no debo decir lo que pienso, así que me muerdo la lengua.

—Menos mal que llevaba el móvil en el bolsillo. Por cierto... ¿Dónde está? —sigue parlotando, pero no le contesto. Necesito estudiar la escena, pero debo darme prisa.

Retiro el cuadro de su mano y con ese simple gesto me doy cuenta de la fragilidad de su posición.

—Espere, Catherine. Estoy buscando la forma de ayudarla a bajar —le digo cuando noto que intenta moverse.

No es sencillo. Cualquier movimiento en falso y se hace añicos en el suelo. Puede que no deba hacer esto sola. ¿Y si se cae?

—¿Y si busco ayuda? —le pregunto pensando en mis recursos.

—¿Qué clase de ayuda?

—¿Y si llamo a los bomberos?

—¿A los bomberos? ¿A esos llamáis en América? No soy un gato, jovencita. Aquí los bomberos apagan fuegos. Además, se encuentran en Bristol. Mientras llegan, seguro que ya no soy capaz de resistir. Colócate detrás de mí y sujétame la mano derecha.

Hago lo que me dice y cojo las riendas de la escena. Le apoyo una mano en la parte baja de la espalda, apoyo mi cuerpo sobre sus piernas, como si fuera un pilar, y le sujeto una mano fuertemente. Creo que he conseguido hacer de muro de contención, aunque el tamaño de Catherine me preocupa. Es robusta y... no es precisamente muy delgada.

—Debe intentar bajar un escalón con la pierna que tiene más arriba. Despacio. Yo la sujeto desde aquí.

Catherine lo hace con mucha soltura y respiro aliviada. El segundo escalón tampoco representa dificultad, pero el tercero y último le hace perder el equilibrio y abalanzarse sobre mí.

Caigo hacia atrás sin posibilidad de sujetarme ni sujetarla a ella. Por suerte, la mayor parte del salón está cubierto por una alfombra.

El impacto lo sufre un lado de mi cuerpo. Siento un golpe en la muñeca y, a continuación, un cuerpo pesado cae sobre el mío.

Grito, aterrorizada, y escucho la voz de Catherine pronunciando palabras que no consigo entender.

Segundos después, las dos yacemos en el suelo: ella está sobre... lo que queda de mí, boca arriba, con las piernas abiertas y ligeramente impulsadas hacia arriba. Yo, debajo, probablemente con todos mis órganos internos hechos puré. Debajo de mí, por suerte, la alfombra.

—¡Chloe! —grita a todo pulmón. Yo no tengo fuerzas para tanto.

Como si quisiera emerger de unos escombros, levanto ligeramente la cabeza y me topo de bruces con la mirada intensa del ciervo que cuelga de la pared, o de lo que queda de él. Sus ojos saltones, su pelaje tieso por el paso de los años, su boca desencajada... ¡Tengo ganas de llorar!

—¡Chloe! —repite más calmada.

—Sí, sí, aquí estoy. ¿Está... bien? —le pregunto con dificultad.

—Sí, pero me... duele todo el cuerpo. Menudo susto, Chloe, creía que te habías desmayado.

—Tranquila, estoy consciente. Voy a intentar salir de aquí debajo y pedir ayuda.

—¿Ayuda? Ya te he dicho que los bombe...

—Una ambulancia... —le aclaro antes de que siga protestando.

Poco a poco voy deslizándome sobre la alfombra mientras ella se va dejando caer hacia un lado como si rodara en círculo; yo la acompaño con las manos para evitar otro impacto. Aterrizo suavemente sobre la alfombra y yo consigo salir a la superficie y respirar.

Compruebo que no tengo nada demasiado dolorido ni nada que me impida moverme con soltura, excepto la muñeca que me produce un dolor muy intenso. Y la moral, que debe estar a punto de volatilizarse.

Me encargo de comprobar que Catherine se encuentra bien mostrándome una sonrisa que no sé descifrar. ¿Estará aturdida?

—Qué situación más embarazosa. Ayúdame a levantarme —dice por fin.

—No, nada de eso, podría tener algo roto.

—Estoy entera. ¿No querrás que esté aquí hasta que llegue el médico? Llama a mi hija.

—He dicho que no —le grito mientras corro por el salón en busca de un cojín que aplicarle bajo la cabeza—. Primero, la ambulancia, luego su hija.

Mientras discutimos, cuando estoy a punto de marearme con tanto objeto presionándome el cerebro, consigo que mi bolsillo libere mi móvil y llamo a emergencias.

Solo quince minutos después, Catherine entra en una ambulancia tumbada en una camilla. La calle estaba desierta hasta hace unos segundos

—Ven conmigo... No me dejes sola. Si me muero, no quiero estar con estos desconocidos.

—No se va a morir, señora Herbert —le indica el sanitario con cariño.

—Ella también está herida —insiste la anciana—. Se ha hecho daño en un brazo.

Antes de que pueda intervenir, uno de los sanitarios me mira y dirige su mirada a mi mano, que inconscientemente me estoy frotando.

—Nos ha dicho que usted se encontraba bien... —me indica confundido.

—Yo estoy...

—Le he caído encima —grita la anciana.

Puede que esas palabras sean las que han hecho saltar la alarma en la cabeza al sanitario. Se acerca a mí deprisa.

—¿Le duele? —me pregunta cuando presiona con cuidado.

Mi gesto de dolor es el que habla por mí.

—Venga con nosotros, debe examinarla un médico a usted también.

—Yo... No... es que —miro hacia mi casa y hacia la de Catherine—. No he cerrado la puerta. No llevo mi documentación.

No sé si es fruto de alguna contusión, este país, o Catherine, pero creo que me han robado la capacidad de ser coherente; es lo único que se me ha ocurrido decir.

El sanitario me hace una señal con la mano indicándome que proceda a solucionar el problema y... lo hago.

Me subo a la ambulancia poco después, completamente devastada, preguntándome qué más me puede ocurrir.

Capítulo 28

Andrew

No me puedo creer que el hospital de Londres sea historia, y que el de Bristol, en el que me encuentro, lo será dentro de cuatro días.

Ha sido una carrera contrarreloj para poder tramitar la excedencia en ambos hospitales. Muchas preguntas, muchas visitas al departamento de personal y algún que otro comentario desagradable que consiguió que las pocas dudas que aún me quedaban sobre si debía o no marcharme, desaparecieran.

Me sentí aliviado al sentir que el King's College no me volvería a ver correr por sus pasillos, al menos como médico, ni tampoco sería testigo de las discusiones que mantenía a diario con mi superior.

Solo han transcurrido tres días desde ese momento, pero empiezo a sentir que me estoy desintoxicando a mucha velocidad.

David utilizó otras palabras para describir ese momento, cuando él lo vivió, pero creo recordar que eran parecidas. Ayer lo expresó de otra manera, cuando vino a visitarme para mostrarme su apoyo en mi decisión.

—Se acabó, Amigo. Nueva etapa —fueron sus palabras nada más entrar por la puerta.

Siento algo de vértigo cuando pienso la satisfacción que ambos hemos sentido al alejarnos del lugar al que tanto tiempo le dedicamos; tanto esfuerzo, tanta ilusión...

Pero tengo claro que, como dijo David, se me presenta una nueva etapa y no tendré que volver a ese dichoso lugar.

El día que me marché, me detuve frente al rincón donde esa belleza inusual me acusó de robarle un taxi.

No sé qué me pasa con ella, pero no logro quitármela de la cabeza.

No volveré a verla, mucho menos si me alejo de Londres una temporada. Seguramente mi siguiente destino sea Oxford. En cualquier caso, las probabilidades son inexistentes.

El sonido de mi móvil anuncia una llamada de Paul. Estoy disfrutando de un pequeño descanso, todavía me quedan varias horas de trabajo.

—¿Te has pensado mi propuesta? —me dice Paul nada más atender su llamada.

—No he cambiado de opinión. Te lo agradezco, pero prefiero seguir en Bristol, no hay mucha distancia y aún queda algo de tiempo para que cumpla el contrato de alquiler.

Paul me ha ofrecido que viva con él mientras trabaje en la clínica, pero no soy capaz de compartir mi espacio y así se lo he dicho.

—Papá también me propuso que me alojara en su casa... —le digo echándome a reír.

—¿Qué has hecho para que quiera torturarte de ese modo?

Desde que Paul conoció mi decisión, nos hemos vuelto a acercar el uno al otro. Eso me hace sentir bien, muy bien. Y seguramente, cuando empiece a trabajar en la clínica, será mejor.

—Doctor Ransey —me dice una compañera—. Se trata de una paciente que ha ingresado...

—¿Qué ocurre? —le pregunto confundido.

La respuesta me deja sin aliento.

Capítulo 29

Andrew

Mi compañero no se ha sorprendido de que me ocupe yo de una de sus pacientes. Mucho mejor, así me he ahorrado tener que darle explicaciones. Salgo de la zona que estoy cubriendo y me dirijo a la contigua, donde se encuentra la paciente que me interesa.

Rose me ha dicho que la placa que le han hecho en la muñeca no indica que haya fractura, algo que me alegra muchísimo dadas las circunstancias.

Antes de entrar, consulto el nombre de la paciente... Chloe... Handley. ¿De qué me suena ese apellido? Se apellida igual que la belleza...

Cuando entro en el box me encuentro con... ¿La belleza?

Me detengo en la entrada. Miro el historial. La miro a ella.

El apellido no es coincidencia.

Es ella.

Me está mirando mostrando la misma perplejidad que seguramente muestra mi rostro. Está sentada sobre una camilla sujetándose la mano.

Su melena castaña clara está alborotada. Su coleta, que debió vivir mejores tiempos, le cubre parte de un hombro. Y su rostro, aparte de estar iluminado por unos espectaculares ojos azules, también muestra algún mechón rebelde que se ha escapado de su sujeción.

—¿Qué... haces tú aquí? —me pregunta recorriéndome el cuerpo con la mirada. A juzgar por su expresión, diría que más que una bata blanca ha descubierto un uniforme de bailarina.

Entonces, ¿se ha sorprendido de verme? No lo entiendo. Quizás no sabe nada.

—Trabajo aquí —le informo con una expresión calmada, conteniendo mis ganas de bombardearla a preguntas. Sigo sin entender la situación y todavía no me he recuperado de la impresión— Soy Andrew Ransey.

—¿Eres médico?

Se ha sorprendido, claro está. Sigo sin entenderlo.

—Eso parece. Vaya, quien nos iba a decir que volveríamos a vernos...

—No entiendo qué está pasando...

—Has tenido un accidente y yo soy médico.

—No quiero que me atiendas tú.

—Eso me rompe el corazón.

—Te aseguro que no tengo ganas de bromear. Ha sido una tarde... asquerosa y quiero irme a casa. Pero no quiero que te acerques a mí.

—Vamos a ver, Chloe. No tenemos a disposición de los clientes una carta de médicos. Quiero examinarte esa mano, para eso estoy aquí.

Me sigue mirando con la misma perplejidad, pero cuando me acerco a ella arruga la nariz y

se echa ligeramente hacia atrás.

—Prometo no besarte.

—Se me había olvidado por qué te consideraba un gilipollas... —me dice furiosa.

—Solo bromeaba. Creo que es mejor que te relajes.

Parece que me hace caso, aunque su silencio creo que se debe a las mil preguntas que están inundando su cabeza, igual que la mía.

—No hay fractura —le digo examinando la placa—, solo te has hecho una pequeña contusión. Un esguince. ¿Cómo ha ocurrido?

—Qué más da.

—Dime... ¿Qué hacía una anciana subida a una escalera mientras tú la sujetabas?

—¿Qué? ¿Eso es lo que te ha dicho Catherine?

—No exactamente, pero su forma de describirlo, me ha hecho pensar que ha sido así.

—¿Cómo está?

—No sé si debería contártelo, sigues sin responder a mi pregunta.

—Ni la voy a responder. Solo ha sido un accidente.

—Un accidente en el que una anciana ha acabado en el suelo después de afirmar que estaba colgando cuadros y tú... la has ayudado a... ¿Bajar de la escalera? Una situación extraña.

—¿Qué insinúas? ¿Está bien o no está bien? ¿Qué le ha pasado?

—Está bien, podría haber sido trágico por lo que ha contado. No sé si es la forma de cuidar a una anciana...

Su rostro se enrojece y me mira furiosa. No es lo que pretendía, pero creo que es tarde para arreglarlo. No quiero ser tan torpe como cuando la besé, pero voy por el mismo camino.

—Escúchame bien, doctor Andrew... no sé qué, yo no cuido a esa anciana. No sé si lo que estás insinuando es que la he empujado o solo me ha dado esa impresión, pero te lo voy a dejar muy clarito. Esa señora es mi vecina, hace una semana que la conozco, es... la mujer más pesada que he conocido en mi vida y me llamó para decirme que estaba en la parte alta de una escalera colgando un cuadro y no podía bajar. Esa es la historia. Ojalá no fuéramos vecinas, ojalá no tuviera que aguantarla, pero me ha tocado. Tiene llaves de mi casa, y yo de la suya...

Me echo a reír y está claro que eso la confunde.

—Cálmate, solo bromeaba. No pretendía insinuar nada. Te creo, de verdad. Sé que Catherine es muy pesada y hace siempre lo que le da la gana. La conozco bien... ¡Es mi abuela!

Abre mucho la boca y levanta las cejas hasta arquearlas en un ángulo que le confiere una imagen maquiavélica que me hace sonreír, pero me abstengo de hacerlo.

—¿Tu abuela? ¿Catherine es tu abuela? ¿Otra bromita? Porque no tiene gracia.

—Catherine es mi abuela, es la madre de mi madre. No te miento. La conozco bien y no me ha sorprendido que se subiera a esa escalera.

—Pero te has entretenido haciéndome creer que... ¡Muy simpático, doctor! Si no tuve bastante con encontrarme contigo en Londres, ahora te encuentro aquí, y te burlas de mí y permites que llame pesada a tu abuela y...

—Yo no te he obligado a llamarla pesada. Pero tampoco te lo recrimino, sé que lo es, y mucho.

—¿Está o no está bien?

—¿Tu mano?

—Tu abuela... ¡Catherine!

—Sí, está bien.

—Bien, pues apártate de mi camino porque me largo.

Me encanta su acento estadounidense y su pose altiva e infantil al mismo tiempo.

Esto es una locura, lo sé, pero es lo mejor que me ha pasado en toda la semana, o mes, o año...

—Siéntate por favor... Chloe. Como te he dicho, Catherine está bien, solo alguna contusión, pero no tiene ningún hueso fracturado. Deberá guardar reposo un tiempo, pero se pondrá bien.

—Me alegro.

—Y ahora hablemos de tu muñeca...

Asiente de mala gana y expulsa aire. Parece que está más calmada.

—Está bien.

—Tienes un esguince, pero es leve, de grado medio. Dime si te duele cuando presione.

Le cojo la mano con suavidad y, aunque al principio parece reacia a colaborar, termina por ceder.

El contacto con su mano caliente me produce un extraño escalofrío en el cuerpo.

—Sí, un poco —me dice entre susurros cuando le hago un suave movimiento.

—¿Aquí? —le aprieto en otra zona.

—También.

—Muévela haciendo giros.

—No puedo.

—Apriétame la mano todo lo que puedas.

Me mira furiosa, sé que si pudiera no me la apretaría, me la aplastaría, pero no tiene fuerza.

Sigo haciendo unos pequeños ejercicios, hasta que interviene molesta.

—Vale, ya sabes que me duele, ¿me puedo ir? ¿Algún analgésico? ¿Algún consejo? Tengo prisa y no es un secreto que prefiero perderte de vista.

—Pues relájate porque ahora vendrá la enfermera y le pediré que te inmovilice la mano, será un vendaje ligero, pero no debes moverla en exceso.

—Eso no será necesario.

—¿Siempre es tan complicado hablar contigo?

—Es que nuestros comienzos no fueron buenos.

—Quise buscarte para disculparme de nuevo, no quería traerte problemas.

—Me has conmovido.

Anne, una de las enfermeras de urgencias, irrumpe en la sala. ¡Qué oportuna! Le doy instrucciones del tipo de vendaje que debe hacerle. Lamento tanto la interrupción, que estoy a punto de pedirle que me deje hacerlo a mí, pero sé que no se ajusta al protocolo de actuación y no quiero llamar la atención. Para cuatro días que me quedan aquí...

Mientras Anne hace su trabajo finjo hacer anotaciones en el ordenador, pero no puedo concentrarme.

Cuando mi abuela me ha hablado de lo sucedido, nunca me habría imaginado que pudiera tratarse de la belleza. Me ha dicho que era la hija de su vecina, la que murió hace poco tiempo, que se llamaba Chloe y que también estaba lesionada. Por esa razón, me he ofrecido a atenderla yo, para poder darle las gracias por ayudar a mi abuela. Pero ¿cómo iba a imaginar que pudiera tratarse de ella?

¿Qué hace en Tetbury?

Es evidente que es americana... Incluso Olivia mencionó que había venido desde Nueva York.

Becaria...

¿Habrá venido por la muerte de su madre?

Sí, eso tiene más sentido. Y si es así, puede que solo esté en el pueblo de forma provisional. Esa idea me entristece.

Lo que no entiendo es que aquella mujer fuera su madre. Tengo entendido que llevaba muchos años en el pueblo... ¿Cuándo llegó? ¿O fue Chloe la que se marchó?

Recuerdo a su madre... Era una mujer muy guapa, muy educada... ¡Abogada! Eso es lo que mencionó la abuela.

¡Me empieza a doler la cabeza! Estoy deseando de que Anne termine, aunque ella debe estar preguntándose por qué llevo tanto rato en el box...

A pesar de estar atando cabos, sigo sin entender algunas cosas. Es demasiado casual este encuentro. Y el de Londres... Y que resulte ser vecina de mi abuela.

Por fin, Anne anuncia que ha terminado. Superviso su trabajo y le doy el visto bueno.

La belleza, Chloe, se baja de la camilla y me mira desafiante.

—Me marchó.

—Aquí tienes la pauta de calmantes y... deberás acudir a tu médico de familia para llevar un control de la mano. Supongo que acudirás al centro de Tetbury...

—Lo haré —dice tajante.

—Debes acudir a la recepción de esta planta, para gestionar la cobertura médica... ¿O estás inscrita?

—Estoy inscrita —me aclara cortante—. Trabajo aquí, ¿recuerdas? Lo tengo todo formalizado.

Tiene razón, ella trabaja en Londres, debe tener ese asunto arreglado. Los nervios me han impedido pensar con claridad.

—¿Qué... pasó en tu trabajo? Me refiero al desencuentro con... tu jefa.

—¿No te lo ha contado?

—No he vuelto a verla.

—¿Te dejó? Vaya... ¿Eso hizo? ¿Qué motivos tenía? ¿No le gustó que besaras a la primera mujer que te encontraste en la calle?

—Estás confundida —le digo en un tono muy diferente al que he empleado hasta ahora. Me molesta tener que hablar de ese tema con ella. No soporto que Olivia vuelva a salir en una conversación.

—Me marchó, doctor. No me interesa ese tema ni nada que tenga que ver con... esa mujer.

—¿No me vas a decir qué ha pasado?

—Que tu... abuela... se ha caído encima de mí.

—No me refiero a eso, sino a tu trabajo. ¿Te supuso algún problema... lo que ocurrió? No debería ser así, pero...

—Me despidieron, doctor, eso es lo que pasó.

El color ha desaparecido de mis mejillas. Seguro que ella se ha dado cuenta, a juzgar por la forma en que me mira.

Joder, ¡maldita sea! Es lo último que esperaba escuchar.

—¿Te despidieron?

—Lo que puede hacer un beso...

Se dirige a la puerta, pero antes de desaparecer se gira para mirarme fijamente. Es fuego lo que sale de sus ojos y estoy seguro que le gustaría abrazarme con él.

—¡Chloe!

—¿Qué quieres, doctor?

—¡Me debes una!

—¿Qué has dicho?

—Te he curado la mano.

—Lo habría hecho cualquiera, aunque he tenido suerte y me ha tocado el médico más imbécil.

—Eso duele.

Después solo se escucha un portazo.

Me echo a reír. Estoy confundido, tengo mil preguntas, me ha impactado lo de su despido, pero... esa mujer me encanta. Y ya no está desaparecida.

Capítulo 30

Chloe

Desde que he llegado a este país, tengo la sensación de estar viviendo el argumento de una novela.

Cada vez se enreda más y cada vez me siento más confusa.

Resulta que el imbécil que me besó en Londres, el novio de la bruja, es el nieto de Catherine, la señora que vive en la casa contigua de Caroline, la misma en la que estoy viviendo actualmente y a la que he ido a parar por unas circunstancias muy concretas...

¿No es de locos?

¿Sabía él algo de mí? No, no, claro que no. ¿Qué sentido tiene? Cuando me besó ni siquiera vivía en Tetbury.

No puedo seguir pensando, cada vez le encuentro menos sentido a todo lo que me está pasando.

La mano me duele mucho y solo deseo que el calmante que me han dado no tarde en hacerme efecto.

¡Qué mala suerte!

Voy a tener que lidiar con la mano en este estado durante unos cuantos días, pero puedo dar gracias de que no se hiciera añicos. El golpe ha sido muy fuerte y tengo dolorido casi todo el cuerpo. No puedo ni imaginar cómo estará Catherine, a su edad...

Antes de abandonar el hospital, decido visitar a Catherine. No me voy tranquila si no compruebo por mí misma cómo se encuentra. Espero que su nieto se esté ocupando de otros asuntos.

Así que el chico de los ojos de color miel es médico...

Es increíblemente guapo. Y tiene un cuerpo de los que quitan la respiración. Y... no le queda nada mal ese pelo oscuro, un poco ondulado, y esa barba de pocos días...

«¡Es el calmante!», me digo molesta por estar fantaseando con la belleza de ese hombre.

Claro que, no tengo por qué sentirme mal. Que sea guapo no significa que no sea un gilipollas.

Golpeo la puerta dos veces temiendo ser inoportuna. Me ha costado que me proporcionen el número de habitación de Catherine. He tenido que repetirlo mil veces a la enfermera que hemos venido juntas en la ambulancia, pero, al parecer, la política del hospital es muy prudente y reservada respecto a proporcionar información si no se es un familiar directo.

No cuenta que se cayera encima de mí y casi me convirtiera en un charco y que mi cuerpo impidiera que ella acabara de ese modo... No, eso no cuenta. Si no se es un familiar, todo lo demás no importa.

Abro la puerta sigilosamente rezando para que el doctor no se encuentre en el interior.

Respiro aliviada cuando compruebo que Catherine está consciente, acompañada de un hombre y una mujer de mediana edad.

Todos ellos me sonríen cuando entro en la habitación.

—Chloe... ¡Cuánto me alegra verte! —exclama Catherine, que está tumbada en la cama, con la mitad del cuerpo incorporada—. ¿Cómo te encuentras? ¡Oh! Ese vendaje...

—No es nada, Catherine, solo un pequeño... esguince, en pocos días estará bien.

—Hola —me dice la mujer—, soy la hija de Catherine. Soy Claire Ransey, y él es mi marido, Adam Ransey.

Ambos, mostrando una sonrisa natural, se acercan a tenderme la mano.

—Encantada de conocerlos —les digo con timidez. ¿Desde cuándo soy tímida?

—Debes ser la hija de Caroline... Siento mucho lo de tu madre —me dice ella.

—Gracias —le digo sintiendo una bola en la garganta. Catherine me mira y se encoge de hombros.

—También quiero agradecerte lo que has hecho por mamá —me dice con un gesto de ternura Claire.

—Me alegro de haberla podido ayudar.

—No quiero ni pensar qué hubiera sucedido si no hubieras estado allí tú.

—En vez de llamarla a ella, te hubiera llamado a ti —protesta Catherine—, solo que no sé cuánto hubiera aguantado en la escalera.

—Catherine, fue una mala idea, no admite discusión. No solo tú has salido herida, sino también esta encantadora joven —interviene Adam.

Los modales ingleses siguen fascinándome.

—Lo sé, lo sé. Deja de reñirme, ya no se puede hacer nada. Acércate, Chloe, que no te veo bien —pide en un tono alto Catherine.

Me acerco a su cama. Ahora más que nunca soy consciente de su avanzada edad y me siento algo culpable por haberla llamado pesada. Tiene mal aspecto.

—¿Cómo se encuentra, Catherine?

—He estado mucho mejor. Solo debo mantener reposo un tiempo. Me voy a ir a casa de mi hija una temporada, no sé cuándo volveré ni cuánto aguantaré.

—Mamá... —protesta Claire.

—Es importante que se cuide, Catherine.

—Siento que te hayas hecho daño. ¿Seguro que no es grave?

—No lo es, no se preocupe, solo es un esguince. Me recuperaré pronto.

—¿Un esguince es grave, Adam?

—No, Catherine. Se recuperará.

—Adam es médico —me aclara Claire.

¿Otro médico en esta familia?

—Te voy a echar de menos... igual que echo de menos a Caroline... —confiesa Catherine afligida.

—Yo también, Catherine —le digo sintiéndome algo confundida. Me produce ternura, pero no creo que eche de menos sus interrupciones, mucho menos si tiene muchas ideas como la de subirse a escaleras a colgar cuadros—. Pero estoy segura de que podrá volver pronto a casa.

—No lo creo. Ellos —dice señalando con la cabeza a su hija y su yerno— me lo van a poner difícil. Pero no voy a quejarme, la verdad. Desde que Caroline no está... me siento un poco sola.

—Mamá, ¿Cómo puedes decir eso? Llevo años pidiéndote que te mudes con nosotros.

—¿A quién le interesa perder la intimidad?

—Tienes mucho espacio para ti, Catherine —protesta Adam.

—Cuando hablo de intimidad, me refiero a hacer lo que me viene en gana, sin que nadie me controle ni me dé consejos.

—¡Ah! En eso puede que tengas razón —aclara Adam sonriendo.

En cuestión de unos segundos, descubro que los tres se animan a bromear y siento envidia de su complicidad y de su buen humor.

—Siento haberte arrastrado conmigo y que hayas salido herida.

—No le dé más vueltas. Lo importante es que estamos bien. Yo... tengo que marcharme.

—Gracias de nuevo, Chloe —me dice Claire acercándose a mí y cogiéndome la mano en un gesto tan íntimo que me sonrojo—. Nos encantaría que vinieras a cenar el viernes a casa.

—¡Oh! Gracias, pero no tienen que molestarse.

—No es molestia. Has hecho mucho por mi madre, y la tuya era una buena persona que siempre recordaremos. Acabas de llegar a Tetbury, queremos darte la bienvenida. Puedes contar con nosotros para todo lo que necesites.

—Así es, Chloe. Nos encantaría que cenaras con nosotros. Te advierto que Claire es más tozuda que Catherine, así que no te molestes en buscar excusas —Se añade Adam.

—Dejar de atosigarla, puede que tenga planes. ¿Es así, Chloe? —me pregunta la anciana con el ceño fruncido.

—No, yo... no tengo.

—Pues no se hable más —repite el matrimonio al unísono. No me ha dado tiempo a incluir un «pero», o dos.

—Te llamaré para confirmarlo. Mi madre tiene tu número de teléfono, ¿cierto?

Sonrío y asiento con la cabeza. No va a ser fácil escapar de esta.

Cuando me dirijo a la puerta, Catherine interviene de nuevo.

—¿Has conocido a mi nieto, Andrew?

Me detengo y trago saliva.

—Sí, sí, me ha atendido él.

—¿Verdad que es muy guapo?

—Mamá, no avergüences a las personas. Pregúntale si le ha atendido bien, no si le parece guapo —Claire parece molesta de verdad.

—Sí, me ha atendido estupendamente —admito incómoda.

Esta vez salgo deprisa para que no haya más preguntas embarazosas.

La respuesta que no les he dado, y que nunca les habría dado, es que, efectivamente, es muy guapo, demasiado guapo... y demasiado imbécil.

Capítulo 31

Andrew

—No tardarán —le digo a mi abuela, que espera impaciente la llegada de mis padres para salir del hospital—. Están formalizando tu salida, vendrán enseguida.

Ha pasado la noche en observación y no ha habido complicaciones. Aunque solo tiene varios hematomas, no está en condiciones de estar sola. Mis padres llevan tiempo proponiéndole que se vaya a vivir con ellos, pero siempre se ha negado. Mi abuela es una mujer especial. Es fuerte y un tanto diferente a las mujeres de su edad.

—Ayer conocí a tu vecina, la chica que te ayudó.

Llevo un buen rato pensando cómo sacar el tema y solo he encontrado esa forma. Ella no ha vuelto a mencionarla.

—¿A que es guapa?

—¿Guapa? ¡Oh! No sé, abuela...

—No digas tonterías. Eso se ve claramente, aunque no te fijes.

—De acuerdo... Es muy guapa. ¿Contenta?

—Mantente alejado de ella, es mi amiga.

—Abuela...

—Es la hija de Caroline, una persona que quise mucho y que echo de menos.

—¿Qué hace en Tetbury?

—Creo que ya te lo dije ayer.

—No lo recuerdo, abuela. Ayer estaba pendiente de otras cosas, como por ejemplo de... tu salud.

—Es una larga historia.

—Cuéntamela —Empiezo a impacientarme. Mi abuela nunca necesita que la animes a contar algo, se anima sola y se recrea.

—¿Por qué quieres conocer la historia?

—No me la cuentes... Esperaremos en silencio a que lleguen mis padres.

—Está bien. Caroline nunca se ocupó de ser su madre. Cuando nació la dejó en manos de su padre y renunció legalmente ella.

—Eso es terrible.

—Sí, lo es.

—¿Y qué ocurrió?

—Que su padre, que era americano, se la llevó a América. Nunca tuvieron contacto hasta hace poco. Caroline enfermó y decidió buscarla. Contrató un detective, se gastó mucho dinero en ello, y la localizó.

—¿Vivía en Estados Unidos?

—Sí, en Nueva York. Allí vivió siempre. El detective le proporcionó algunos datos de ella... Que era abogada, dónde vivía, que su padre había fallecido, que tenía un novio... Ese tipo de cosas de una vida normal.

—¿Tiene novio? —pregunto intentando que mi abuela no perciba mi «especial» curiosidad en ese dato.

—Eso le dijeron. ¿Te interesa por alguna razón ese punto en concreto?

—No, no me interesa. ¿Qué pasó después?

—Caroline la llamó hace unas semanas para pedirle que se vieran las caras. Ella no podía viajar hasta América, estaba muy enferma.

—¿Qué le pasaba?

—Su corazón estaba enfermo.

—¿Y qué pasó? —No quiero que se detenga a contarme los detalles de una larga enfermedad, así que la apremio cuanto puedo.

—Chloe no aceptó en un principio, pero yo le dije a Caroline que insistiera y que le dijera la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que le quedaban pocos días de vida.

—¡Oh! ¿Y se lo dijo?

—Sí, y Chloe accedió a que se vieran, pero solo estuvieron juntas un rato.

—Debió ser algo muy impactante.

—Caroline estaba contenta. No esperaba más. Quería conocerla y lo hizo. Pero fue un encuentro corto, frío... como cabe esperar. Después, Caroline murió y le aconsejé a Natalie que llamara a Chloe y se lo dijera. Ella estaba en Londres por un asunto de trabajo, así que podría asistir al funeral, si lo deseaba.

—¿Quién es Natalie?

—La secretaria de Caroline.

—¡Ah!

—Asistió al funeral, allí la vi por primera vez. Pero se marchó pronto. Después la llamaron para hablarle de la herencia.

—¿Qué herencia?

—La que le ha dejado Caroline. Su casa, la finca trasera, el despacho... Todo lo que tenía la pobre mujer.

—¿Por qué le dejó todo eso? ¿No hay nadie más en su vida? ¿Caroline no estaba casada ni tenía más hijos?

—No, se lo dejó todo a ella. Quiso que fuera así.

—Una cuestión de conciencia, supongo.

—No lo sé. Caroline no era el tipo de mujer que tuviera problemas con la conciencia. Se lo dejó porque quiso, sin más.

—¿Por esa razón está en Tetbury? ¿Por la herencia? ¿Por eso os conocéis? Fue a ella a quién recurríste cuando tuviste la brillante idea de colgar cuadros.

—Sí, y no sabes cuánto lamento que también se hiciera daño.

—¿Es que había algún hueco disponible en el salón, abuela? ¿Por eso colgabas el cuadro?

—Haré como que no te he escuchado, Andrew.

Me echo a reír cuando me fulmina con la mirada.

—¿Ya no soy tu nieto favorito? ¿Sigues pensando en desheredarme?

—Ya lo he hecho, no pienso dejarte nada. Y si lo hago, incluiré una cláusula que diga que

tienes que casarte.

—Abuela... No te molestes. Desherédame sin más, pero deja las cláusulas, mucho más una tan difícil de cumplir como esa.

—Lo pensaré.

Me sonrío con malicia y no puedo evitar acercarme y besarla en la frente. Adoro a esta anciana.

—¿No crees que tardan tus padres?

—No, no tardan. ¿Tienes prisa?

—No, ninguna. Quisiera volver a mi casa, aún no me he hecho a la idea. Hasta voy a echar de menos a Chloe. Es tan educada y encantadora.

—Ella solo está de paso, abuela.

—Estará cuatro o cinco meses. Ha decidido ayudar a Natalie en los asuntos del despacho de Caroline, para atender a los clientes que representaba ella.

Así que es eso lo que está haciendo...

Claro, la despidieron.

Cuatro o cinco meses...

Lástima que mi abuela no vaya a volver a su casa. La visitaría mil veces más...

La puerta se abre y mis padres entran sonrientes.

—Hijo, tenemos que marcharnos ya. Tu padre tiene asuntos que atender en la clínica.

De nuevo lamento la interrupción, me habría gustado seguir hablando de Chloe.

Cuatro o cinco meses...

¿No es ese el tiempo que voy a estar yo en Tetbury?

Ella va a estar menos tiempo, pero solo un poco.

Desde ayer, no soy capaz de quitármela de la cabeza. Cuando me confesó que la habían despedido, quise retorcerle el cuello a Olivia. ¿La despidió sin más? ¿Sería por el episodio del beso? No acabo de comprenderlo.

Desconozco lo que ha ocurrido, pero cada vez detesto más a esa odiosa mujer.

Y toda la historia que me ha contado mi abuela... Es tan rara... Tan dura...

Chloe está envuelta en misterio, está claro. Como también es un misterio que no me la pueda quitar de la cabeza.

Así que tiene novio...

Claro que, debe haberse quedado en Nueva York...

Capítulo 32

Chloe

Está claro que los Ransey no se han olvidado. Mi esperanza se ha roto esta mañana, cuando Catherine me ha llamado para recordarme la cena. La dichosa cena.

Son personas desconocidas para mí y, además, son los padres de ese médico engreído. Por suerte, Catherine me ha confirmado que solo estarán ellos tres en la cena. No habría aceptado de otra manera.

No entiendo qué hacía ese hombre en Londres... al parecer trabaja en Bristol. Claro que... junto a las oficinas había un hospital...

No, no lo creo. Debió acudir a esa zona para poner en marcha su estúpido de plan de poner celosa a la bruja. Todavía hay personas que juegan con eso y creen que forma parte de una relación. ¡Menudo imbécil!

Lo mejor de todo fue su expresión cuando le dije que me habían despedido. La bruja no debió hablarle de mí. O quizás sí...

Puede que ya no estén juntos. O puede que sí. Eso significaría que se dio cuenta de que le mentí, o quizás lo ha aclarado después...

¡A saber! No tengo ni idea de qué se traen entre manos, pero son tal para cual.

Me roba un taxi...

Me besa por sorpresa...

Y lo más extraño es que sea el nieto de Catherine, mi vecina, que tengamos un accidente ella y yo y que trabaje en el hospital que nos asigna la ambulancia que nos llevó.

Es de locos.

¿Por qué me sorprende? Desde que llegué a Inglaterra todo carece de sentido. Una cosa más no debería quitarme el sueño.

Me miro en el espejo. Esta maldita lesión me está impidiendo desenvolverme con normalidad. Todavía tengo la mano algo hinchada y sigue doliéndome por momentos.

Sé que debería verme de nuevo un médico, pero he estado demasiado ocupada en el despacho y... me he olvidado.

Natalie me lo ha recordado, pero no le he hecho caso.

Es un amor de persona. Nos reímos y bromeamos a todas horas.

Todavía me siento desubicada, pero me empiezo a familiarizar con los casos que represento en el puesto de Caroline.

Me cuesta entender a algunos clientes. Me hablan de detalles de la vida en Tetbury que dan por hecho que conozco y Natalie tiene que informarme constantemente.

Ayer acudió un nuevo cliente. En un principio, solo nos íbamos a encargar de gestionar lo

que estaba pendiente, pero hemos aceptado algunos casos nuevos por su sencillez y rápida resolución.

Confieso que el conflicto me dejó perpleja: un árbol.

Un árbol centenario que, al parecer, se está inclinando ligeramente hacia un lado. Un par de centímetros, pero suficientes para que un vecino de Tetbury decida denunciar al dueño de la casa donde se encuentra el árbol, el de la casa contigua, porque la inclinación afecta a su casa.

Vino al despacho con unos bocetos muy elaborados en los que se apreciaban los veinticinco minutos de sol que ese árbol le robaba a diario por su inclinación, al menos en la temporada de primavera y verano.

El diálogo no ha funcionado. Una parte del conflicto no se conforma con renunciar a esa preciada sombra; la otra, no piensa talar las ramas objeto de la discordia. ¿Es comprensible? No lo es, al menos en cuanto a emprender acciones legales, pero entiendo que luche por esos veinticinco minutos de sol. Yo también lo haría, aquí escasea mucho.

Vuelvo a mirarme en el espejo. Excepto lo que cubre mi muñeca, que más parece un estropajo viejo que un vendaje, el resultado de mi aspecto me satisface.

Me he decantado por un vestido informal de manga larga de color azul que realza mi figura y mi escote; el cabello me lo he recogido en un moño informal a la altura de la nuca y he terminado mi atuendo con unas deportivas de colores. Una mezcla de estilos muy propia de mí.

La casa de los Ransey se encuentra en el otro extremo de Tetbury, a una media hora a pie de la casa de Caroline; una distancia en la que he prescindido del coche. Por suerte, Steven se encargó de que pudiera seguir utilizándolo durante mi excedencia, aunque en el bufete de Londres... «alguien» no pareció estar de acuerdo y puso muchas objeciones.

Me detengo frente a la casa de los Ransey. Es una casa amplia de tres plantas con un jardín delantero muy cuidado y, aunque no se aprecia en su totalidad, uno trasero de grandes dimensiones.

Es una casa de estilo georgiano. La fachada de ladrillo visto blanco, el tejado de pizarra a dos aguas, el pequeño porche circular de la entrada rodeado de columnas blancas, la simetría en los grandes ventanales...

Es preciosa.

Me recibe Claire, que, tras darme un rápido abrazo, y preguntarme por mi muñeca, me invita a entrar en su hogar.

Me guía hasta un amplio salón, decorado de forma clásica, pero muy colorido y luminoso.

En uno de los sofás en forma de «U» se encuentra Catherine acomodada, mostrando una de esas extrañas sonrisas suyas que no dejan claro si está contenta o enfadada.

—Chloe, cuánto me alegro de verte.

—Catherine, ¿cómo te encuentras?

—Estoy bien, no me puedo quejar. Cuando me pueda mover con soltura, estaré mejor.

Claire se disculpa alegando que se está ocupando de la cena y desaparece durante unos minutos. Catherine me pone al corriente de lo que ha hecho estos cuatro días, pero no parece muy entusiasmada con su nuevo hogar.

—Adam llegará enseguida —Nos informa Claire asomando la cabeza antes de volver a desaparecer—. Cuando lo haga cenaremos.

Veinte minutos después, cuando Catherine ya ha consumido toda mi energía, Claire aparece

junto a Adam, ambos sonríen. Cada uno sujeta una bandeja.

Adam me extiende la mano haciendo equilibrios con la bandeja y se interesa por mi muñeca.

—Chloe, mientras te encuentres en Tetbury, puedes venir a la clínica siempre que lo necesites. ¿Quién te está haciendo el seguimiento de tu mano?

—En realidad, nadie.

—¿No has acudido a la consulta del médico?

—No he tenido mucho tiempo.

—Se debe explorar, cambiar el vendaje... ¿Qué te parece si mañana vas a la clínica? Aunque el sábado permanece cerrada, mañana estará abierta unas horas por la mañana.

—Yo... Se lo agradezco, pero... no quisiera molestar. Puedo...

—No se hable más. Mañana a las nueve te esperamos en la consulta.

—Gracias —acepto. Tengo que pensar en la mano y esto me facilita su revisión.

Nos dirigimos a una sala anexa al salón donde se encuentra únicamente una mesa rectangular, varias vitrinas repletas de vajillas y una amplia chimenea; apagada como es de esperar a estas alturas del año.

Claire me sirve una base de puré y unas salchichas y me ofrece una jarra con una salsa: *gravy*; típica de la gastronomía inglesa.

Desde que llegué a este país he tenido algún conflicto con su gastronomía. Confieso que nunca he sido muy disciplinada en la cocina, especialmente desde que me independicé. Paige, que es una excelente cocinera, siempre ha intentado integrarme en el arte culinario, pero nunca ha conseguido que mostrara mucho entusiasmo.

Las empanadillas de Cornualles también decoran la mesa. Las he probado con anterioridad, pero no han acabado de seducirme. Como invitada agradecida, solo voy a elogiar «esos manjares», pero me va a costar conducirlos hasta mi estómago.

Me siento incómoda. Son muy amables y en todo momento están pendientes de mí, pero no les conozco y soy consciente de que esas personas conocían a Caroline y me relacionan con ella. Tampoco ayuda el hecho de saber que estoy en la casa de los padres del médico que me besó, ese imbécil que parece burlarse de todo y de todos.

Escucho su voz a mi espalda y rezo para que sea una cuestión de sugestión, pero tardo poco en comprobar que no lo es. Y... justo cuando lo descubro, me encuentro en mitad del proceso de ingerir un generoso trago de vino.

Cuando entra el doctor, yo soy víctima de un pequeño atragantamiento en el que busco desesperadamente la forma de respirar y también de que me trague la tierra.

Capítulo 33

Andrew

La llamada de cortesía que he hecho a mi madre, para interesarme por el estado de mi abuela, ha hecho que el resto de la tarde se convirtiera en una carrera contrarreloj. Ha sido justo cuando me ha informado de quién era su invitada esta noche.

No he compartido con mi madre mis intenciones, pero sí he hecho todo lo posible por terminar lo que estaba haciendo en el apartamento de Londres para poder asistir a esta cena.

No entraba en mis planes este pequeño desvío en la agenda, mucho menos sabiendo que mañana por la mañana debo volver para asistir a una reunión de toda la familia, que mi abuela ha convocado en casa de mis padres para hablarnos de algo importante. ¡A saber qué tiene ahora en la cabeza!

Hoy ha sido mi último día en el hospital de Bristol y en este momento me siento aliviado, extraño, algo desubicado, pero aliviado. Incluso algo excitado por compartir mesa con la invitada de mis padres.

La invitada, en cuanto aparezco, se atraganta. Quiero pensar que ha sido fruto de la casualidad, aunque todo apunta a que mi presencia la ha sorprendido, igual que al resto, que no me esperaban; en ningún momento he desvelado mis intenciones de acudir.

Mi madre le golpea suavemente la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, sí —pronuncia con dificultad.

—Andrew... ¡No te esperábamos!

—¿Eso significa que te alegras?

—Pues claro, ¿qué clase de pregunta es esa? —se defiende mi madre ofendida.

Recorro la mesa saludando a todos los comensales con un beso en la mejilla y me detengo frente a ella para ofrecerle la mano.

Ella se levanta y acepta mi saludo, claramente incómoda.

—Chloe, me alegro de verte.

—Yo también —me dice con una sonrisa forzada.

—Olvidaba que ya os conocíais —interviene mi madre de forma muy oportuna.

—Nos conocimos el lunes en el hospital. ¿Qué tal está tu muñeca? Espero que mejor que el vendaje.

—No deberías criticar el vendaje, me lo hiciste tú.

La miro sorprendido, no esperaba ese ataque. Mis padres no parecen entenderlo, pero la abuela sí porque suelta una carcajada que nos retumba a todos en el cerebro.

—Andrew... estás en baja forma —comenta su padre.

Estoy a punto de aclarar quién hizo el vendaje, pero si la señorita americana se divierte, no seré yo quien se lo impida.

—Lo estoy, debo practicar más los vendajes.

—¿Ya no se encargan las enfermeras? —pregunta mi madre ingenuamente.

—Me ofrecí yo. Como Chloe había sido la heroína de la abuela, quise ser considerado.

—Le he dicho a Chloe que mientras esté en Tetbury puede acudir a la clínica siempre que lo necesite —presume mi padre.

—Claro, es una gran idea —alabo mientras me imagino que Chloe pueda convertirse en paciente mía.

—Siéntate de una vez, tengo hambre y no soporto que me interrumpan mientras estoy cenando —protesta mi abuela.

Consigue que todos nos echemos a reír, menos Chloe que no está acostumbrada a su carácter.

Me siento en el extremo opuesto de Chloe, para mirarla mejor.

La cena transcurre de forma amena, gracias a las intervenciones de mis padres y de la abuela, que se empeñan en poner a Chloe al corriente de todo lo que acontece en Tetbury.

Sé que no está cómoda. Sonríe, asiente con la cabeza, me fulmina con la mirada...

El siguiente tema no es de su agrado. Mis padres mencionan a su madre y le cuentan algunas anécdotas de ella relacionadas con vecinos de Tetbury, o algunos eventos en los que coincidieron.

Me doy cuenta de que la abuela interviene de forma brusca para que la conversación dé un giro. Ni siquiera ha participado en ella.

Una hora después, cuando la cena ha llegado a su fin, después de que la bombardeen a preguntas sobre la gastronomía americana, y la vida en Nueva York, y vuelvan a mencionar a su madre, mi abuela le pregunta:

—¿Has visto los jardines, Chloe? Son preciosos.

—No, no los he visto.

—Andrew, deberías mostrárselos —me pide mirándome fijamente con una de esas miradas tuyas que no admiten discusión.

Chloe se resiste, pero no encuentra la forma de excusarse y acepta. Eso es lo que percibo por la forma en que se revuelve en la silla.

—Después de visitar los jardines, me marcharé. Mañana tengo que trabajar, aún no me he puesto al día con el despacho. Así que... me despido ahora. Les agradezco la invitación, estaba todo delicioso. Ha sido un placer cenar con ustedes.

La belleza tiene exquisitos modales.

Chloe se acerca a mis padres y habla algo con ellos que no logro escuchar. Después se despiden y se acerca a mi abuela. Le coge la mano y le sonríe. Mi abuela le responde haciendo lo mismo. Eso sí que es una sorpresa.

—¿Vendrás algún día a visitarme? —le pregunta.

—Claro, muy pronto.

Cuando salimos del salón y nos dirigimos al exterior, Chloe se coloca delante de mí y me obliga a detenerme bruscamente.

—No voy a pasear contigo, diles que me han encantado los jardines.

—Si vuelvo ahora, sabrán que no te los he mostrado.

—Pasea tú solito, como si yo estuviera a tu lado.

—¿Por qué te caigo tan mal?

—Porque me jodiste con esa bruja de tu novia. Te pedí que se lo aclararas y no lo hiciste.

—Entonces no fue el beso... sino las consecuencias del beso. Eso me calma.

—Eres un imbécil.

—Sí lo hice. Lo intenté ese mismo día, pero no quiso hablar conmigo. Días después se lo dejé claro.

—Lo importante era que se lo aclararas aquel día, aquel maldito día.

—Lo intenté, ya te lo he dicho. No podía obligarla a escucharme.

—Pues sí que deberías haberla obligado. Podías haberla atado, amordazado y crucificado si era necesario para que te escuchara. Deberías haberle dejado claro que no me conocías y que lo del beso fue una gilipollez que te pasó por la cabeza para darle celos. Deberías haberle dicho cualquier cosa y no lo hiciste.

—Lo intenté —le digo molesto. Ya no me apetece bromear, su tono acusatorio me está incomodando—. Si alguien no quiere escucharte, es difícil comunicarse. Solo puede decírselo días después.

—Lo intentaste mal y lo que fuera que le dijeras fue tarde.

—Escúchame...

—Me has preguntado por qué me caías mal y te he respondido. Buenas noches, doctor.

Se dirige a la salida, pero se equivoca. Me mira. Le señalo la dirección correcta con la mano y desaparece de mi vista.

Me quedo con un sabor amargo, uno que se carga todas las ganas que tenía de verla cuando he llegado a esta casa.

Esto no tiene remedio.

Capítulo 34

Andrew

Cuando vuelvo a entrar en la casa de mis padres, los encuentro en el salón, ocupando sus sillones favoritos y sumergidos en una conversación relacionada con unas reformas que quieren hacer en la cocina.

—¿Quieres alguna copa de algo, cariño? —me pregunta mi madre al verme entrar.

—No, gracias, no tardaré en marcharme.

—¿Ya te has quitado a esa pesada de encima?

No estoy segura de haberla entendido. ¿Se refiere a Chloe?

—Mamá, ¿de qué hablas? Chloe es encantadora.

—Me refiero a la hija de los Hill, de esos impresentables.

Vaya, en esta casa no hay secretos. Miro a mi padre y este desvía la mirada. Sé que ha sido él la fuente de información. Él y mi abuela tienen una extraña complicidad. A veces pienso que mi abuela le quiere más a él que a su propia hija. Se adoran.

—Catherine, no sabes guardar secretos, ni uno más —se delata mi padre.

—No lo hagas, tendrás que contárselos a mi hija y seguro que no te diviertes tanto.

Ese «tira y afloja» nunca está cargado de malas intenciones, es parte de mi familia, de su esencia.

—¿No te caen bien, abuela?

—No, y no es un secreto. Son altivos y solo les importa el dinero y las apariencias.

—Mamá, no son así, tú les has tratado poco.

—Abuela, ese tema está zanjado —le informo.

—Me alegro. Solo la he visto una vez y me cayó mal. ¿No había nadie mejor para meter en tu cama?

—¡Mamá! —le regaña mi madre. Es la palabra más escuchada en cualquier reunión que se encuentre la abuela.

—Lo siento, pero tengo que marcharme —anuncio riéndome.

—¿Vuelves a Londres? —me pregunta mi padre mientras libra una batalla con un cojín del sillón.

—No, me voy a Bristol, está más cerca.

—No olvides que mañana tenemos una reunión —me recuerda la abuela.

—No lo olvido, abuela, pero ¿seguro que es necesario?

—Lo es —responde tajante.

—No te molestes en intentar sonsacarle nada —me advierte mi madre—. No quiere contarnos de qué se trata.

—Está bien, asistiré, pero tengo muchas cosas que hacer. Todavía tengo que traer cosas del

apartamento de Londres...

—¿Por qué no dejas ese otro apartamento de Bristol? —me pregunta mi abuela.

—¿Y dónde quieres que viva los próximos meses? ¿Aquí?

—En mi casa. Yo no voy a volver en una buena temporada.

¿En su casa? La abuela es increíble. ¿Cómo se le ha ocurrido...? ¡Un momento! Su casa... la casa contigua a la de Chloe...

Guardo silencio unos minutos mientras discuten.

—Pues... no lo había pensado, abuela. Ya sabes que a mí me gusta vivir solo, así que... ¡Déjame pensarlo!

—Hazlo, la oferta seguirá abierta mañana.

Nos echamos a reír. Mi cabeza empieza a trabajar a toda velocidad, solo se detiene cuando escucho las palabras de mi padre. Unas que hacen que mi cabeza aún trabaje más rápido.

—Mañana iré pronto a la clínica. Tengo que arreglar unos asuntos. He quedado a las nueve para ver el estado de la muñeca de Chloe.

Mi trabajo en la clínica, previsto para el lunes, se va a adelantar.

Capítulo 35

Chloe

He pensado en no acudir a la clínica, pero no me parece correcto. Adam me recordó la cita cuando me despedí de ellos, después de la cena. Además, me conviene que le eche un vistazo. Me sigue molestando y algo no va bien.

Me siento mal.

Estoy cansada de sentirme así, pero no consigo salir de esta burbuja. Ni siquiera me reconozco, siempre parezco enfadada y clavada al suelo como una estatua. Pero es que la cena y la llamada de la bruja, me han superado.

La cena de ayer fue muy incómoda, ese hombre me saca de mis casillas. La forma desafiante en la que me miraba constantemente hizo que tuviera que contenerme mil veces para no lanzarle algo a la cabeza. Además, es falso y... mentiroso. Me dijo que había intentado aclarárselo a la bruja... ¡Mentira!

Esa odiosa mujer me llamó ayer por la noche, ¡por la noche! ¡Un viernes! Después de hacer casi quince días que pedí la excedencia. Ya me extrañaba a mí que no diera señales de vida, pero hasta creí algo que solo una ingenua puede creer: que Steven había tomado partida después de lo que le dije. ¡Qué equivocada estaba!

Todavía siento rabia. Ojalá la hubiera interrumpido en vez de dejarla hablar pensando que mi turno llegaría después. ¡Qué estúpida fui! Nada más soltar su veneno, me colgó.

—Hola, becaria —empezó diciendo—. Disculpa que no te haya llamado antes, pero he estado muy ocupada compartiendo mis conocimientos con los nuevos becarios, unos que son perfectamente dignos de trabajar aquí, inteligentes y llenos de recursos. Ya sabemos que no siempre es así, pero a veces me tocan inútiles con muchas aspiraciones, pero pocas habilidades y tengo que conformarme. Solo he llamado para decirte que me alegro de que hayas solicitado un permiso, no sabes cuánto me alegro de no tener que verte. Si quieres aceptar un consejo, dedícate a otra cosa, la abogacía no es para ti. Y... quiero aclararte que mi opinión sobre ti no tiene nada que ver con el incidente de... Andrew. No te consueles con eso. Mucho antes tenía claro que eras muy inútil. Soy muy profesional para que esos temas me influyan. Ese hombre me suplica todos los días que le perdone que fuiste un error, que no tiene la culpa de que le llevaras días persiguiendo. Hasta sintió náuseas después de besarte. Si en algo estamos de acuerdo es en pensar que eres una estúpida. Te salió mal la jugada. ¡Hasta nunca, becaria!

Antes de que me llamara becaria por segunda vez, estaba dispuesta a decirle cuatro cosas sin ningún miramiento. Todo tiene un límite, pero me colgó la muy impresentable. ¿Cómo no reaccioné antes? ¿Qué narices me pasa?

Me quedé clavada al suelo con Lance y con Madison, y ahora con esa maldita bruja...

Yo no soy así.

Y ese «Andrew»... No sé qué hay entre ellos, pero lo que me contó esa bruja es despreciable. Está claro que hablaba con odio y con rabia, pero seguro que el muy impresentable intentó darle la vuelta a la situación. Así que yo le perseguía y le dio náuseas besarme...

Es indignante que permitan que esa mujer se comporte de esa manera, pero voy a intentar calmarme. Puede que no le dijera nada ayer, pero... todo llega. Las prisas nunca son buenas.

Seguro que me he pasado de largo la clínica. Natalie me ha indicado cómo llegar de la forma más directa, pero creo que estoy perdida.

Unos minutos después, la localizo. Respiro hondo. Pulso sobre el timbre y espero.

La puerta la abre un hombre joven, debe ser el hijo de Adam, el que no es imbécil. Eso es lo que me ha contado Natalie. Al parecer, en esa familia la vocación por la medicina no falta.

—Hola, soy Chloe Handley.

—Claro, te esperábamos. Pasa, por favor. Soy el doctor Paul Ransey —Me ofrece la mano —. Te acompaño.

Inicia el paso y me pide que lo siga a lo largo de un pasillo.

Estoy impresionada por la amplitud de la clínica y por todos los detalles que la decoran.

Hay detalles florales por todas partes y también muchas puertas que se desvían del pasillo ante salas de espera confortables.

Paul abre una puerta que muestra un cartel con el nombre de Adam Ransey grabado en color dorado.

—La señorita Handley está aquí.

—Chloe —le digo antes de entrar.

Paul espera a que entre y desaparece.

—¡Chloe! Me alegro de verte. Llegas tarde.

—¿Dónde está tu padre? —le pregunto indignada. No me puedo creer que tenga que ver de nuevo a este gilipollas.

—En uno de los despachos con un paciente. Una urgencia. ¿Me permites ver la mano?

—Esperaba a tu padre.

—Como te digo, está atendiendo a un paciente. Además, tengo que practicar los vendajes, ¿recuerdas? El que te hice no fue muy acertado...

Me voy. Me quedo. Me voy. Me quedo...

Esta es la última persona que esperaba ver hoy. ¿Qué hace aquí? ¿Le echa una mano a su familia en la clínica? ¿Cuántos trabajos tiene este hombre?

—Mejor vuelvo otro día.

—Mi padre ha delegado en mí, ¿qué quieres que le cuente? Algo tendré que decirle para justificar que no has querido ser atendida por mí. ¿Prefieres a Paul? ¿Quieres que vaya a buscarlo?

No estoy en condiciones de exigir. Es su clínica y su trabajo y yo, por mucho que lo deteste, necesito que cure mi mano. Además, prefiero pasar desapercibida ante su padre.

—Está bien... No quiero más circos, ya he vivido uno contigo y tengo suficiente.

Sonríe de una forma que de buena gana le borraría.

Me siento en la silla que me indica y él se sienta al lado, en la camilla. Me mira a los ojos con dureza y me quita la venda lentamente. Ya no sonrío.

Estoy nerviosa, lo confieso, es duro tenerle delante sin sentir rabia por él y sin admirar ese

perfecto rostro que tiene.

—Sigue hinchada, deberías reposarla más. Te haré un vendaje distinto y te daré otro tratamiento. Pero debes evitar moverla en exceso.

—Eso es complicado.

—No he dicho que sea fácil.

Ha suavizado su expresión y vuelve a mostrarse como... siempre que lo he visto, como si se riera del mundo.

Veinte minutos después, cuando el vendaje me llega al codo y protesto varias veces, recibo una explicación que me convence y le doy las gracias.

—¿Todavía te caigo mal? No me entra en la cabeza que te despidieran por eso.

—No tengo intenciones de hablar contigo de ese tema.

—No pretendía complicarte la vida.

—¿Qué pretendías?

—Una estupidez, prefiero no hablar de ello. Me arrepiento, pero... solo del malentendido, del beso no.

Me acerco a él despacio.

—¿Del beso no?

Sonríe de una forma arrogante. Sé que está jugando.

—No, de eso no.

—Pues bésame otra vez.

Me mira fijamente, sorprendido.

—¿Quieres que lo haga?

—Puede que esta vez no sientas náuseas...

Me mira de nuevo confundido, pero no se pronuncia.

Cuando lo hace, ya he abierto la puerta y estoy a punto de salir.

—¿Por qué has dicho eso?

Salgo a toda prisa de la clínica rezando para que no intente alcanzarme. Su hermano no está en la entrada, así que salgo directamente.

Nada sale bien. Nada me hace sentir mejor. Solo soy capaz de sentirme ridícula, de no acertar en nada, de hablar cuando no debo y de callar cuando no debo también.

No soporto a ese hombre, pero sigo poniéndome nerviosa cuando está cerca.

Capítulo 36

Andrew

La abuela, cumpliendo con su amenaza, nos ha reunido a todos en el salón y nos ha hecho esperar. A pesar de que le hemos preguntado mil veces el motivo de la reunión, solo nos lo ha aclarado cuando ha llegado el señor Leonard Pemberton, notario y amigo de mi abuela.

La perplejidad ha ido aumentando cuando nos ha anunciado que lo que pretendía era leer su testamento.

No han faltado las protestas por parte de todos los miembros de la familia, pero la sorpresa mayor ha llegado cuando nos ha informado de que la lectura no era su único propósito, sino el cumplimiento de la transmisión de sus bienes.

—Dejad de atosigarme. No quiero que el reparto de mis bienes se haga cuando esté muerta porque no podré estar para verlo. Quiero hacerlo mientras viva, saber si estáis conformes, si os parece bien, si os fastidia o si os emociona. Mi pequeño patrimonio pasará a vosotros y quiero verlo con mis ojos.

—Abuela —He sido yo el primero en intervenir—. Te trataremos como a una reina haya lo que haya en ese documento. Puede que no sea el momento más adecuado para decírtelo, pero te queremos igual con, y sin testamento.

—Eso es precioso, Andrew, pero no te adelantes. Espera a saber qué te he dejado.

Los comentarios han continuado, especialmente por parte de mi madre, que se ha mostrado ofendida. Mi padre ha guardado silencio, señal de que él conocía las intenciones de mi abuela; a nadie le ha sorprendido.

Pero... las risas también se han hecho un hueco. Ha sido cuando nos hemos cansado de batallar con la abuela y hemos optado por tomárnoslo con humor y... cumplir con su voluntad. Incluso el señor Pemberton, que es estirado como un palo, ha puesto su granito de arena para amenizar el ambiente.

—Pobre hombre —me ha susurrado Paul—. Ha venido cargado con esa caja llena de documentos. Creo que, nada más que por eso, tenemos que tirar esto adelante.

Y así nos hemos entretenido mientras mi abuela y mi madre no dejaban de discutir.

La lectura se ha hecho ante el silencio de todos. Si en algo tenía razón la abuela, era en que hacerlo de este modo ha sido mucho mejor que cuando la pérdida es palpable.

A mi hermano le ha dejado la casa en la que vive actualmente en Tetbury, una segunda residencia que adquirieron ella y mi abuelo hace muchos años. Es una casa grande que mi hermano ha ido reformando con muy buenos resultados; a mis padres les ha dejado otra casa, la de verano, en la costa sur de Cornualles, en Porthleven, así como parte de sus ahorros; a mí, la casa donde vivía hasta hace poco, la que ella siempre ha considerado su hogar, junto a una

pequeña finca: un terreno sin construir que se encuentra a pocos metros de la casa, orientado hacia el oeste.

Hemos estado más de dos horas firmando el traspaso de bienes. Debía llevar tiempo preparando todos esos documentos, y todavía queda alguno.

Hemos cumplido con su voluntad. Si algo nos ha quedado claro es que la abuela deseaba hacerlo y parecía feliz al terminar.

Yo soy al único al que le ha incluido una cláusula. Al escucharlo he temido que me pidiera que me casara, como ha bromeado alguna vez, pero ha resultado ser más simple. No puedo hacer reformas en la casa mientras ella esté viva. Es consciente de que no va a volver a su casa, pero quiere visitarla de vez en cuando y encontrarse con sus recuerdos intactos.

Ha sido una mañana de locos. Por el testamento y por la visita de Chloe a la clínica.

Ya había decidido mudarme a la casa, nada ha cambiado, pero ahora, después de convertirme en propietario, puedo decir que soy, oficialmente, vecino de la belleza.

Capítulo 37

Chloe

Hoy siento cierta nostalgia con Nueva York. Puede que haya influido el hecho de hablar con Paige y recrear los lugares que me ha descrito, los mismos que hasta hace poco tiempo formaban parte de mi vida.

Hoy echo de menos mi apartamento, el bullicio de Nueva York, mi trabajo en el bufete, la sopa de Paige, mis visitas a su librería, mis sándwiches, los días soleados...

Puede que el hecho de que hoy mi padre hubiera cumplido años también influya.

Y puede que el hecho de no levantar cabeza desde que he pisado este país, también.

Estoy sentada en una preciosa hamaca, en el jardín trasero, que perteneció a la mujer que me trajo al mundo, en su casa, rodeada de todo lo que ella eligió un día para decorar su hogar; en un pueblo que apenas he explorado; descansando de una jornada laboral en un despacho que perteneció a esa misma mujer; ocupándome de sus clientes y escuchando su nombre constantemente en la boca de todos.

He estrechado lazos con su ayudante, Natalie, a la que empiezo a considerar una amiga, he tenido un accidente con otra de sus amigas, que a la vez es la abuela del imbécil que me besó en Londres y que era el novio de mi odiosa jefa; la mujer que más detesto en este mundo.

Mi futuro no es muy prometedor en el bufete, a menos que pase seis meses en España cuando acabe mi excedencia. Y, para colmo, recibo un mail de Madison, en el que me informa que Lance ha vuelto a Seattle y que se siente sola.

Estoy rodeada de cinismo, de cosas absurdas, de casualidades y de una rabia que no consigo controlar. ¿Qué más puede pasar?

Juro que nunca más volveré a hacerme esa pregunta.

El médico «beso a la primera que me encuentro», está apoyado en la valla, con una sonrisa de oreja a oreja.

Lleva una camiseta de manga corta ajustada de color blanco; es lo único que puedo ver de su cuerpo.

Me recorre el cuerpo con la mirada. Le ha debido gustar mi atuendo: una falda corta y una blusa transparente.

—Hola, vecina. ¿Tomando el sol?

—No, estaba esquiando. ¿Se te ofrece algo?

—Un poco de ayuda no me vendría mal.

Lo miro confundida, a saber, por dónde ataca.

—¿Ayudarte yo a ti?

—Me debes una. Te conseguí un taxi, te he curado la mano, te besé... Lo menos que puedes

hacer es echarme una mano. Tengo dos bultos en la entrada y me cuesta moverlos.

Me levanto despacio, pensando que esto no me puede estar pasando. Debe estar recogiendo las cosas de Catherine.

Me apoyo en la valla y le devuelvo la sonrisa.

—El taxi me lo robaste, la mano... estabas haciendo tu trabajo, y ayer quedé con tu padre, no contigo... Y el beso... Eso sí, eso sí que es un favor que te debo. Mi vida cambió después de ese beso...

—No pierdes oportunidad de decirme lo mucho que te complicó la vida ese beso... Tienes un punto sádico. Eres rencorosa... Eso no está bien, Chloe. En Inglaterra siempre perdonamos, convivimos en armonía, en paz.

—Es verdad que eres gilipollas... Hasta he llegado a dudar. «¿Y si has sido injusta con él, Chloe?», me lo pregunté una vez, pero... no, no hay más que oírte.

—¿Cuándo te lo preguntaste?

—Ayer, cuando llamé a tu abuela para ver como se encontraba y me habló maravillas de sus nietos.

—Sí, mi abuela es mi mejor fan, tengo que admitirlo, pero tú acabarás siéndolo también. Dame tiempo, chica americana. ¿Me ayudas o no?

—No.

Me separo de él, no solo porque es el momento de hacerlo, sino porque, de nuevo, una vez más, aparece ese tira y afloja en mi cabeza: querer estrangularlo y quedarme embobada observando su rostro.

—¿Qué clase de vecina eres tú? —escucho decir a mi espalda, antes de volver a entrar en mi casa.

Una hora después, hago un esfuerzo por ignorar el ruido que está haciendo en la entrada de la casa. Me consta que estas casas comparten una pared de papel: solía escuchar los movimientos de Catherine, pero... en la calle... ¿Qué coño está haciendo?

Cuando salgo a comprobarlo, lo encuentro junto a varias maletas, dos cajas, una buena montaña de fundas de las que protegen la ropa y una caja alargada muy alta que está teniendo dificultades para sostener.

«¡Un momento!», me digo alarmada. Eso no está saliendo de la casa de Catherine, sino entrando...

—Vaya, por fin. ¿Me ayudas con esta caja? Lleva algo frágil en su interior.

—¿Qué estás haciendo?

—Mudarme. ¿Qué crees que puedo hacer con todo esto?

—¿Qué quieres decir con «mudarme»?

Consigue apoyar la caja en un arco para enredaderas del jardín. Se vuelve hacia mí.

Observo sus vaqueros desgastados, ligeramente deshilachados en los bajos y sus deportivas de color azul marino.

—Vamos a ver, chica americana... ¿En Nueva York cómo le llamáis a cambiar de casa? Vamos a ser vecinos.

—¿Cómo le llamáis en Inglaterra a un vecino gilipollas?

—Vecino solamente, aquí no insultamos, tenemos unos modales increíbles.

—No te soporto —le digo volviendo a mi casa.

Capítulo 38

Andrew

Mi madre siempre ha afirmado que tengo una personalidad dual. Palabras suyas: «La mitad de ti es muy impulsiva, la otra mitad muy reflexiva». Crecí con esa frase y nunca me sonó muy bien, pero con los años aprendí que mi madre tenía razón. O doy un paso brusco al frente sin pensar en las consecuencias, o paso horas y horas, días y días, pensando si debo o no dar el paso.

Son pocas las veces que pienso en ello, solo aquellas en las que una de las dos personalidades me trae problemas por manifestarse en exceso. Hoy es una de ellas. Hoy, la batalla la tengo con la personalidad impulsiva, la que hizo que aceptara vivir en la casa de mi abuela sin detenerme a pensar lo que eso suponía.

El argumento oficial que influyó en esa decisión fue la corta distancia con la clínica y el poco amor que le tengo al apartamento de Bristol, probablemente porque bajo su techo mi estado de ánimo ha tenido los peores «ranking» de mi historia. Pero esa solo es la versión oficial, la no oficial se debe a que una belleza americana con un humor terrible que me detesta, es mi vecina.

Y ahora estoy sentado en el salón de la casa de mi abuela, ahora de mi propiedad por su expreso y extraño deseo de hacer testamento en vida, rodeado de... millones y millones de objetos, los propios de quince generaciones.

Pero ya está hecho y tengo que hacer lo posible para que esto mejore.

Por eso estoy en la cocina, dándole el último toque a un pastel de... varios ingredientes. Es una fusión de diferentes estilos de tartas propias de la región inspirada en lo que he encontrado en el frigorífico.

Es espantoso su aspecto, pero espero que mi vecina valore el detalle.

Todavía caliente, me dirijo con la tarta a la casa contigua. Son las diez de la noche, espero que esté despierta.

Después de pulsar tres veces el timbre, me abre la puerta una belleza americana con el pelo húmedo, una toalla en la mano y un rostro que más refleja haber recibido a un fantasma que a un vecino con una tarta en la mano.

—Es mi forma de darte la bienvenida. Es eso lo que se suele hacer en estos casos, ¿cierto? Creo que en Estados Unidos es algo muy habitual, ¿no?

—Vivo en Manhattan... respóndete tú mismo. No me gustan las tartas y... en el caso de poner en práctica esa «costumbre», debería ser yo quien te la preparara a ti. Tú eres el último en llegar.

—Podemos fingir que la has preparado tú.

—¿Yo? —la observa frunciendo el ceño—. Eso me ofende.

—No tiene tan mal aspecto.

—¿Qué es lo que quieres?

—Te lo acabo de explicar, ¿aún no lo has entendido, señorita de Manhattan? ¿Cómo dais la bienvenida allí?

Resopla.

Suelta la toalla, se adueña de la tarta y me sonrío con cinismo.

—Allí no damos la bienvenida. Somos insociables, no tenemos amigos, odiamos a los vecinos. Y... cuando viajamos, nos llevamos esa costumbre con nosotros.

Me cierra la puerta en las narices.

Eso me ha dolido.

Vaya, vaya...

Mi otra personalidad, la que disfruta tocando las narices, la que llevo en los genes por transmisión de la abuela, acaba de aflorar, y con mucha fuerza.

Regreso con el corazón roto a mi casa. Es hora de deshacer las maletas. El problema es que los armarios están repletos de los enseres de mi abuela y tengo que hacerme un hueco.

Mi padre me ha asegurado que vendrá la próxima semana a recoger esos enseres, pero mientras... Debo buscar un hueco. Y... puede que, mientras lo busco, cambie de lugar algún armario, o baúl, o... cualquier elemento de la casa. Tengo para elegir.

¡Oh!

Pero... hay un problema. Las paredes que separan las casas son de papel, eso es de lo que siempre se ha quejado la abuela. Puede que haga ruido... Puede. ¿Le molestará a mi vecina?

Lo compruebo una hora y media después, la que ha durado mi mudanza interna, que ha consistido en mover algunos muebles poco pesados y devolverlos de nuevo a su sitio. Me ha llevado un buen rato.

Los golpes en la pared del salón y del pasillo, provenientes de la casa vecina, no me han detenido.

Poco después, escucho el timbre de la puerta.

—¿Tú de qué vas? Son las doce de la noche —Me dice en un tono suave. No debe querer despertar a los vecinos.

—Lo sé, tengo relojes en casa. ¿Me informas por algo en concreto?

—Eres imbécil, rematadamente imbécil. Deja de hacer ruido a estas horas o... llamaré a... las autoridades locales. Si es que no lo hacen antes los otros vecinos —señala la casa de la izquierda también adosada.

—Leva desocupada muchos años. Ellos no se van a quejar.

—Necesito dormir.

—Lo tendré en cuenta, lo prometo. Es que... no sé si te has dado cuenta, pero estas casas no tienen unas paredes precisamente consideradas con la intimidad. Mi abuela decía que sabía todo lo que hacía su vecina a todas horas. Es un gran inconveniente, ¿no te parece?

—Eso dependerá del vecino que tengas al lado.

—Entonces... estás de suerte, no paso mucho tiempo en casa... Llego tarde y... solo tengo necesidad de cambiar muebles si tengo insomnio. Hoy lo tengo.

—¿Qué es esto, una venganza? ¿Te ha dolido que no mostrara mucho entusiasmo con tu gesto de buen vecino? —me pregunta con un tono muy sarcástico.

—Puede que eso haya provocado que sea algo descuidado y desconsiderado a la hora de mover algunos muebles, no te lo voy a negar.

—Vaya... eso es muy maduro por tu parte, doctor. Pero... —Hace una pausa—. Si te sirve de algo, he probado una porción de tu tarta. El aspecto era terrible, pero teniendo en cuenta tu buena voluntad... me he animado. No está mal. Esa mezcla de cerezas, manzanas, peras, y... ¿qué era el otro ingrediente?

—No lo recuerdo, he seleccionado los únicos alimentos que no estaban en mal estado... los que dejó mi abuela. Espero no haber confundido ninguno: tenían buen aspecto; unos más que otros.

—Definitivamente eres gilipollas.

Se da la vuelta y baja los escalones en dirección a su casa.

—¿De verdad te ha gustado? —le pregunto aguantándome la risa—. ¿No será una estrategia para que deje de hacer ruido?

Un «imbécil» susurrado llega a mis oídos provocando que me eche a reír.

Cierro la puerta sintiendo que estoy animado.

No sé qué tiene la belleza de Manhattan, pero consigue que actúe como un gilipollas. No debería molestarme que me llame así.

Capítulo 39

Chloe

No sé si voy a soportarlo mucho más. Ese hombre me saca de quicio. Desde el altercado de la otra noche, ha vuelto a hacer ruidos, a la misma hora, dos noches más.

Empieza arrastrando algo a la altura del dormitorio. Es lo que deduzco teniendo en cuenta que las casas son simétricas. Yo continúo la escena golpeando en la pared. Él se detiene. Poco después arrastra algo en otra parte que no consigo localizar, puede que en el pasillo o en el salón. Vuelvo a golpear y se termina el espectáculo.

Es como lidiar con un adolescente...

Ya son tres las noches que tengo que aguantarlo.

No me explico qué hace viviendo en esa casa. Catherine me dijo que no podría volver en una temporada, que debía recuperarse de la caída. Su hija lleva tiempo insistiendo en que se mude a vivir con ella, puede que eso signifique que no es solo algo temporal. ¡Puede que no vuelva nunca!

¿Será esa la razón de que el doctor la esté ocupando?

Ese insufrible hombre.

¿Dónde trabaja? ¿En la clínica? ¿Bristol? ¿Londres? Lo he visto en tantos lugares distintos...

Cuando llego al despacho, mi humor debe reflejarse en mi rostro, ya que Natalie se apresura a acompañarme.

—¿Una mala noche?

—Espantosa.

—¿Qué te ha pasado?

Necesito una confidente, una persona con la que compartir lo que me quema por dentro o acabaré explotando.

Mientras preparo un café, suave para mí, fuerte para ella, en una cafetera maravillosa que he comprado en uno de los comercios de Tetbury, le cuento todo lo ocurrido. Lo único que no menciono es la parte del beso y la de la bruja.

—Sí, he escuchado que se ha instalado en la casa de Catherine —me aclara—. Aquí no hay secretos. Adam Ransey se ha retirado una temporada para disfrutar de unas vacaciones y su hijo ha ocupado su lugar. No le conozco, pero algunas personas que conozco dicen que es encantador. Su hermano, Paul, es más serio. Es un hombre... más reservado.

—¿No le conoces? ¿No suele vivir en Tetbury? —es mi oportunidad para averiguar algo sobre él.

—No, vive en Londres. Yo apenas le he tratado. Se marchó hace muchos años, cuando se fue a la universidad. Viene de vez en cuando a visitar a su familia.

Empiezo a esclarecer algunas cosas, pero sigo sin entender otras.

—¿Eres paciente de la clínica, Natalie?

—Sí, de Adam. A Paul lo conozco desde hace muchos años, tenemos amigos en común. Supongo que, si necesito atención médica, será Andrew quien lo haga. Es tan guapo... Supongo que ya te has dado cuenta. Es más guapo que Paul. Todo el mundo habla de él en Tetbury. Ya sabes, los pueblos...

Prefiero no pronunciarme sobre el físico de Andrew, no quiero que note que, no solo me he dado cuenta, sino que me vuelvo tonta cuando lo tengo delante, a pesar de lo mal que me cae. Puede que sean imaginaciones mías, pero mientras hablaba de Paul, he percibido algo en su mirada, en su expresión... algo sombrío.

—Tú y Paul... No quiero ser indiscreta —Me siento impulsada a preguntarle; siento la confianza para hacerlo. No es algo propio de mí.

—No lo eres—Baja la mirada—. Paul es... Es guapo, eso es todo. Yo... Hace poco que rompió con su novia. Solo somos amigos. Desde que empezó a salir con esa chica, se alejó bastante del grupo de amigos.

—Te gusta, ¿verdad?

—Puede ser... —Sonríe con timidez—. Hablemos de otra cosa.

Durante un buen rato que nos tomamos de descanso antes de meternos de lleno en el trabajo, bromeamos sobre los ruidos que me exasperan y sobre Paul.

Natalie se anima a contarme que siempre ha sentido algo por él, pero que nunca ha sido correspondida. También me ha contado la historia de la clínica. Son muchos los pacientes de Tetbury que confían en ella. Cuenta con consultas concertadas con médicos especialistas, así como un departamento importante de fisioterapia y dos médicos de familia: Paul, que también es traumatólogo, y Adam, ahora sustituido por mi vecino.

Es extraño. Lo vi trabajando en Bristol. ¿Compaginará esos trabajos? No debe ser de otro modo, al fin y al cabo, Natalie me ha informado que Adam ha anunciado su descanso por un periodo de seis meses. Es curioso que ese hombre y yo tengamos algo en común. Él ayuda a su padre, y yo a mi... A Caroline.

Me centro en el trabajo. Hoy he atendido a tres clientes y he preparado la vista en el juzgado de mañana en Bristol. Una vista que había aplazado para solventar un trámite burocrático relacionado con mi jurisdicción en los tribunales de Reino Unido. Por suerte, está resuelta. Oficialmente, puedo ejercer en todos los ámbitos de la abogacía de este país y puedo pisar los juzgados de todo el Reino Unido.

Tres horas después, tras recibir a un vecino de Tetbury interesado en hablar conmigo, salgo de mi despacho.

—¿Qué quería? —Me pregunta Natalie, muy intrigada.

—Quería que le vendiera el terreno de Caroline, el de detrás de la casa.

—Me lo he imaginado. No me ha parecido que quisiera contratarte como abogada, él tiene muchos abogados. ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que no estaba interesada. ¿Sabes algo de eso que yo no sepa?

—También se lo ofreció a Caroline y ella le dijo lo mismo. Ese hombre es muy influyente en Tetbury. Tiene muchos negocios y es muy activo en la política. Tiene muchos contactos.

—¿Por qué está interesado en ese terreno? No me lo ha dicho.

—Compra muchas fincas. Se dedica a eso, algo de inmuebles. No es nativo de Tetbury, vino hace unos años y se acabó instalando. No me gusta.

—A mí me ha parecido agradable, pero hay algo en él que... ¡No sabría explicarlo!

—Muchas personas en Tetbury lo detestan. Está en todas partes y no es del agrado de todos.

Natalie se marcha con una expresión sombría, y yo me quedo invadida por la sensación de que ese tema no va a acabar con la breve reunión que he mantenido con ese hombre.

Hay algo en él que no me ha gustado.

Capítulo 40

Andrew

Sé que mi vecina puede malinterpretar que prácticamente viva en el jardín trasero de la casa, pero es el único lugar donde puedo utilizar mi ordenador portátil sin interrupciones constantes en la red. Mi abuela, como era de esperar, no contaba con este elemento de la tecnología, así que he tenido que recurrir a una red portátil que solo funciona cerca del jardín o en el exterior.

Estoy tumbado sobre una mullida hamaca accediendo a la base de datos de historiales de la clínica para ponerme al día con algunos casos de pacientes. Es una forma de ganar tiempo y poder dedicarme más a las consultas, que son constantes.

Me está costando adaptarme a la clínica. Me siento algo perdido. Es muy diferente a mi trabajo en el hospital. El diagnóstico y la variedad de áreas es lo que me gusta, lo que me apasiona, por eso me especialicé en medicina interna; en la clínica todo es más reducido.

Pero eso ya llegará. Soy consciente de que solo son unos meses y que estoy ayudando a mi padre. Cuando se acabe esta excedencia, ya pensaré qué hacer, pero, si algo tengo claro, es que soy otra persona desde que dejé el trabajo en los hospitales, especialmente en el de Londres.

La vida allí sí que la echo de menos, pero pronto estaré algo menos ocupado y podré pasar los fines de semana.

Vivir y trabajar en Tetbury me permite estar más cerca de mi familia y de acercarme a Paul, pero es demasiado tranquila para mí, no creo que consiga acostumbrarme. Paul no deja de decirme «Creo que no lo pensaste bien antes de aceptar».

Mi padre, a pesar de su descanso, se pasa con frecuencia por la clínica, algo a lo que mi hermano y yo estamos intentando poner fin. Se lo diremos a mi madre, será lo más efectivo.

Y mi vecina... Mi vecina acaba de salir a su jardín.

No hemos vuelto a hablar desde mi traslado, hace tres días. Solo he recibido de ella golpes en la pared cuando cambio muebles en horas intempestivas. Debe creer que lo hago para fastidiarla, pero no es así.

—Hola, vecina —le digo en cuanto noto su presencia e interpreto que no tiene intenciones de decirme nada.

—Hola. ¿Ocupado?

—Sí, trabajando en mi ordenador —le digo sin moverme de la posición. Si ella no se acerca a la valla, no puedo verla—. Dentro no funciona la red de Internet.

La escucho desaparecer y me siento decepcionado. En cuanto acabe los historiales, la increpo un rato. Este silencio, sabiendo que está cerca, no lo llevo bien.

Me concentro en lo que estoy haciendo, pero solo unos minutos. La señorita americana ha elegido este momento para cortar el césped de los tres escuetos metros cuadrados de hierba que hay en su jardín. Igual que en el mío; la mayor parte está cubierta por piedra blanca.

Me levanto y me acerco a la valla.

—¿Es necesario que pases esa máquina ahora?

—No, no es necesario, pero no veo razón alguna para no hacerlo.

—Intento concentrarme, dentro no tengo cobertura.

Me ignora y sigue «agitando la máquina».

—Deberías engrasarla...

—¿Por qué? A mí me gusta ruidosa.

—A mí no —le digo a conciencia de que esto puede ser la base de un pequeño enfrentamiento; justo lo que me apetece.

—Es que esto no va de ti, doctor. Es mi jardín, mi casa, mis ganas de cortar hierba y mi máquina ruidosa. Sigue con tu ordenador, yo con mi hierba y... a ignorarnos, que es lo más sensato.

—No deberías mecer la máquina como si fuera el carro de un bebé. Esa es...

Me ignora mientras se lo digo, pero antes de que acabe, tal y como sospechaba, la máquina adquiere fuerza, se impulsa hacia delante unos centímetros y ella acaba en el suelo.

Veo un gesto de dolor y temo que se trate de la mano. Salto la valla sin dificultades. Es pequeña, frágil, cuenta con mil apoyos y debe encontrarse entre las favoritas de los ladrones.

Me mira sorprendida y se levanta rápidamente.

Nos miramos fijamente.

—¿Estás bien? ¿Te duele la mano?

—No, no me he apoyado en ella —contesta con sequedad—. Estoy bien, puedes volver a tu casa. Te recomiendo que uses la puerta.

—No hay quien te ablande —le digo muy molesto—. Ya sé que no te caigo bien, pero no hace falta que seas tan borde. ¿Tan grave te parece que te besara? Porque todo se remonta a eso, ¿no?

—¿Por qué vuelves a hablar de eso? Es tan simple como que me caes mal. ¿Nunca te ha caído alguien mal?

—De acuerdo, te caigo mal sin más, lo acepto.

—No te molestaste en aclararlo con ella. Te diste cuenta de que era mi jefa, tenías suficiente información para saber que tu brillante idea podía perjudicarme. ¿Es motivo para que me caigas bien? Intentaste explicárselo después... ¿Cuándo? ¿Cuando le dijiste que yo te perseguía? ¿O fue cuando le dijiste que besarme te provocó náuseas?

—¿De qué estás hablando? ¿Qué significa eso de que me perseguías y me provocabas náuseas?

—Es lo que le dijiste a tu novia.

—Ni es mi novia ni lo ha sido nunca, ni le dije jamás algo así. ¿Te lo dijo ella?

Guardamos silencio. La tensión ha conseguido envolverme incluso a mí, que soy el pacífico, en este conflicto.

—No quiero hablar de eso.

—Quizás otro día...

—Quizás —me sorprende diciendo.

«¡Maldita Olivia!», pienso mientras vuelvo a saltar la valla.

Capítulo 41

Chloe

El timbre de la puerta. Ya sé de quién se trata. Espero que no venga con ganas de hablar del dichoso tema que hemos hablado antes. Son las diez de la noche. Esto es desesperante.

Ahí está, delante de la puerta, con esa sonrisa que tanto detesto.

—¿Me dejas dormir en tu sofá?

Intento cerrar la puerta, pero él me lo impide.

—Espera. Tengo mis razones para pedirte esto. ¿Has estado alguna vez en la casa de mi abuela? Supongo que sí.

—Solo una vez, en el salón.

—¿El día del accidente?

—Estoy impresionada, ¿cómo lo has deducido?

—Soy muy perspicaz. ¿Solo conoces el salón?

—Eso he dicho —Hago un nuevo intento de cerrar la puerta.

—Acompáñame, quiero que la veas al completo.

—Ni lo sueñes.

—Por favor, así entenderás los ruidos por la noche. Te conviene, puede que se te ocurra algo para acabar con ellos.

Suelto el aire bruscamente. Localizo las llaves y le sigo. En el fondo, ha despertado mi curiosidad.

Entramos en el salón y siento escalofríos, no solo por los malos recuerdos, sino porque puedo ver con más claridad la cantidad de objetos que hay por todas partes.

El doctor sigue avanzando por el pasillo, se va girando; debe temer que me dé la vuelta y me marche.

Abre la puerta del dormitorio principal.

—Joder... —Se me escapa.

—Eso mismo digo yo cada vez que entro.

Lo primero que veo es una cama con un dintel majestuoso y unas cortinas pesadas que cuelgan en pliegues excesivos. Los remates dorados y los detalles incrustados en la madera parecen competir entre ellos a la hora de llamar la atención.

El resto de muebles tienen un aire de antigüedad y de decadencia que producen tristeza.

Una cómoda adornada con incrustaciones de marfil abarrotada de objetos ornamentales que amenazan con desbordarse; un espejo ovalado, enmarcado en madera... Eso solo forma parte de la mitad de la estancia.

Se complementa con paredes tapizadas siguiendo un patrón floral, donde el rojo y el dorado se imponen.

No hay un solo espacio vacío; cada centímetro cuadrado está cubierto por cuadros antiguos, espejos y pequeñas estatuillas que parecen mirarte fijamente y retarte.

El aire en la habitación es denso y pesado, y da la sensación de que todo lo que hay aquí absorbe la luz y roba el oxígeno.

—¿Para qué son esas cortinas? —le pregunto señalando las que cuelgan del dintel.

—No tengo respuesta.

—Tienen su punto —observo olvidándome de que estoy con el doctor.

—¿En qué estás pensando?

Me sonrojo y me doy la vuelta para que el doctor no lo aprecie. Cuando soy consciente de que me he relajado, seguramente fascinada por todo lo que veo, vuelvo a adoptar la actitud defensiva.

—Es increíble todo lo que hay aquí. ¿Esto es lo que querías enseñarme?

—No puedo dormir aquí, veo cosas raras cuando abro los ojos.

—¿No cierras las ventanas?

—No, necesito un poco de luz, no... me gusta la oscuridad.

—Pues deberías hacer algún cambio, despejar la habitación.

—No puedo hacer cambios, mi abuela me ha pedido que la conserve igual. No quiere encontrarse otra casa cuando venga alguna vez a visitarla.

—¿No volverá a vivir aquí?

—No lo creo. Ha tenido varios accidentes este año. Tiene ochenta y cinco años.

—¿Esto justifica el ruido que haces cada noche?

Me hace una señal para que le siga. Me muestra rápidamente los otros dos dormitorios y son prácticamente iguales.

—He intentado dormir aquí, girar la cama, buscar una orientación que no me haga abrir los ojos y encontrarme con esos dos búhos disecados. Y en la otra, con la cabeza de ciervo, una de ellas. Está orientado de una forma rara, hay de todo por todas partes. Voy buscando mi lugar...

—Te comprendo, yo no podría vivir aquí. De hecho, creo que no debes, mucho menos si la oscuridad no te gusta. Da una sensación algo claustrofóbica. No creo que aquí puedas relajarte, ni disfrutar de momentos de tranquilidad, ni ordenar tus cosas.

—Entonces, ¿lo comprendes?

—Claro, ahora entiendo esos ruidos todas las noches. Pobre, doctor, ha debido ser duro. Yo también habría hecho lo mismo. Pero no puedes estar aquí. No encontrarás ni un momento de descanso. Y... si Catherine no te deja hacer cambios, algo que también es comprensible... Solo veo una solución.

—Creo que intuyo lo que me vas a sugerir.

—Que te mudes de casa.

Me dirijo a la salida cruzando el pasillo.

—Eso te encantaría, ¿verdad?

—No pienses en mí, doctor —Me detengo—. Eso me fascinaría, me haría feliz, me haría saltar de alegría, lo celebraría... pero lo que importa es tu salud mental. Eres médico, seguro que tú sabes más de eso que yo.

—Me has conmovido, vecina. Gracias por el consejo. Esperaba algo más. ¿Lo del sofá no te parece buena idea? Debería empezar cuanto antes a proteger mi salud mental.

—Múdate de casa, doctor, y esta noche duerme en tu sofá.

—Es circular...

—¡Encógete!

Abro la puerta y, cómo no, escucho su voz.

—Pues jódete, porque me quedo.

Dos horas después, vuelve a hacer los mismos ruidos, incluso diría que más intensos.

Esta vez no pienso golpear su pared, sé que es lo que está esperando, pero sí me echo a reír al imaginarlo moviendo todos esos trastos.

Capítulo 42

Chloe

Por fin ha llegado el sábado. No tengo intenciones de acudir al despacho, mucho menos si no está Natalie. Este fin de semana lo va a pasar en Cirencester, un pueblo cercano, visitando a una amiga.

Natalie se ha convertido en mi paño de lágrimas, pero solo para hablar de mis conflictos con el vecino o para contarle algunas cosas de mi vida en Nueva York. Nunca me pronuncio ante el tema de Caroline, pero no impido que me hable de ella.

Voy descubriendo muchas cosas de su personalidad, y también que era querida y respetada en Tetbury. Admiro su forma de trabajar: era pulida, ordenada y muy meticulosa.

Es fácil hacerse cargo de su trabajo, todo está perfectamente planteado. Hasta he ganado mi primer juicio en Tetbury. El señor Winford, mi representado, obtendrá una jugosa indemnización por todo el tiempo que el club de campo ha estado abusando de una parte de su finca sin su permiso.

Sigo atrapada en un cúmulo de emociones, pero puede que los veinticinco días que llevo en Tetbury no sean suficientes para liberarme de esa burbuja emocional.

Mi rutina consiste en acudir al despacho y después a casa, comprando lo que voy necesitando en los comercios que encuentro por el camino.

Apenas conozco el pueblo, ni sus lugares de ocio, a pesar de que Natalie me ha hecho muchas propuestas para salir a divertirnos, pero todavía no me siento cómoda haciéndolo.

Cuando llego a casa, a veces hablo con Paige, a veces atiendo a mi vecino, que todos los días, todos, desde que me mostró la casa de Catherine, busca una excusa para importunarme; bien a través de la puerta, bien de la valla del jardín.

Una patata, un cuchillo afilado, un secador de pelo, harina... Esa es la lista de sus necesidades. Me lo pide, se lo lleva y lo devuelve. Y entre una y otra, algún dardito envenenado; reconozco que los míos son más frecuentes, pero él se va animando.

Salgo al jardín con cautela, de forma sigilosa y con los ojos bien abiertos para ver si él se encuentra o no en el suyo. No sé si hoy habrá decidido trabajar o no en el jardín. Si es así, me abstendré de salir.

No escucho ningún ruido. Asomo la cabeza y lo localizo tumbado en la hamaca. Me escondo, no quiero que me sorprenda mirando. De repente, se oye el sonido de un móvil.

—Hola, nena, lo de ayer por la noche fue increíble... —le escucho decir perpleja.

No me puedo creer que se exprese así... Hasta había empezado a pensar que era... menos gilipollas.

—¿Abuela? Vaya, no me digas que eres tú —continúa diciendo mientras se ríe a carcajadas. Me echo a reír. Debe tratarse de Catherine; seguro que ella le está siguiendo el juego.

—No me había dado cuenta que eras tú...

Vuelve a soltar otra carcajada.

Consigue contagiarme y entro corriendo dentro de casa para que no me descubra.

Confieso que me ha impactado escucharlo bromear de esa manera y reírse con tantas ganas también.

Risas...

Antes eran el motor de mi vida, pero desde hace mucho tiempo me he vuelto apagada y gris, como el cielo de este país un día sí y otro no.

Un buen rato después, dejo de escuchar su voz y salgo al jardín con cautela. Algo llama mi atención.

Es humo, mucho humo.

Salgo corriendo hacia la valla y veo que procede de la pequeña barbacoa de piedra de su jardín.

Asomo la cabeza para ver dónde está el doctor, pero no veo ni rastro de él.

Me acerco desde otro ángulo y veo que hay algo sobre la parrilla. Es algo de carne.... ¿Salchichas? No me sorprende, aquí son muy queridas, especialmente con su peculiar puré de patatas. Es lo que sirvió Claire el día que acudí a cenar a su casa.

El humo sigue creciendo, no lo entiendo. ¿Dónde está él?

Cerca de la barbacoa hay unas fundas de tela que cubren parte de un mobiliario. Es peligroso, podían prenderse.

Me impulso sobre la valla para tener más campo de visión comprobando que la puerta por la que se accede al interior de la casa está abierta.

—Andrew —grito enérgicamente.

Es la primera vez que le llamo de ese modo, pero no me ha parecido muy acertado llamarle doctor, o imbécil.

¿Llamo a su puerta? ¿qué hago?

El humo gris es cada vez más denso. No percibo llama, que es lo que importa, pero eso no es ninguna seguridad.

Vuelvo a gritar su nombre sin éxito.

Corro hacia la manguera y estiro de ella hasta agotar su extensión.

Agua.

Lista para apagar la dichosa barbacoa.

Se complica. El ángulo en el que se encuentra no me permite maniobrar con comodidad, no podría enfocar el chorro. No tiene demasiada presión.

El humo sigue extendiéndose, por suerte en la dirección opuesta a mi terraza.

Sé que me voy a arrepentir, pero intento saltar la valla. Me apoyo con cuidado y estudio la manera de saltar sin hacerme añicos la mano.

Sujeto la manguera, que me está mojando la pierna y hago un último esfuerzo. Sonrío satisfecha cuando consigo apoyar la otra mano y colocar un pie sobre el otro lado de la valla, en la base de piedra.

Enfoco rápidamente la manguera hacia la barbacoa. Como era de esperar, se genera el vapor y el humo crece, pero poco a poco empieza a disolverse.

Aunque el humo no me alcanza, siento un picor en la garganta que me hace toser

repetidamente.

Justo en ese momento, aparece mi vecino. Es evidente, por su aspecto, que acaba de salir de la ducha.

Me mira espantado, mira hacia su barbacoa, abre la boca...

—¿Qué estás haciendo con mis salchichas?

—Pero tú eres tonto, ¿no? ¿Te refieres a tus salchichas calcinadas? ¿Has dejado la barbacoa sola para darte una ducha?

—Una rápida.

—¿Es que no ves el humo? Te he llamado a gritos, ¿qué querías que hiciera?

—Yo no veo apenas humo. ¿No te parece infantil montar todo esto para mojar mis salchichas?

No sé si habla en serio, pero ha elegido un mal momento. Sostengo con fuerza la manguera de nuevo, pero esta vez la enfoco hacia otro lado: hacia él.

Primero expulsa un quejido, después expulsa aire y luego se queda quieto, como una estatua. Y yo... sigo disfrutando del espectáculo. Debe estar congelada, a juzgar por la que me ha caído en la pierna.

Cuando me hartó, viendo que él sigue inmóvil, lanzo la manguera al suelo. Paso por delante de él, y entro en su casa. No pienso volver a saltar la valla.

—¡Me debes una, capullo! —le suelto antes de desaparecer de su vista.

Dentro de la casa estoy a salvo, no creo que se tome la revancha y se arriesgue a mojarlo todo.

Una vez a salvo, recojo la manguera y compruebo que el doctor ya no se encuentra en el jardín. Debe estar secándose.

Expulso aire al tiempo que me voy sintiendo cada vez más satisfecha.

Ha sido toda una terapia. Por un momento, he pensado que me la iba a devolver de la misma manera, pero solo me ha fulminado con la mirada mientras con la lengua se lamía los restos de agua que se acumulaban en sus labios.

La escena era seductora, no puedo negarlo.

Capítulo 43

Andrew

—Me debes una... cena —le digo después de aporrear su puerta, una hora después del remojón.

No sé por qué estoy aquí, es ridículo, pero desde que la he visto sonreír, por primera y única vez, aunque se haya debido a que se estaba recreando en mi sufrimiento, no he podido pensar en otra cosa que en acercarme a ella.

—Yo no te debo nada. Por poco no has provocado un incendio —me dice moviendo la cabeza ligeramente.

—Se me olvidó que había puesto las salchichas, lo confieso. No soy muy experto en barbacoas.

—Por eso tienes que mudarte a una casa en medio del campo, sin vecinos a los que puedas fastidiar.

—Sé que me echarías de menos.

—Estoy ocupada, así que, si solo has venido a decirme que te debo una cena, ya lo has hecho. Ahora, si me disculpas.

—¿No me invitas a cenar? No tengo nada más. Las salchichas eran mi último recurso.

—¿Hay restaurantes en el pueblo?

—Sí, ¿me acompañas?

—Eres muy pesado... mucho. Y no me gusta la gente pesada, me cansa, me agobia, me exaspera. Estás en todas partes, a todas horas... Eres insufrible. Más que pesado, diría que esto es acoso, puro acoso. Para de una vez —me grita.

Algo ha cambiado. No me gustan esas palabras. Me impactan, me duelen.

—¿Acoso? ¿De eso me acusas? —le pregunto derrotado.

Me mira con curiosidad, sé que mi reacción le ha llamado la atención.

Esto es lo último, no voy a permitir que me acuse de acosarla.

Me doy la vuelta y bajo los escalones a toda prisa. Entro en mi casa y siento que se me cae el techo encima, con todos los ciervos, búhos, vitrinas y arcillas.

No recuerdo haberme sentido así antes. Y me duele, me jode, me cabrea. Me deja sin fuerzas.

Capítulo 44

Chloe

Me he pasado.

Siento tanta presión en el estómago, que hasta me produce arcadas.

Me derrumbo sobre el sofá. Me siento como si le hubiera escupido a alguien, quizás mucho peor.

No sé por qué he utilizado esa palabra. No ha sonado nada bien. Esto ha ido demasiado lejos. Es evidente que a él le ha sonado tan mal como a mí cuando he acabado de pronunciarla.

Es la primera vez que veo esa expresión tan dura en su rostro.

Tengo que admitir que yo le he seguido el juego, de alguna manera. Y que... si ese juego se acaba, que es lo que todo parece indicar, lo voy a echar de menos.

No sé qué tiene ese hombre, igual que me provoca, me exaspera o me atrae.

Necesito combatir este malestar y esta confusión, así que nada mejor que una buena ducha.

Veinte minutos después, lo único que consigo es estar limpia. Por fuera, porque por dentro siento algo sucio en mí.

Miro mi móvil. Quizás sea buena idea hablar con Paige y distraerme.

O contarle lo ocurrido...

No, no es eso lo que voy a hacer. Ya va siendo hora que resurja de donde quiera que he estado metida.

Me dirijo a la cocina y pongo en práctica una idea. Por momentos, me parece absurda y una pérdida de tiempo, pero no se me ocurre nada mejor.

En cuarenta minutos, mi idea está acabada, colocada en una bandeja y envuelta por un paño de algodón.

No puedo dejar esto así, me he pasado. No es acoso. Él juega y yo... juego.

Llamo a su puerta, pero no obtengo respuesta. Lo vuelvo a intentar. No cambia nada.

Con la moral cerca del centro de la tierra, me doy la vuelta y bajo una a una las escaleras con pesar.

Escucho un sonido. Sé que ha abierto la puerta, pero no dice nada.

Me giro lentamente y subo un peldaño.

—No son salchichas, pero... puede valer.

—¿Qué es? —me pregunta sin mover ni un solo músculo de su cara.

—Un pastel de verdad.

Aparece una media sonrisa dibujada en su oscuro rostro y el contraste es espectacular.

—¿Por qué?

—Te debía una bienvenida... y quizás... una disculpa.

Me mira sin decir nada.

—¿O lo aceptas o me lo llevo... ¡Me estoy quemando!

—¿En tu casa, o acompañados de los animalitos del bosque?

—En mi casa —le digo mientras vuelvo sobre mis pasos. Cuando subo las escaleras de mi casa, siento el contacto de unos brazos que se apoderan de la bandeja. El roce me provoca un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

Capítulo 45

Andrew

—¿No es un poco tarde para comer tarta? —me pregunta la belleza nada más entrar en su salón. Nadie diría que su casa y la mía son exactamente iguales, construidas de forma simétrica.

—¿Para qué la has preparado? —le digo sin dejar de observar la decoración del salón.

—No se me ha ocurrido nada mejor para ir a tu casa —me dice con una mueca infantil.

—¿Es comestible?

—Eso me ofende. Es una receta neoyorkina que se remonta a tiempos ancestrales. El mejor secreto que guardamos en la ciudad. Pasa de generación en generación, pero solo unos pocos conocemos sus ingredientes secretos.

—O sea que... te la has inventado.

—Correcto. ¿Una copa de vino? No tengo nada más bebible.

—Es una buena opción.

Chloe vuelve poco después con dos copas y una botella que deposita sobre una mesa.

—Siento lo que te he dicho antes —me aclara bajando la mirada.

—¿No deberías haberlo dicho? ¿Es eso a lo que te refieres?

—No se trata de no decirlo, sino de no pensarlo. No creo que sea así. —Esta vez me mira a los ojos.

Seguimos de pie, en mitad de su salón. Es la primera vez que veo en ella una expresión serena, relajada. No está a la defensiva.

—Hace poco tiempo yo afirmé lo mismo de una persona. Dije que sentía que me acosaba... Era cierto, así me sentía, aunque en el ámbito menos grave de la palabra.

—¿Una mujer?

—Olivia.

Me mira con curiosidad frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Has dicho acoso?

—Puede que sea un buen momento para escuchar la historia... de una puñetera vez —continúo diciéndole mientras no dejo de observar su reacción—. ¿No crees?

—Sí, puede ser un buen momento —me dice mientras se acerca a la mesa y procede a servir las copas.

—Conocí a Olivia en Londres, en un pub. Recalco que nunca antes de aquel día, la había visto. Nos acostamos juntos dos... ¡No! Tres veces. Esa es mi historia con ella. Desde la primera vez hasta la última trascurrió un mes, más o menos. Fin de la historia. Tres noches, o más bien tres partes de una noche, y dos cenas.

—¿Ya está? Una historia muy intensa, pero... Falta algo en esa historia, ¿no? No la

comprendo. Has hablado de acoso.

—No he terminado. La última vez que estuvimos juntos mencionó a unas personas que... conocemos en común.

No quiero incluir a mis padres en la historia, no es necesario. Creo que puedo explicarle lo sucedido sin tener que mencionarlos.

—¿Eso es malo?

—Pregunté a esas personas y me dijeron que ella y su entorno hablaban de nosotros como si tuviéramos una relación. Yo lo negué, por supuesto, y me pidieron que fuera sutil, delicado a la hora de hacérselo saber. En otras circunstancias, habría hablado con ella directamente, que es lo que debía hacer desde un principio, pero quise atender esa petición y mi «sutileza» me llevó a creer que con esquivarla sería suficiente. Esperaba que se diera cuenta de que no me interesaba.

—¿No funcionó?

—No. Me llamaba constantemente, aunque no atendiera sus llamadas, me escribía mensajes, me proponía encuentros, acudía a la cafetería del hospital cuando sabía que me encontraba allí, Interactuaba con mis compañeros...

—Si eso no funcionaba, ¿por qué no se lo dijiste?

—Un error. Cuando te vi en la cafetería, solo tenía intenciones de saludarte, pero enseguida la vi a ella observándome y... se me ocurrió besarte. No fue una gran idea, pero fue algo impulsivo. Pensé que, si me veía con otra mujer, desistiría. Sé que fue una muy mala idea, hasta ridícula, pero así ocurrió. No me siento orgulloso. No lo hice con la primera que me encontré, ya nos habíamos visto antes... ¿recuerdas?

—Cuando me robaste el taxi.

—No te lo robé, seguiré jurándolo hasta que me muera.

Me ofrece una media sonrisa, algo es algo.

—Me lo robaste descaradamente, pero ya lo hablaremos en otro momento. Continúa...

—Cuando me pediste que se lo aclarara, lo intenté, pero no atendía mis llamadas. Me la encontré días después, en la cafetería del hospital, y es allí donde se lo aclararé todo, pero no estaba muy receptiva; aun así, no dejé pasar la oportunidad. Le aclaré lo que tenía que ver contigo y conmigo, y también lo que tenía que ver con ella y conmigo. No se lo tomó muy bien, pero acabó pidiéndome que tuviéramos una relación cordial. No he vuelto a verla nunca más.

—Vaya, sí que es simple la historia... ¿Te sentías acosado?

—Tenía la sensación de que me perseguía. No me gustaba que acudiera a la cafetería del hospital, era mi espacio y yo no la había invitado. ¿No me crees?

—Sí, te creo. No sé por qué, pero te creo. Puede que ahora le encuentre algo más de sentido. Me parecía todo tan absurdo...

—Absurdo es, no te lo voy a negar. Podía haberte aclarado antes esta historia, pero no me lo has permitido. Siento que tuvieras problemas, pero no podía saberlo de ninguna manera. ¿Habría cambiado algo que aquel mismo día, después de aquella escena, hubiera podido hablar con ella para aclararle lo ocurrido?

—No, no lo creo. Yo lo intenté y no me permitió hacerlo, me dijo que no quería hablar de asuntos personales.

—¿Te despidió por eso? Es que sigue sin entrarme en la cabeza.

—No me despidió. Te mentí. Me marché yo.

—¿Por qué me mentiste? —le pregunto pensando en todo el malestar que he sentido pensando que por mi culpa había perdido su trabajo.

—Para joderte. Desconocía la relación que tenías con ella, así que tampoco podía saber el alcance de esa mentira. En realidad, me daba igual.

—Si era para joderme... No puedo quejarme. Pero deberías saber que me he sentido mal muchas veces por creer que te habían despedido por mi culpa.

—No haberme besado. Por mucho que lo justifiques, me utilizaste y eso me trajo consecuencias. No me despidió, pero me atacó de todas las maneras posibles. Tenías razones para sentirte mal, no voy a consolarte.

Me echo a reír. Tiene una peculiar manera de ser sincera.

—¿Te atacó? ¿A qué te refieres?

—Empecé a trabajar en el bufete el 11 de junio. La primera semana me trató muy mal, desde que pisé el bufete por primera vez. Me despreciaba, me infravaloraba, se dirigía a mí de una forma altiva y despectiva... Era muy desagradable. Pero un día cambió. Parecía más humana y el trato fue mucho mejor. Ese mismo día, horas después, fue cuando me besaste.

—Vaya... Y ese episodio hizo que volviera a tratarte mal.

—Exacto. Fue peor. Me apartó de los casos en los que debía involucrarme, como parte de mi formación, y me asignó tareas de archivo, largas y tediosas.

—¿Y te marchaste?

—Poco después murió Caroline y su ayudante me pidió que le echara una mano en el despacho. Se convirtió en una vía de escape, aunque no estaba convencida, pero cualquier cosa era mejor que seguir en ese lugar, con esa mujer. Pedí una excedencia.

Me produce escalofríos conocer esa historia, ya no solo por la actitud de Olivia, que me está revolviendo el estómago, sino por la similitud que tiene con mi historia.

—Mi abuela me contó que estabas en Londres cuando... Caroline murió, también me contó vuestra relación y las circunstancias.

Se oscurece su mirada. He tocado una tecla delicada.

—¿Qué te contó?

Comparto con ella todo lo que mi abuela me dijo y ella asiente con la cabeza.

—Tu abuela conoce la historia mejor que yo. Yo no le conté nada, todo lo que sabe es por Caroline.

—¿No lo hablaste con ella?

—No profundizamos en ese tema demasiado. Y... siento haberla llamado pesada.

—No debes disculparte, mi abuela es pesada y mucho. Pero también es una mujer muy inteligente, que dice lo que quiere cuando le viene en gana. Es diferente.

—Sí, ahora lo sé. He hablado más veces con ella y me he dado cuenta, pero en aquel momento, estaba algo saturada y descolocada con ese tema y no quería hablar de... esa mujer, de Caroline.

—Mi abuela me ha dicho hoy que la has llamado.

—Sí, lo hago cada dos o tres días. Me hace reír. Y también quiero saber cómo evoluciona.

—Es una mujer muy selectiva, pocos seres humanos le caen bien, ni siquiera tengo claro que le caigamos bien los miembros de mi familia...

Chloe dibuja otra media sonrisa. Aún no he visto una sonrisa completa.

—Deduzco con eso que yo soy de esos afortunados seres humanos...

—No te quepa duda. Vi como te protegía en la cena, cuando mis padres no dejaban de hablarte de... Caroline. La conozco bien y no tardé en captar cómo actuaba.

—Sí, lo noté.

—¿Es ese un tema delicado?

—No, pero no tengo interés en hablarlo. Me sobra, no quiero mencionarlo. Estoy en Tetbury con un objetivo concreto. Después me marcharé y... seguiré con mi vida.

—¿Volverás al bufete de Londres?

—No, eso jamás. Ya he puesto a mi jefe de Nueva York al corriente de la situación con esa bruja, y mi próximo destino, cuando acabe la excedencia de cinco meses, es España.

—Siento lo de Olivia. ¿Por qué trabaja así? Llegué a verla como una mujer pesada, altiva, superficial... pero nunca pensé que fuera una tirana en su trabajo. ¿Se lo permiten? ¿Puede hacerlo?

—Es un secreto a voces y se lo permiten. O lo tomas o lo dejas, es a la conclusión a la que he llegado. La otra opción es emprender alguna batalla, incluso legal, pero si el objetivo es crecer en el bufete, no es la mejor opción. Se debe tomar como una prueba dura y esperar a que pase. Es así de incomprensible, pero es así de real.

Yo no estoy en condiciones de rebatirle ese argumento. Sé lo que es sentirse así en un trabajo, aunque haya diferencias.

—Es increíble. ¿Qué te dijo cuando pediste la excedencia?

—No tuve que tramitarlo con ella ni con su bufete directamente. Pedí unos días libres con la excusa de la muerte de Caroline y tomé la decisión; no volví a aquel despacho. Hace una semana me llamó y me dijo cosas terribles. Me colgó, pero me hubiera gustado decirle unas cuantas cosas.

—¡Menudo asco de persona! Escuché que te llamaba becaria.

—Era su forma de humillarme. Hace tiempo que dejé de serlo.

—¿Qué tal te va en Tetbury?

—Bien, excepto por los problemas que me produce un vecino molesto.

—Eso es justo lo que me ocurre a mí.

—¿En qué te he molestado yo, doctor?

—Ayer me quemaste la cena.

—Ayer evité un incendio.

—Me diste con las puertas en las narices varias veces.

—¿Quién te pidió que llamaras?

—Necesitaba cosas, es lo que hacen los buenos vecinos. Ni siquiera me ayudaste con las maletas.

—Es que no soy una buena vecina.

—¿Sufriste mucho con la abuela? ¿Tan pesada fue?

—No, ella... solo quería hablarme de Caroline... Pero yo no estaba muy receptiva. Acababa de llegar, de dejar el bufete; Caroline, vivir en esta casa, trabajar en su despacho... El cambio era muy brusco en todos los sentidos.

—Entiendo. ¿Te vas adaptando?

—Me siento un poco fuera de lugar todavía, pero es una forma interesante de ejercer la abogacía. Hasta hace poco me movía en contratos, acuerdos en los que una sola coma fuera de lugar puede hacer que se pierdan millones de dólares. Tratados y leyes internacionales... Y ahora, me ocupo de disputas de vecinos. Hace unos días, me visitó un vecino de Cherington. Es un pueblo cercano, ¿cierto?

—Sí, está a pocas millas de aquí.

—Ese hombre quería saber qué le pasaría si le pegaba una paliza a su vecino. Le interesaba saber los días que podía estar en el calabozo, o si estaría en libertad hasta el juicio... Incluso las penas de prisión que corresponden a una paliza si la víctima tiene que estar o no en un hospital.

—¿En serio? Ese era un tío previsor. Quería saber con precisión a qué se exponía. ¿Por qué odiaba a esa otra persona?

—Porque boicoteaba una zona particular de siembra de hortalizas. Toda una compleja trama de conspiración para que sus zanahorias y sus patatas no lleguen nunca a la mesa.

Me echo a reír al ver el tono irónico en que se expresa.

—Ese pueblo debe contar con ciento y pocos habitantes. Se aburren, no se lo tengas en cuenta.

Me parece ver una sonrisa, pero desaparece rápidamente.

—Me pregunto —le digo después de un silencio demasiado largo— por qué Caroline no influyó un poco en mi abuela y le sugirió algunos cambios en la decoración... Este lugar es precioso.

—Lo es, reconozco que está decorado con mucho estilo. ¿Vas a vivir mucho tiempo ahí?

—La intención es que sea durante todo el periodo que substituya a mi padre, unos pocos meses, pero no sé si mi salud aguantará. Debe haber algún estudio sobre ello —Suspiro—. Debo negociar con la abuela.

—¿Todo ese tiempo sustituirás a tu padre?

Le hago un resumen de mis planes y le explico por encima los motivos que me llevaron a marcharme de los hospitales, aunque solo menciono que no me sentía bien, no especifico los detalles.

Chloe me escucha atentamente y me interrumpe alguna vez para destacar las similitudes con su trayectoria. También comentamos varias veces el cúmulo de casualidades que nos han rodeado todos estos días.

—¿Más vino? —le pregunto cuando se agotan los temas y recurrimos al silencio.

—Sí —me dice ofreciéndome la copa vacía.

Me levanto para servir las. Ella también lo hace en cuanto propongo un brindis.

—Por las buenas vecinas que preparan tartas —le digo alzando la copa.

—Por los que roban un taxi y se niegan a reconocerlo...

—No te lo robé, es que te cuesta admitir que hay que ser más rápida. Te encontrabas en Londres, es una ciudad de muchos millones de habitantes. O corres o vuelas.

—¿Y qué hice yo?

—Caminar en modo paseo.

—¿Y los modales ingleses?

—Si de lo que se trata es de supervivencia...

Dibuja una sonrisa más amplia que las anteriores. No es media sonrisa, pero tampoco es completa. Seguimos en pie, nos miramos, dejamos nuestras copas sobre la mesa y... Solo hay algo que necesite igual que respirar en este momento, y es... ¡Besarla!

Capítulo 46

Chloe

Una semana de enfrentamientos, una palabra clave: «acoso», un juego disfrazado de «no juego», unas historias ordenadas y... llega el beso.

Este no va a llegar por sorpresa, como aquel, el que podemos bautizar como «el principio de todo», aunque yo me decanto más por bautizar así al taxi. ¿Y de qué es el principio? Me digo mientras veo sus intenciones de hacerlo...

«No lo sé», me digo mientras soy consciente de lo mucho que lo deseo. Pero también sé que no quiero principios porque conllevan finales. Una frase por la que nunca pasaré a la historia, pero que se justifica con el caos mental al que me enfrento desde hace unas semanas.

No soy capaz de meter nada más en mi cabeza, está al límite de su capacidad y si me besa, y si le beso... siento que me voy a desbordar.

—¡Un momento! —le detengo en pleno avance, cuando casi estaba a punto de alcanzar la meta.

Levanta las cejas y mira... ¿Cómo me va a mirar? Pues frustrado.

—No creo que sea una buena idea...

—Entiendo —dice metiéndose las manos en los bolsillos. En los de unos pantalones vaqueros que hace rato que han contribuido a ese desbordamiento mental—. Seguro que una de las razones podría ser que... hubiera otra persona, ni siquiera lo he pensado.

—No hay otra persona.

—De acuerdo, entonces, no es eso.

—Hemos aclarado los temas que había en el aire y nos hemos entendido —le digo con la voz entrecortada. Mi seguridad debe estar abrumándole—. Llegados a este punto y... con muchos meses de convivencia por delante... sería más inteligente seguir siendo unos vecinos estupendos.

—¿Eso sugieres? —me pregunta sin darme una sola pista de lo que está pensando. Su rostro está congelado.

—Imagínate que estoy prohibida.

—¿Prohibida?

—Sí, prohibida.

—Tú estás prohibida... ¿Y yo? —Veo un brillo en sus ojos que me sugiere que se está divirtiendo.

—Tú también estás prohibido.

—Entiendo. Tú, prohibida, y yo, prohibido. Los dos prohibidos.

—Exacto, prohibidos.

—¿Cómo se interpreta eso?

—Como todo lo prohibido. Ya sabes... se evita, se respeta, se mantiene la distancia... ¡Está

prohibido!

—Bien, bien, entiendo. Estamos prohibidos.

—Eso es.

Asiente con la cabeza y saca una mano de bolsillo y la levanta a media altura. Separa su dedo meñique y me lo agita para llamar mi atención.

—¿Qué? ¿Qué haces? —le pregunto algo confundida.

—Te ofrezco el meñique. ¿Es que en Nueva York no lo hacéis cuando sois niños? Este es el lazo de la amistad. Dame tu meñique, lo entrelazamos y... ya somos amigos para siempre y... así nos prohibimos. Ese es el pacto, ¿no?

Suelto una carcajada que me sale de lo más profundo de mi ser. Se ve tan ridículo con el dedo en alto... Me imagino la escena en la que nos abrazamos los meñiques y no puedo parar de reír.

—¿Qué? ¿No hay trato?

—No pienso hacerlo, es ridículo.

—De todas maneras, no iba a funcionar, Chloe.

Se acerca a mí, me sujeta la cabeza con las manos. No le detengo.

—Me encanta lo prohibido... —me susurra al oído mientras me roza con su barba.

Me recorre un escalofrío por la espalda. Me pongo de puntillas.

—Solo era una idea, si no se puede... no se puede —le digo consiguiendo que me sonría de una manera que provoca cosquilleos por todas las partes de mi cuerpo, como fuegos artificiales.

Nos lanzamos el uno hacia los labios del otro con cierta prisa, o quizás con cierta ansia.

Nos comemos a besos, esa es la mejor descripción del baile de movimientos y mordiscos que mantenemos con los labios y con la lengua. Nos desnudamos sin prisa, pero sin pausa, regalándonos sonrisas cuando alguna prenda se resiste y la torpeza se impone a la pasión.

Yo, me ocupo de mi ropa, él, de la suya.

Nos pegamos el uno a al otro. Siento mi calor y el suyo. Es irresistible, es hipnótico, es... imparable.

Seguimos con la sucesión de besos y de caricias hasta donde alcanzan las manos.

Nos sumergimos en una extraña serie de movimientos que parecen reacios a mantener un ritmo: a veces de prisa, a veces a cámara lenta; a veces nos miramos como si pudiéramos colarnos en la mirada del otro, y a veces simplemente nos miramos de reojo.

El sofá es nuestro próximo objetivo, lo dice la forma en la que nos vamos acercando a él. Aunque cuesta, conseguimos llegar. Nos recibe con un mullido abrazo y decidimos invadirlo. Él se sienta, y yo lo hago cuando tira de mí, a horcadas sobre sus piernas.

Y en ese momento, en ese instante de calentura en que ya no hay quien nos detenga, mi mente me da una idea para hacerlo.

—¿Es la mano? —me pregunta cuando se la coloco sobre el pecho para detenerlo.

—Es la protección —le digo mientras observo embobada la nueva imagen que tienen sus sonrisas.

Capítulo 47

Andrew

La observo mientras mete la mano en su bolso buscando lo que ha hecho que se detenga este increíble momento.

Camina de puntillas, deprisa, y se gira en una ocasión para mirarme y sonreírme.

Eso es lo que me ha perdido. A la vista está, que esto no estaba en mis planes, de lo contrario ella no estaría buscando esa dichosa barrera en su bolso.

Me han perdido sus carcajadas cuando le he mostrado el dedo meñique, y su mueca infantil cuando me ha hablado de algo prohibido. Prohibida es como la consideraba hasta ahora, a pesar de mis torpes intentos por acercarme a ella.

Y ahora me pierdo que tarde tanto en encontrar lo que busca, a pesar de lo mucho que estoy disfrutando con la visión que tengo de su cuerpo; un cuerpo perfectamente delineado, con una piel suave que desprende un aroma dulce... ¿Flores? ¿Fruta?

Chloe regresa con el culpable de la interrupción en la mano, sujetándolo en alto y sonriendo triunfante, como si hubiera encontrado un tesoro.

La miro fijamente mientras se acerca a mí y noto que baja la mirada. Temo que se eche atrás, que lo que sea que dicte su razón, le indique que estamos prohibidos de verdad.

Tiro de ella, me apodero del envoltorio y cubro mi impaciente erección con lo que guarda en su interior.

Ella observa sonriente y se echa a reír. No tengo ni idea de por qué lo hace, ni pienso preguntarle, solo deseo entrar dentro de su espectacular cuerpo.

En el momento en el que siento que estamos encajados, acoplados como dos piezas de un puzle, toco el cielo. Lo toco de verdad. ¡Bendita sensación!

¿Qué me está pasando? Cualquiera diría que es la primera vez que lo hago, pero quizás sí la primera que pierdo el control ante unas sensaciones demasiado intensas; me sorprenden, no las comprendo, pero... me rindo ante ellas.

Chloe cabalga sobre mí provocando que mi cuerpo se tense y se relaje a la vez. No faltan los besos, ni las sonrisas, ni las caricias.

Su aroma y sus gemidos me envuelven de todas las maneras posibles, algunas me impactan por su fuerza.

Chloe hace un movimiento con la cabeza hacia atrás y su ya imperfecta y desastrosa coleta, se deshace dejando su larga melena suelta, cubriéndole el cuello y parte del pecho.

La imagen me seduce hasta tal punto que me lanzo sobre su melena y la estrujo y la amaso entre mis dedos.

Llega el orgasmo, casi al unísono. Ella grita, y yo grito. Su voz es dulce, aguda, la mía ronca. Se deja caer sobre mí como si le faltara vida y yo la acojo mientras la abrazo como si pudiera

romperse.

Ambos buscamos el aire desesperadamente y permanecemos así hasta que nuestros pulmones recuperan el ritmo.

—¿Más vino, doctor? —me susurra al oído.

—¿Qué tal... «Andrew»? —le sugiero sonriendo.

—Te llamé así una vez, cuando se incendiaba tu barbacoa.

—¡Ah! Por eso no presté atención...

Me golpea en el brazo y se levanta en busca del caldo.

Complicidad, eso es lo que siento sin dejar de estar perplejo.

Tengo la sensación de que el tiempo está haciendo estragos en esta sala: la lógica del tiempo, concretamente. Una que parece haberse olvidado de que hace unas horas esta mujer y yo éramos lo más parecido a unos rivales, enemigos, y que ahora me hace sentir como si lleváramos media vida juntos.

Capítulo 48

Chloe

Desde aquella noche en la que acordamos prohibirnos durante unos minutos y acordamos «desprohibirnos» durante dos segundos, han transcurrido tres días. No he vuelto a saber de él, solo he escuchado algún sonido que me ha indicado que debía encontrarse en casa. Incluso ayer por la noche escuché risas y una voz masculina que lo acompañaba.

Nada más terminar aquel momento íntimo, que no dejo de recrear en mi cabeza, que incluso se ha colado en mis sueños, el doctor se marchó a su casa. Ni yo le pedí que se quedara ni él tampoco lo comentó.

Fue un brusco aterrizaje el que nos autoimpusimos. Pasamos de una pasión desbordada, a una fría despedida...

—Hasta... otro día, cuando sea, quién sabe... —le dije cuando vi sus intenciones de marcharse. No se me ocurrió nada más acertado... ¡Soy consciente!

—Claro, seguro que nos vemos a menudo, es inevitable —me contestó con una sonrisa forzada. Él tampoco estuvo muy brillante.

Supongo que es mejor así, sin tener excesivo contacto, pero confieso que le echo de menos, aunque solo sea para que me toque las narices. También confieso que creía que lo volvería a ver al día siguiente.

Me gustaría tener valor para ir a su casa con cualquier excusa, pero no quiero que piense que busco repetir lo del otro día, o que quiero una continuidad... o algo más.

Por otro lado, también me lo impide lo que sentí aquella noche. Eso ha hecho que intente recordarme que me voy a marchar en unos meses y que esa intensidad podría derivar en una catástrofe interior.

Por vueltas que le doy, y le doy muchas, no consigo entender la fuerza con la que me entregué y todo lo que me hizo sentir.

Hasta Natalie me ha notado distraída, pero no he alcanzado el nivel de confianza necesario para compartir con ella que la otra noche, con el vecino del que me he quejado varias veces, tuve el mejor sexo que he tenido en toda mi vida. ¡No! Es mejor quedármelo para mí solita. Ni siquiera se lo he contado a Paige. Hay algo en esta extraña historia que quiero proteger y aislar.

Son cerca de las diez de la noche. He escuchado la puerta exterior del doctor y unas voces masculinas.

Poco después, solo unos minutos, escucho el sonido de un coche alejándose. Aquí todos los sonidos se acaban por interpretar con rapidez. En esta calle no viven muchas personas.

Escucho golpes en mi puerta y acudo a abrirla ilusionada, lo reconozco.

—Chloe, tienes que venir a ver esto —me pide con un gesto de terror que consigue

asustarme.

—¿Qué pasa?

—Ven y te lo enseño.

Estoy descalza. Miro mis pies y luego las llaves que cuelgan a un lado de la puerta. Debe haberse dado cuenta.

—Solo las llaves, que es urgente.

Le hago caso y me enfrento a la hierba húmeda del jardín sintiendo un escalofrío.

Entramos en su casa y sigue tirando de mí hasta que llegamos al dormitorio, el de la cama con dintel.

—Mira bien la cama.

Le hago caso.

—¿Qué ocurre?, ¿qué tengo que ver? —le digo sorprendida de la naturalidad con la que hemos actuado.

—Ahí ocurrió algo terrible.

—¿Qué pasó? ¿Murió alguien?

—¿Cómo lo has sabido?

—Teniendo en cuenta los años que debe tener... No es tan raro. Seguro que han dormido unas cuantas generaciones. ¿Quién murió?

—Cuentan las gentes de Tetbury que, en esta casa, antes de que fuera propiedad de mi... ¡No puedo calcular el parentesco conmigo! Se produjo en 1842.

—Un antepasado...

—Eso.

—¿Qué pasó?

—Mi antepasado se enamoró de una criada. Estaba casado y tenía hijos. Y... su mujer lo descubrió ahí, en esa cama... tirándose a la criada. En un ataque de rabia se adueñó de un cuchillo y acabó con la vida de la criada.

—¿Quién?

—Joder, la mujer, la que tenía rabia.

—Bien, bien...

—El marido, impactado por la escena —sigue contando de forma muy sobreactuada. Tengo ganas de echarme a reír, pero me contengo— no hizo nada. Todo estaba lleno de sangre, la cama, las paredes... Creo que fueron mil y pico puñaladas.

—Guau... Debió dejarla hecha un colador.

—Seriedad, belleza, que estamos hablando de una difunta.

Esa es la primera vez que me llama así y no sé cómo tomármelo. Pero, de momento, sigo escuchando su disparatada historia.

—Sigue, me muero de curiosidad —digo con un interés todavía más sobreactuado que el suyo.

—El fantasma de la criada... Elisabeth se llamaba, vaga desde entonces por esta casa buscando la luz... Todavía hay sangre de la pobre Elisabeth en esas paredes. Por eso lo cubrieron con tapices de florecitas.

—Eso es terrible, me estás asustando...

—Y hay más... Cuenta la leyenda que no la enterraron en el jardín, sino que la emparedaron. Ahí, detrás de la cama.

—Eso es imposible. Esas paredes son de papel, ahí no hay ningún muro añadido.

—Pues en otra parte, en el dormitorio de al lado, el que hace esquina.

—De acuerdo... Una historia muy impactante. ¿A dónde quieres llegar?

—No puedo dormir aquí. Mira esa cama... ¿Tú dormirías?

—No, creo que no. Con una historia como esa...

—Lo he intentado, pero en cuanto me meto en la cama, solo veo a mi antepasado y a la criada dando vueltas en la cama. Es una escena tan real... De repente, su mujer abre las cortinas del dintel y los descubre pasándoselo en grande y luego la sangre... ¡Terrible!

—Terrible, doctor. Vaya con tu antepasado, menudo cabrón era. Se tira a la criada y luego deja que su mujer le ateste mil puñaladas y le ayuda a deshacerse del cuerpo...

—Todos tenemos un antepasado del que no estamos orgullosos... ¿A ti no te ocurre?

—No.

—Por ese motivo tienes que dejarme dormir en tu casa... ¡Tres noches solo! Desde que mi hermano me contó la historia no he pegado ojo. He negociado con mi abuela y me ha dado permiso para desocupar un dormitorio e instalar una cama nueva. Tardarán tres días en traérmela.

—Vaya, tú no pides un poco de azúcar o un té...

—Esto es serio, ¿no dejarás que duerma aquí?

—¿Qué opina tu abuela del fantasma?

—Se hace la fuerte, pero creo que últimamente se manifestaba mucho y por eso no insiste demasiado en volver.

—Claro... Debí planear lo del accidente. ¿Tú crees que la veía?

—Seguro, pero no me lo ha dicho, no habrá querido asustarme.

—En el sofá. No puedo permitir que Elisabeth se manifieste y te haga daño.

—Eres muy generosa. Me parece justo en el sofá.

—Tres noches.

—A menos que se retrasen los de la tienda de muebles...

—Tres.

—Vale, tres. Solo tres noches.

—¿Qué harás durante el día?

—Solo aparece a partir de medianoche. El resto de día está tranquila... ¡Dicen! Puede que los sonidos que escuchabas y tanto te enfadaban no solo fueran de los muebles que yo arrastraba...

—¡Oh! No me digas eso... ¡Qué susto!

Nos echamos a reír los dos.

—¿No se te ha ocurrido nada mejor?

—No, pero lo de negociar con la abuela es verdad. Ahí no puedo dormir.

Me doy la vuelta para salir del dormitorio, pero su brazo me detiene. Se acerca a mí y me besa.

No me resisto a la sorpresa y acojo su boca en seguida.

Nos dedicamos a ella en cuerpo y alma. Me escuece la piel por el roce de su barba, pero me gusta.

Este hombre es hipnótico: su forma de acariciarme, sus cambios de ritmos, su prodigiosa lengua.

Nos desvestimos rápidamente, esta vez yo me encargo de su ropa y él de la mía.

La iluminación amarilla le confiere a la estancia un aspecto siniestro, y qué decir de todo lo que nos rodea, pero a él no parece importarle; a mí tampoco, ahora solo puedo pensar en lo que siento cada vez que me toca.

Me impulsa hacia arriba por la cintura y le abrazo la suya con mis piernas. Me apoya sobre

un poste del dintel y siento que se me clava el dibujo en espiral en el que está tallado.

—Tenemos dos centímetros cuadrados, no podemos salirnos o tropezaremos con algo.

Me echo a reír. Entonces me baja de esa posición, me alza los brazos en toda su extensión y los entrelaza con el poste. Tira de un borde de la cortina del dintel, arrancando una pequeña cenefa que no se desprende por completo y consiguiendo que se mueva ligeramente la estructura.

—Servirá —me dice—. Siempre he querido hacer esto —añade.

Me mira con los ojos muy abiertos y yo asiento. No es la primera vez que interpreto una mirada suya.

Me ata las manos suavemente, mientras parte de la cenefa cuelga unida a la cortina.

—¿Nunca antes lo has hecho? —le pregunto sorprendida. Mi cabeza da por hecho que la vida sexual del doctor ha llevado siempre un ritmo frenético.

Me sonrío de forma arrogante. Justo el resultado de lo que yo acabo de pensar.

El lazo es suave. Con un par de movimientos podría deshacerse, pero no tengo intenciones de liberarme. Me excita sentir que estoy en sus manos, que soy el centro de todas sus atenciones. Y me excita más todavía encontrarme con esa mirada penetrante, de color miel. Mi cuerpo reacciona de una forma desmesurada ante el conjunto de acciones del doctor.

Empieza a recorrer mi cuerpo con un reguero de besos y de caricias que me estremecen de todas las maneras posibles. De mi garganta salen todo tipo de sonidos, especialmente cuando me separa las piernas y me lame y juega con sus dedos.

Pierdo la noción del tiempo por la descarga y la intensidad de lo que me provoca.

El doctor es adictivo, es hipnótico, es jodidamente irresistible.

El grito de placer que sale de mi garganta, ha debido estremecer a la mismísima Elisabeth, pero no tanto como cuando me vuelve a impulsar en el aire al tiempo que deshace el lazo, se introduce dentro de mí y danzamos durante minutos hasta conseguir, en mi caso, el mejor orgasmo de mi vida.

—Joder, Chloe, cómo te deseaba... —me dice recuperando la respiración y dejándome caer en el suelo. Me sujeta para que no me caiga cuando percibe que el equilibrio no está de mi lado. Me da la vuelta suevamente y me abraza por la espalda.

—Como te deseaba... —me repite al oído.

Esa frase, cargada de intimidad, hace que sienta que estoy envuelta en fuegos artificiales, más de los que acabo de recibir. Por un lado, me excita y me alaga escucharlo de su boca, pero por otra... me confunde reaccionar con tanto entusiasmo. Ese debe ser el motivo por el que le doy un giro a la conversación.

—¿Por qué me has llamado belleza?

—¿Eso he hecho? Es este lugar... es la maldición de Elisabeth. Yo no lo recuerdo.

Me echo a reír, no puedo hacer otra cosa.

Me doy cuenta de que desde que llegue a Inglaterra, aquella sensación de estar en una burbuja ha desaparecido, aunque... ahora siento que estoy dentro de otra, otra muy distinta.

Capítulo 49

Andrew

Tres semanas después.

La empresa de muebles se sigue retrasando, mi cama nunca llega.

Esa es una de las frases que no falta antes de que acabe el día. Ella sabe que no existe tal encargo, pero nos sirve de juego, uno de los muchos que forman parte de esas horas que compartimos cuando el día llega a su fin o los fines de semana.

Estar prohibidos se ha convertido en algo más que un lema. Es la frase que detona el artefacto, el que hace que todo estalle por los aires y nos rindamos ante un sexo que se ha convertido en una pura y bendita adicción.

Mantenemos un ritmo extraño, después de cada tempestad, llamamos a la calma, y lo hacemos bruscamente, como si quisiéramos dejar constancia de que más allá de la explosión no hay vida.

Es como si después del sexo recibiéramos una descarga eléctrica de esas que se colocaban en las vallas para disuadir a los ladrones. De las que indican que estás invadiendo una propiedad privada y te hacen reaccionar.

Ahí es cuando estamos prohibidos... Ahí sí.

Ahí cobra valor la palabra «prohibido», pero sin ser pronunciada.

Esa palabra se ha convertido en el escopetazo de salida, entre risas y miles de gestos sensuales que encenderían incluso a un iceberg, y también el jarro de agua fría que pone fin a esa desbordada pasión que sentimos cuando nos rozamos, dejando claro que no hay nada más.

Pero lo hay, de muchas maneras distintas.

Hay risas, hay relatos de nuestras vidas, de nuestras trayectorias. Hay bromas, hay provocaciones y... también cientos de referencias al tiempo.

«Estamos de paso», es una de las que utilizamos con frecuencia, tanto ella como yo, para referirnos a nuestra vida en Tetbury.

«Cuando entre en Oxford», suelo mencionar yo. «Cuando me incorpore al bufete de Madrid», suele utilizar ella. «Echaré de menos esto», hemos mencionado ambos refiriéndonos a algo que le gusta de la vida en Tetbury.

Somos hoy y ahora, nada más. Algo comprensible teniendo en cuenta lo que nos ha traído a Tetbury, pero inquietante a la vez por la velocidad en la que nos hemos acercado el uno al otro, a pesar de las barreras que siempre nos encargamos de imponer.

Desde aquella primera noche, en la que el fantasma de Elisabeth fue el protagonista, no he vuelto a dormir en mi casa. La empresa de muebles, esa que nunca existió, sigue «retrasando» la entrega de una nueva cama y Chloe sigue acogiéndome en la suya.

Mi abuela me traicionó. Aunque ella desconoce lo que hay entre nosotros, algo que he procurado mantener muy oculto, tanto a ella como a mis padres y a Paul —Solo saben que nos

hemos hecho buenos amigos—, le contó a Chloe que tenía prohibido hacer reformas y hasta le pidió que le hiciera de espía y le informara de si las había llegado o no a hacer.

Sé que mi abuela solo bromea y que, con una pequeña conversación, me permitiría hacer algunos cambios, siempre que no me deshiciera de nada de lo que habita en la casa.

Chloe la ha visitado en dos ocasiones. Hablar con ella es algo que a mi abuela le da vida, al menos eso afirma mi madre.

—Esa chica le encanta. Se le ilumina la cara cuando viene a visitarla —me dijo días atrás satisfecha.

Mi abuela me ha confesado que su amistad con Caroline era muy grande y que Chloe, a pesar del vínculo que mantenía con ella, es todo lo que le queda de su amiga.

Todos los miembros de mi familia conocíamos esa amistad, pero nunca que fuera tan importante para mi abuela. Mis padres le habían dado las gracias miles de veces a Caroline por gestos de atención y de cariño que había tenido con la abuela. Ellos me lo contaron muchas veces, incluso la abuela, cuando iba a visitarla.

Tengo algún recuerdo de esa mujer, creo que la vi en alguna ocasión. Mi abuela me mostró una fotografía con ella hace unos días, ahí comprobé el parecido que tenía con Chloe.

Se lo conté a Chloe, pero no pareció agraderle el tema. Me ha hablado de muchos aspectos de su vida: de su padre, de su vida en Nueva York, de Paige y su librería... Pero nunca de nada que se salga de esos temas.

De Caroline no habla casi nunca, solo la menciona alguna vez para hacer alguna observación sobre algo relacionado con la casa o su trabajo.

Hace unos días me contó que había descubierto en el despacho el informe que el detective había redactado para Caroline referente a ella. En él aparecían muchos datos de su vida, incluso alguna fotografía de Chloe en algún momento rutinario de su vida en Nueva York.

En ese momento aproveché, para aclarar el asunto de ese «novio» al que hizo alusión la abuela una vez y del que Chloe negó su existencia.

—Fue una relación, unos meses. Debió ser la época en la que me investigó el detective —me dijo sin mostrar ninguna emoción.

—¿Por qué se acabó?

—Una infidelidad y una petición de relación abierta.

—¿Cómo se une eso?

—Ya había empezado por su cuenta la relación abierta, me propuso seguir con ella.

No insistí más, no la vi dispuesta a abrirse en ese campo, pero tuve la sensación de que era algo importante en su vida. También su amiga, de la que sí me habló y me contó lo ocurrido.

De Olivia no hemos vuelto a hablar, excepto durante una de esas eternas veladas dentro de su fascinante jacuzzi, o enredados en el sofá, en medio de esas sesiones de «me acerco y me alejo» cuando creemos que nos vamos a electrocutar. En esa ocasión me contó con detalle lo vivido junto a ella en el bufete, lo que consiguió que aún sintiera más asco por esa mujer. Ni siquiera le he contado que hace unos días recibí un mensaje de ella indicándome que se había enterado por boca de sus padres que me había mudado a Tetbury y que le hubiera gustado conocerlo por mí. Ni siquiera le contesté.

Mi padre me contó que cenaron una vez con sus padres y que, a pesar de haber algo de tensión y haber hecho algún comentario sobre nuestra «ruptura», el ambiente fue bueno y pronto se dejó de hablar de ello. Eso tampoco lo he compartido con Chloe, no quiero relacionar a esa maldita mujer con mis padres.

Chloe me ha hablado de muchos aspectos de su vida, pero siempre dedica poco tiempo a

ello, como si hablara en modo «resumen». Es como un misterio para mí. Tengo la sensación de que su vida es solitaria, de que no había muchas personas en ella. Me sorprende y, por otro lado, me acerca más a ella.

Tengo la necesidad de abrazarla y sentir que la protejo muchas veces. Por momentos, me parece una mujer que se come el mundo y por otros momentos, me parece frágil, incapaz de librar ninguna batalla. Es una dualidad bien repartida, ninguna de las dos facetas destaca sobre la otra.

Sé que estas tres semanas están siendo lo mejor que me ha pasado en... mucho tiempo, y también lo más intenso, lo que más horas de sueño me roba, en todos los sentidos.

Me encanta llegar a mi casa, ducharme y saltar la valla del jardín. Es una pequeña costumbre que hemos adquirido.

Siento fascinación por ella, por su misteriosa personalidad, por su cuerpo y por sus sonrisas. Cuento las horas para estar a su lado y, por primera vez, Oxford no me produce ansiedad; que llegue cuando tiene que llegar. No hay prisa.

Soy consciente de que apenas hace un mes que la conozco, pero podría afirmar que hace más de año que está en mi vida.

¿Está en mi vida?

Solo de paso.

Eso es lo que me consuela y me preocupa a la vez.

Lo quiero y no lo quiero.

Pero esta es una excepción. Procuro no pensar en ello, no estoy preparado para lo que pudiera descubrir.

Capítulo 50

Chloe

—¿Sabes quiénes son? —le pregunto a Natalie mostrándole una fotografía antigua que encontré ayer en la casa de Caroline.

—Es Caroline y... creo, no estoy segura, de que ellos son sus padres. ¿Dónde la has encontrado?

—En el fondo de un cajón —le digo sin desvelarse que se trataba de un cajón con doble fondo que descubrí mientras me peleaba con unas perchas atascadas en la barra del armario. Solo contenían una fotografía en la que en la parte trasera indicaba: Castle Combe.

—¿Qué sabes de... ellos? Supongo que no están vivos...

—No, sus padres murieron hace muchos años. Caroline no solía hablar de su pasado antes de llegar a Tetbury. Solo me habló de ti en la recta final de su enfermedad, cuando decidió buscarte. Puede que Catherine Herbert, la abuela de tu... vecino, te pueda proporcionar más información. Ellas eran buenas amigas y creo que puede saber más cosas.

—¿A ella se las contaba?

—Para Caroline era como una madre. Y... puede que sepa más. Como no nació en Tetbury, no puedo decirte nada de su familia.

Esa idea me sorprende. Sé que Caroline y Catherine tenían una buena relación, pero no hasta ese punto.

Después de salir del despacho, decido visitar a Catherine.

No está planeado, pero es la forma en la que ella siempre me invita a visitarla: «las sorpresas son las mejores visitas».

Me recibe una persona que no la conozco, pero que deduzco debe trabajar para los Ransey en la casa.

No es la primera vez que vengo a esta casa, pero siempre siento un pellizco en el estómago cuando lo hago.

Me siento extraña. Sé que el doctor se crio en esta casa y no puedo dejar de pensar en él mientras camino hacia el salón, donde se encuentra Catherine concentrada en la lectura.

Está sentada frente a una mesa auxiliar donde descansa una bandeja con todo lo necesario para servir un buen té. Ya lo voy aprendiendo. Y... a juzgar por la hora y la taza vacía, no he interrumpido ese sagrado momento del día. Va vestida elegantemente con un traje de chaqueta azul claro. Por un momento, en mi mente se recrea una imagen de la reina.

Me mira por encima de sus gafas y me sonrío.

—Catherine, espero no molestarla.

—Pasa, querida. ¡Qué alegría verte! No molestas, este libro es muy malo.

Después de unos minutos «cordiales» interesándonos por la salud, la de mi mano, que ya está recuperada desde hace días, la suya y mi trabajo en el despacho, abordo la cuestión que me ha traído hasta aquí.

Le muestro la fotografía.

—Son los padres de Caroline, y esa es ella cuando tenía... siete u ocho años. Ya conocía esa fotografía. ¿Qué quieres saber más?

—Nada, solo... En realidad, nada. Curiosidad. La encontré en su casa. Sé que esas personas no están vivas... No sé por qué pregunto, Catherine.

—Porque tienes curiosidad, Chloe, es algo normal —suaviza el tono—. Esa foto está hecha en Castle Combe, un pueblo del condado de Wilshire, a unas veinte millas de Tetbury. Allí nació y se crio con sus padres. Sus padres trabajaban en una finca perteneciente a una persona muy adinerada de la región. Vivian y trabajaban en ella. Su madre se encargaba de las tareas del hogar y su padre dirigía algunas labores del campo y del mantenimiento de la finca.

La escucho atentamente, pero no me siento bien. Como siempre que se trata de ella, me siento extraña, como si flotara; como si estuviera escuchando una historia trágica, de terror, de las que producen escalofríos.

—Ella se fue a Londres a trabajar y poco después estudió derecho. Allí empezó a ejercerlo, en Londres, pero un asunto de trabajo la trajo hasta aquí y... decidió instalarse.

—¿Por qué aquí?

—Siempre le gustó este pueblo y estaba cansada de la vida en una gran ciudad. No hay más misterio que ese, excepto que quiso volver cerca del lugar donde se crio.

—Claro... eso tiene sentido —le digo con la voz atascada en la garganta.

—Te pareces mucho a ella físicamente. Caroline era una mujer divertida, muy inteligente. Le gustaba vivir rodeada de comodidades, ya te habrás dado cuenta. En Tetbury era muy querida.

—¿Tenías amigos? ¿Novio?

—Natalie era una buena amiga y también Hannah, pero se marchó a Manchester hace un año. Estuvo en su funeral. Fueron buenas amigas y salían juntas a divertirse. Hannah regentaba una pastelería en *Chipping Steps* —me informa refiriéndose a una preciosa calle empedrada llena de comercios en el centro de Tetbury—. Y... novio no tuvo. Muchas aventuras pasajeras, solo eso. Era muy guapa y tenía mucho éxito con los hombres, pero nunca se mostró interesada por el matrimonio o por una relación duradera.

—Ajá —le digo a punto de pedirle que acabe.

—Conoció a tu padre en Londres.

—Esa parte de la historia sí que la conozco.

—Se quedó embarazada de él y... no se sintió capaz de afrontar la maternidad.

—Lo sé. Me lo dijo ella también. Su padre estaba enfermo y ella tenía que ayudar a la familia.

—Chloe, puedo hablar con Lucy, ella es prima de mi difunto marido. Él era de Castle Combe. Seguro que Lucy podría darte información de sus padres. Es un pueblo pequeño y se conocen todos, así como las historias de todos.

—No es necesario. Yo...

—Antes o después volverás a Nueva York. Sé lo que debes sentir, pero no renuncies a saber tus orígenes. Quienes fueron tus abuelos, quién fue ella... Puede que eso te ayude a cerrar esa herida, porque la herida existe.

—¿Sabes, Catherine? Esperaba que me contaras una historia distinta. Una que me impactara, me enterneciera, me sedujera... Una que justificara por qué me trajo al mundo y luego se

desentendió, por qué firmó unos documentos en los que renunciaba a ser mi madre y a acercarse a mí. Esperaba algo complejo, una vida secreta, una tragedia, un guion de película que me ayudara a entenderlo. Pero... no tienes esa historia, ¿verdad?

—No, cielo, no la tengo.

—Entonces no me interesa nada más. Sé que te preguntarás qué hago aquí...

—Dímelo, querida.

—Me lo pregunto a todas horas... —Se me entrecorta la voz y siento un nudo en la garganta —. Lo siento, Catherine, pero tengo que irme, no quiero hablar más de esto. Gracias por recibirme y por compartir conmigo lo que sabes.

Le cojo una mano y se la beso.

—Chloe...

Me marcho a toda prisa. La otra opción es echarme a llorar. En cuestión de segundos se me ha removido todo por dentro y me he venido abajo. Paige me ha advertido alguna vez de que esto podría pasarme. Ella siempre me anima a descubrir detalles de la figura de Caroline, y a cerrar esa puerta. Algo parecido a lo que Catherine me ha dicho, pero ahora he entendido que no puedo, que no quiero entrar en ese mundo desconocido que me hace sentir constantemente que no puedo tocar el suelo.

Salgo a toda prisa en dirección al calor de... de su casa. Espero que el doctor no se encuentre en su casa ni que salte la valla. Si no recuerdo mal, hoy se encontraba con su amigo... ¿Cómo se llama? David, eso es. Y si no recuerdo mal, también, tenían intenciones de cenar fuera.

Espero que no haya cambiado los planes. Necesito estar sola, poner orden en mi cabeza y sacarme de dentro esta maldita sensación.

Capítulo 51

Andrew

La abuela me ha llamado para contarme su conversación con Chloe, y solo he necesitado que diga que no está bien, que la ha visto desbordada, para que anule mi cita con David.

He buscado una excusa relacionada con la clínica y con mi padre; no podía decirle otra cosa, nunca le he hablado de Chloe.

—No está bien, Andrew —me ha dicho mi abuela—. Creo que necesita a un amigo. Porque... Sois amigos, ¿me equivoco? —me ha dicho con ese tono tan propio de ella que puede ocultar cualquier cosa.

—Claro, ya te lo he dicho alguna vez. ¿No te lo ha dicho ella? —No sé por qué pregunto algo que me puede pasar factura. Con la abuela nunca se debe jugar con fuego; la quemadura está garantizada.

—No hemos hablado de ti, Andrew. Hemos hablado de Caroline. Creo que llegó con más fuerza de la que tiene ahora.

En cuanto he llegado a casa, me he dirigido al jardín, he saltado la valla y me he encontrado con que la puerta que da acceso a la suya estaba cerrada. Eso no es muy frecuente.

Llamo a su puerta y no da señales de vida.

¿Y si no está? ¿Y si se ha ido a pasear? Su coche está aparcado en la calle.

Tengo que encontrar las llaves de su casa. ¿Dónde las puede guardar la abuela?

Diez minutos después, aparecen. No hay misterio, están donde tenían que estar, pero los nervios han impedido que las vea a la primera.

Abro sigilosamente y la llamo, pero no obtengo respuesta. Entro a toda prisa y la encuentro en el suelo del salón, junto a la chimenea apagada —de lo contrario, me habría preocupado mucho más— sentada y abrazándose las piernas. Levanta la cabeza y me mira sorprendida.

—¿Qué haces... aquí?

—Intentar rescatarte de lo que sea que te tiene en ese estado.

—¿De qué...?

—Me ha llamado mi abuela, me ha dicho que no estabas bien. ¿Lo estás?

—Estoy bien.

—No tienes buen aspecto.

—Un día largo de trabajo.

—¿Y la conversación con mi abuela? Ella afirma que te ha afectado.

—No, no ha habido nada especial.

Me dirijo a la cocina y busco una botella de vino, la que abrimos la noche anterior.

Vuelvo a salón con dos copas, las sirvo y me siento a su lado después de descalzarme.

—Brindemos por algo...

—¿Por qué? Hoy no soy buena compañía...

—Brindemos por lo beneficioso que es desahogarse conmigo y contarme todo lo que te tiene en ese estado. No lo niegues, tienes un brillo raro en los ojos, y no es como el brillo que yo conozco cuando... ¡Ya me entiendes!

—¿Cuando estamos a punto de follar?

—A eso me refería —le digo echándome a reír por su oportuna delicadeza.

No está bien, mi abuela no se ha equivocado. Ha dibujado una sonrisa tan forzada... que la ha convertido en siniestra.

Le paso la mano por la espalda y le acaricio el pelo. Guardamos silencio unos minutos que se me hacen eternos, pero, por fin, ella decide romperlo.

—¿Qué tal el día en la clínica?

—Joder, Chloe, no quiero que hablemos de eso, quiero que me cuentes qué te pasa, quiero que confíes en mí. Sé que tiene que ver con Caroline, sé que... ese tema te afecta.

—¿Qué quieres que te cuente? Que vivo en la casa de esa mujer, que me he hecho cargo de su despacho y que hoy, especialmente hoy... ahora, no dejo de preguntarme qué coño hago aquí. Me siento ridícula, me siento fuera de lugar, como si estuviera mendigando una información que no me lleva a nada y que tiene que ver con una mujer, una que me trajo al mundo y me entregó a mi padre. Una que me llamó cuando se estaba muriendo y que sentía curiosidad por conocerme. Una que me declaró su única heredera y yo... sigo aquí, esperando que ese hombre, el notario, me diga que todo está resuelto y que puedo firmar o renunciar. Y... sigue sin tener sentido.

Hace una pausa y se levanta. No digo nada, espero a que siga. Me está encogiendo el corazón ver el dolor que reflejan sus palabras.

—Fue su elección, no hay nada más que hablar. Ella quiso sacarme de su vida y ya está. No la necesité, mi padre me dio lo mejor de todo, lo mejor, lo más auténtico, pero... aquí estoy. Un año después de su muerte, me encuentro metida en la vida de esa mujer... Como si me importara...

»Elegí Londres entre varias ciudades para rotar en el bufete. Y la elegí porque esa mujer ya me había llamado para decirme que existía y pensé que estando en Londres podría pensarme si conocerla o no. Acepté en cuanto me dijo que estaba enferma, pero se murió a los pocos días. Bien, hasta ahí la historia podría tener sentido, pero... ¿Qué hago aquí metida en su mundo?

»No hay ni una sola historia fascinante, trágica, conmovedora que me explique algo diferente a lo que siempre me contaron, que es que no me quiso y nada más. Mi esperanza era tu abuela. Hoy he ido a visitarla creyendo que obtendría esa historia. Puede que no cambiara nada, pero al menos tendría algo mejor que el argumento de que no estaba preparada y su familia estaba enferma. ¿Estuvo enferma siempre? ¿Después no maduró? Nunca me buscó, nunca mostró interés por cargarse ese acuerdo y conocerme. Nunca contactó con mi padre...

»Y... la pregunta es... ¿Para qué quería yo que hiciera algo así? Para nada, joder. No la he necesitado. Entonces, dime... ¿Qué hago aquí? Y lo mejor de todo es que me lo pregunto cuando llevo un mes en este lugar. No quiero sus bienes, yo no quiero dinero, y... ya no sé qué pensar. Hoy he visto una fotografía de ella con sus padres. ¡Qué ironía! Ella sí los tuvo, y seguro que los quiso. Ella, esa maldita mujer, sí que sabía lo que era una madre...

Chloe se sienta en el sofá y oculta su rostro entre sus manos, apoyando los codos en sus piernas. Me siento a su lado y le sostengo la barbilla para que me mire.

Me duele verla en ese estado. Entiendo todos esos interrogantes, pero sobre todo me llama la atención su forma de plantearlo todo.

—Chloe, creo que todo sería más sencillo si te enfrentaras al hecho de que sí te importa.

—Eso es lo que más me jode —me dice mientras unas lágrimas empiezan a caer por sus mejillas—, que sé que es así.

Las recojo y la acerco a mi pecho cuando veo que no van a ser las únicas lágrimas. Acepta mi abrazo y llora. Lloro todo lo que necesita. Así le pido que lo haga.

Siento mi camisa humedecida por las lágrimas... Este momento no es uno cualquiera. Esto une. Esto es más que el abrazo que me ha pedido mi abuela, el de un amigo.

Se ha abierto a mí, ha compartido todo lo que le quemaba... y por momentos, lo he sentido como algo mío.

—Deja de luchar, Chloe —le susurro—. Te importa porque era tu madre. Digamos que el destino te trajo aquí para que la conocieras. Mucho mejor eso que vivir en la oscuridad.

Me levanto y la alzo entre mis brazos. Se apoya en mi hombro y me abraza con fuerza.

—Es mejor que descanses... —le digo con intenciones de llevarla a la cama cuando veo que el llanto ha cesado.

—Ni se te ocurra dejarme sola ahora, Andrew.

Y no lo hago, mucho menos después de llamarme Andrew.

Capítulo 52

Chloe

Una semana. Eso es lo que ha transcurrido desde que me derrumbara en sus brazos, le llamara Andrew por primera vez —me lo ha recordado mil veces— y pasáramos toda la noche abrazados. Claro que, también cenamos sobre la cama, nos metimos en el jacuzzi, su lugar preferido, y me hizo reír contándome anécdotas de la clínica.

No volvimos a hablar de Caroline, no hizo falta. Aunque no puedo negar que sigo pensando en ello, he conseguido darle un enfoque diferente.

Hablar con Paige también me ha ayudado. Ella, Andrew y Catherine me han hecho escuchar palabras que, en cierta manera, han iniciado el proceso de curación. Porque, tal y como me dijo Catherine, hay una herida, una que se abrió en el momento en que recibí su primera llamada.

Aquella noche... en sus brazos, algo cambió dentro de mí, algo que me hizo verlo y sentirlo de otro modo distinto.

En tan solo un mes, se ha convertido en tanto... Sin embargo, seguimos acercándonos y separándonos cuando el nivel de intimidad nos desborda.

A veces, le siento tan cerca que hasta me asusta, y cuando se aleja, me asusta más, por el vacío que siento cuando lo hace.

Pero algo está cambiando en mí y siento que empiezo a ser la misma de siempre: más fuerte, más segura.

Me centro en la cena que me he animado a preparar y me interrumpe el timbre de la puerta.

No creo que se trate de mi doctor, él suele entrar de un modo distinto: saltar la valla es su forma predilecta.

De todas las opciones que podría barajar, la bruja es la última que pasa por mi cabeza.

Y ahí está, delante de mí.

La sorprendida debería ser yo, sin embargo, su rostro muestra el propio de haber visto a alguien de color verde, con quince ojos.

—¿Qué haces tú aquí? ¡No me lo puedo creer! —Lo pronuncia con tanto asco que hasta se le desfigura la cara.

—Eso debería preguntarlo yo —le digo muy despacio haciendo un gran esfuerzo por no saltarle a la yugular... todavía.

—No he venido a verte a ti, como comprenderás, sino a Andrew, pero veo que no ha sido buena idea. Ahora lo entiendo todo...

—Su casa es la de al lado —le digo sin esperar su reacción. A continuación, llevada por un impulso, le cierro bruscamente la puerta.

No puedo ver su reacción, pero sí puedo ver lo que hace desde la ventana de la cocina, a donde me he dirigido a toda prisa.

Las cortinas me proporcionan la intimidad que necesito y puedo ver cómo se aleja y se detiene frente a la casa contigua.

Ya no puedo ver más. Mi ángulo de visión se limita a eso.

Me alejo e intento calmarme, pero sé que me va a costar.

¿Por qué no le he dicho nada más? Otra vez esa maldita sensación de haberme quedado a un paso. Igual que cuando me colgó.

¿Por qué viene a ver a Andrew? Esa pregunta no hace que me sienta mejor, al contrario.

Esa bruja me ha revuelto el estómago.

Vuelvo asomarme a la ventana, pero no puedo verla. ¿Se habrá marchado?

Cuanto detesto a esa mujer. ¿A qué narices ha venido?

La verdad es que ha sido muy interesante que me encuentre aquí, en la casa de Andrew, o en la que ella creía que era su casa.

Tengo que regodearme en esa expresión, en esa sorpresa al verme. Me puedo hacer una idea de lo que ha pasado por su cabeza.

Intento concentrarme en la cena, y pocos minutos después consigo terminarla: una combinación de arroz, pollo especiado, ensalada y una salsa que, si bien no es la más adecuada, es la única que he encontrado y que se le parece. Es la segunda vez que lo preparo, no se me ha quemado y a Andrew le pareció delicioso la vez anterior.

Sigo estando alterada.

Vuelvo a mirar por la ventana. Esta vez veo el coche de Andrew.

Tengo que contárselo.

Como viene siendo habitual, me cuelo a través de la valla. Es increíble la agilidad que he adquirido con este salto.

Puede que esté en la ducha... Si es así, le sorprenderé, como he hecho otras veces. Puede que hasta se me olvide la bruja...

Entro como un huracán y me detengo cuando escucho voces, pero ya es demasiado tarde para retroceder.

Andrew y la bruja se encuentran en el salón, de pie, el uno frente al otro, y ninguno parece estar contento.

Se giran hacia mí y me miran fijamente.

—Chloe, pasa, no te quedes ahí... La visita ya se marchaba, tiene claro que no es bienvenida.

—Vaya, vaya, la inútil de la becaria no ha podido resistirse a venir. ¿Para esto querías la excedencia? No sé por qué me sorprende.

Siento que algo malo, que quema, oscuro y tenebroso, se empieza a apoderar de mí.

Ha llegado el momento de decirle a esa bruja todo lo que pienso de ella.

Solo tenía que ser paciente y esperar el momento. Y ese momento ha llegado.

Capítulo 53

Andrew

La entrada de Chloe ha sido triunfal. Ha aterrizado, literalmente, en el salón. Venía a toda prisa y se ha frenado en seco cuando ha visto a Olivia. ¿Qué debe pensar al verla aquí?

No estoy satisfecho de haberle permitido el paso, pero, a pesar de haberle dicho que no quiero hablar con ella, ha insistido en hablar conmigo de algo importante y... ha insistido tanto que ha despertado mi curiosidad. Claro que, más que curiosidad, he visto la oportunidad de pedirle «cariñosamente» que no vuelva a molestarme; todo lo que me ha contado Chloe sobre ella ha influido en esta decisión.

Pero creo que no va a ser necesario. Chloe, después de escuchar lo que Olivia le ha dicho, se está acercando a ella lentamente, y algo en su mirada me indica que va a ser ella la que se pronuncie.

—Me produces una mezcla entre el asco y la compasión, probablemente lo peor que puedes despertar en alguien.

—No te dirijas a mí, becaria, no...

—Te vas a callar y me vas a escuchar, y lo vas a hacer atentamente —Chloe la interrumpe mientras se acerca más a ella, tanto que, Olivia se ha visto obligada a retroceder unos pasos. Ha debido ver en su mirada algo que le ha hecho saltar las alarmas.

Olivia me mira, como si yo fuera a dar un paso para protegerla. Chloe detiene su avance a escasos centímetros de Olivia.

—Eres una amargada. Una maldita amargada que está rodeada de personas que la detestan. Nadie te soporta. Nadie quiere estar a tu lado. Te sonríen y te siguen el juego porque saben lo mucho que disfrutas jodiendo y humillando a la gente. Pero cuando te das la vuelta, todos vomitan, se deshacen del asco que les produces. Esa eres tú dentro del bufete, el único lugar donde debes sentir que eres algo, donde creces a base de pisotear, de insultar y de recalcarle a todos lo importante que eres. Pero cuando sales de allí, te conviertes en esto... en un ser ridículo que llama a una puerta donde no es bienvenida. Eso debe doler, «señorita Hill».

»En todas las delegaciones se considera un castigo trabajar en Londres porque todo el mundo sabe que está al frente una mujer amargada y patética. Por suerte, no voy a tener que aguantarte más. La «becaria» no tiene que verte más la cara, de eso puedes estar segura. Nunca iba a aprender nada de ti, nunca. Ni te admiro ni soy capaz de ver nada bueno en ti.

—Espero que...

—Lo único que vas a esperar es a que yo acabe —le dice acercando su rostro más al de Olivia, consiguiendo que ella eche la cabeza para atrás, a pesar de sus intentos por mantenerse erguida y altiva—. Te voy a hacer tres recomendaciones, solo tres. Una, te sugiero que cuando vuelvas al despacho empieces a besarle el culo a todo el mundo, puede que tu patético reinado

empiece a desmoronarse con la actuación de algunas personas. Dos, te sugiero que no vayas persiguiendo a nadie que te deteste y te considere una pesada, deberías aprender a interpretar cuando alguien te esquivo porque después de follar contigo no quiere nada más. Es una regla importante de la dignidad. Yo no sé lo que se siente, pero tú seguro que puedes recrearte en el tema. Y... tres, no intentes joderme. Ahora que nos conocemos mejor, que... se tantas «cositas» sobre ti, no deberías ni siquiera intentarlo. Y ahora, señorita Hill, vuelve e llámame becaria. Hazlo una sola vez...

—No tengo por qué aguantar esto...

—Tranquila, ya he terminado.

Chloe se da la vuelta despacio y desaparece por donde ha venido.

Olivia me mira mientras mueve suavemente la cabeza.

—Eres un maldito cobarde. He venido a pedirte que fuéramos amigos... y permites que esa inútil me acorrale de esa manera. A mí no me acorrala nadie, pero sé ser prudente con la gente agresiva.

—Olivia, ahórrate el discurso, no quiero escucharte. Pienso exactamente igual que Chloe, no le quitaría ni una coma a lo que te ha dicho. Así que lárgate.

—No me voy a marchar sin decirte a la cara que estabas muy equivocado —Empieza a alzar la voz. Está colorada, como si fuera a explotar—. Nunca me interesaste, solo eres un medicucho. Nunca debí escuchar a mis padres, ellos tienen la culpa de todo.

Sigue hablando cada vez más alto. Se mueve hacia delante y hacia atrás y me señala con un dedo.

—Espero que te quede bien claro que nunca me has importado, que solo me acerqué a ti para complacer a mis padres porque solo les importa ese maldito terreno, ese que tu maldita abuela se niega a venderles.

¿De qué demonios está hablando?

—Les dije que no era buena idea, que yo no salgo con fracasados como tú, pero era demasiado importante para ellos como para que razonaran —Está fuera de sí, cada vez más roja, con los ojos fuera de su órbita—. Solo era cuestión de tiempo, solo el suficiente para formar parte de tu maldita familia y ablandar a la estúpida de tu abuela. Que te quede claro que no me importabas lo más mínimo. Te hubiera dejado después de esa maldita venta, no me has interesado nunca.

Respira de forma agitada. Ahora sonrío con cinismo, debe creer que me ha hundido con sus palabras.

Sigo perplejo, pero me esfuerzo en disimularlo y quiero que siga hablando. Lo mejor es descolocarla.

—Aún no me has dicho a qué has venido...

—A seguir con ese maldito plan, estúpido. Ahora que eres el dueño de ese maldito terreno, no era necesario convencer a tu abuela. Ese era el nuevo plan. Todos sois unos estúpidos: tú, mis padres... Pero ahora ya lo sabes, ahora ya sabes que nunca he tenido interés en ti, merezco una persona con más clase, mucha más. No un medicucho que se tira becarias y luego me viene a contar el cuento que no la conoce de nada.

—Es curioso que me hables de clase cuando me acabas de contar por qué te acostaste conmigo para obtener la venta de un terreno... Eso tiene mucha clase, claro que sí. ¡Sal de mi casa! No vuelvas a acercarte a mí, e intenta tener en cuenta la última recomendación de Chloe. Voy a tardar dos minutos en contarle lo que acabas de soltar por esa boquita. La de cosas que va

a saber de ti... ¡Largo! No quisiera echarte a empujones de mi casa. ¡Qué bajo has caído!

—Maldito hijo de puta...

Se marcha a toda prisa. Sostengo la puerta cuando veo sus intenciones de dar un portazo. Veo como se aleja y la observo hasta que su coche desaparece.

No puedo creerme lo que he escuchado.

No tiene sentido, no entra en mi cabeza que lo que me ha soltado pueda ser verdad. Estaba tan furiosa que no ha sido capaz de medir sus palabras. Creo que tenía tanto interés en defender su persona que ni siquiera ha sido consciente de todo lo que ha desvelado sobre sus padres.

Ese terreno... Mi abuela...

Tengo que hablar con Chloe, contarle todo lo que ha pasado. También tengo que hablar con mis padres y con mi abuela, pero eso será después.

No debí ocultarle a Chloe el nexo que había entre Olivia y mis padres. Ahora va a sonar peor de lo que hubiera sonado en su momento. No quise involucrarlos, pero a la vista está que lo único que conseguí era empeorar la situación.

Pero ¿quién podía imaginar la trama absurda que Olivia ha confesado? ¿Se acercó a mí para que mi abuela les vendiera el terreno a sus padres? ¿El terreno de aquí detrás? ¿Y cómo sabe ella que ahora soy el dueño? ¿Es eso lo que ha dicho?

Sí, no me cabe duda. Voy a compartir la surrealista escena y la increíble confesión de Olivia con Chloe. Voy a darle un motivo para que se eche a reír. Voy a compartir con ella lo orgulloso que me siento de haber sido protagonista de un guion de serie barato.

Capítulo 54

Chloe

—Te has perdido la mejor parte —me dice nada más entrar en la cocina, después de saltar la valla y acceder por la puerta trasera. Esa valla nos pierde...

—La parte que he vivido yo, la he disfrutado mucho —le confieso mientras me sirvo otro vaso de agua.

—¿Estás bien?

—Sí, lo estoy. He renacido, me he quedado muy a gusto. Siento haberte nombrado, aunque fuera indirectamente...

—No te preocupes, me ha encantado —me confiesa mientras se sirve un vaso de agua y se sienta frente a mí—. Has estado genial, le has dejado todo bien claro. Dabas miedo, has conseguido asustarme hasta a mí. Recuérdame que no sea tu enemigo nunca.

—Ya lo fuiste.

—Eso solo eran discrepancias vecinales.

—Te declaré la guerra en cuanto me robaste el taxi —le digo intentando relajarme. Aunque me esfuerzo por mantener la calma, la escena me ha alterado mucho.

—Pero esa guerra ya ha terminado.

—No te confundas, doctor. La guerra sigue declarada y activa. Mientras no lo admitas, no firmaremos la paz. Esto solo es un «Alto al fuego».

—Tendrás que torturarme para que lo admita... Claro que, después de ver cómo te enfrentabas a Olivia, puede que me lo piense.

—No sé qué me ha entrado por el cuerpo cuando la he escuchado hablarme de esa forma... ¡Otra vez! Tendrías que haber visto su cara cuando le he abierto la puerta. Se ha equivocado de casa, eso creo.

—Eso no lo sabía. Vaya, habría matado por verlo. ¿Qué habrá pasado por su cabeza?

—Lo he estado pensando. Seguro que al verme aquí ha creído que llevamos tiempo juntos, desde el día del beso en Londres. Menuda casualidad. ¿Qué quería exactamente?

—No te lo vas a creer. Como te he dicho, te has perdido la mejor parte de esta historia. Escúchame atentamente porque solo así podrás ir siguiendo la historia. Si te despistas un segundo, te pierdes seguro.

Consigue despertar mi curiosidad y tener toda mi atención. No solo han sido sus palabras, sino la preocupación que muestra.

Durante los próximos minutos me relata con detalles la confesión de Olivia. No le interrumpo, pero, por un momento, me parece que me está gastando una broma. Es todo tan raro...

—No lo entiendo, Andrew. ¿Qué tienen que ver sus padres?

—Sus padres viven aquí, en Tetbury.

—¿Cómo?

—Es una parte que no te conté cuando te hablé de mi relación con Olivia. ¿Recuerdas que te dije que unos conocidos en común me pidieron que fuera sutil con ella a la hora de decirle que no me interesaba?

Asiento con la cabeza. Andrew empieza su relato.

Cuando termina todavía estoy más confundida. La historia en sí no tiene desperdicio, pero no puedo procesar tan rápido el hecho de que esa bruja, de una manera tan extraña, tenga algo que ver con la familia de Andrew, y que sus padres vivan aquí; no me cabe en la cabeza todo ese cúmulo de circunstancias casuales.

Es una locura.

—¿Por qué no me lo contaste antes? —No oculto mi malestar.

—Lo siento. Quería mantener a mis padres al margen, no quería que te llevaras una impresión equivocada de ellos. La historia es bastante ridícula.

—Corrígeme si me equivoco. Los padres de la bruja son amigos de tus padres —le digo sintiendo un nudo en la garganta—, y le pidieron a su hija que se intentara liar contigo, ¿lo he entendido bien?

—Sí, pero lo que pretendían era algo más que un lío. Pretendían que tuviéramos una relación seria, de esa manera Olivia estaría integrada en mi familia.

—Y eso hubiera hecho que tu abuela les vendiera el terreno a sus padres... ¿Correcto?

—Ese parece que era el plan, pero no deben conocer bien a mi abuela.

—Entonces ¿Qué quería cuando ha venido?

—Intentarlo de nuevo, al menos un acercamiento, una amistad... ¡Qué sé yo! Eso he interpretado.

—No tiene sentido. ¿Otra vez? Me dijiste que habíais acabado mal.

—Es que hay otra cosa que no te he dicho.

—Vaya... ¿Qué tal si cuentas la historia completa? Me estoy volviendo loca. Bastante me está costando entenderlo, como para que me vayas racionando la información.

—Sí, lo siento, tienes razón. Mi abuela hizo un testamento en vida para repartir sus bienes. Es muy reciente, hace unas pocas semanas. La casa de los animalitos del bosque y el terreno... ahora son de mi propiedad. Por lo que ha dicho Olivia, estaba al corriente de todo.

—Me está costando seguir esta historia.

—Ahora soy yo el dueño, Chloe, no necesita negociar con mi abuela, sino conmigo. Por eso pretendía acercarse a mí...

—Eso es ridículo.

—Y retorcido.

—Patético.

—Deduzco que ese terreno tiene mucho valor. Está en la parte trasera de la casa, a unos pocos metros. Si quieres te lo muestro...

—Creo que sé a dónde te refieres. Caroline también tenía un terreno ahí, aparece en el testamento. Natalie me lo mostró.

Nos miramos fijamente. No necesitamos más para salir de casa a toda prisa y dirigirnos hacia el protagonista de nuestra conversación.

Está cerca. Desde las ventanas traseras de la casa se puede distinguir con claridad la valla

que lo delimita. Aunque lo he visitado en alguna ocasión, nunca antes me había fijado en la valla contigua.

—Así que este es el objeto del delito... —le digo subiéndome sobre el primer poste horizontal de la valla y apoyando los codos sobre el último.

—Así es —admite mientras se coloca detrás de mí y me abraza.

—No debiste ocultarme lo de sus padres...

—Lo siento. No le di importancia, no creía que Olivia fuera a ser tema de conversación nunca más.

—¿De verdad fue idea de tu padre lo del beso?

—No de esa forma, él me sugirió que me dejara ver con otra, pero no de la forma en la que lo hice.

—¿Qué tiene este terreno para que haya hecho algo así? Creo que los dos son iguales, el tuyo y... este.

—Es tuyo, ¿no?

—Supongo que sí, pero aún no ha llegado ese momento. El caso es que no me pareció que su valor fuera tan alto cuando hablé con Pemberton... Ni Natalie me ha contado nada sobre ello. Pero... un hombre se interesó por el terreno hace unas semanas. Vino al despacho. Un tal... ¿Cómo se llamaba? George, creo.

—George Hill, ese es el nombre de su padre.

—Hill... ¡Claro! Evidentemente no lo relacioné... ¿Es ese su padre?

—Sí, el mismo.

—Es increíble.

—¿Te ofreció alguna suma?

—No, no llegamos a ello. Solo me dijo que estaba interesado y que me podía hacer una oferta generosa. Pero le dije que no estaba interesada, ni siquiera puedo negociar con él. El testamento aún no está validado.

—Tenemos que averiguar qué está pasando. Que alguien te haya hecho una oferta por el terreno y a la abuela también, no es algo extraño viniendo de un hombre del sector inmobiliario, un empresario. Fíjate en esta extensión de terreno... Es enorme, podría servir para muchas cosas. Pero que lo planeen de esa manera... Que le pidan a su hija algo así y que ella acepte... Eso ya no es normal. Aparte de repugnante, aquí hay algo que se nos escapa, Chloe. Mañana hablaré con mis padres y con mi abuela.

—¿Se lo vas a contar todo?

—Por supuesto, lo importante es que sepan quiénes son esos amigos.

—Yo hablaré con Natalie otra vez para ver si recuerda algo, o quizás con el señor Pemberton. Pero te aseguro que cuando me leyó el testamento no me pareció que el terreno tuviera un valor especial. Me habría llamado la atención.

Volvemos a la casa pensativos. Nos miramos, nos sonreímos, pero no podemos dejar de pensar en el episodio.

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, Andrew me susurra al oído.

—¿Un jacuzzi? Nos lo hemos ganado.

—No. Sigo enfadada, doctor. Debiste contarme lo de sus padres.

—Vaya, así que enfadada, ¿eh? ¿Mucho?

—Bastante —Me esfuerzo por interpretar mi papel.

—Es que necesito un baño urgente.

—Pues no hay jacuzzi.

—Bien, pues me voy a mi casa, rencorosa, me bañaré allí.

—¿En la bañera?

—Pues claro, ¿crees que necesito tu jacuzzi? Si algo tiene mi casa es que hay de todo lo que puedas necesitar, incluso bañera.

Se marcha haciéndose el ofendido.

Entro en casa. Sé que no tardará en volver.

Pero me equivoco.

Pasa más de media hora y no hay señales del doctor.

Bien, ha ganado. Me toca saltar otra vez.

Entro en su casa y me dirijo al dormitorio, pero no está, ni tampoco en el salón.

Escucho un sonido que proviene del baño principal.

Abro la puerta y me encuentro con una imagen que me hace estallar en carcajadas.

—Andrew está sumergido en una bañera antigua, de las que tienen patas; unas patas ornamentadas de forma muy recargada, de color dorado y que alcanzan la pequeña bañera.

Esa es la cuestión. Es pequeña, muy pequeña, apta para alguien tres veces más pequeño que Andrew. Está sumergido con las piernas encogidas, apenas cubierto por un poco de agua y con su portátil descansando en las rodillas, que casi le tocan la cara.

Es tan ridícula la escena que no puedo parar de reír.

—¿De qué te ríes?

Me acerco hasta tocar el borde de la bañera. Me apodero rápidamente de mi móvil e intento inmortalizar la imagen.

—¡Eh! Eso no se puede hacer, listilla —me dice levantándose al tiempo que intenta apoderarse del móvil.

Alzo los brazos en señal de rendición y deposito el móvil sobre un tocador de baño.

—Has hecho una foto.

—No la he hecho. Puedes comprobarlo —le digo riendo de ver su cuerpo desnudo, con el portátil debajo del brazo y sin poder separar los pies por la estrechez de la bañera.

Se tambalea, se sujeta en el borde de una barra para toallas y consigue salvar la caída, pero no la del portátil, que se desliza sobre su pierna e impacta con el fondo.

Desconozco por qué, pero Andrew ni siquiera se ha dado cuenta.

—¡El portátil!

—Joder... —grita sin posibilidad de maniobrar.

Me apresuro para sacarlo del agua, chocando con sus piernas.

Gotea agua por todas partes, y no hay pilotos luminosos.

Me apresuro a secarlo, pero el agua que refleja el borde de la pantalla no presagia nada bueno.

—Hora de la muerte... —dice saliendo de la bañera.

—¿Tú crees que se ha muerto?

—Intenta reanimarlo —me sugiere frunciendo el ceño.

—¿Ha sido culpa mía?

—Pues... no quería decirlo, pero...

—Se te ha caído a ti, capullo.

—Me has alterado con la foto.

—No hay foto, te he tomado el pelo.

—Vale. Si me dejas cenar en tu casa y luego nos metemos en el jacuzzi... te perdono.

—Claro, es justo lo que estaba pensando.

Me alejo.

—¿Dónde vas?

—Hoy estoy prohibida, doctor. Y la cena es para mí sola.

Capítulo 55

Chloe

La sábana resbala dejando al descubierto nuestras piernas entrelazadas. Él se incorpora y la rescata para cubrirme con ella. Se vuelve a recostar y me atrae hacia su cuerpo. Descanso en su pecho y siento su latido. Alzo la mirada y lo observo.

Hace rato que ambos estamos distraídos.

Como vine siendo habitual, después de la tormenta, ha llegado la calma.

A pesar de todo lo que compartimos y vivimos a diario, ese aspecto nunca cambia.

Cuando más nos acercamos, más brusca es la separación. El «cerca y lejos» es constante.

A veces es él el que suelta la palabra que lo activa, a veces yo.

«Cuando vuelva a Nueva York», «Cuando viva en Oxford», «En Madrid...»; solemos pronunciar el nombre de ese destino y automáticamente todo cambia. Surge de forma espontánea. Aunque forme parte de la conversación, siempre reaccionamos. Es como si se tratara de las palabras que se pronuncian después de chasquear los dedos para despertar de un estado de hipnosis.

Y no solo son esas palabras. En algunas ocasiones dejamos a medias frases, tanto él como yo, porque implican un grado de confesión, intimidad o plan de futuro en el que nunca queremos entrar.

No sé él, pero yo me detengo bruscamente en cuanto me doy cuenta y le doy la vuelta a la frase. Creo que temo que responda de una manera que no quiero escuchar.

—Sigo sin entender que puedan ocurrir cosas así —le digo refiriéndome al asunto de la bruja mientras le pellizco para que regrese de donde quiera que esté.

—Eso mismo estaba pensando yo. No me entra en la cabeza que sus padres le pidieran algo así, que se acercara a mí para eso.

—¿Los conoces?

—Los he visto alguna vez, pero no tengo relación.

—¿Qué les hizo pensar que aceptarías ese acercamiento?

—No creo que tuvieran ninguna seguridad. No me conocen de nada.

—¿Qué pretendían, que te casaras con su hija? ¿Qué te comprometieras? ¿Bastaba con ser amigos?

—No lo sé, supongo que la idea era ir probando. Una vez que hubieran conseguido lo que querían... puede que su hija me hubiera dejado. Es así de absurdo. ¿Qué les hizo creer que porque yo mantuviera una relación con ella mi abuela les vendería el terreno?

—Es tan rebuscado...

—Es de locos. Qué asco he sentido.

—Te ha tenido que doler que la bruja se acercara a ti con un fin concreto. ¿Cómo llevas que

no se muriera por tus huesos? —me echo a reír para provocarlo.

Sonríe forzado y me mira de una forma extraña. Se separa de mí y se sienta en el borde de la cama. ¿Qué he dicho?

—Si se hubieran molestado en averiguar más sobre mí, se podrían haber ahorrado el circo. ¿Comprometerme yo? ¿Novia? ¡Valientes estúpidos!

De nuevo el ambiente se convierte en un iceberg. Pero hoy me afecta más que otras veces. ¿Por qué?

Capítulo 56

Andrew

Tal y como sospechaba, mis padres comentaron con los padres de Olivia lo que mi abuela había hecho respecto al testamento. Esa debió ser la información que, sentados sobre la mesa familiar, los Hill emplearon para volver al ataque.

Siento haberles tenido que contar lo que la hija de sus amigos me confesó ayer, con todo lo que supone para ellos: hace muchos años que son amigos.

Por la forma en que han reaccionado, ha sido toda una sorpresa y jamás antes han tenido un motivo para desconfiar de ellos.

Mi madre ha dudado en un principio, después ha llorado, después ha maldecido a los Hill... Ha sido todo un espectáculo de emociones.

He excluido la parte de la historia que vincula a Chloe con Olivia, es un tema que solo le pertenece a ella contarlo. Claro que, desconozco si mis padres se enfrentarán en algún momento a los Hill y ese tema podría salir a relucir. Seguramente su hija los ha puesto al corriente de todo... O quizás no. Había tanto odio en las palabras de Olivia hacia sus padres. Tanto resentimiento...

Mi abuela, aparte de recrearse recalando que a ella nunca le han gustado los Hill, ha confesado que él la ha visitado en al menos cuatro ocasiones para ofrecerle la compra del terreno; mis padres solo tenían conocimiento de una de las cuatro veces.

—No le daba importancia —Se ha defendido cuando mis padres le han reprochado que no compartiera esa información con ellos—. Me divertía rechazándolo.

La cantidad que le ofrecía a mi abuela era la propia de un terreno de esas hectáreas, nada que llamara la atención. La insistencia por obtener esa venta, la justificaba alegando algo tan simple como la atracción que sentía por la belleza de esa zona, ubicada en las afueras de Tetbury; la más tranquila de todas.

Ese terreno está situado en un extremo de una amplia colina ligeramente inclinada. Está rodeada, por un lado, de un pequeño bosque denso; por otro, de campiñas; y por otro, de unas maravillosas vistas en las que se aprecia la silueta de Tetbury, incluso se distinguen los edificios históricos de más altura.

Sin duda, es un paraje precioso, pero eso no justifica todo lo que han planeado hacer por adquirirlo. Mi padre me ha contado que George Hill tiene muchos contactos dentro de la administración local de Tetbury, e incluso del distrito, pero que algunas operaciones han hecho que se gane muchos enemigos. Es un miembro muy activo de la sociedad más destacada de Tetbury, pero no es precisamente muy querido.

Mi padre también me ha contado que, en una ocasión, un año atrás, le pidió que convenciera

a mi abuela para que le vendiera ese terreno, algo a lo que mi padre se negó. Si era tan importante, ¿por qué no volvió a insistirle?

Es todo un misterio que pienso desvelar. Cuento con la colaboración de Chloe, que va a investigar entre los documentos de Caroline, pero no está segura de que pueda encontrar algo.

Ese podría ser otro ejemplo de nuestras idas y venidas, de nuestro «cerca» y «lejos».

Ayer por la noche planeamos informarnos sobre este tema. Estábamos cerca. Referimos mil veces el tema de Olivia, especulamos sobre las causas del interés de su padre... Éramos un equipo, uno unido, como muchas otras veces, aunque solo sea preparando una simple ensalada o bajo las sábanas. Pero después, sus bromas me llegaron como dardos, y fue ahí donde sentí esa maldita distancia.

A veces es una simple frase, una simple palabra.

—Creo que le voy a vender la casa y el terreno a los padres de Olivia... ¿No te encantaría tenerlos de vecinos? Cuando su hija los visite...

Sí, hasta ahí consiguió que me echara a reír: esa es nuestra complicidad, pero después... un «Antes o después tengo que venderlo, ¿para qué quiero yo esas propiedades?».

Y ese fue el «lejos», como lo está el lugar donde ella hace planes.

¿Hasta qué punto le importo a Chloe?

¿Solo soy algo pasajero?

El problema viene cuando me lo pregunto a mí mismo. No sé la respuesta porque tal como llega la pregunta la aparto de mi cabeza.

No puedo contestarme, me acojona.

Capítulo 57

Chloe

Tres días después

Natalie se ha hecho un buen corte en la pierna, uno que ha hecho que casi se desmaye cuando ha visto la sangre. No era la cantidad, que no era excesiva, sino su aprensión a ella.

Nos encontrábamos en el desván del despacho intentando localizar unos documentos antiguos relacionados con un caso actual.

El desván está repleto de archivos, de muebles antiguos, los que se encontraban en el despacho cuando Caroline lo adquirió; y también de los objetos personales que Natalie trasladó desde su casa con motivo de mi llegada.

En un intento por mover un carro de archivadores, hemos conseguido que Natalie tropezara y se rozara con un mueble cuyas bisagras han resultado ser un arma peligrosa.

He detenido la sangre todo cuanto he podido, pero tenemos que acudir a un centro médico cuando se recupere de la impresión.

Luce una raja en el pantalón vaquero, la que me he visto obligada a hacer para acceder a la herida cuando ella, presa de los nervios, se negaba a bajarse los pantalones.

Le he contenido la hemorragia y se la he cubierto de gasas, pero sigue habiendo un hilo de sangre y un corte con muy mal aspecto.

—Andrew, dime que todavía estás en la clínica —le pido enfrentándome al movimiento enérgico de cabeza de Natalie, que se niega a acudir a la clínica porque... en ella trabaja un médico que no le apetece ver.

Le cuento lo sucedido y se ofrece a venir a buscarme, pero es una pérdida de tiempo. Natalie puede caminar y puedo llevarla en mi coche. Así se lo digo.

—La clínica está cerrada, hemos tenido suerte de que Andrew todavía se encuentre allí. Paul no está, así que... ¡Vamos!

Asiente con la cabeza y salimos del despacho con ciertas dificultades: las propias de una persona nerviosa y herida.

Andrew nos está esperando en la puerta y en cuanto nos ve, corre a nuestro encuentro. No he seguido sus indicaciones de aparcar en la parte trasera, la de las urgencias y me está reprimiendo por ello.

Le lanzo una mirada asesina y él sonríe con disimulo. Ha entendido que no estaba en condiciones de concentrarme en cuanto ha escuchado los lamentos de Natalie.

Nada más entrar, Paul sale a recibirnos. Natalie palidece todavía más y me mira desconcertada, a lo que yo me encojo de hombros. No tenía ni idea de si Paul se encontraría o no, pero era la única manera de sacarla del despacho. La otra era llamar a una ambulancia y me niego a volver a pasar por eso en un caso que no es grave.

Paul y Natalie se miran. Paul se encarga de Natalie y la conduce, cojeando, hasta una consulta.

Vuelve poco después.

—Hola, Cloe.

—Hola, Paul. No me tengas en cuenta la paciente que te he traído, no tengo nada en contra tuya.

Le hablo de una forma cercana. Nos hemos encontrado en situaciones anteriores, cuando ha acudido a visitar a su hermano y hemos coincidido en el jardín.

Los dos hermanos se echan a reír.

—¿Con qué se ha cortado?

—Con unas bisagras de un mueble antiguo. Estábamos en un desván repleto de cosas.

—Está muy nerviosa —me dice mientras abre un armario y se adueña de algunas cajas pequeñas—. Yo me encargo, Andrew, no te preocupes.

—No le gusta la sangre. A juzgar por su reacción parecía que se había amputado la pierna.

—Es un buen corte —afirma Paul volviendo a entrar en la consulta.

Andrew me coge de la mano y corre por un pasillo tirando de mí hasta llegar a una consulta.

Me besa con ansia y me deja en el mismo estado que Natalie: en shock.

—Si no fuera porque tengo que ayudar a Paul...

—¿Por qué?

—Porque te follaría encima de esa camilla. Cada vez que viniera a trabajar me acordaría y las horas pasarían más rápido.

—Te he preguntado «por qué» tienes que ayudarle...

—¡Ah! Eso. Porque la sutura no es el punto flaco de Paul.

Nos volvemos a besar mientras me sube a la camilla.

—Andrew... —le regaño—. Tu hermano está ahí, y Natalie.

—No pasa nada, tardarán un rato.

—Andrew... —le digo incómoda al ver que no se detiene.

—Sabré yo lo que se tarda... Relájate. Ya te dije que me gusta lo prohibido, y esto es perfecto.

—Cuando estamos prohibidos... de la otra manera, me gusta más —le confieso mientras me enfrento a una mirada penetrante—. Esto me pone nerviosa.

—Cobarde...

Me pongo de puntillas y le mordisqueo el labio a la vez que le pongo la mano sobre la cremallera de su pantalón.

—No soy cobarde... soy sensata, y esto no está listo para un polvo rápido —le digo sabiendo que eso le va a molestar, principalmente porque no es cierto.

Me sonrío con cinismo y me muerde en el cuello.

Seguimos jugando hasta que una voz nos interrumpe:

—Ejem... ¡Disculpad!

Me quiero morir. La voz de Paul se encuentra a mi espalda y no soy capaz de darme la vuelta.

—Paul... ¿Pasa algo?

—Necesito que me eches una mano... La sutura...

—¿Ya? Sí, claro, voy enseguida.

—Joder, lo siento, he sido inoportuno —se disculpa Paul.

No me doy la vuelta, no puedo.

Cuando se marcha, miro molesta a Andrew.

—¿Lo tenías controlado?

—¡Mejor voy a ayudarle! —dice abandonando la consulta en una actitud fría.

Me dirijo a la sala de espera de la entrada, la que hay cerca de la consulta donde están atendiendo a Natalie.

El corazón me late deprisa, me presiona en el pecho. No ha sido porque nos hayan descubierto, sino por la expresión de terror que ha mostrado Andrew cuando ha escuchado hablar a Paul.

No le ha gustado que nos descubriera, a pesar de ser culpa suya.

No ha bromeado, ni le ha restado importancia. Se ha marchado en modo «iceberg».

Los siguientes veinte minutos se me hacen eternos, tengo clavada su decepción en mi cabeza y estoy enfadada conmigo misma por sentirme así.

Paul es el primero en aparecer.

—Hemos hecho todo lo que hemos podido por ella, pero... —Sonríe, no puede seguir con el juego—. Es broma, está bien, pero debería descansar un par de días, hasta que la herida esté más cerrada.

—¿Está más calmada?

—Ahora sí, pero le ha costado. Lleva doce puntos, pero Andrew es un artista, no le quedará cicatriz.

Asiento sonriendo mientras observo como vuelve a entrar en la consulta. ¿Ha salido a darme el parte de la paciente? ¿Dónde está Andrew?

Sale poco después, acompañando a Natalie.

—Yo la llevaré a casa —dice Paul desde dentro de la consulta.

Natalie se sonroja y yo le guiño un ojo, consiguiendo que se sonroje más todavía.

Me acerco a ella y, para mi sorpresa, se lanza a abrazarme.

—Gracias por aguantarme, Chloe. Sé que con la sangre dejo de ser yo.

—No hay de qué. Por cierto —le susurro controlando que Andrew no pueda oírnos—. Esa herida ha sido muy oportuna. Dentro de lo malo...

—Estás confundida, no creo que le interese lo más mínimo.

—Se ha ofrecido a llevarte —sigo susurrando mientras Andrew habla con Paul.

—Es un caballero, es todo.

Todos abandonamos la clínica.

Paul y Natalie desaparecen en dirección al coche de Paul. Andrew se dirige al suyo haciéndome una señal con la mano y yo... al mío.

Le he perdido de vista por el camino. Cuando llego, su coche está aparcado en la puerta.

Entro dentro de casa y sale a mi encuentro.

Está descalzo. Camina lentamente y se acerca en silencio a mí.

Se apodera de mis llaves y abre la puerta. Me coge en brazos manteniendo el silencio y me lleva hasta el dormitorio.

Y lo que esa noche ocurre en el interior me desconcierta.

Andrew parece otra persona.

Me acaricia como si fuera de porcelana, y sus movimientos son lentos, como si se tratara de una secuencia a cámara lenta.

Estamos a oscuras, completamente a oscuras, algo impensable en él.

No puedo verlo, solo sentirlo.

Y lo hago, lo siento como nunca antes lo he sentido.

Me rindo al placer que me está haciendo sentir con una mezcla de paz y miedo al mismo tiempo.

Capítulo 58

Andrew

Dos semanas después.

Sé que Chloe está nerviosa. Todos los días no se enfrenta una persona a sus orígenes.

Está callada y tiene la mirada puesta en el paisaje, el que ve a través de la ventana del copiloto.

Nos dirigimos a Castle Combe.

Desde que mi abuela le habló de la posibilidad de hablar con una prima de mi abuelo que podría hablarle de sus abuelos, ha estado dándole vueltas a la posibilidad. Y se ha decidido, por fin.

Puede que yo haya contribuido a ello.

Las últimas dos semanas parece que se han enterrado los «cerca y lejos», es como si la noche en que mi hermano Paul nos sorprendió en la consulta hubiéramos firmado una tregua.

Nunca hemos hablado de ello, pero aquel día me hirió su expresión cuando Paul apareció en la puerta. Palideció y me miró de un modo que me atravesó el alma.

Paul sospechaba hacía tiempo que Chloe y yo éramos más que unos vecinos bien avenidos, como yo le intentaba hacer creer. No era algo que me importara especialmente, pero no soy muy amante de hablar de mi vida privada, ni siquiera con él. Había sido un descuido mío y lo asumí, pero la expresión de Chloe me dejó claro lo mucho que le afectaba. Y eso... acabó por afectarme.

He pagado un precio alto. Paul se ha convertido en una tortura con sus comentarios, pero puedo soportarlos. Mientras no lo comente con el resto de la familia... Eso sí que no lo soportaría, pero no lo va a hacer, así me lo ha hecho saber.

—¿Crees que les voy a ir con el cuento? Ni que fuéramos dos críos, Andrew —me dijo, cuando le pedí confidencialidad.

Paul solo conoce mi «aventura» con la vecina americana, no la historia completa, la que incluye la forma accidentada en la que nos conocimos y su vínculo con Olivia, eso solo nos pertenece a ella y a mí.

Chloe parece despertar en cuanto entramos en Castle Combe, y no es para menos. La estampa que tenemos delante sigue conquistándome incluso a mí que la he visto muchas veces.

Las calles empedradas serpentean entre casas de piedra que parecen sacadas de un cuento de hadas, con sus fachadas cubiertas de hiedra y enredaderas que añaden un encanto antiguo al paisaje. Es como viajar en el tiempo siglos atrás.

Algunas de sus construcciones, con sus techos inclinados y sus ventanas pequeñas, sus chimeneas de ladrillo y sus puertas de madera maciza, parecen propias de aquellos tiempos de caballeros y doncellas.

—Es impresionante —dice con los ojos muy abiertos.
—Lo es, especialmente su castillo.
—¿Es bonito? ¿Podemos visitarlo?
—No hay castillo, Chloe, el nombre engaña.
—¿Ni siquiera en ruinas?
—No, no queda rastro de él, pero lo hubo.
—Vaya, qué decepción, aquí falta un castillo...
—Como los que tenéis en Nueva York...
Chloe me golpea la pierna y pone los ojos en blanco.
—Aquí tenemos historia de verdad, Chloe.
—Tengo que dejar alguna huella aquí... quiero pasar a la historia de Castle Combe —me confiesa impresionada por todo lo que hay a su alrededor.
—Ya formas parte de la historia de este pueblo, ¿cierto?

Detengo el coche en la única zona habilitada para ello y lo aparco a la sombra. Este verano está siendo algo más caluroso de lo habitual. Claro que, Chloe suele afirmar que las temperaturas son perfectas frente a las de Nueva York en esta época del año.

—No me refería a eso, Andrew —me dice bajándose del coche, molesta por lo último que he comentado.

Me apresuro en reunirme con ella, que ha empezado a caminar a toda prisa. La detengo sosteniéndola por el brazo, le abrazo la cintura y le impulso la barbilla para que mire a los ojos.

—Chloe —le digo con mucha suavidad—, no podemos hablar siempre como si fuera un delito nombrar tu pasado. Tienes que liberarte de eso de una vez por todas. Aquí nació tu familia, y puede que más antepasados. No hablamos de amor, ni de familia feliz, ni de lazos... Son familia y punto. No tienes que quererlos, ni incluirlos en tu vida. Solo estás dando un paseo por tu historia. Cada vez que sale el tema, te muestras esquivas, te entristeces... Libérate de eso.

No le digo que estoy harto de tener que medir constantemente las palabras porque no quiero molestarla, pero es la verdad. A pesar de haber dado un paso importante aquella noche en la que me habló de lo que sentía y lloró durante más de una hora, todavía parece reacia a hablar con naturalidad de ese tema.

Por un momento, creo que se va a mostrar a la defensiva, pero me sorprenden sus palabras:

—Un paseo por mi historia... ¡Eso me gusta! Quizás necesitaba la forma de enfocararlo de una manera que no me implicase.

—Pues adelante, enfócalo de ese modo. No estás traicionando a nadie, ni a tu padre ni a ti misma —Al nombrar a su padre reacciona volviendo la cabeza—. Solo estás averiguando tus orígenes, no cambia nada lo que has vivido y lo que sientes, ni la que es tu verdadera familia.

Nunca hemos atravesado esa línea de intimidad en la que «yo opino sobre algo de tu vida» y «tú opinas sobre algo de la mía». Por eso me siento extraño y temo que ella lo pueda ver excesivo.

—Vayamos a hablar con esa mujer —me dice acercándose y besándome—. Acompáñame en el paseo por mi historia.

Eso me gusta.

Esa mujer, la prima de mi abuelo, resulta ser encantadora. Nos recibe con una sonrisa dulce. Es pequeña y delgada. Camina con soltura y nos guía hacia un salón decorado de la misma forma que le gusta a mi abuela, quizás algo menos recargado.

Nos sirve un té nada más sentarnos y contengo la risa cuando veo la expresión de Chloe. Sé lo mucho que lo odia.

Tras unos minutos de conversación superficial y formal, posiblemente alertada por mi abuela, la prima de mi abuelo entra de lleno en el tema que nos ha traído hasta aquí.

Nos habla de la vida de los abuelos de Chloe en la finca. Allí se crio Caroline hasta que se marchó a Londres. Los bisabuelos también trabajaron en la misma finca. Eran personas humildes, trabajadoras y buenos vecinos, según las palabras de la anciana.

Su relato se extiende más allá de lo que hemos venido a buscar, pero no nos atrevemos a interrumpirla, parece emocionada. La vida social en un pueblo de trescientos habitantes no debe ser muy ajetreada.

—Tengo entendido que el padre... que mi abuelo estuvo enfermo.

—Eso no lo recuerdo.

Chloe no oculta su sorpresa.

—Me dijeron que estuvo muy enfermo y que... Caroline —con ella no se atreve a nombrar el parentesco—, les cuidó y ayudó.

—No, eso no ocurrió. Frederick y Emily Turner murieron jóvenes.

—¿Jóvenes?

—Sí, fue a causa de un accidente. Una tragedia. Fueron arrollados por un coche en la carretera de Bristol. Tenían alrededor de los cuarenta años.

Chloe abre mucho los ojos.

—¿Cuarenta? Entonces su hija era muy joven...

—La pequeña Caroline se quedó huérfana a los quince años. Los dueños de la finca, los Clifford la acogieron hasta que se marchó. Nunca más ha vuelto. La casa de sus padres se vendió hace muchos años, unos cuantos después de que ella se marchase, pero no se la vio por aquí. Solo en una ocasión, la señora Haype, me dijo que la había visto en el cementerio visitando la tumba de sus padres.

Ahí termina la información, al menos la interesante porque se exploya unos cuantos minutos más con temas que no son de nuestro interés, aun así, le permitimos recrearse.

Cuando nos despedimos de ella, le pregunto a Chloe si está bien; su rostro indica lo contrario.

—Me contaron que Caroline no podía hacerse cargo de mí y que tenía que cuidar a su padre enfermo.

—¿Qué edad tenía cuando naciste?

—Según mi padre... unos veintidós o veintitrés.

—Pues no cuadra. Al parecer murieron muy jóvenes en el accidente.

—Es todo mentira, Andrew. Caroline también me lo dijo.

—¿Caroline? ¿Qué te dijo?

—Fue de lo poco que hablamos cuando nos encontramos. Me dijo que su padre estaba enfermo cuando yo nací y que tenía que ayudar en su casa, que la maternidad se le quedó grande. No podía afrontarla.

—Pues esa no era la razón.

—Tu abuela también me lo dijo.

—¿Mi abuela? Pues... algo falla.

—Hablaré con ella. Y... ahora, vamos a olvidarnos de esta visita. Quiero recorrer las calles de este lugar.

—A por ello —le digo acercándola a mi cuerpo y tirándole suavemente de la coleta, un gesto con el que suelo provocarla.

Seguimos estando cerca...

Veamos cuánto dura.

—Andrew... —Llama mi atención. Se detiene, me acaricia la mejilla y me sonrío de forma angelical—. Gracias por acompañarme. Eres... lo mejor que me ha pasado en... Inglaterra.

Termina la frase sonriendo de forma provocativa.

—¡Eh! ¿No sería más bonito decir que soy lo mejor que te ha pasado en la vida? —protesto sonriendo a la vez que siento un escalofrío.

No contesta. Se echa a reír de la misma forma que cuando le gasto una broma, y sigue caminando. Se comporta igual que si le hubiera dicho que es un alivio que no llueva. En seguida desaparece su sonrisa y se detiene delante de una casa. Alaga en voz alta el conjunto de plantas que decoran sus ventanas.

Era demasiado íntimo.

Vuelve a estar lejos.

Capítulo 59

Chloe

Catherine le pide a Andrew que le sirva un poco más de té y a continuación guarda silencio.

De vuelta a Tetbury, se me ha ocurrido que sería una buena idea visitar a la abuela y hacerla partícipe de lo que hemos averiguado en Castle Combe.

A Andrew le ha sorprendido mi iniciativa, pero no ha tardado en apoyarla.

La madre de Andrew nos ha recibido, pero se ha marchado poco después a sus clases de yoga.

La visita a Castle Come ha sido un cúmulo de emociones. La belleza del pueblo, el almuerzo en el restaurante, el paseo... Eso ha sido de lo mejor que he vivido desde que llegué. Estábamos tan cerca...

Ha sido tan íntimo, tan nuestro...

Pero la frase que ha pronunciado me ha hecho despertar. Sí, probablemente él se encuentra entre lo mejor que me ha pasado en la vida, no puedo negarlo, pero tampoco podía decírselo. No en ese instante, no sabiendo que para él era solo una forma más de bromear.

Y la distancia se ha impuesto de nuevo. Mucho estaba tardando en volver a aparecer.

Me centro en la figura de Catherine.

—¿Lo sabía, Catherine? —le insisto después de su prolongado silencio—. ¿Conocía la historia de sus padres?

—Sí, querida, la conocía. Ella me contó que ese fue el argumento que le proporcionó a tu padre cuando naciste. Y... también el que corroboró cuando te vio.

—Pero era mentira. Sus padres murieron mucho antes de que ella conociera a mi padre y se quedara embarazada.

—Así es. Su vida no fue fácil, Chloe. Se quedó huérfana muy joven y se vio obligada a vivir bajo la tutela de personas que, si bien se portaron muy bien con ella, no eran de su familia. Cuando decidió marcharse, cumpliendo la mayoría de edad, pasó muchas calamidades. No tenía recursos, solo una vieja casa que no conseguía vender.

—Pero... salió adelante.

—Sí, se fue a trabajar a Londres y poco a poco se fue estabilizando. Años después, cuando contaba con veintiún años conoció a tu padre y... no estaba preparada para emprender ese camino.

—Es raro que no decidiera interrumpir el embarazo.

—No lo hizo, Chloe, eso es evidente.

—¿Por qué mintió a mi padre? A mí también...

—Era muy joven, Chloe, supongo que inventó algo que consideró convincente, algo de mala conciencia tendría.

—¿Por qué usted no me lo dijo antes, Catherine?

—Porque lo que tengas que averiguar sobre ella, debes hacerlo tú. Yo solo te he hablado de su personalidad, de la amiga que tuve, pero el resto debes averiguarlo tú, hasta donde puedas y quieras llegar.

—¿Hay más que averiguar? —le pregunta Andrew.

—Yo te he contado lo que tenía que contarle de Caroline, nada más. No creo que me entendáis, pero es lo que siento que puedo hacer y debo.

—Si hay algo más, me gustaría saberlo.

—Entonces debes hacer lo mismo que has hecho hoy, ir a buscar esa información. Con eso no te estoy confirmando nada, querida. Puede que encuentres más o puede que no. Averígualo tú, solo así tendrá sentido.

—Al menos, dígame si cree que debería seguir buscando.

—¿Por qué no? Encuentres lo que encuentres, ya sea algo bueno o algo malo o... nada, te mantendrá en contacto con esa historia. Podrás cerrar esa herida, por pequeña o grande que sea. Estaré aquí para aclararte cualquier cosa que necesites, pero no me pidas que te cuente más. Quisiera que fueras tú la que te implicaras en ello.

—Abuela, no sé si es buena idea. Buscar... Buscar, ¿qué? Al menos, dale una pista.

—No sé qué pista dar. ¿Es que no me has entendido?

La abuela parece molesta y siento que debemos acabar con este tema. No es una situación cómoda, ni para ella ni para mí. Creo entender que podría haber algo más, pero no quiero decirle que probablemente me dé igual y no sienta necesidad de buscar, mucho menos después de lo que he descubierto.

—Gracias, Catherine —le digo sinceramente. Respeto su papel, al fin y al cabo, era su amiga.

—¿Qué sabes de tu ayudante y mi nieto? —nos sorprende preguntando endureciendo su expresión.

—¿De qué hablas abuela?

—Paul parece que últimamente sale mucho y... mis contactos me han contado que se le ha visto en Bristol con Natalie, la ayudante de Caroline.

Yo no sé qué responder, ni siquiera sé de qué me habla. Natalie no me ha contado nada, solo que Paul la llevó a casa. No parecía dispuesta a hablar más del tema. Parecía dolida.

—Abuela... tendrás que averiguarlo por ti misma. Paul es mi hermano y... si quieres saber algo, tendrás que buscarlo —le suelta utilizando el mismo método que ella ha planteado para mí.

—Eres un mal nieto —protesta Catherine mientras yo me echo a reír—. Te voy a desheredar...

—Ya no puedes.

—Eso es lo que tú te crees. ¿Quién te ha dicho que repartí todo mi patrimonio? —Sonríe con maldad.

Nos despedimos de ella, pero antes de salir escuchamos su voz.

—Chloe, no dejes de indagar sobre el terreno... Solo es una humilde sugerencia.

Andrew y yo nos miramos. Creo que hemos llegado a la conclusión de que no es solo una humilde sugerencia.

Capítulo 60

Chloe

Tumbada sobre mi cama, mirando el techo, no dejo de pensar en el tema que ha sobrevolado sobre mi cabeza durante la última semana: el terreno.

Si bien, no me he dedicado en cuerpo y alma, siguen impactándome las palabras de Catherine.

Sé que hay algo detrás de ese terreno y quiero averiguarlo, pero hasta ahora no he obtenido mucha información.

Natalie me ha proporcionado algunas anotaciones que hizo Caroline en las que aparecían referencias al terreno, pero ninguna aporta algo de luz. Se trata de un pequeño esquema que podría reunir los interrogantes que ella se pudo ir planteando, pero no estoy segura de estar bien encaminada.

Natalie ha recordado que Caroline empleó algún tiempo en investigar ese terreno, pero nunca le aclaró el motivo, solo se limitó a decirle que quería averiguar el valor exacto que podría tener en el mercado. También me ha recordado que el padre de la bruja le ofreció varias veces la compra, pero eso es todo lo que compartió con ella.

He puesto al corriente a Natalie del motivo por el que me interesaba, aunque para ello he tenido que contarle toda la historia: desde mi paso por el bufete de Londres en el que conocí a la bruja, hasta el parentesco con ese hombre. La parte que excluí de la historia fue la relación de Andrew y esa odiosa mujer; no me pareció relevante: forma parte de la vida privada de Andrew.

Es cierto que sin esa parte la historia se debilita, pero Natalie ha comprendido mi interés por conocer el valor de ese terreno y me ha ayudado durante toda la semana.

Hemos puesto patas arriba el despacho, incluso el desván, pero no hemos encontrado nada.

Me llamó la atención que Natalie buscara en el doble fondo de un cajón, y en la puerta oculta que contenía un armario. No había nada en su interior, pero me dejó claro que ese tipo de escondites, igual que el que encontré en la casa, era del agrado de Caroline.

La búsqueda de compartimentos secretos la he trasladado a la casa, pero no he tenido éxito. Sé que puede tratarse de una pérdida de tiempo, pero quiero descartarlo.

Si no encuentro nada, mañana mismo pediré información del terreno en los organismos correspondientes.

Andrew entra como un huracán en el dormitorio. No me sorprende porque he escuchado sus movimientos: desde el salto de la valla, hasta la entrada triunfal en la casa, pasando por derrapar en el pasillo, frenar en el salón y buscarme por el resto de estancias; pero sí me sorprende en sí la visita, me ha dicho que tenía que trabajar en unos documentos de la clínica.

—Hola, belleza —me dice sonriendo con una mueca infantil. Sabe lo mucho que adoro que me llame así, por lo que deduzco que está de buen humor y quiere provocarme—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Estoy pensando...

Se sienta en el borde de la cama.

—¿Trabajando? —me pregunta al ver que mi ordenador portátil descansa a mi lado.

—No exactamente. He hecho algunas consultas.

—¿Sigues dándole vueltas a eso del terreno? Mi padre me ha dicho que iba a averiguarlo. Él conoce a muchas personas en Tetbury, seguro que, si hay algo interesante, se lo contarán.

—No creo que se trate de rumores de pueblo.

—No le va a preguntar al primero que se encuentre, Chloe. Conoce al alcalde y muchas personas que trabajan en la administración de Tetbury...

—Si es así...

—Yo creo que esta historia no es tan emocionante como crees. Ese desgraciado de George debe querer el terreno para hacerse una casa, por las vistas, y seguro que no dijo nada porque sabía que ni mi abuela ni Caroline iban a permitir que edificara en él.

—¿Y para hacerse una casita a las afueras planea algo tan retorcido?

—Las vistas son espectaculares.

—Demasiado simple, Andrew.

—De acuerdo, pero... deja de darle vueltas. Llevas toda la semana haciendo horas extras en el despacho buscando algo que no existe. No deberías seguir con ello. Ya averiguaremos qué hay detrás de esa oferta, si es que hay algo. No creo que esos terrenos valgan más de lo que ya conocemos. Hemos visto la cifra en los documentos que firmé cuando mi abuela me regaló la propiedad, nada fuera de lo normal. Más bien tirando a bajo. Y Pemberton te dijo lo mismo.

Esa es la primera consulta que hice. El señor Pemberton me proporcionó una cantidad que no llamaba especialmente la atención, parecida a la que averiguó Andrew en las escrituras de propiedad.

Andrew se apoya sobre la cama y me besa.

—Necesito que me prestes tu portátil.

—Lo estoy usando.

—Te cargaste el mío. Es lo mínimo que puedes hacer.

—¿Yo me lo cargué?

—Me distrajiste en la bañera con la amenaza de hacerme una foto. Querías publicarla en las Redes Sociales, y eso hizo que me defendiera. Sé que alguien te contrató para hacérmela. Yo, desnudo, estoy muy cotizado.

—¡Dios! Eres imposible —le digo escuchando la quinta versión de ese momento, cada vez más disparatada.

—¿Me lo prestas o no? Solo voy a conectar con una base de datos de la clínica, no puedo seguir trabajando.

—Si admites que yo no lo rompí y si admites que me robaste el taxi.

—Eso jamás, tortúrame.

Resoplo. Tengo algo en mente y necesito que se marche.

Se lo entrego y me incorporo en la cama.

—Dime la contraseña.

Se lo arrebato de las manos y tecleo el número para que tenga acceso.

—Pero que original que eres... ¿La fecha de nacimiento?

—¿Cómo lo has...?

—He visto el movimiento de tus dedos. Tengo una memoria especial.

—La cambiaré.

—Te conviene, pero ahora no.

Estoy impresionada. No entiendo cómo ha podido averiguarlo. Seguro que se fijó la vez anterior que me lo pidió, hoy ha sido imposible que haya podido verlo.

Andrew se traslada a la butaca del dormitorio y se concentra en el ordenador.

—¿Es que no piensas marcharte?

—No, me quedo aquí, a tu lado. Trabajo mejor.

¡Mierda!

Bien, pues tendré que hacerlo con él delante.

Me apodero de una escalera pequeña.

Antes de subirme a ella, observo desde un rincón lo que ha llamado mi atención antes de que él llegara.

Se trata de un pequeño armario, con un diseño clásico, que está situado en una esquina del dormitorio. Es un mueble fabricado a medida que encaja perfectamente en la esquina y que cumple con la función de almacenar zapatos y complementos; según he deducido por la distribución interior.

Algo en la parte superior me ha llamado la atención. A primera vista, parece una simple moldura decorativa, una parte del diseño original del mueble. Pero al mirarlo con más detenimiento, percibo que la madera tiene un tono ligeramente diferente, una sombra apenas perceptible que delinea los bordes. Si me acerco, como estoy haciendo ahora, mi teoría cobra fuerza.

—No seguirás buscando pasadizos secretos, ¿verdad?

—Compartimentos secretos. Ya te conté que Caroline contaba con unos cuantos en el despacho, e incluso ahí. —Señalo el armario donde encontré la foto de sus padres.

—¿Quién no tiene un cajón de doble fondo? Paul y yo diseñamos algo parecido cuando éramos pequeños para guardar... No sé qué guardábamos...

Me detengo antes de subir.

—¿No serías de esos niños que tenían revistas con imágenes pornográficas?

—Eso me ofende.

Lo miro con una expresión que él conoce. Una que indica que no pienso insistirle más, pero que no le creo.

—Es que nosotros no vivíamos en Nueva York, la vida aquí era más aburrida, teníamos que entretenernos. William Hart se las robaba a su hermano mayor, que a su vez se las robaba a su padre. Y... antes de que preguntes, esa familia no era normal. ¿Qué esperas encontrar?

Le explico lo que he descubierto y se levanta a sostener la escalera. Paso los dedos por la superficie y siento una ligera irregularidad, una pequeña hendidura que no debería estar aquí. Con una mezcla de curiosidad y cautela, aplicó presión en el borde y extraigo la moldura con facilidad; las protestas de Andrew inundan la habitación, pero no le escucho.

El hueco deja al descubierto una pieza de madera de las mismas dimensiones del armario, de pocos centímetros de alto.

—Aquí hay algo —grito satisfecha.

Bajo la escalera cargada con la caja y enseguida siento los brazos de Andrew que acuden en mi ayuda.

La transportamos hasta la cama y nos sentamos a su lado.

Está cerrada herméticamente... O eso es lo que parece hasta que Andrew golpea un lateral y desprende una solapa.

Mira en su interior.

—Parece que hay documentos...

La agita y la coloca boca abajo hasta que aparecen tres carpetas; dos de ellas, muestran un logo que reconozco; la tercera es una simple cubierta para proteger documentos.

—Estas son iguales que las que contenían el informe sobre mí que contrató Caroline al detective.

Andrew frunce el ceño y se apresura a abrirlas.

Una de ellas contiene planos hechos a mano y un informe que muestra cifras y otros detalles.

Andrew reconoce unos datos que identifica rápidamente.

—Son del terreno —afirma confundido.

—¿Y la otra? —le digo señalando la que muestra también el logo del detective.

Descubrimos que es un informe sobre una persona: Alexander Butler. Parece una investigación sobre la vida de ese hombre, es parecida a la que hizo sobre mí.

—Caroline debió contratar los servicios de ese detective... —deduce Andrew sin dejar de mostrar una expresión malhumorada—. Veamos esta otra.

En cuanto abre la última carpeta, extrae lo que a simple vista son unas pocas fotografías.

Yo no puedo verlas, Andrew se encuentra en un ángulo que solo le permite verlas a él.

En un principio, me da la impresión de que está jugando porque cuando intento alcanzarlas las aparta.

Las sigue pasando de una a una hasta llegar a la última.

Me mira de una forma que me produce escalofríos.

—¿Qué es? —le susurro.

—Júzgalo tú misma, cariño.

Ese «cariño», el primero que ha salido de su boca para dirigirse a mí, se difumina. Desaparece de mi mente en cuanto veo el contenido de las fotografías.

Se trata de un hombre y una mujer. Todas ellas muestran momentos de felicidad: risas, besos, e incluso instantes bajo las sábanas: enredados entre ellas o cubiertos parcialmente por ellas, mostrando una parte de su cuerpo desnudo. Parecen hechas desde cierta distancia.

No puedo hablar ni reaccionar.

Le doy la vuelta a una de ellas. Muestra una fecha. Son fotografías tomadas hace diez años. Eso confirma lo que sospechaba, que no son recientes.

—¿Estás bien? —me pregunta Andrew.

—Sí, solo un poco... perpleja. No esperaba encontrar fotografías íntimas del padre de la bruja y Caroline.

Capítulo 61

Andrew

Acabo de escuchar el sonido que indica que Paul se ha marchado de la clínica. Estoy solo, sentado frente al escritorio de mi consulta mirando el calendario.

Este momento me recuerda a las veces que lo hacía cuando trabajaba en el hospital de Londres, cuando me quedaba embozado pensando en todo el tiempo que me quedaba para tener una oportunidad en Oxford; antes de decidir incorporarme a la clínica.

Aquellos momentos de angustia parecen tan lejanos...

Sigo repasando el calendario calculando fechas. Es como si ese conjunto de números que baraja mi cabeza pudieran hacerme sentir mejor, pero no es cierto.

Números...

Tres días para que acabe el verano.

Tres o cuatro meses desde aquellos momentos de tensión constante en los hospitales de Bristol y Londres.

Dos meses y diez días desde que me encontré a Chloe en el hospital de Bristol, tras el accidente que sufrió con la abuela.

Dos meses y un día desde que la besé por primera vez... ¡No!, por segunda vez. El beso de Londres, delante de Olivia no tiene recuento.

Dos meses desde que entró en mi vida...

Y la peor fecha de todas, la que más miedo me da calcular es la de su marcha.

«Noviembre es el mes que pacté con el bufete para incorporarme a Madrid. No sé la fecha exacta, todavía no me lo han comunicado», me dijo ayer, como el que comenta lo deliciosa que está la cena; en el mismo tono, con el mismo grado de implicación.

Eso solo significa que Chloe se marchará en poco más de un mes. Solo un mes.

Me aterra cada vez más.

Las últimas veinticuatro horas han sido un infierno. Desde que pronunció esas palabras, no he podido pensar en otra cosa.

Ni siquiera la conversación con el doctor Mitchell, ha conseguido que me anime. Saber que el tiempo en el que podría incorporarme a Oxford puede reducirse en dos o tres meses es una buena noticia, pero no consigo mostrar el entusiasmo que debería.

Abandono la consulta harto de mirar el calendario. Si sigo aquí más tiempo, voy a acabar con los ánimos por los suelos, un poco más. ¡Malditos números! No debería haberme concentrado en ese maldito calendario.

El sonido de mi móvil me indica que he recibido un mensaje. Se agradece la interrupción.

Chloe...

Tu padre está en mi casa.

¿Qué ocurre? Voy para allá.

Espero impaciente la respuesta mientras busco una explicación.

Tranquilo, solo estamos hablando del terreno.

Te informo para que no hagas una de tus entradas triunfales.

Llamaré al timbre.

Eso era lo que le preocupaba, que mi padre no descubriera lo que hay entre nosotros...

Mi ánimo ha mejorado.

Capítulo 62

Chloe

Me pregunto qué hubiera pasado si no le hubiera enviado ese mensaje y Andrew hubiera entrado corriendo en mi salón pronunciando alguna de esas frases suyas como «Llevo toda la tarde pensando en ti», «belleza, necesito tocarte». O una de sus habituales declaraciones explícitas en las que describe con detalle lo que necesita que hagamos dentro del jacuzzi, o en el sofá, o en la cocina...; o en todos los sitios en los que, según sus propias palabras, a última hora de la tarde, cuando está a punto de salir de la clínica, imagina que vamos a estar juntos.

Imagina y planea.

Eso es lo que suele hacer él. Bendita imaginación la suya.

Descubro que el mensaje que le he enviado a escondidas era innecesario. Adam acaba de llamarle a él para indicarle dónde se encuentra, y solo unos minutos después, Andrew llama a mi puerta; pulsando el timbre, como ha anunciado en el mensaje.

Adam se ofrece a abrir la puerta y poco después ambos aparecen en el salón.

Está más serio de lo habitual, no parece él. Claro que, nunca antes se había producido una situación como esta. La única vez que su padre ha estado junto a nosotros dos, fue cuando me invitaron a cenar.

Para mí también ha sido una sorpresa encontrar a Adam delante de la puerta de mi casa, pero la visita era para su hijo, que no se encontraba en casa.

Adam sabe que Andrew ha compartido conmigo lo sucedido con la bruja, «la hija de sus amigos» como él lo expresa, pero desconoce lo que me vincula a ella. Desconoce tantas cosas...

Andrew le pidió que intentara averiguar algo sobre los terrenos. Ese ha sido el motivo de la visita. Por ser parte implicada, me ha incluido en la explicación.

Andrew se esfuerza tanto por mantener la distancia conmigo que hasta me dan ganas de llorar.

—Chloe, ¿cómo estás? —me pregunta de forma tan fría que hasta parece que le va a salir vapor del aliento.

Ambos se acomodan en las sillas que hay a mi lado. Nos encontramos sentados frente a la mesa principal del salón, con un despliegue de documentos sobre ella.

—Le estaba contando a Chloe lo que he averiguado de los terrenos, más o menos lo que te he anticipado cuando hemos hablado por teléfono, y poco más de lo que vosotros habéis deducido.

Andrew y yo hemos llegado a algunas conclusiones después de haber estudiado la información que figuraba en la carpeta de Caroline, aunque no era mucha. Solo aparecían unos nombres de empresas y muchas palabras marcadas con interrogantes como «informe medioambiental», «junta territorial». Seguramente la línea que Caroline quería investigar.

—Los terrenos —Adam inicia de nuevo el relato para hacer partícipe a su hijo—, junto a las ocho hectáreas que los rodean, resultan ser el área de interés para un proyecto de construcción por parte de una promotora y una constructora londinense: un complejo de casas de lujo y todo tipo de servicios. Es algo que se está cocinando desde hace un año y medio. Mi fuente es muy fiable, alguien que conoce bien las propuestas de expansión del distrito, pero debo recalcar que todo lo que me ha contado es extraoficial.

—Entiendo... —interviene su hijo frunciendo el ceño—. ¿Qué más sabes?

—No es fácil saber el valor del terreno, pero en este momento es muy superior a la oferta que George le hizo a Catherine y a tu madre; a ti creo que no te propuso cifras, ¿cierto?

—No, no hablamos de dinero.

—¿Qué pinta George en todo esto? —pregunta Andrew, aunque ya hace días que hemos deducido la respuesta.

—Él hace de intermediario. Es su trabajo, me ha hablado de ello muchas veces, aunque para otros proyectos, claro está. Él debe cobrar una cuantiosa comisión por esa venta, de ahí su interés.

—¿Por qué no se ocupa la promotora directamente? —pregunta Andrew sin perder su semblante de hielo.

—Porque ese proyecto contiene trabas administrativas que George solventa con mucha facilidad.

—Y si hay vecinos reacios a vender, las cosas se complican —intervengo basándome en la experiencia—. Eso puede ralentizar mucho un proyecto.

—Efectivamente, Chloe. Y es ahí donde quiero llegar.

—¿Qué quieres decir? —pregunta el hombre de hielo.

—Que el interés de la promotora no llega tan lejos. Tienen varios proyectos en la zona, mi amigo me ha hablado de otros más ambiciosos, cerca de Tetbury, en los que George no participa. El que más pierde es George.

—Debe jugarse mucho dinero —planteo pensativa.

—Esto es más complejo de lo que nosotros podemos comprender, pero lo que necesitábamos saber es lo que os he contado. Ahora ya sabemos su desesperación. Creo que tenía un plazo para llevar a cabo las negociaciones y se acaba dentro de poco tiempo.

—¿Has hablado con él después de lo que te conté?

—No, de momento no. No me he planteado nada. Tu madre dice que... A su debido tiempo, y tiene razón.

—Lo que me cuesta creer es que un proyecto así pudiera dejarse perder —vuelve a comentar Andrew—. Si es que eso puedo ocurrir.

—Andrew —me animo a aclararle—, como ha dicho tu padre, los terrenos no son únicos ni exclusivos.

—Pero... lo más sencillo sería intentar ofrecer más dinero... No lo han probado. Es una forma de seducir a los dueños de los terrenos. ¿Qué opinas, Chloe? Tú entiendes más de operaciones de este tipo.

No sé interpretar el tono que emplea Andrew. No sé decir si es una pregunta sin más, o hay algo irónico detrás. El caso es que su mirada sigue siendo de hielo y eso me confunde.

—Creo que la discreción es la que da valor a la operación —continúo diciendo—. Si interviene directamente la promotora, el coste del terreno adquiere más valor y los propietarios exigirían más dinero por la venta. No podemos saber si llegará una oferta mayor por parte de la promotora, pero, en mi opinión la operación estaba estudiada para adquirirlos a bajo coste, que era lo que pretendía, y pretende, George. Seguramente después de adquirirlos se los habría vendido a la promotora por un precio mayor, pero... debe haber otros acuerdos paralelos. Los costes de este proyecto están estudiados minuciosamente. En cualquier caso, George es el que pierde. La promotora tiene otros proyectos... esa es la clave.

—George tiene otros intereses, efectivamente —continúa Adam—. Él es el dueño de una pequeña empresa de servicios que también participaría en la construcción. En cualquier caso, lo has expresado muy bien, Chloe. El que tiene intereses aquí es George. Se juega mucho dinero, no solo por la venta de los terrenos, sino por otras actividades que entran en la construcción. La promotora tiene más objetivos, seguramente George no debe participar en ellos; de ahí su desesperación. Solo alguien desesperado, además de mediocre, hace lo que él hizo. Somos amigos desde que llegaron a Tetbury. Yo le abrí muchas puertas y le presenté a muchas personas que le han facilitado llegar a dónde ha llegado...

—¿Llamamos a la puerta de la promotora, vendemos y nos forramos? —nos sorprende Andrew sonriendo por primera vez en toda la velada.

—¿Por qué no negocias con George directamente? Mejor que se lleve él la comisión —Se echa a reír Adam.

—Si todavía está dentro del plazo... puede que intente algo más —expreso algo preocupada.

—Eso es cierto —afirma Adam—. Lo que pase por la cabeza de George ahora, no podemos saberlo. Pero creo que no tiene muchas opciones. Caroline y Catherine llevan negándole la venta mucho tiempo, y ahora que todo se ha complicado... Claro que, no sabemos si su hija le habrá hablado de la conversación que tuvo contigo, cuando desenmascaró a sus padres. Si es así... mucho menos intentará dar algún paso.

—Deben estar al corriente... —apunta Andrew.

—Su silencio es el que me confirma eso. Él y yo no solíamos hablar con mucha frecuencia, pero Margaret y mamá, sí, y hace días, desde el incidente, que no la ha llamado.

—Esperemos que nos deje en paz a todos —confieso moviendo la cabeza.

—Me tengo que marchar, a pesar de tener la mejor compañía —Me sonrío y se acerca para darme un pequeño abrazo que me sorprende.

—Adam... —le pregunto sin mostrar el interés que siento—. El nombre de Alexander Butler, ¿te dice algo?

—Andrew me lo comentó, pero no me dice nada. He preguntado, pero con el proyecto no tiene nada que ver. Puede tratarse de un inversor, Chloe, por eso aparecía en las notas de tu madre. Quizás ella averiguó más.

—Puede ser —comento decepcionada—. Seguramente se trate de algo así.

—¿Caroline y George habían trabajado juntos alguna vez en algo, papá? —pregunta Andrew. Sé que lo ha hecho por las dichas fotos.

—George lidia con muchas demandas... ¡Es posible! ¿Por qué lo preguntas?

—Su nombre aparecía en las notas de Caroline, no sabemos si solo se debe al asunto del terreno —intervengo.

Siento un escalofrío cuando piensa en esas fotos...

Se añade un nuevo escalofrío cuando pienso en ese tal Alexander, que no sé quién es. Y se

vuelve más intenso cuando compruebo que Andrew sigue con esa expresión de hielo que tanto me está afectando esta noche.

Capítulo 63

Andrew

—Hay más conclusiones que datos oficiales, ¿no te parece? —le pregunto a Chloe cuando estamos a solas, después de despedir a mi padre.

—Tenemos respuestas, ahora ya sabemos a qué se debe el interés de George —me sonrío con timidez—. ¿Estás bien?

—Sí, lo estoy —le miento—, es que este tema me supera.

Me mira con desconfianza. Sé que ha notado la distancia que he establecido. Ahora me siento culpable por haberme dejado llevar por esas sensaciones tan negativas que he sentido al recibir su mensaje.

La tengo delante y se me olvida todo. Vuelvo a sentir que estamos cerca. Al fin y al cabo, es normal que me alertara de la presencia de mi padre. La posibilidad de que yo entrara en su casa diciendo y haciendo tonterías de las mías... forma parte de nuestra intimidad.

Ahora me resulta fácil verlo de ese modo, pero hay momentos en que el malestar se intensifica, cuando nos alejamos, y no puedo razonar de la misma manera.

Sé que me estoy engañando, pero necesito otra tregua, necesito volver a sentirla cerca y a tocar cada centímetro de su cuerpo, por eso me acerco a ella despacio.

—Siento haber estado tan...

—¿Distante?

—¿Eso te he parecido?

—Sí, pero ya me has aclarado que solo se trata de estar superado por el tema. ¿Es correcto?

Hay algo de ironía en sus palabras, pero su sonrisa, que también tiene algo extraño, me invita a romper la distancia física que también existe en este momento. Pero... no hace falta, es ella la que acorta la distancia y se lanza bruscamente a besarme.

Pierdo la noción del tiempo. Nos entregamos con devoción a estimular cada centímetro de nuestro cuerpo. En el suelo, sobre la mullida alfombra que preside el salón.

Es fuego, una vez más, lo que sale de nuestros poros. Es pasión, es deseo y mil cosas más que hacen que hagamos un ovillo con nuestros cuerpos y rodemos de mil maneras distintas sobre la alfombra.

Pero también hay algo más. En mí hay una necesidad distinta de retenerla bajo mis caricias, de sujetarla para sentir que es real. En ella hay una furia que no logro interpretar.

Terminamos agotados, exhaustos, envueltos en sudor y protegidos por una sonrisa de oreja a oreja.

Hacemos un nuevo ovillo con nuestros cuerpos e improvisamos una cama en el suelo con la ayuda de unos cojines.

El silencio, que se ha prolongado demasiado, se termina cuando ella comparte conmigo sus pensamientos.

—Creo que le voy a hacer una visita a tu abuela.

—¿Por lo de las fotos de Caroline y George?

—Sí, tengo la sensación de que ella... sabe algo más.

—¿Te preocupa?

—Me confunde. Es una pieza que no encaja en la historia que conozco hasta ahora. Y... quiero saber también quién es ese tal Alexander, puede que tu abuela lo sepa.

—Puede...

Chloe vuelve a sumergirse en su mundo.

Lo que daría por ser yo, y solo yo, el centro de su mente en este momento.

Lo que daría por ser «nosotros» lo único que ocupara su mente.

Creo que no puedo competir con todo lo demás.

Capítulo 64

Chloe

—Natalie me interrumpe desde la puerta de mi despacho haciendo gestos que no logro comprender. Le pido que espere alzando la mano y acaba por rendirse y desaparecer. Estoy en medio de una conversación importante, repasando el acuerdo que le he propuesto a un cliente para que la paz con su hijo, con el que se disputa un tercio de una casa, llegue a su vida.

Después de varios minutos, me olvido de que Natalie tenía algo que decirme. Como siempre, estaba pensando en un doctor de ojos de color miel. Y esta vez se me queda una sonrisa dibujada después de hacerlo.

Desde el día que se mostró tan frío, hace tres días, hemos compartido muchos momentos, de esos tan especiales en los que estamos cerca, somos cómplices y las risas están garantizadas.

Por suerte, Natalie vuelve a abrir la puerta. A pesar de que mis pensamientos eran positivos, no hubieran tardado en enredarse.

—Es George Hill —me dice acompañando su cara de temor.

Es la última visita que esperaba.

—Que pase... —le digo a Natalie con seguridad. Me muero por saber qué quiere de mí.

Entra decidido en mi despacho, con los aires de un hombre muy acostumbrado a las reuniones de trabajo.

Las imágenes de él y de Caroline aparecen en mi cabeza. Aún no he podido hablar con Catherine sobre ello. Mañana está planeada la visita, justo cuando los padres de Andrew se marchen a disfrutar de un pequeño viaje de tres días.

—Señorita Handley...

—Señor Hill... Siéntese. ¿A qué se debo su visita?

Me observa antes de decidirse a hablar:

—Quería saber si ha reconsiderado mi oferta.

—¿La venta del terreno? —le pregunto fingiendo sorpresa. A menos que él se pronuncie, no seré yo quien le hable de todo lo que hemos averiguado.

—Estoy dispuesto a subir un poco mi oferta.

—No se moleste, señor Hill, ya le dije que no estaba interesada.

—¿Tiene intenciones de instalarse definitivamente en Tetbury? —Creo que se está desviando del motivo por el que me ha venido a visitar.

—Mis planes no son asunto suyo.

—Tengo una buena oferta, Chloe, puede que ahora no quiera rechazarla —me plantea

esquivando mi comentario.

—No es una cuestión económica, de lo contrario intentaría negociar. Dígame, señor Hill, ¿por qué está tan interesado en adquirir mi terreno?

—Estará de acuerdo conmigo que es una zona preciosa. Y... tengo entendido que todavía no es suyo.

—Entonces pruebe a vendérselo al propietario actual... hasta que sea mío.

—No he venido a jugar, señorita Hill. Esta es mi oferta —Me muestra un documento que tiene resaltada una cifra. Es solo un poco superior a la que hemos barajado hasta ahora. Me alegro de haberla visto, así disponemos de más información. ¿Cómo no lo he pensado?

—No me interesa, creo que ya ha quedado claro. No se moleste en volver a pedírmelo.

—Te pareces mucho a tu madre—afirma mientras se levanta.

—¿En qué sentido?

—Espero que solo en el aspecto físico —sentencia antes de abandonar el despacho.

Capítulo 65

Andrew

La abuela nos recibe con una de sus sonrisas buenas, de las naturales, de las que no hay que molestarse en interpretar.

Puede que observar tanto a Chloe y darle tantas vueltas a la cabeza, me esté afectando demasiado.

Chloe me ha contado el episodio de esta mañana y también me ha pedido que la acompañe a visitar a la mi abuela.

—Puede que te cuente cosas... íntimas —la he tanteado.

—No tengo nada que ocultarte, Andrew. Me gustaría que estuvieras a mi lado.

Ese comentario me ha convertido en mantequilla. Ha sido el complemento perfecto a tres días de acercamiento intenso.

—Esperaba tu visita antes, Chloe —confiesa mi abuela—. Adam me ha puesto al corriente de todo lo que habéis averiguado de ese dichoso terreno. Ya me imaginaba yo que ese hombre no estaba interesado por las buenas vistas y la paz que aporta.

—Hoy ha vuelto a visitarme.

—¿Qué ha pasado? —nos pregunta preocupada.

—Me ha hecho una nueva oferta.

—Solo un poco más alta que la que te hizo a ti y a Caroline. Supongo que os hizo la misma oferta —interviene Andrew.

—La de Caroline era algo inferior, por las dimensiones del terreno, pero era poca la diferencia. ¿Qué ha pasado?

—Nada, Catherine. Le he dicho que no me interesaba y se ha marchado, pero antes de hacerlo, me ha dicho que esperaba que solo me pareciera físicamente a madre.

Catherine no se pronuncia, solo mueve la cabeza.

—¿Qué sabes de ese tema, abuela?

—¿De qué tema?

Chloe le entrega las fotos que encontró. Mi abuela no pestañea mientras las va pasando. Su rostro está congelado.

—¿De dónde has sacado esto?

—Catherine... —Hace una pausa y suspira—, entendí su postura cuando me dijo que debía ser yo la que averiguara quién era Caroline. Lo he hecho. No sé si ha sido simple curiosidad, o la manera de curar esa posible herida que usted mencionó. En cualquier caso, le he hecho caso, he investigado. He visitado Castle Combe, me he ocupado de sus casos, vivo en su casa y he seguido su línea de rechazar la venta de ese terreno. He buscado escondites secretos y he

encontrado eso. Hasta aquí llego.

—Te comprendo, querida.

—Si usted cree que hay algo que deba saber, le ruego que me lo cuente, sea lo que sea, aunque mi percepción de ella como madre sea aún peor. Creo que ya tengo una idea de quién era la mujer que me trajo al mundo y cómo era su vida.

—Yo solo pretendía que la fueras conociendo poco a poco, hasta donde tú quisieras poner el límite.

—Ya lo he puesto. Dígame lo que crea oportuno, pero hasta aquí he llegado, no necesito más.

—No tengo nada que callar, ni hay nada que Caroline hubiera deseado que no te contara, llegado el momento. Si algo tenía Caroline era que no le importaba lo que pensarán los demás de ella. Te contaré lo que quieras.

—¿Qué significan esas fotos? Las encontré en una especie de compartimento secreto en lo alto de un armario. Supongo que estuvo liada con ese tío, ¿no?

El discurso de Chloe me ha impactado. Ha dejado claro que está cansada de este tema. La entiendo, aunque también entiendo que cada vez hay menos que la ate a Tetbury, y eso me duele.

Mi abuela le aprieta la mano y le sonríe. Yo, acato sus órdenes y sirvo la limonada.

—Tuvieron una relación hace muchos años, diez u once años. Él estaba casado con esa estúpida de Margaret, y también tenía una hija... ya sabemos quién, pero no vivía con ellos. Estaba en la universidad. Cuando ellos llegaron a Tetbury, su hija ya no les acompañaba. La relación con Caroline duró cerca de un año.

—¿Tú lo supiste después, abuela?

—Sí, mucho después. Caroline todavía no era mi amiga, aún no se había mudado a la casa de al lado. Vivía en la casa que luego convirtió en despacho.

—Pero... ¿él seguía casado? —le pregunto con curiosidad.

—Sí, era una relación a escondidas. Él le hizo creer que estaba tramitando su separación. Caroline estaba muy enamorada de él. Poco después, él dejó a Caroline. Le dijo que se había dado cuenta de que quería a su esposa y que no quería volver a verla. Yo creo que él también quiso mucho a Caroline, pero era ambicioso y se dio cuenta de que no le interesaba divorciarse. Margaret proviene de una familia adinerada, era ella la que tenía más dinero, más influencias... No podía jugársela. Se hubiera quedado sin nada.

—¿Y las fotos? ¿Son parte del recuerdo de esa relación?

—No, las fotos son el chantaje que Caroline le estuvo haciendo durante años.

Chloe palidece y creo que yo también. Menudo giro le ha dado a la historia.

—¿Chantaje?

—Caroline hizo esas fotos cuando empezó a notar un cambio en él, cuando empezó a sospechar que él se estaba alejando.

—¿Lo planeo?

—Digamos que las fue haciendo discretamente pensando en un «Por si acaso». Y cuando la dejó definitivamente, poco después, cuando se repuso del dolor de la ruptura, le chantajeó con ellas. Le amenazó con enseñárselas a su mujer. Ese hombre era lo suficiente inteligente para saber que Caroline era capaz de eso y de mucho más.

—¿Quién hizo las fotos?

—Como ves, todas están hechas en un dormitorio. Ella instaló algo para capturarlas. No me preguntes qué. Me dijo que un amigo la ayudó instalar un dispositivo.

—¿Ese chantaje duró tiempo?

—Sí, hasta hace... un año, quizás más. Yo estaba al corriente. Caroline hacía tiempo que me lo había contado.

—¿Te pareció bien, abuela?

—Andrew, éramos amigas, pero yo no le decía cómo vivir su vida. Le aconsejaba, sí, lo hice en muchas ocasiones respecto a... Chloe, cuando quería conocerla, pero lo demás era asunto suyo. Además, ese hombre me caía mal.

—Hay algo que no entiendo —plantea Chloe muy confundida—. Si lo que quería era dinero cuando lo chantajeaba, ¿por qué no le vendió el terreno?

—No era dinero lo que le quería, Chloe. El chantaje tenía dos objetivos: el placer de... hacerle daño, y también información. Cuando Caroline se encontraba algún obstáculo, principalmente burocrático..., administrativo, que pudiera perjudicar a un cliente que representaba, le pedía que moviera hilos y despejara el camino. Le facilitaba su trabajo.

—Increíble —exclama Chloe algo molesta.

—No le pedía nada ilegal, Chloe, nada que él no pudiera concederle sin demasiado tiempo ni esfuerzo.

—¿Por qué dejó de chantajearle?

—No era algo a lo que le pusiera fecha, simplemente estaba más pendiente de otras cosas, como su enfermedad, o simplemente no necesitó sus servicios.

Chloe está algo incómoda. Se revuelve en su asiento y juega con un anillo. No deja de darle vueltas.

—¿Ellos hablaron antes de... morir? Esas fotos...

—Sí, cuando él se enteró de su gravedad fue a visitarla y ella se lo permitió. Él se mostró compasivo con ella y a ella no le gustó. Está claro que no llegó a conocerla bien. Caroline era muy orgullosa. Fue a pedirle que le entregara esas fotos, que ya les había sacado partido y que no las iba a necesitar; temía que cayeran en las manos equivocadas.

—¿Le dio alguna copia?

—No, nada de eso, Chloe. No se las dio. Esas fotos son originales. Se hicieron desde una cámara que... no sé dónde debe estar. No sé bien cómo funciona, pero ya no es como las fotos que se hacían antes, con los negativos...

—Es otro sistema, abuela —Le echo una mano cuando veo su angustia.

—¿Y la cámara?

—No lo sé, Chloe, debe estar entre sus cosas. Natalie las trasladó todas al desván del despacho antes de que tú llegaras. Puede que se encuentre allí.

—¿Esa aventura era conocida por alguien?

—No lo creo, fueron muy discretos. A mí nunca me llegó el rumor, y créeme si te aseguro que me llegan todos.

—Así que se enamoró de él... —plantea moviendo la cabeza.

—Me atrevería a jurar que es la única persona de la que se enamoró.

—De sí misma, también... Supongo —afirma Chloe sin ocultar su decepción. Supongo que le habría gustado escuchar que, al menos, había sentido algo especial por su padre.

Mi abuela se limita a mover la cabeza asintiendo.

—Bien, pues ya conozco la historia. Y... también querría preguntarle por un nombre. Encontré un informe sobre él, uno como el que encargó para mí a un detective. No sé si lo conocerá... Un tal Alexander Butler —le dice entregándole la carpeta con el informe.

Mi abuela no se molesta en mirar el contenido.

—Ese hombre es tu hermano.

Capítulo 66

Chloe

El informe de Alexander, mi supuesto hermano, no incluye ninguna fotografía. He buscado su nombre en Internet, pero su imagen no aparece en ninguna parte.

Según el informe del detective, tiene veintiséis años, vive en un exclusivo barrio de Londres, Knightsbridge, y cursó estudios superiores de economía.

Trabaja en una importante industria naval, propiedad de su padre, Christopher Butler; nada más que llame mi atención.

Parece que tiene una vida muy acomodada. Ahora entiendo que se bajara de aquel coche tan lujoso... Era él, estoy segura.

Alexander era el hombre que descubrí en lo alto de la colina del cementerio, el día del funeral de Caroline.

Catherine me ha dicho que es un caso parecido al mío, que nunca ejerció como madre y que quiso conocerlo al final de sus días.

La pregunta de si había más hijos ha sido inevitable, pero la respuesta ha sido negativa.

A Natalie le pregunté si Caroline tenía más hijos. Fue al principio, cuando llegué a Tetbury. También a Catherine, pero ambas lo negaron.

Catherine me ha dicho que duda de que Natalie lo sepa, y en su caso me mintió porque formaba parte de ese misterio que guardó entorno a ella para que yo fuera averiguando detalles.

¿Por qué no lo incluyó en su testamento a él?

¿Por qué yo?

Catherine me ha respondido a ello: «A él no le hace falta el dinero». ¿Será ese el único motivo?

¿Sabrá él que yo existo? A eso no ha sabido responderme Catherine.

Y la mejor pregunta, la que no me quito de la cabeza desde hace tres días, desde que conocí su identidad por boca de Catherine: ¿quiero conocerlo?

Tampoco sé si él querría, ni tampoco si merece la pena.

Confieso que tener la certeza de que tengo un hermano, me inquieta y me transporta a una sensación extraña que no sabría definir. No si es buena o es mala, pero sé que me persigue.

He puesto al corriente de todo a Paige, que se ha sorprendido más que yo. Conoce la historia completa de Caroline. Todo lo que sé lo he compartido con ella, incluso lo que hay entre Andrew y yo. Necesitaba hablarlo con ella, contarle mis inquietudes, lo que me hace sentir, lo que temo. Ha sido un relato completo en el que he sentido que me quitaba un peso de encima.

—Extraña vida, la de esa mujer. ¿Cómo te sientes? —me ha preguntado.

—Bien, estoy bien. No ha cambiado nada, ahora conozco mejor algunos aspectos de su vida.

—¿No conoces la historia con el padre de ese chico? ¿También le dijo que tenía que cuidar a sus padres?

—No lo sé. Catherine me ha dicho que las historias se parecen. Cuando se quedó embarazada decidió renunciar a él, pero no sé si utilizó también el mismo argumento. Total, sus padres llevaban muertos muchos años, qué más daba utilizar esa excusa una o dos veces, o más...

Llega el momento en que pasamos de la seriedad a las bromas. Me encanta el sentido del humor de Paige. No dejamos de imaginar situaciones en torno a esos posibles argumentos, y a bromear con todo lo que le he contado: el plan de los padres de la bruja, los terrenos, mi supuesto hermano, los escondites secretos, el chantaje de las fotos, el que pueda tener veinte hermanos repartidos por el mundo... Una versión más surrealista de lo que es ya de por sí la historia. Nos hemos divertido.

—¿Y Andrew? —me ha preguntado adoptando un tono mucho más serio.

—Ya te lo he dicho. Lo pasamos bien, me divierto, el sexo es increíble... Es fantástico. Si no fuera por él... mi estancia aquí creo que ya hace tiempo que habría terminado.

—¿Sigue en pie lo de Madrid?

—No he vuelto a tener noticias. Supongo que a finales de octubre me lo notificarán.

—Para eso solo queda un mes, Chloe.

—Así es. Tendré que incorporarme en noviembre, pero antes tendremos que formalizarlo.

—¿Estás preparada?

—Sí, claro que sí.

—Chloe... No lo creo.

—Ya me adaptaré. Los cambios son así, pero al menos, no será como trabajar en el bufete de Londres.

—Lo que no te voy a preguntar es si estás preparada para separarte de Andrew, ya sé la respuesta.

—¡Ah! ¿La sabes?

—No estás preparada, Chloe. Te has enamorado. ¿Me lo vas a discutir?

Guardo silencio. Siento un nudo en el estómago, una mezcla de miedo y emoción que no puedo ignorar. Es como si, de repente, algo hubiera cambiado.

—No, no te lo voy a discutir —le digo antes de despedirme de ella.

Escucho un ruido en el pasillo. Andrew entra en el dormitorio. Me mira confundido.

—¿Estás bien? —me pregunta borrando la sonrisa que mostraba.

Me acerco a él.

—Fóllame, Andrew —le digo manteniendo la distancia física.

—¿Qué...? ¿Qué te pasa?

—Ya te he dicho lo que quiero, ¿algún problema?

Andrew se acerca a mí y me abraza.

—Algo te pasa, cariño.

Nos miramos fijamente. Él parece arrepentirse de haberlo dicho. Yo me enfado conmigo misma por haberme sentido tan bien al escucharlo.

No hablamos.

Andrew atiende mi deseo.

Cerca y lejos...

Capítulo 67

Chloe

Una semana después.

No esperaba encontrar valor ni motivos para ponerme en contacto con Alexander, pero lo hice.

No fue fácil localizarlo. No atendió las tres llamadas que le hice directamente al teléfono que constaba en el informe. Solo reaccionó tres días después de que le dejara un recado a su secretaria, sin mencionar nada más que mi nombre y mi interés por hablar con él de un asunto «familiar».

Fue una situación extraña, pero más divertida de lo que esperaba. Su secretaria tardó en darle el recado, pero en cuanto lo hizo y escuchó mi nombre, se puso en contacto conmigo. Sabía cómo me llamaba, y sabía de mi existencia, pero era algo reciente, algo que conoció por boca de Caroline justo el día que se encontraron, un par de meses antes de su muerte.

Me he preguntado varias veces por qué a él le habló de mí y a mí no me desveló su existencia, pero no tengo respuesta. Puede que, dentro de unos minutos, la tenga. Cuando nos veamos en la cafetería a la que me dirijo, en Bristol, a petición mía, por sugerencia de Andrew.

Lo encuentro de pie, junto a una mesa redonda rodeada de sillones mullidos. Es una cafetería preciosa, envuelta por jardines verticales que adornan todo el perímetro de las paredes.

Alexander es alto y delgado, y tiene los ojos del mismo color que el mío: azul claro. Su pelo es corto y está perfectamente afeitado. Viste de forma informal, pero no todo lo que podría esperarse de alguien de su edad.

—Cuanto me alegra conocerte, Chloe, ¿o debería decir hermana?

Vaya, es igual de simpático que se mostró cuando hablamos por teléfono, pero ahora tiene más valor por la amplia sonrisa que muestra.

Me da un tímido abrazo, y me pide que tome asiento.

Perdemos un buen rato entre sonrisas, expresiones como «Así que tú eres Chloe», «Así que tengo un hermano», y otras frases propias de un momento en el que los dos somos un manojo de nervios.

Somos dos perfectos desconocidos, ¿qué podemos decirnos?

—Eres muy guapa, Chloe. Caroline me habló de ti.

—A mí no. Me enteré de que existías porque... una amiga suya me lo dijo.

—¿No te habló de mí? Vaya, creo que tú eras su preferida.

Nos hemos reído mucho con su comentario, jugando a imaginar situaciones propias de una familia de verdad con dos hijos, algo muy alejado de lo que nos une.

Nos ponemos al día sobre otros aspectos más generales de nuestras vidas.

Alexander me relata una vida feliz junto a su padre y su madrastra, a la que llama mamá, un trabajo que le gusta y una vida acomodada que le gusta más aún.

Yo le hablo escuetamente de la mía. La muerte de mi padre, mi amistad con Paige, mi trabajo en Nueva York, y mi traslado provisional a Londres. Hasta ahí llego. No le hablo de Andrew.

—Entonces, ¿vives en Londres o aquí en Bristol?

—Es una larga historia, pero vivo en Tetbury, solo provisionalmente, dentro de poco tiempo me marcharé.

Está algo confundido, pero no me pregunta más sobre ello.

—¿Cuándo te hablaron de Caroline?

—Mi madrastra, a la que considero mi madre, me adoptó cuando yo era un bebé. No fue hasta los dieciséis años que me dijeron la verdad. En un principio, me contaron que ella no quiso saber nada de mí y que renunció a mí porque no estaba preparada para ser madre y tenía responsabilidades con un familiar enfermo. En ese momento quise localizarla, pero solo me duró el interés unas semanas. Cuando se puso en contacto conmigo, hace pocos meses, decidí conocerla, y fue cuando mi padre, que no estaba muy conforme en que la conociera, me contó el resto de la historia para que estuviera bien informado.

—¿Qué resto de la historia?

—Lo del trato. ¿No lo conoces?

—No sé de qué trato me hablas...

—Caroline quería interrumpir el embarazo, pero mi padre no quería. Ella aceptó no hacerlo a cambio de una cantidad generosa de dinero que le permitiría ayudar a su familia. Mi padre aceptó. Le entregó una cantidad de dinero, incluso superior a la que ella reclamaba y le pidió que renunciara por escrito.

—¿Dinero? ¡Dios mío!

—Su padre estaba enfermo y ella tenía que coger las riendas de la familia.

No sé si voy a ser capaz de hablar, creo que estoy entrando en algo parecido al shock.

—¿También es esa tu historia?

—Sí, es casi igual, pero... a mí nadie me habló de dinero.

—Quizás contigo fue distinto.

—Quizás, pero no creo que eso cambie nada. Te puedo decir que, sus padres murieron cuando ella tenía dieciséis años.

Le cuento mi viaje a Castle Combe. Se sorprende, pero no parece afectarle porque se echa a reír.

—Es increíble. O sea que... no era verdad. ¿Por qué lo hizo? Seguramente tenía que justificar el hecho de pedirle dinero.

—Probablemente, tiene sentido.

—No sé cómo te afecta a ti, Chloe, pero a mí ya poco me sorprende o me importa de lo que pueda escuchar. Yo tengo una madre y está claro que ella no lo fue nunca. Asistí a su funeral por respeto, al fin y al cabo, nos unía un lazo de sangre. Creo, corrígeme si me equivoco, que a ti este asunto te ha afectado más. Cuéntame, hermanita.

Ese comentario me hace sonreír, pero también me produce escalofríos.

Siento cómo desciende una lágrima por mi mejilla y me apresuro a apartarla.

—Como creía, a ti esto te está afectando.

Se sienta en otra butaca que queda a mi lado y me pasa la mano por la espalda.

Y entonces le cuento toda la historia completa, pero solo la que tiene relación con Caroline. No le hablo de nada más.

Alexander me escucha e interviene en varias ocasiones.

Una vez más, siento que me une algo a un desconocido. Y una vez más, siento que está de paso por mi vida.

En el caso de Andrew... duele más.

Capítulo 68

Andrew

Estoy deseado de ver a Chloe, no he podido quitarme de la cabeza lo que me ha contado por teléfono sobre su hermano. Al parecer es un buen tío, pero... lo que le ha contado sobre el dinero que Caroline recibió, le ha afectado. Ella lo niega, pero la conozco lo suficiente como saber a ciencia cierta que es verdad. Su tono la ha delatado, y también su manera de rechazar la idea de que hable con mi abuela para averiguar si también fue su caso. Me ha dicho que está cansada y que se acabó el tema de Caroline. «Estoy saturada», es lo que ha dicho.

Si ella no quiere hacerlo, se lo preguntaré yo a mi abuela. Creo que, a estas alturas, debe conocer toda la verdad. Pero se lo diré cuando considere oportuno, cuando esté más tranquila.

Quiero hacer que se siente mejor, abrazarla, consolarla y protegerla toda la noche. Es lo que deseo últimamente a cada momento de una forma que... hasta me preocupa, pero que acabo ignorando.

Está hablando por teléfono y no parece estar muy contenta con la llamada. Me hace una señal para indicarme que está a punto de acabar. Así es. Cuelga poco después.

La beso, le hago cosquillas, me burlo de su coleta y siento que se relaja en mis brazos. Ya soy feliz.

—No parecías contenta...

—Era mi jefe, Steven, el del bufete de Nueva York. Su forma de decir las cosas, me molesta.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha hablado de Madrid. Quería recordarme mi incorporación en noviembre.

—¿Todavía queda mucho tiempo, ¿ya te lo está recordando? —le comento con un nudo en la garganta. Se me acaba de desplomar el techo encima.

—Hoy es el primer día de octubre, Andrew, no queda tanto. Me enviará la documentación dentro de una semana, quiere que lo firme todo cuanto antes. Eso es lo que me ha molestado.

—¿Qué lo tengas que firmar?

—No, que me amenace con despedirme. Me ha dicho que en cuanto lo reciba que debo enviarlo firmado o que me dé por despedida. «Dos días para que lo revises o búscate otro empleo». Eso ha dicho.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—No confía en mí, cree que puedo cambiar de parecer y quiere asegurarse. Me ha dicho que en Madrid necesitan confirmación.

Sé que lo que le voy a preguntar, me va a doler, pero necesito hacerlo.

—¿Por qué ibas a cambiar de opinión? Me dijiste que era una buena oportunidad.

—Y lo es. No sé por qué desconfía, supongo que la excedencia que le pedí ha hecho que me vea algo inestable a la hora de cumplir. Pero sabe perfectamente lo que pasó con la bruja, al

menos una parte, la que yo le conté. He sacado ese tema a relucir y me ha dicho que me olvide de la delegación de Londres, que ya hace tiempo que estoy desvinculada y que no ve pertinente comentarlo. ¿Te lo puedes creer? Puede que la bruja haya hecho algo...

Sí, efectivamente, tal y como suponía, su respuesta me ha afectado.

Estamos abrazados, con muchos meses juntos a nuestra espalda, pero parece que seamos hermanos hablando de sus próximas vacaciones.

—¿Tienes ganas de marcharte a Madrid?

—Tendría más si pudiera volver a Nueva York. Por suerte, Paige me ha dicho que vendrá a visitarme en cuanto esté instalada. ¿Y tú? ¿Tienes alguna novedad sobre Oxford?

—Me incorporaré en febrero, mucho antes de lo que esperaba.

—¿Qué harás cuando vuelva tu padre a la clínica?

—Le convenceré para que alargue su descanso o... trabajaré con él hasta que me marche.

—¿Y si te digo que te voy a echar de menos?

La profundidad me abruma.

—Yo también, Chloe. Además, si te marchas dentro de un mes... no sé qué voy a hacer sin vecinos. ¿Has pensado qué vas a hacer con la herencia?

—La aceptaré y ya lo pensaré después. Puede que venga en verano, a descansar un poco cuando tenga vacaciones estivales.

—He preparado algo de cena —le digo sin ser capaz de soportar por más tiempo esta conversación—. Voy a buscarla. Tienes que contarme esa conversación con Alexander con detalle.

—Sí, estoy deseando hacerlo —me dice con una sonrisa dulce que, en otro momento, me habría deshecho—. La cena... ¿No será ese... puré espantoso, ¿cierto?

—Es un simple plato de pasta y queso —le digo con sequedad. ¿De verdad le importa lo que vamos a comer?

Desaparezco a toda velocidad.

Entro en mi casa recogiendo parte de mis ánimos, que ya han llegado al suelo.

¿Es que no le afecta marcharse? ¿Tan poco le importo? No ha movido ni un músculo cuando me ha dado la noticia. Solo le ha afectado que su jefe la amenazara con despedirla si no validaba el contrato...

¿Y si hablo con ella?

¿Para qué?

¿Para ponerla en una situación incómoda? ¿Para que me diga algo que me rompa en tres pedazos? «Lo he pasado muy bien contigo, Andrew, ha sido estupendo, pero ya sabíamos que esto tenía un final». «Me importa muy poco este maldito pueblo, mi madre, el terreno y la maldita casa y... por supuesto, tú». «Estuvo bien mientras duró».

Puede que no fuera tan dura, pero el contexto sería el mismo. Mismas palabras, pero envueltas en dulzura y corrección.

No. Eso no estoy dispuesto a escucharlo. Me ha dejado clara su postura, no necesito arrastrarme y recibir una patada.

Ahora más que nunca debería estar prohibida para mí. No debería exponerme más a ella, no, sabiendo que dentro de poco habrá una herida.

Y... esa herida llevará su nombre.

Capítulo 69

Chloe

Tres días después

Sin duda, me equivoqué de profesión. Lo mío es la interpretación. Habría sido una gran actriz. Desde que estoy en Tetbury, he tenido muchas ocasiones para confirmarlo.

¿Quién si no una gran actriz es capaz de mostrar indiferencia ante algo que la ha abierto en canal?

Solo alguien con muchas dotes interpretativas es capaz de disimular ante Andrew como lo hice yo cuando recibí la llamada de Steven; solo alguien así puede centrarse en lo mucho que me afectó su amenaza de despido y mostrarse indiferente ante la idea de que solo queda un mes para que me marche a Madrid.

Esa llamada me rompió por dentro, pero quizás mucho más la actitud de Andrew. En un primer momento, pensé que podría tratarse de mí, que mi manera de actuar podría influirle. Lo he pensado, le ha dado la vuelta a la situación y he visto que él no tenía motivos para hablarme de esa marcha en un tono distinto.

¿Y si se trata de un simple «acción y reacción»? ¿Quién da el primer paso? Si tú no lo das, yo tampoco.

Si yo me mostré conforme con la idea de marcharme, y no mencioné ni una sola palabra de lo que supone para nosotros esa separación... ¿Por qué tendría que hacerlo él? ¿Y si él piensa igual?

¿Es una cuestión de «si tú no das el paso, yo me protejo»? ¿Es una protección ante un posible rechazo?

Nuestro «cerca y lejos» ha sido constante. Han sido dos meses y medio, setenta y siete días exactos desde que me besó aquella noche, desde que le dije que estábamos prohibidos...

Quizás es poco tiempo. Quizás estoy pidiendo demasiado.

¿Qué son dos meses y medio en una relación?

No lo sé, la verdad, nunca antes había sentido algo así, pero es real y me recorre todo el cuerpo, el alma, y si hay algo más, ¡también!

Tengo que plantearlo de otro modo. Tengo que explorar su reacción, asegurarme de que esto no es una cadena de acciones y reacciones. Puede que me esté engañando, pero ahora siento la fuerza necesaria para averiguarlo.

Decidida, me dirijo al jardín trasero y salto la valla, intentando hacer el menor ruido posible. He escuchado su coche, sé que está en casa.

De puntillas, me dirijo al salón, de donde proceden las voces. ¿Está hablando por teléfono?

No, no se trata de una llamada, hay alguien con él. Un hombre.

Algo llama mi atención. Puede que esa forma de pronunciar la palabra «Ella».

Escucho detenidamente y busco un rincón donde esconderme; en esta casa no es

complicado.

Lo que escucho hace que sienta angustia, que mi mente trabaje a una velocidad imposible de frenar.

Solo necesito un poco más para entender que están hablando del terreno... y de mí.

Me concentro en seguir escuchando, puede que me equivoque; aún tengo esperanzas.

No estoy equivocada, está hablando de mí, y del terreno.

«Convencerla», «se acaba el tiempo»...

Se me está nublando la vista, necesito salir de aquí.

Capítulo 70

Andrew

—Tienes que confiar en mí —le digo a Gabriel. Es un amigo de la infancia, y su mujer es paciente mía. Ha venido a mi casa desesperado. No me gustan estas visitas fuera de la clínica, pero entiendo que lo haya hecho.

—Tienes que convencerla, Andrew.

—Lo haré, no te desesperes. Estamos a tiempo. Tenemos tres semanas para convencerla. Tienes que confiar en mí.

—Si está dispuesta a marcharse, no la vas a convencer. No hay tiempo, se acaba el plazo, no puedes ser tan optimista.

Su mujer sufre una enfermedad grave. Debe someterse a un tratamiento muy invasivo y no está dispuesta. Se ha rendido antes de empezar. Se niega a someterse a la intervención quirúrgica y al tratamiento posterior. Tiene más posibilidades de éxito de las que ella contempla, pero se ha cerrado. Todavía contamos con unas semanas de tiempo y estamos intentando convencerla.

Gabriel lo ha intentado de mil maneras, sin éxito. Se ha sentido tan presionada que, incluso, lo ha apartado de su vida y se ha mudado a una segunda casa que tienen en Tetbury. Le ha amenazado con marcharse a Bristol a vivir con su hermana, si no respeta su decisión.

Es una situación compleja, pero Gabriel desconoce los avances que he hecho con Nancy. Está prácticamente decidida a hacerlo, así me lo comunicó ayer, pero me ha pedido que no lo comparta con su marido; necesita uno o dos días para acabar de mentalizarse, antes de compartirlo con él.

Me siento en una situación comprometida, pero me debo a mi paciente y no puedo romper su confianza ni la confidencialidad con la que están protegidas nuestras conversaciones. No puedo decirle que Nancy ha concertado la primera visita en Londres, en el hospital Marsden para iniciar el proceso.

—Gabriel, debes tranquilizarte. Estamos a tiempo, créeme. Sigue en Tetbury, no se va a marchar todavía, tenemos tiempo para convencerla. Sabes que yo la veo prácticamente cada día y conseguiré que firme esos malditos papeles. La estoy intentando convencer, pero dame un poco más de tiempo.

—Se acaba el tiempo, he hablado con Jhon Effert —me confiesa refiriéndose al médico que se ocupará de su caso en Londres.

—Effert es cosa mía, yo me ocupo. Yo también he hablado con él y sé del tiempo que disponemos. Tres semanas son mucho tiempo. Lo conseguiremos antes de que se decida a marcharse de Tetbury. Confía en mí, pero dame unos días.

—De acuerdo... No me falles, Andrew, nos jugamos mucho, esto es... el fin. Si se va decidida a no volver y no firma, lo perdemos todo. Hay mucho en juego.

Sé que me queda un buen rato por seguir escuchando una y otra vez lo mismo, pero no puedo hablar ni tampoco dejar de comprender su situación. Él también necesita ayuda y lo menos que puedo hacer es escucharlo.

Un sonido del interior de la casa llama mi atención. Debe ser Chloe. Ha debido venir, pero el sonido de la puerta del jardín me indica que ha debido marcharse al darse cuenta de que tengo a un invitado en el salón.

Me muero por verla.

Gabriel, por fin, se marcha algo más tranquilo. Sé que mañana se sentirá mejor.

Paul me está llamando. Maldita sea, solo quiero estar con Chloe.

Paul me mantiene al teléfono más de lo que desearía, pero por fin termina.

Corro en dirección al jardín. Salto la valla.

Chloe no está en casa.

Capítulo 71

Chloe

Me tengo que sujetar la mano para que deje de temblar. Incluso he tenido que hacer un gran esfuerzo por no vaciar mi estómago.

Sigo intentando procesar lo que he escuchado, pero se mezcla en mi cabeza y no puedo pensar con claridad.

«Yo la convenceré para que firme»

«Lo conseguiremos antes de que se decida a marcharse de Tetbury».

«Tres semanas...».

«Confía en mí».

Desde que descubrió el valor del terreno, todo ha cambiado. En más de una ocasión, entre bromas, me ha insinuado que le venda a él el terreno, que él sacará más provecho.

¿Qué piensa hacer? Supongo que está esperando a que llegue el día de mi partida y planteármelo directamente con cualquier argumento triste y desolador.

Cuando su padre estuvo en mi casa, Andrew comentó la posibilidad de ofrecerle a la promotora la compra... ¿Habría en serio? Desde que lo visitó la bruja y le desveló la operación que había detrás, parece distinto. ¿Quién era ese hombre que hablaba con él? ¿Otro intermediario? ¿Está haciendo él lo mismo que la bruja y que su padre?

Necesito aire fresco.

Salgo a toda prisa. Sin apenas darme cuenta dirijo mis pasos hacia el terreno. Parece que ha dejado de llover.

Me subo a un peldaño de la valla.

Este es el lugar que le interesa a tantas personas...

Antes era George, ahora Andrew... ¿Quién más?

Natalie me dijo que Caroline adoraba venir aquí a despejar sus ideas, pero ella tenía un interés distinto. ¿O había algo más que aún no he descubierto?

Veo conspiraciones por todas partes, pero ya no sé qué creer. Andrew está interesado en este lugar y quiere que se lo venda. Le ha dicho a su... socio, o intermediario, o quien quiera que sea, que le dé tiempo. Últimamente, me ha preguntado un par de veces si ya me había llegado el contrato que anunció Steven.

Y yo creyendo que podíamos tener un problema de interpretación. ¡Qué ingenua! He llegado a pensar que, quizás ninguno de los dos se pronunciaba de una forma más íntima porque esperaba que el otro diera el primer paso.

En mi caso ha sido así, pero Andrew tiene otros objetivos.

Ni siquiera sé que espero, pero... quizás algo más acorde con los momentos que hemos vivido, no esta situación tan vacía.

No soporto la idea de sentir que solo estoy de paso, que mi camino sigue y que todo lo que hemos vivido se queda aquí. Y... si fuera eso lo que tuviera que aceptar, lo haría, pero que Andrew siga a mi lado para convencerme de que le venda este maldito pedazo de tierra...

¿No es todo esto una puta locura? Me siento como si estuviera viviendo dentro de una obra de teatro donde todos los personajes interpretan un papel.

Tengo que salir de esta obra, pero me duele tanto alejarme de él, incluso sabiendo lo que sé. Me rompe tanto sentir que me he equivocado y que mi destino es viajar a otro país para pasar los seis próximos meses en un bufete que... no me interesa.

¡Maldita sea, Andrew!

Escucho pasos detrás de mí y hago un esfuerzo por mantenerme calmada y disimular todo lo que estoy sintiendo en este momento.

—Chloe, ¿estás aquí? Te he buscado en tu casa. Si no me equivoco has entrado en la mía...

Lo miro asustada, no quiero que sepa que le he escuchado.

—Te oí hablar con alguien y me marché corriendo —le digo sonriendo, sintiendo que la sonrisa me está agrietando la piel.

—Hablabas con un paciente. Tiene un problema y... no ha podido esperar.

Joder, se podía haber inventado algo mejor.

—Espero que no sea grave —le digo con una carita dulce que hasta yo me deshago.

—Bueno, no es un tema fácil. Una enfermedad grave, sí, pero prefiero hablar de otra cosa.

—Vaya, lo siento.

—¿Qué haces aquí? Me abraza por la espalda y apoya su barbilla en mi hombro.

—¿Sabes? —le pregunto centrándome en el papel que quiero representar—. Estoy pensando que... este terreno podría donarlo. En vez de renunciar a la herencia, podría aceptarla y donarlo a alguna asociación que lo necesite. Una fundación, una ONG... ¿No sería una buena manera de sacarle provecho de verdad? Para tenerlo aquí muerto de risa...

—En ese caso, véndemelo a mí. Yo le sacaré provecho. Me encargaré de que no acabe en las manos equivocadas.

Cierro los ojos y me esfuerzo en seguir manteniendo la compostura.

—¿Hablas en serio?

—Claro, ¿tú para qué puedes quererlo? ¿Volverás a Tetbury algún día?

—No lo sé, quizás en verano. ¿Y si me quedo a vivir aquí?

Me echo a reír.

No dice nada, guarda silencio. Me giro para verle la cara.

—Algún día vendré con Paige, le encantará.

Suena su teléfono. Parece molesto por algo, no ha debido gustarle la idea de que lo done.

—Es mi abuela —me informa con desgana—. Hola, abuela. ¿Cómo? ¿Estás en la puerta de mi casa? ¿De la de Chloe?

Lo miro con curiosidad en cuanto pronuncia mi nombre.

—Mi abuela ha venido a visitarnos —menea la cabeza—. ¡Qué oportuna!

Está de malhumor. La abuela ha interrumpido su intento de negociar la venta del terreno. ¡Que se joda!

«¡Gracias Catherine!», pienso.

Sé que tendría que haberla llamado hace días, cuando me encontré con Alexander, pero es que ya no soy capaz de lidiar con más temas y de seguir dándole vueltas y vueltas a lo mismo.

Capítulo 72

Chloe

—¿A solas? —pregunta Andrew cuando su abuela le pide intimidad para hablar conmigo.

Catherine ignora la pregunta de su nieto y se despide de la mujer que la acompaña; es la misma que he visto en alguna ocasión en la casa de los Ransey: la enfermera que le cuida.

—Abuela, quieres más a Chloe que a mí —Finge estar destrozado—. Creía que la visita era para mí.

—He venido a visitar mi casa, quiero ver si has cumplido con el trato. Pero antes, quiero charlar con Chloe, si ella no tiene inconveniente.

—No, claro que no. Estaré encantada —pronuncio con dificultad.

He sabido que no estoy bien, en el momento en el que me he preguntado si esta situación también podría ser un montaje. ¿Y si la abuela quiere acercarse a mí para...?

¡No! No puedo seguir con esta línea de pensamientos, debo centrarme.

Catherine entra en mi casa con la ayuda de Andrew, que la sujeta por un brazo para facilitarle el ascenso de las escaleras. Parece haberse recuperado, aunque sus movimientos son más lentos que antes y su expresión más cansada.

—Veo que está mejor —le digo cuando relevo a Andrew y la guio yo hasta el salón. Él sigue en la puerta. Me mira fijamente. No expresa nada, es de cera. Alzo la mano para indicarle que puede cerrar y lo hace de mala gana.

—Me he recuperado de la caída, pero el contador de años no se ha detenido. Avanza imparables y sin piedad.

Catherine rechaza mi oferta de té, y golpea el sillón, a su lado, indicándome que me siente cerca de ella.

—Andrew me dijo que habías conocido a tu hermano.

—Sí, me animé a contactar con él y nos encontramos en una cafetería.

—Andrew no me contó los detalles, pero me dijo que estabas contenta.

—Sí, resultó ser encantador. Alegre, bromista... Muy educado y correcto. Hablamos mucho rato de nosotros y de Caroline. Siento no haberte llamado antes para contártelo, pero es que necesitaba alejarme un poco, coger aire.

—No debes sentirte obligada a nada. Ni siquiera tengo que caerte bien. Yo...

—Catherine, no digas eso, por favor. Claro que me caes bien, muy bien. De lo contrario, lo habrías notado. Me has ayudado mucho, me has orientado sobre qué pasos debía dar y te lo agradezco muchísimo.

—Me alegra escuchar eso, querida.

—Alexander y yo compartimos la misma historia con Caroline.

—Sí, eso lo sé. Sé que ese joven se crio con su padre...

—Y con su madrastra. Su padre se casó cuando él era un bebé y ella ha sido su verdadera madre.

—Es un caso como tú.

—No, mi padre se casó cuando yo era una adolescente.

—¿Y qué más similitudes compartís?

—Catherine —Me detengo pensando cómo abordar el siguiente tema. No quiero dar vueltas —, te lo preguntaré directamente. ¿Mi padre también le dio dinero para que no interrumpiera el embarazo y lo invirtiera en «su padre enfermo»? Eso es lo que me contó Alexander en su caso.

Catherine baja la mirada y tarda en responder.

—Sí, así fue. Contigo lo hizo primero. Ya sabrás que ese muchacho es unos años más joven que tú.

—¿Hubo más... casos similares? ¿Tengo más hermanos?

—No, te aseguro que no.

—¿Era un *modus operandi*? ¿Dinero? ¿Era eso lo que buscaba? Porque lo del padre enfermo ya sabemos que era mentira. ¿En ambas situaciones se quedó embarazada sin pretenderlo? ¿Obra del destino? ¿Dos veces?

—Me gustaría ser delicada, pero creo que debo ser honesta y contestarte sin remilgos.

—Te lo agradecería.

—El dinero fue lo que la movió, por supuesto. En tu caso no se quedó embarazada pretendiéndolo, en el de...

—Alexander.

—En ese caso sí. Le salió bien una vez y probó una segunda.

—Joder, Catherine, me parece... repugnante.

—Déjame que te cuente su breve historia. No pretendo justificarla, nunca lo he hecho. Será el broche final a esta historia. Algunas cosas ya te las he contado, pero es mejor que estén unidas en un mismo relato.

—De acuerdo.

—Caroline se crio en el campo. Tuvo una buena educación y no le faltó de nada, pero su vida cambió cuando sus padres murieron. Aunque los dueños de la finca se portaron bien con ella, se sentía sola y no quería pasarse la vida allí. Se marchó a Londres prácticamente sin nada. Ni siquiera podía obtener beneficios de la casa de sus padres porque no estaba en muy buen estado.

»Encontró varios trabajos y salió adelante. Entró a trabajar en un hotel y conoció a tu padre, que se alojaba allí. Empezaron a salir un tiempo y se quedó embarazada. No estaba planeado. Tu padre quiso seguir adelante, incluso quería continuar la relación. Creo que estaba participando en algo de trabajo y alargó su estancia. Caroline no quería dar ese giro en su vida y le dijo a tu padre que no quería continuar con el embarazo. Tu padre insistió e insistió, se lo pidió de mil maneras. Ella aceptó seguir a cambio de dinero para poder ayudar a su padre enfermo. Tu padre aceptó y cuando naciste, te entregó a él, firmó la renuncia y desapareció de vuestras vidas.

—No hay nada nuevo, excepto lo del dinero. Mi padre me contó la verdad, pero no incluyó ese aspecto.

—Quizás quiso ahorrarte los detalles escabrosos. No los necesitabas saber.

—Ahora tampoco, Catherine. Me gustaba más la otra versión, era menos sucia. ¿Y con Alexander repitió?

—Sí, lo hizo. En esa ocasión también conoció a su padre en un hotel, pero en otro. Trabajó

en varios. Fue así como se pagó la universidad. El padre de Alexander tenía una buena posición, y la sigue teniendo por lo que me contó Caroline. En ese caso, ella buscó el embarazo y ocurrió lo mismo.

—Tuvo suerte.

—En realidad, hubo otra persona con la que lo intentó. Fue después de Alexander.

—¿Qué?

—No le salió bien. Él estuvo de acuerdo en interrumpir el embarazo. Y ella... tuvo que hacerlo. Era un hombre adinerado, podría haber sacado partido, pero el precio de ser madre era demasiado.

—Es increíble. ¿Habría tenido otro hijo si ese hombre hubiera aceptado?

—Eso me contó.

—¿Por qué nos llamó?

—Nunca se arrepintió. Ella era una mujer segura de sí misma, no le importaba lo que opinaran de ella, pero... la enfermedad cambió algo en ella. No hay más misterios, Chloe.

—¿Por qué no incluyó a Alexander en el testamento?

—Porque él tiene mucho dinero, no lo necesita. No es una opinión, me lo contó Caroline.

—Yo tampoco vivo en la miseria, podría haber elegido a otra persona... Natalie, Pemberton...

—Te eligió a ti.

—¿No contempló que pudiera rechazarlo?

—Confió en que no lo hicieras y le sacarás provecho.

—¿Provecho? Esto es provisional, Catherine. Acepté venir aquí porque mi situación laboral era pésima. Pero dentro de tres semanas me marché a Madrid, y luego a Nuevo York.

—¿Te vas?

—Sí.

Catherine se entristece. No voy a entrar en una de mis teorías conspiratorias, si lo hiciera pensaría que le entristece que me marche sin vender el puto terreno.

—Oh, cuánto siento escuchar eso, querida.

—Aún no he aceptado el testamento.

—¿Qué estabas buscando ahí? —Me sorprende dándole un giro a la conversación. Señala una vitrina del salón. Desmonté hace días sus cajoneras pensando que podría haber más compartimentos secretos. No volví a montarlo.

—Eso... He desmontado las cajoneras. Supongo que buscaba más sorpresas.

—No busques más.

—¿No habrá más fotos o chantajes?

—No, no hay más. En cuanto a eso... George se lo merecía. La engañó, la apartó de su vida con mentiras. Ese hombre es despreciable. Ella solo buscó la manera de beneficiarse en su trabajo. No es lo más ético, pero...

—No, sin duda no es muy ético, profesionalmente hablando.

—Chloe, escúchame, te hablaré como si fuera tu abuela. Ahora ya sabes quién era Caroline. No busques más, no lo hay. Ella era así... No te he ocultado nada. Yo la quise mucho. Nos escuchábamos y pasábamos buenos momentos. No te diré que me siento orgullosa de las cosas que hizo, pero nunca me metí en su vida. Ella era feliz, al menos consiguió serlo durante muchos años. Adoraba su trabajo y se ganó una buena reputación en este pueblo. Adoraba esta casa y el terreno. Allí pasaba horas.

»Ahora ya sabes quién es. Me hubiera gustado poderte contar algo más bonito en cuanto a su

vínculo contigo, pero no lo hay. Esa era ella. Cierra esa herida o lo que sea que pudiera haberte creado enfrentarte a ella. Acepta esa herencia, querida. Es tuya. Puede que ahora no puedas valorarlo, pero nunca se sabe qué te depara el destino. No vendas ese terreno, no lo hagas. A nadie. Quédatelo. Deja que pase el tiempo.

No puedo contener las lágrimas. Estoy demasiado sensible. Catherine extiende sus brazos y yo me cobijo en ellos mientras doy rienda suelta al resultado de ese caos y ese dolor que me envuelve.

Parte de ese dolor, el más agudo, se llama Andrew.

Capítulo 73

Andrew

Mi abuela tiene un don, siempre lo ha tenido. A veces creo que es capaz de meterse en la mente de las personas. Desde que era pequeño siempre ha conseguido que «sus frases», esas que deja caer y que jamás se molesta en aclarar, incluso es capaz de negar que las ha pronunciado, den vueltas en mi cabeza durante horas, o días... En este caso son dos días, los que hace que hablé con ella por última vez, tras quedarse a solas con Chloe en su casa.

Consiguió que me riera a carcajadas sobre sus comentarios sobre el estado de la casa, y también que me sorprendiera cuando me aconsejó que me deshiciera de algunos trastos, como los llamó ella.

Pero su frase llegó al final, cuando se despedía.

—Chloe me ha dicho que pronto se marchará.

—Sí, así es.

—Tú también te marcharás algún día...

—Sí, también.

—¿Los dos os marcháis?

—Así es, abuela.

—¿Todo lo que habéis compartido se desvanece sin más?

—¿Qué quieres decir, abuela?

—Buenas noches, cariño.

Esa frase me ha torturado. No sé qué sabe mi abuela, pero solo hay dos personas que le han podido hablar de Chloe y de mí. Paul y la misma Chloe. A Paul lo he descartado, ya lo he interrogado y me ha jurado que él no ha dicho una sola palabra. Solo puede ser Chloe... Pero me extraña.

Podrían haber sido los padres de Olivia, pero sé que no hablan con los míos, así que no han podido contar nada de lo que les haya contado su hija.

Solo queda Chloe. ¿Le contaría algo ella? Mi abuela lo niega, se hace la loca; ya lo he intentado.

No sé qué le ha contado ni si lo ha hecho, pero esa frase me ha hecho pensar tanto...

Todo lo que hemos compartido se desvanece...

Eso parece. Mucho más en los últimos dos días, que parece algo más distante. La noche que nos visitó la abuela hizo planes con Natalie, ayer también.

—Pronto me iré, Andrew, tengo que dejar resuelto todo lo que pueda para que Natalie no tenga problemas —me dijo ayer, cuando le pedí el portátil como excusa para acercarme a ella y

le reproché cariñosamente que no pasara la noche conmigo.

Recordarme que se va a marchar pronto y que el tiempo que le queda se lo quiere dedicar al trabajo... me escuece, y mucho.

Pero... hoy sé que está en casa y no puedo soportar más la distancia.

No pienso forzar ninguna situación. Si eso es lo que ella desea... Al fin y al cabo, la despedida será menos dura y... quizás deba ser así. Ella tiene sus planes y yo los míos. Y si quiere que pasemos estas semanas juntos... tampoco me opondré.

Entonces, ¿por qué me tortura la frase de mi abuela?

Entro en su salón, después de casi romperme la crisma con la valla. Hoy no he estado muy acertado en el impulso.

Está sentada en el suelo manipulando un cajón.

—Hola.

—Hola —me sonrío.

—¿Dónde está mi portátil? —Me pregunta concentrada en el cajón.

—En casa, se me ha olvidado traerlo.

—¿Todavía no te has comprado uno?

—¡Eh! Me lo rompiste tú, no puedes exigirme algo así.

—¿Yo? Se te resbaló a ti, capullo. Y... no pienso comprarte ninguno, pierdes tu tiempo. No es buena idea intentar negociar conmigo, Andrew. La respuesta es no.

Es raro el tema que está planteando, no la entiendo muy bien.

—¿Quieres que vaya a buscarlo?

—Vale.

¿Cómo hemos llegado a esto?

Desaparezco por la puerta principal, no voy a volver a saltar.

No parece importarle nada más que el cajón. ¡Maldita sea! Esto es un puñetero y constante quebradero de cabeza.

Cuando llego al salón de mi casa, decido serenarme, no voy a correr con el portátil. Puede que si me retraso venga a buscarme.

Es una idea bastante tonta, pero...

Puede que no haya sido mala idea venir a buscar el portátil, había olvidado que debo modificar la agenda de la clínica. Nancy se somete por fin a la operación y quiero estar en el hospital de Londres ese día, por suerte no se trata del hospital del que tantos buenos recuerdos tengo. David ha hecho posible que el trámite se agilice debido a que el hospital en el que trabaja mantiene acuerdos con el de Londres. Me ha echado una mano.

Le envió un mensaje interno a Helen para que modifique la agenda desde la aplicación de la clínica.

Cierro la aplicación y recuerdo algo que me hace acceder de nuevo a ella. Lo consulto y antes de cerrarlo, se abre una ventana en mitad de la pantalla que me impide continuar.

Se trata de una alerta de mensaje de otra aplicación.

El nombre indica que se trata del bufete de Nueva York.

¿Será el que estaba esperando? ¿El del contrato? No ha vuelto a mencionarlo.

No, no, Andrew. No puedes hacerlo.

Pues lo hago.

Abro el mensaje. Me pide una contraseña. Se acabó. Claro que... ¿No usará la misma... la de su fecha de nacimiento?

Tecleo los ocho dígitos y... ¡Acierto!

Tuvimos una conversación sobre esto, sobre la importancia de las contraseñas. Lo admitió y se propuso hacer cambios, pero veo, para mi suerte, que no lo ha hecho.

El único correo no leído aparece en la pantalla.

Pulso sobre él y encuentro una explicación de un tal Steven Ford pidiéndole que firme de forma electrónica los documentos y los envíe con brevedad. Le recuerda que no le va a dar ni un solo margen de error y que, si no llegan a administración en dos días, tal y como le dijo en la conversación mantenida telefónicamente, se tomarán medidas.

Debe ser lo que a ella le enfadó tanto. Y con razón. Al final va a resultar que Olivia no es el único angelito en ese bufete.

Dos de noviembre. Esa es la fecha de incorporación.

Al final se adjuntan unos documentos que ocupan seis páginas y otra carpeta con el título: reserva vuelo.

Ahí está todo su viaje organizado.

Se va a Madrid.

Se va...

Tiene que firmar esos dichosos documentos.

¿Cómo lo voy a hacer para que no sepa que lo he consultado?

Me he metido en un lío, tendré que decirle que he pulsado por error. ¿Y la contraseña?

Qué más da. Le diré la verdad.

Se va, se va a Madrid.

Siento un dolor en el pecho que hace que me impulse hacia delante. Desaparece, pero quedan las secuelas. Y esas se van a instalar para siempre.

Coloco el ratón sobre el mensaje.

Busco una opción concreta.

La encuentro: «Eliminar».

Dos segundos después me indica que el mensaje ha sido eliminado correctamente.

Acabo de cometer una locura, una auténtica locura.

Capítulo 74

Chloe

Andrew ha llamado al timbre esta vez, no ha saltado la valla. No es que tenga importancia, pero... hasta eso ha cambiado.

Intento mantenerme serena cuando está a mi lado, pero en cuanto lo veo mi cuerpo reacciona de todas las maneras que conoce.

He intentado alejarme de él, pero no me sirve de nada. Si me quedo en el despacho, no lo puedo apartar de mi cabeza, si salgo con Natalie, como hice hace dos noches, lo único que consigo es que me pregunte si estoy bien o si estoy en otro mundo.

Me dolió tanto lo que escuché aquella tarde en su casa...

Es todo tan confuso.

Al menos, después de hablar con Catherine, pude eliminarla de la conspiración. Ella me recomendó que no me deshiciera del terreno, que debo pensar en el futuro. Sé que tiene razón, pero en este momento solo desearía prenderle fuego.

Andrew se ha convertido en una persona muy importante para mí, pero me engaño creyendo que es recíproco. Él tiene claro, desde hace tiempo, que lo que surgió entre nosotros era algo pasajero, con fecha de caducidad. Ahora que sabe que me marchó, simplemente lo acepta sin más. Claro que, no parece contento. El terreno sigue sin pertenecerle, aún no he aceptado la herencia y me marchó en poco tiempo. Por eso se muestra tan serio y malhumorado. Aunque a veces, solo a veces, parece el mismo de antes.

—Aquí lo tienes. No volveré a pedírtelo.

—Puedes pedírmelo cuando quieras, pero te aconsejo que te compres uno. Muy pronto no podré prestártelo.

—¿Tienes ya una fecha?

—No, aún no me han enviado el contrato, pero no tardarán. Creo que será algún día de la primera semana de noviembre.

—Aún nos quedan unos días juntos.

Hasta este momento le he dado la espalda. Llevo una hora y media intentando arreglar el cajón que he estropeado.

Ese tono de voz hace que me dé la vuelta.

—¿Estás bien? —le pregunto. Tiene un aspecto terrible. Está muy pálido.

—Estoy bien, pero no quiero hablar de cuando te marches.

Me pongo en pie sin dejar de mirarlo. El corazón empieza a latirme con fuerza y creo que se ha dado cuenta.

Se acerca a mí lentamente, me acaricia una mejilla y me enfrento a unos penetrantes ojos de color miel.

Andrew junta los labios en una suave línea y se acerca lentamente para besarme.

Es lento, es suave, y el contacto entre nuestros labios solo se puede definir como «caricias».

A fuego lento. Así transcurre todo el tiempo que permanecemos pegados el uno al otro. En el salón, en la cama, y para finalizar en el jacuzzi.

Se me olvidan las dudas, los silencios, el terreno, las estrategias, las conspiraciones...

Se me olvida todo cuando siento que está dentro de mí.

Se me rompe el alma cuando siento que se aleja.

Joder, jamás antes había sentido algo parecido.

Ha sido diferente, como si fuera la última vez, como si ambos quisiéramos aferrarnos a un último momento.

Quizás lo sea.

Capítulo 75

Andrew

Salgo aliviado de la consulta. Hoy ha sido un día de mucho trabajo y mis fuerzas están al límite. No he descansado las dos últimas noches.

Me despierto con mucha frecuencia y cuando miro a Chloe o siento que se mueve, me corroe la culpa.

Cuando eliminé el archivo, lo hice sabiendo que eso podría suponer su despido. No quiero que se marche, pero ¿qué derecho tengo yo a interferir en su vida profesional?

Puede que hoy se lo cuente todo, no puedo seguir así. Quizás esté a tiempo de arreglarlo. Me inventaré cualquier excusa...

¡Menudo lío!

¿Qué coño me está pasando? No me imagino ninguna situación anterior en toda mi vida en la que se me hubiera cruzado por la cabeza hacer algo así.

—Andrew... —escucho decir a mi espalda, justo cuando me disponía a entrar en mi coche.

¡George!

Lo miro algo confundido, no recuerdo haber hablado con ese hombre más que una vez, en casa de mis padres, años atrás.

—¿Disculpe?

—¿No me reconoce? Soy George Hill, el padre de Olivia.

—Le he reconocido, lo que no sé es por qué se dirige a mí.

—Hemos estado a punto de ser familia, no debería ser tan amargo conmigo.

—¿Familia? Pasé dos veces por la cama del apartamento de su hija, señor Hill. ¿A eso lo llama familia?

—No debería ser tan grosero, he venido a disculparme.

—Vaya, eso es interesante.

—Olivia me ha contado el episodio que vivió el otro día. Sigo sin creerme que nos involucrara a mí y a mi esposa en algo tan retorcido y... En fin, no quiero cebarme con mi pequeña. Ella no está bien, está sometida a mucha presión y mucho trabajo, de ahí que dijera todas esas tonterías sobre... No quiero ni mencionarlo.

—¡Ah! ¿Entonces no era verdad? Vaya con Olivia, imaginación no le falta. Algo más que sé de ella. Es que las dos veces que nos acostamos... no pude comprobarlo.

—Estoy siendo amable, señor Ransey, le pido que no ofenda a mi hija.

—Su hija se ofende sola, señor Hill. En cuanto a sus disculpas, las acepto. Ya decía yo que... esa historia era poco creíble. ¿Qué clase de padres harían algo así? ¿Convencer a su hija para que se acueste con el hijo de unos buenos amigos para obtener una venta de un... simple

terreno? ¿Y qué clase de mujer lo aceptaría? Eso es de locos. Ni que el terreno valiera tanto... ¿Lo vale, señor Hill?

—Margaret está enamorada de ese lugar, es todo.

—Ya me imagino que no hay un proyecto millonario detrás —Me echo a reír y le golpeo suavemente el hombro—. Se lo haré saber a mis padres. Se alegrarán de comprobar que son una familia «normal» y que todo ha sido un malentendido fruto del estrés de su angelical hija.

—Mi hija perdió los papeles, la presencia de esa americana —pronuncia con desprecio— le hizo perder los nervios.

—¿Americana? No la llamé así, señor Hill. Ese tono es algo despectivo. Es la hija de Caroline Turner, tengo entendido que eran amigos... buenos amigos... ¿O no?

Me mira fijamente y guarda silencio.

—Aléjese de mi familia, de toda, incluida la «americana». Y no vuelva a molestarnos con ese terreno. Los planes que tenemos, no le incluyen. Y... trasmitale a su hija, lo mismo. Y ahora, si me disculpa, tengo que marcharme.

Capítulo 76

Chloe

—No creo que en ningún libro de todos los que hay en la librería haya una historia como esa — señala Paige entre risas. Sé que quiere animarme.

—Mucho menos basada en hechos reales.

—Tienes en tu mano contar una historia exclusiva.

—Quizás me anime a escribirla. Veamos... Podría empezar de la siguiente manera. Había una vez...

—Una joven y talentosa abogada que, tras una ruptura con un novio por recibir una propuesta inesperada y fuera de lugar... —Se anima Paige a relatar.

—Y la traición de una amiga que nunca fue amiga... Se traslada, siguiendo un impulso, a la ciudad de Londres para trabajar en un bufete cuya coordinadora principal es exactamente igual a las brujas malas, las peores, las de cuento infantil. El novio de la bruja, que resultó no ser su novio, la besa en mitad de la calle, delante de las narices de la bruja, que... indignada y rabiosa decide lanzar su veneno sobre la joven abogada, alias «la becaria». La madre biológica de la becaria, desaparecida durante casi treinta años, contacta con ella para pedirle un encuentro y para contarle que se está muriendo. La joven abogada acude al encuentro, al funeral y a la apertura de su testamento, convirtiéndose en su única heredera.

»El veneno de la bruja empuja a la abogada a trasladarse a Tetbury, ocupar el puesto de abogada de la madre ausente y la casa de la misma, situada frente a un terreno, también incluido en el legado, que cobrará un gran protagonismo. La vecina resulta ser una anciana encantadora, abuela del novio que no era novio de la bruja. El novio «no novio» resulta ser médico y trabaja en el hospital donde la anciana y la joven abogada son trasladadas para ser atendidas después de un accidente provocado por una imprudencia de la anciana. Y... el médico guapo se convierte en el vecino de la joven abogada. Y...

—Se enamora de él... ¡Cuenta bien la historia!

—Con el paso del tiempo —continúo después de suspirar— la abogada y el médico, una vez resueltas sus diferencias, se unen para disfrutar de... la vida, pero la aparición de la bruja lo cambia todo cuando confiesa haber urdido un plan junto a sus padres para convertirse en novia real del médico y obtener la venta de un terreno que vale millones de... libras. Millones que afectan al médico hasta el punto de intentar obtener la parte de la abogada a cualquier precio.

—La abogada descubre, entre medias, un pasado algo «oscuro» de la mujer que la parió; pasado que se entremezcla con el padre de la bruja, el más interesado en adquirir los terrenos, también ex amante de la madre biológica de la abogada —continúa Paige.

—Y el médico, que solo quería divertirse con la abogada el tiempo que permaneciera en el pueblo, está dispuesto a cualquier cosa por adquirir el terreno de la discordia. Le promete a un

socio que hará lo posible por convencer a la abogada y hasta se alía con el padre de la bruja.

—¡Un momento! Eso último, no me lo has contado —me interrumpe Paige.

—Ha sido hace un rato. Cuando he salido del despacho, he pasado cerca de la clínica y he visto a Andrew delante de su coche hablando con George Hill. Me he detenido cerca para observar sin ser vista. Han sido solo unos minutos, pero he podido ver cómo Andrew le daba una palmada en el hombro y se echa a reír.

—Y eso significa...

—Que tiene alguna relación con él, deduzco que tendrá que ver con el terreno. O... quizás hay algo más, algo que se me escapa y que, sinceramente, ya no quiero saber, Paige.

—Es una historia compleja y completa, no le falta de nada. Escuchando cómo la narrabas, me parecía cada vez más rebuscada. Siento que tengas que vivir esto, Chloe.

—¿Por qué mi padre no me contó que le dio dinero a Caroline? Tú... dices no saber nada, ¿cierto?

—Chloe, no te mentaría. Tu padre jamás me habló de ese tema. No lo hablamos más que un par de veces, no era un tema que, a él, a esas alturas, le preocupara. De todas formas, cuando llegó contigo a Nueva York, tardó poco en adaptarse a su nueva vida y Caroline dejó de existir. Durante un tiempo, los dos primeros años, estaba más pendiente de si se le ocurría aparecer en tu vida, pero pronto dejó de preocuparse. No entiendo la vida que eligió esa mujer. Esos embarazos..., su chantaje con esas fotos...

—La parte de Caroline no la hemos incluido con detalles en la novela.

»Ahora ya sabes quién era, tal y como te dijo Catherine. No hay una historia preciosa detrás: hay lo que has descubierto. Cierra esa puerta y sigue adelante. Pronto te irás a España, aunque sé que no es lo que más desees, pero creo que tu falta de ilusión se debe más a Andrew que al trabajo en sí. Fue bonito mientras duró, Chloe, pero hay muchas cosas que os separan. Tú te has enamorado de él, lo que sientes es muy fuerte. En poco tiempo has sentido algo muy intenso, pero creo que él, basándome en todo lo que me has contado, no lo ve de la misma forma. Creo que ese terreno le importa mucho, a pesar de que su familia no piensa de la misma forma. No creo que Catherine se lleve una alegría cuando se entere de que está negociando la venta. Si es que tú se lo vendes.

—No, no lo voy a hacer. Voy a aceptar la herencia y a dejarla donde está. Ahora me resulta difícil tomar decisiones, lo haré más adelante, cuando sienta de otra forma. Ahora estoy hundida. Cuando le tengo delante solo pienso en estar cerca de él, en no separarme nunca y daría cualquier cosa por borrar todo lo malo y por entrar en su cabeza y saber si, al menos, algo ha sentido por mí.

—Puedes hablar con él, Chloe. No tienes que marcharte sin tener esa conversación. La verdad es la verdad, aunque duela.

—No lo sé... eso todavía no lo tengo claro. Veré qué ocurre, pero desde que lo he visto con ese hombre... No creo que merezca la pena. Entre Andrew y yo siempre ha habido una línea trazada. Cuando nos acercábamos, saltaba una alarma que nos alertaba y nos hacía retroceder.

—Tú también lo hacías.

—Sí, en un principio era una forma de protegerme, pero después era la forma de decirle «no te preocupes, yo pienso igual que tú».

—Y pasito a pasito, te has enamorado.

—Me he... enamorado, Paige, de la persona equivocada, pero... me he enamorado. ¿Qué más me puede pasar aquí?

—No creo que mucho más.

—Se acaba el tiempo, él quiere ese terreno. Supongo que veré cómo da un paso más. No puede permitir que se acabe el plazo y yo me marche sin salirse con la suya.

—¿Un secuestro? ¿Una extorsión en toda regla?

—Ya nada me sorprendería.

Nos echamos a reír y proponemos situaciones disparatadas. Después de despedirnos, me siento mucho mejor.

Decido entretenerme con una información que necesito obtener para un caso que se presentó la semana pasada.

Me apodero de mi portátil. No sé por qué se me dibuja una sonrisa cuando me acuerdo de las veces que él me lo ha pedido.

Llega la sorpresa cuando descubro un mail del bufete.

Cierro los ojos y siento un escalofrío. Ha llegado el contrato.

Abro el archivo y siento que se me nubla la vista.

No se trata del contrato... ¡Me han despedido!

Capítulo 77

Chloe

Lo he leído más de veinte veces en la última media hora, y también he intentado localizar a Steven, la persona que lo firma, pero no ha atendido mis llamadas.

Me da vueltas todo, no consigo entenderlo ni asimilar que me han despedido.

El sonido de mi móvil me sobresalta. Steven me devuelve la llamada.

—Chloe, ¿has intentado hablar conmigo? —Su tono de voz es frío, como el acero.

—Sí, claro que lo he intentado, ¿te sorprende? ¿Qué significa lo que me has enviado?

—Creo que está claro, Chloe. Baker & Finnian ha decidido poner fin al vínculo contractual que manteníamos; prescinde de tus servicios.

—¿De qué coño vas, Steven? ¿Por qué?

—Baja el tono, Chloe —me advierte con su característico control—. ¿Me preguntas por qué? ¿Ahora juegas a hacerte la ingenua? Se te olvida firmar el contrato, le das prioridad a otros asuntos y ahora te quejas.

—¿Qué contrato? No me has enviado nada, llevo días esperándolo.

—Chloe, no es el momento de juegos. Te lo avisé —Se aclara la voz—. Eres la única en tu sección que ha rechazado mil veces las rotaciones en las delegaciones europeas, pero te lo he permitido porque estabas pasando un mal momento con la muerte de tu padre. Un año después seguías sin decidirte y cuando lo haces lo único que recibo son quejas sobre Hill y una petición de excedencia para ocuparte de una madre que... ni siquiera sabía que existía. También te lo concedí, pero te dije que en noviembre debías cumplir con tu incorporación a Madrid y hace días te lo recordé. Te avisé de que, si no devolvías el contrato en un plazo inferior a cuarenta y ocho horas, podías considerarte en la calle. Eres tú quién ha elegido. No puedes reprocharme nada, he tenido contigo un trato muy generoso y siento que has abusado.

—Yo no he recibido ese contrato —alzo la voz.

—Chloe, se te envió hace dos días, el seis de octubre a las 19:14 horas, y fue leído a las 19:21 horas. Sabes cómo funciona nuestro correo y que tenemos confirmación de recepción y de lectura.

—Te digo que no lo tengo. Lo estoy comprobando de nuevo mientras hablo contigo y no hay nada.

—Chloe, no voy a discutir.

—Si ha habido un error, ¿no te parece más justo intentar subsanarlo? Envíame ese contrato ahora y te lo devuelvo firmado en cuanto lo lea... Te aseguro que yo no lo he recibido.

Steven guarda silencio unos segundos que se me hacen eternos, pero que me crean algo de esperanza.

—Chloe, la decisión está tomada Ese archivo está recibido y leído, no tenemos más que

hablar. Te deseo lo mejor, Chloe, podrías haber llegado muy lejos, pero has antepuesto tus asuntos personales una y otra vez y no te he visto interesada en ascender ni un solo peldaño. Si me disculpas, entro en una reunión.

Soy la primera en colgar.

Me siento impotente y frustrada. Es una situación tan injusta...

El cuerpo me tiembla, las lágrimas empiezan a salir desbocadas y mi cabeza es un enjambre de ideas desordenadas.

Andrew aparece en el salón, se me olvida todo lo que he descubierto de él y corro hacia él para derrumbarme en sus brazos.

Capítulo 78

Andrew

Si no fuera porque me siento sucio, un traidor, y un cobarde, habría recibido ese abrazo como si se tratara de un elixir que alarga la vida. Pero no puedo, mucho menos cuando veo en el estado en el que se encuentra.

No me atrevo ni a pensar que he sido el causante de que su carrera se vaya al traste. ¿Cómo me sentiría yo si alguien manipulara mi contrato con el hospital de Oxford?

—Lo que menos comprendo es que le hayas aclarado que no tenías el contrato y no te haya creído o haya intentado enviártelo de nuevo.

No sé por qué sigo siendo tan ruin y le pregunto algo así. Sé la respuesta. Precisamente el plazo de dos días con amenaza de despido, fueron los que me motivaron a eliminar el archivo.

Sé que debería confesarle mi implicación, pero no estoy preparado para enfrentarme a su desprecio y a su odio. No, ahora que la tengo en mis brazos, acurrucada sobre mi pecho, permitiéndome que aspire el aroma de su pelo y sintiendo que está aquí y que su marcha inminente ya no existe.

Puedo lidiar con mi culpa y mi egoísmo, pero no con ver su desprecio hacia mí en sus ojos. Desprecio que me merecería y que seguramente llegará cuando reúna el valor de confesárselo, pero de momento... no lo he reunido.

—Creo que eso da igual, Andrew. Tengo la sensación de que querían despedirme y han ideado la forma. Ellos saben que yo no lo he recibido, no pueden decirlo porque no es real, pero es una manera fácil y cobarde de quitarme del medio. Los reproches de Steven sobre mi trayectoria me lo han confirmado. Y el hecho de que hace unos días recalcara que debía firmar antes de dos días... me lo confirma. Creo que esa bruja, esa maldita mujer despreciable, ha debido hacer algo para influir en... vete a saber quién. Ha sido su forma de vengarse.

Si no supiera que Olivia no tiene la culpa, ahora mismo acudiría a Londres para estrangularla, pero sé que he sido yo. Claro que, independientemente de mi culpa, de mi repugnante acción, no entiendo que ese vínculo sea tan frágil, mucho menos después de tantos años trabajando para ellos.

—Lo que te ha reprochado, ¿qué ha sido?

—No voy a negar que no he estado al cien por cien durante el último año, pero la muerte de mi padre me hundió. Pedí un permiso de un mes y volví algo más recuperada, pero rota por dentro. Me preguntaba cómo iba a vivir sin él, no cómo podía ascender. Tampoco soportaba la idea de trasladarme a otra ciudad y alejarme de Paige o... en aquel momento, mis amigos, los que creía que lo eran.

—¿Y tu novio?

—También estaba por ahí.

Sonríó al escuchar la forma en que lo ha pronunciado y ella dibuja una efímera media sonrisa.

—No sé qué voy a hacer ahora, Andrew, esto lo ha cambiado todo. No me hago a la idea de que ya no trabajo en Baker...

—Chloe, acabas de enterarte, ahora es pronto, ya lo irás asimilando y encontrando el nuevo camino. De momento, tienes un trabajo, aunque no sea el de tus sueños, y no tienes que decidir nada todavía. Puedes seguir haciendo lo que haces y... ya lo verás.

—¿Quedarme en Tetbury?

—¿Por qué no? No se está tan mal.

—¿Me lo dice el que está deseando de que lo llamen de Oxford?

—Aún queda tiempo y... creo que no lo has entendido.

—Explícate bien.

—¡Quédate! —le suelto sin pensarlo, puede que sea un buen momento para dejar de jugar a no hablar.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que... te aclares o sepas lo que quieres. Hasta que te salga otra oportunidad...

—¿Hasta que te vayas a Oxford?

—¿Por qué no?

—Porque no...

Ha sido tan tajante que no he querido comentarle nada más.

—¿Un jacuzzi? —le pregunto cuando vuelvo a ver la angustia reflejada en su rostro y las lágrimas amenazan con salir de nuevo.

—¿Por qué no? —me susurra resignada.

Capítulo 79

Chloe

Pasar parte del día en Bristol está resultando ser un soplo de aire fresco, un bálsamo. Aunque sea sábado, he accedido a la reunión en el despacho del abogado que representa a la exmujer de mi cliente porque sabía que nos llevaría poco tiempo.

Y así ha sido. Apenas una hora. Las dos partes han llegado a un acuerdo, tal y como preveíamos. Estoy disfrutando de una mañana de compras por el centro de la ciudad, y de un paseo bajo unos generosos e insólitos rayos de sol.

Me han llamado la atención los gestos de cariño y atención que se dedicaban los dos examantes, solo enfrentados por la custodia de dos perros y tres gatos. Ambos han compartido risas y algún que otro abrazo.

El abogado de ella, risueño y con un gran sentido del humor, ha bromeado con ellos diciéndoles que, visto lo visto, podíamos aprovechar que estábamos todos reunidos para anular la petición de divorcio. Se han reído a carcajadas y ambos han compartido con nosotros que se querían mucho, pero que... «No había podido ser», refiriéndose a su continuidad como matrimonio.

He sentido un escalofrío al escucharlos. Sé que las historias son distintas en miles de aspectos, pero mi desenlace con Andrew es el mismo.

No puede ser.

Esa es la frase que resume mi historia de amor con él.

Pero todavía es... Todavía no se ha acabado oficialmente.

Sobrevive, se arrastra con agonía, pero se mantiene.

En cualquier caso, sobreviviendo, resurgiendo o agonizando, seguimos compartiendo momentos cuando llega la noche o el fin de semana.

Desde que me despidieron, cinco días atrás, se ha deshecho en atenciones conmigo, principalmente haciéndome reír, que es lo que más necesito, y preparando recetas de su abuela, no con los mismos resultados, como ayer, que quemó un pescado en el horno, pero con buenas intenciones; y jugando bajo las sábanas, o bajo el jacuzzi o sobre la alfombra... Incluso en una ocasión en el jardín, pero solo durante unos minutos, los que la lluvia nos permitió.

Sigo lidiando con todo lo que esconde Andrew. No solo aquella conversación con aquel hombre en su casa, sino con el hecho de que no me haya hablado de su encuentro con George.

No parecía algo formal, estaban en mitad de la calle, en un aparcamiento público. Entonces, ¿por qué no me lo ha comentado? En varias ocasiones he forzado el tema, de manera discreta, para invitarle a hablar de ese hombre o de la bruja, incluso he vuelto a referir la visita que me hizo al despacho para volver a ofrecerme la venta del terreno; no se ha pronunciado.

No puedo olvidarlo, pero estos últimos días... de alguna manera, lo he hecho. Me he

engañado un poco más, lo sé, pero necesitaba su cercanía y sus caricias como respirar, y sigo haciéndolo.

Ahora no tengo fechas, no tengo rumbo, estoy más perdida que nunca y me aterroriza pensar en «mañana».

Paige me ha aconsejado que me tome un tiempo antes de decidir qué quiero hacer. Puede que tenga razón, pero ¿qué significa tomarme un tiempo? ¿Seguir jugando con Andrew al juego de «estamos cerca» hasta que vuelva a ocurrir algo más? ¿Olvidarme de que sé el interés que tiene en ese maldito terreno? ¿Seguir jugando a que estamos bien mientras sé qué le mueve a permanecer cerca de mí?

No hay intimidad verbal entre nosotros, ni una profundidad a la hora de expresar qué sentimos, qué nos gustaría. No hay planes de ningún tipo más allá de lo que vamos a cenar esta noche o cualquier otra. Hay un muro de hormigón que cuando parece que lo vamos a cruzar suelta la red, nos atrapa y nos hace retroceder.

Esa es nuestra historia.

Sin trabajo, sin planes, sin las ideas claras...

Trabajo sí tengo, en el despacho de Caroline.

No he vuelto a hablar con Steven, excepto el mensaje que recibí al día siguiente en el que me reenviaba una copia del mensaje del conflicto, el mismo que él afirmaba que yo había recibido y leído.

Firmé el despido y recibí una justa compensación económica. Y ahí terminó una etapa de cuatro años dentro de mi carrera.

Siento tanta rabia...

Solo explico lo ocurrido aferrándome a la idea de que esa maldita mujer ha hecho algo que me ha perjudicado. Necesitaba vengarse, hacerme pagar por todo lo que le ha pasado.

Me detengo frente a un escaparate y decido que ha llegado el momento de renovar algo mi armario. Esta terapia solía practicarla con Madison, cuando estábamos con los ánimos por los suelos.

Una hora y media después, más rápido de lo que hubiera esperado, teniendo en cuenta que me ha costado encontrar mi estilo, salgo de la tienda con varias bolsas que contienen vestidos, pantalones y blusas.

Una visita a la peluquería y un almuerzo ligero rematan mi escapada de sábado a Bristol.

Cuando estoy a punto de entrar en el aparcamiento, me llama la atención una tienda con productos de informática. Su escaparate muestra todo tipo de ordenadores, entre ellos una amplia gama de portátiles de diferentes tamaños.

Puede que sea un regalo apropiado para Andrew. Nunca nos hemos regalado nada. Insiste en que yo se lo rompí, aunque sé que bromea.

Se me dibuja una sonrisa cuando imagino la guerra que me ha dado con el portátil.

Entro decidida a comprar uno de ellos cuando algo que me cruza por la cabeza hace que me detenga bruscamente.

El sonido de la puerta, una campana chirriante, vuelve a sonar cuando decido salir de la tienda, ante la atenta mirada de dos jóvenes dependientes.

Debe creer que me he equivocado, pero la realidad es que he sentido un calor que me subía

desde los pies y se instalaba en mi nuca cuando he pensado en el mensaje del bufete.

Consulto mi móvil a toda prisa y accedo a la aplicación del correo.

Abro el archivo y localizo la copia que me reenvió Steven. La fecha coincide con la que me dijo él. La hora, que es la que me interesa, indica que se envió a las 19:14 horas y la lectura... a las 19:21 horas.

Solo unos minutos después de recibirlo.

Es extraño. El correo interno que utilizamos en el bufete indica la confirmación de recepción y de lectura, es una herramienta imprescindible para nosotros.

Veamos, ¿dónde estaba ese día a esa hora?

Estaba en casa. Sí, lo recuerdo. Estaba arreglando la maldita cajonera de la vitrina.

Lo repaso todo mentalmente.

Andrew llegó, le reclamé el portátil. Se lo había prestado el día anterior. Fue a su casa a buscarlo y tardó mucho en volver, quizás una hora o más.

¿Coinciden las horas?

Durante el trayecto a mi casa, no dejo de pensar en lo que ocurrió ese día. He pasado de pensar en que ha sido la excusa del bufete para despedirme a que podría ser que sí lo recibiera.

Entro a toda prisa en casa. Son las tres de la tarde. El coche de Andrew no está, tengo entendido que trabajaba en la clínica durante la mañana y después se reunía con su familia en la casa de sus padres. Seguro que no volverá hasta que se tomen el dichoso té.

Abro el motivo de la discordia y accedo al historial de navegación.

Localizo la fecha y el intervalo horario.

A las 19:08 hay un acceso a una página. Es la clínica de Andrew.

A las 19:13 vuelve a haber otro acceso a la misma aplicación.

Justo un minuto antes de «supuestamente» recibir el mensaje del bufete, Andrew estaba trabajando en mi ordenador. No me dijo que fuera a utilizarlo, solo recuerdo que fue a buscarlo cuando se lo pedí...

Los mensajes del bufete aparecen en ventanas de alerta sea lo que sea lo que se esté utilizando...

Pero requieren contraseña. Solo se podría leer si...

¡La contraseña! Él la conoce. Es la misma que utilizo para iniciar la sesión. ¿Y si lo leyó y probó con la contraseña?

«De acuerdo», me digo en voz alta. Andrew podía haber borrado ese mensaje, pero ¿por qué?

En el supuesto caso de que hubiera sido él... ¿Cuál sería el motivo?

«Veamos, Chloe», sigo hablando en voz alta. Era un contrato. En la cabecera del mail, por lo que he visto en la copia, Steven me pide de nuevo que lo devuelva firmado y... ¡Necesito consultarlo de nuevo!

Bla, bla, bla...

Aquí. Este el párrafo que me interesa.

Revísalo y devuélvelo firmado a administración antes de dos días. Es el margen que tienes para estudiarlo. Pasados esos dos días, si no obtengo respuesta, tal y como te dije en la conversación mantenida vía telefónica, tomaré las medidas oportunas.

Eso es lo que podría haber leído él.

Andrew sabía que anteriormente Steven me había amenazado con despedirme si no firmaba el contrato. Algo que me molestó y que compartí con él.

El mensaje vuelve a recalcarlo...

¿Qué hizo?

¿Eliminarlo?

No tengo manera de saberlo, no aparece por ninguna parte. Si se elimina, desaparece.

Entonces, ¿por qué lo hizo? Si es que lo hizo.

No puedo probarlo, pero las pruebas actúan en su contra.

«Quería que no me marchara», concluyo.

Necesitaba tiempo para esa puta venta.

Eso es.

¿Y no le importó hacerme tanto daño?

No solo me ha hecho daño por haber perdido mi trabajo y haberle dado una patada a mi carrera, no. Hay otro daño, uno que ahora mismo hace que me lleve la mano al pecho y sienta las embestidas de mi corazón.

Capítulo 80

Andrew

—¡Qué guapo estás esta tarde! ¿Has quedado con Natalie, hermanito? —le pregunto a Paul cuando abandonamos la casa de mis padres para devolverle uno de los muchos tiros que él me ha estado lanzando durante el almuerzo con mis padres.

—No, hoy no. Voy a salir con unos amigos, estaremos en el Light Club, ¿te animas?

—No, no puedo, pero gracias.

—Supongo que no me dirás que tienes planes con Chloe...

—¿No te parece una buena excusa? —le pregunto con ironía.

—Teniendo en cuenta que va a salir con Natalie...

Palidezco en cuanto escucho esas palabras, pero intento que Paul no lo perciba.

—Ya lo sabía, he quedado con David.

—¿Estarás en Bristol, o vais a Londres?

—Aún no lo sé.

—Si cambias de opinión, me llamas.

Asiento con la cabeza. Llevamos tiempo planeando salir juntos una noche, pero hoy no es el mejor día. No esperaba este cambio de planes.

Cuando nos despedimos siento que el vacío del estómago va en aumento. Chloe no me ha dicho que tuviera planes.

Maldigo todo cuanto puedo. Hoy quería pedirle que cenáramos fuera de Tetbury y fuera de nuestras casas, pero he llegado tarde.

Menudo día. Si sigo así, acabaré mal. Si los remordimientos y la culpa que siento por el despido de Chloe no fueran suficientes, he tenido que escuchar las lamentaciones de mis padres en cuanto se han enterado.

Mi abuela me ha preguntado cuándo se marchaba Chloe, estaba al corriente de su marcha a Madrid, y me he visto obligado a contárselo. He sido breve, sin entrar en detalles, pero se me ha ocurrido la brillante idea de decir que estaba muy afectada.

¡Pobre chica!

Esa ha sido la frase de cabecera precedida de lamentaciones respecto a su madre muerta, al poco tiempo que han estado juntas, bla... bla... bla... Mis padres conocen poco de la historia, pero lo poco que saben no dejan de comentarlo.

Mi abuela se ha mantenido al margen de las lamentaciones, pero sí se ha añadido a la conversación realzando la personalidad de Chloe y lo mucho que le gusta.

He compartido con ellos mi encuentro con George, pero solo he conseguido que volvamos a

hablar de lo mismo: de Olivia, del dichoso terreno, del proyecto de construcción... Ese fue el motivo por el que no le hablé a Chloe de ese encuentro; porque me confesó en algún momento estar saturada de todo.

Mis padres no han tenido noticias de los Hill ni creo que las tengan, al menos de forma directa. Me han contado que se encontraron en la inauguración del Club Gastronómico de Tetbury, el tipo de eventos al que suelen acudir mis padres como invitados; también mi hermano y yo recibimos ese tipo de invitaciones, pero solemos declinarlas casi todas. Paul tiene más raíces en Tetbury, así que siempre bromeamos con que debe ser él el que asista.

El encuentro entre mis padres y los de Olivia fue discreto. Ambos respetaron la distancia, pero emplearon unos segundos de su tiempo para saludarse cordialmente y así no llamar la atención del resto de invitados. En Tetbury se suele estar pendiente de ese tipo de cosas.

En conjunto, he sentido en muchos momentos que estaba algo sobrepasado por darle tantas vueltas a lo mismo.

Ahora me siento como un globo a punto de estallar. Mi único consuelo era reunirme con ella esta noche, pero no va a poder ser.

En cuanto llego a mi casa y consulto mi móvil, me encuentro con dos mensajes. Uno de Chloe.

Esta noche salgo con Natalie.

Ni un simple muñeco de esos espantosos le ha añadido... Escueta, muy escueta.

Eso me centrifuga el estómago obligándome a tumbarme sobre la cama en busca de un poco de relajación.

El otro mensaje es de David.

¿Hoy también tienes trabajo?

¿Otra inauguración de un club?

¿Tu abuela te necesita?

¿Estás reparando la valla del jardín?

¿Un paciente ha llamado a tu puerta?

¿Asistiendo un parto?

¿Podemos salir, o hay alguna excusa nueva? Estoy en Gloucester.

Me echo a reír por todas las excusas que ha enumerado, algunas se las he proporcionado yo en otras ocasiones. Chloe ha ocupado todo mi tiempo.

Aun así, me siento culpable de no encontrar un solo momento para él.

No estoy de humor para salir. Me quema por dentro lo que le hice a Chloe y no puedo sacarlo de mi cabeza. Me está destrozando, mucho más sabiendo que no voy a ser capaz de confesárselo... Pero debería salir.

Puede que la propuesta de David haya llegado en el mejor momento, pero desconozco qué planes tiene y no a todos soy capaz de sumarme.

Le escribo un mensaje:

No soy buena compañía.

Nunca lo eres. ¿Estás bien?

No, no estoy bien, no te voy a mentir.

¿En Bristol? ¿Dentro de una hora y media?

¿Estás seguro? La historia es larga.

Estoy seguro. ¿En Honey Hall?

Allí estaré.

Capítulo 81

Andrew

David, puntual como siempre, ya se encontraba en Honey Hall, un pub al que hemos acudido en varias ocasiones coincidiendo con mi estancia en Bristol, durante el tiempo que trabajé en el hospital. David tiene un pequeño apartamento en Gloucester, a unas treinta y cinco millas de Bristol. En él se aloja un día a la semana, el que colabora en una clínica privada de la que recientemente se ha estrenado como socio. Para solventar la distancia con Brighton, su residencia habitual y la ciudad que acoge el hospital donde trabaja, se vio obligado a alquilar un pequeño apartamento que muchas veces nos ha servido de refugio.

David está felizmente casado, pero hasta llegar a ello vivió una accidentada y compleja historia de amor. Quizás ese sea el motivo por el que me he animado a contarle la mía con Chloe. Me quema dentro y necesito expulsarla, y solo David puede escucharme y entenderme; son muchos años de amistad y de complicidad.

Una vez estuve yo en el otro lado, escuchándole y aconsejándole, en la medida de lo posible, sobre sus conflictos con Ashley. Hoy, aunque en otro contexto muy distinto, le toca a él aguantarme.

Nos ponemos al día sobre diferentes aspectos de nuestras vidas antes de meternos en el tema que necesito compartir con él.

—Soy todo oídos. ¿Problemas con la clínica? ¿Con Paul? ¿Tus padres? ¿Otra vez la pesada esa de...? ¿Cómo se llamaba?

—Debes referirte a Olivia —le aclaro negando con la cabeza. David está al corriente de la etapa en la que me sentía acosado por ella.

—¿Tu abuela? ¿Oxford?

—Se llama Chloe, Chloe Handley. Es neoyorkina, como tu chica.

—Me alegro que no esté delante Ashley. Ella es de Los Ángeles.

—Es cierto, no me acordaba —. Nos echamos a reír—. ¿No te sorprende?

—No, pero tenía ganas de que me lo contaras. Llamé a Paul hace unas semanas para preguntarle a qué se debían tus excusas. Me dijo que había una «americana» preciosa que te tenía muy ocupado.

—Paul no me ha contado nada. Vaya, me encanta que habléis a mis espaldas —le digo sonriendo. David conoce a toda mi familia, igual que yo a la suya.

—Hablé con él para una consulta que le hice sobre un antiguo paciente de la clínica. Si te digo la verdad, lo que me dijo lo interpreté como una aventura cualquiera, una de tantas.

—Seguramente lo sea, pero... han pasado muchas cosas, cosas que no te vas a creer. Es un cúmulo de circunstancias sin sentido, forzadas, casualidades... Un puñetero caos.

—¿Desde el principio?

—Voy a pedir más cerveza —le digo dirigiéndome a la barra y saludando al dueño del pub; un antiguo amigo de la infancia.

Me lleva más de una hora poner a David al corriente de todo lo ocurrido en los últimos cuatro meses. Desde aquel día de junio en la que le «robé» el taxi, hasta ayer mismo, cuando cenamos un pescado que carbonicé en el horno.

No me he dejado ni un solo detalle: Olivia y sus padres, el terreno, la relación de Olivia con Chloe en el bufete, el enfrentamiento... Hasta llegar al despido.

David me ha escuchado atentamente, interrumpiéndome alguna vez para que le aclarara algo que, como era de esperar, se escapaba de su entendimiento.

Creo que no me he dejado nada.

—Y yo que creía que mi historia con Ashley era complicada... —Menea la cabeza y desaparece en busca de más cerveza.

Cuando vuelve, se acomoda en el asiento y me sonrío de forma irónica.

—¿De verdad la han despedido por ello?

—Sí, al menos ese ha sido el detonante.

—No parece un motivo muy lógico, podría demandarlos. ¿Se lo ha planteado?

—¿Demandar a un bufete compuesto por un ejército de abogados?

—No parece buena idea. ¿Por qué lo hiciste, Andrew? Sé que querías que se quedara, pero me parece muy fuerte, no es propio de ti.

—Es que no lo pensé. Ya sabes que a veces actúo de forma impulsiva, y esta es una de esas veces.

—Es su trabajo... Aunque no alcanzo a comprender que la despidan por un error así, su carrera puede haberse visto muy dañada.

—Lo sé, David, y te aseguro que mataría por volver atrás. No sabes cuánto me arrepiento.

—¿Ella está bien?

—Ella tiene muchas cosas en la cabeza por todo lo que ha pasado y por el asunto que te he contado de su madre, pero esto le ha hecho daño.

—¿Qué planes tiene?

—No lo sé, no hablamos de ello.

—Me has contado una historia llena de personajes y tramas rocambolescas, pero no me has hablado de ti, de lo que sientes.

—No... sé qué decirte. Saca tú las conclusiones. Estoy cansado de casualidades y... de ese muro que tenemos siempre delante.

—¿Qué hace ese muro?

—Nos impide acercarnos. Yo no lo hago porque creo que ella está cómoda con ese muro. Sexo, risas, una trama de misterio... De eso tenemos para aburrirnos, pero la parte más... —Me detengo. Es curioso que no haya parado de hablar y ahora, ante esa pregunta, me falten las palabras.

—¿Emotiva? ¿Sentimental?

—Sí, supongo que se llama así.

—¿No has hablado con ella nunca de ese tema?

—No es algo que tenga un hueco entre nosotros. No me involucro en su vida, ni ella en la mía. No hablamos de planes, ni nos decimos lo que sea que sentimos. No hay palabras íntimas, cariñosas, o cualquier cosa que requiera un mínimo de profundidad.

—¿Te gustaría?

—No lo sé, David. Esto está por encima de mis capacidades, al menos de las de entendimiento. Solo lleva unos meses en mi vida, pero estoy completamente agotado de este alejamiento y acercamiento constante. Es un baile dañino.

—El diálogo suele ser muy buen aliado en estos casos de tantas dudas.

—No veo en ella que podamos hablar de esa manera. Chloe vino aquí con un propósito y si no se ha marchado aún es porque la han despedido, pero cualquier día cuando se sienta mejor, cogerá el primer vuelo a Nueva York y me dirá que ha sido un placer conocerme, que estaría encantada de enseñarme Nueva York y que espera que seamos buenos amigos y nos felicitemos en nuestro cumpleaños o con motivo del año nuevo.

—No corresponde con lo que me has contado. ¿Y si ella piensa como tú?

—Si alguien ha dado un paso de vez en cuando, he sido yo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. No puedo vivir con la sensación de que la han despedido por mi culpa, pero tampoco puedo contárselo.

—¿Y si le cuentas lo que sientes por ella antes?

—Es que no sé lo que siento.

—Vamos, Andrew, te has enamorado. Estás loco por esa mujer, ¿no eres capaz de reconocérmelo?

—Es que ya no sé lo que siento.

—Hasta que no lo admitas contigo mismo, no vas a avanzar mucho.

—Hace cuatro meses que la conozco, tres que nos acostamos...

—El mismo tiempo que hacía que yo conocía a Ashley cuando le dije la primera vez que la quería y que me moría por ella.

—Eso es distinto.

—Tú me ayudaste a abrir los ojos.

—Yo no necesito abrir los ojos. Chloe me gusta, estoy contento cuando estoy con ella, el sexo es inmejorable, pero... ella tiene un mundo y yo otro. Ella se irá y yo me iré.

—Entonces, ¿de qué te lamentas?

—De haberle jodido el futuro...

—¿Ya está? ¿Eso es lo único que lamentas? ¿O es que te mueres cada vez que piensas en el momento en que se suba a ese avión? ¿Acaso no borraste ese archivo para que se quedara? ¿O es que ahora has cambiado tanto que disfrutas jodiendo a la gente? Eso no es propio de ti, tú nunca jugarías con el trabajo de nadie.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás echando una bronca?

—Porque no tienes cojones a admitir que estás coladísimo por esa mujer, que estás tan enamorado que has sido capaz de hacer esa estupidez con tal de retenerla a tu lado.

—¿Y qué cambiaría si admitiera eso?

—¿Por qué me has contado esta historia con todos los detalles?

—Para desahogarme. Es evidente que me gusta Chloe, pero, dadas las circunstancias, no quiero ir más lejos. Lo que me preocupa es lidiar con mi conciencia por lo que he hecho, por eso te lo he contado.

—Eso solo tiene una solución. No puedes cambiar lo que has hecho, pero puedes confesárselo a ella.

—Sí, eso es lo que debería, pero...

—Pero estás tan enamorado que no eres capaz de enfrentarte a ello porque sabes que te va a

odiar. Y... mientras esté en Tetbury, puedes disfrutar de esa «relación» que me has descrito.

—Puede ser...

—Prueba a decir en voz alta que estás locamente enamorado de ella —me pide con el ceño muy fruncido.

—David, ¿qué es esto? ¿Una especie de terapia? Necesito que dejemos el tema aquí, por favor. Me estoy empezando a poner muy nervioso...

—Mis terapias son infalibles, prueba a decir en voz alta lo que sientes, aunque solo sean unas palabras —Sonríe de forma cínica, pero sé que está hablando en serio.

—Me muero por esa belleza americana de ojos azules... No la comprendo, pero estoy loco por ella. ¿Contento?

Mi teléfono me indica que tengo una llamada de Paul.

—Mi hermano. ¡Qué raro!

Descuelgo buscando rápidamente un motivo para que se produzca esa llamada.

—Hola, Paul. ¿Me echas de menos?

—Mucho —me contesta risueño—. He visto tu coche en la calle de las fuentes.

—Sí, estoy con David en el Honey Hall. ¿Te unes?

—No, estoy con los chicos en el Light Club, he pensado que... dado que tu americana se encuentra aquí, te animarías a unirte.

Siento un cosquilleo en las piernas. Sé que Paul no me llama por ese motivo. Hay algo más.

—¿Crees que la estoy siguiendo?

—¡Eh! No te molestes, es que no me parece que esté muy bien. Creo que ella y Natalie han bebido demasiado. No las perderé de vista, pero... si quieres venir, ya que estás cerca.

—Voy para allá.

—Estamos en la planta baja, detrás de las columnas rojas.

Cuelgo y miro a David fijamente.

—Paul está con sus amigos en el Light Club. Chloe está allí con Natalie... Ya te contaré quién es. Dice que Chloe... y Natalie... han bebido un poco de más.

David me mira fijamente.

—¿Y a qué esperamos?

Sonrío. No hace falta añadir nada más.

Capítulo 82

Andrew

No encuentro a Chloe. Solo puedo ver elorro que comprenden Paul, sus dos amigos, Natalie y una chica que desconozco.

—Está en el baño —me indica Paul al oído.

David saluda con entusiasmo a los amigos de Paul. Todos nos conocemos desde hace muchos años. Yo soy algo más escueto, estoy pendiente de que aparezca Chloe.

Lo hace un interminable minuto después. Está preciosa. Lleva un vestido que nunca antes le he visto y su larga melena está suelta, sin su habitual recogido.

Lleva una copa en la mano, llena, y me mira con asombro, pero su mirada parece más perdida de lo habitual: el alcohol, claro está.

David la observa y me mira. Alza las cejas. Conozco ese gesto. Es su manera de aprobar la impresión que le ha dado Chloe.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con una voz que me deja claro su nivel de alcohol en sangre.

—Es el lugar de moda, es fácil coincidir —le aclaro—. He salido con David.

—David... tu amigo...

—Te lo presentaré —le digo sin dejar de observarla. Me lanzaría y devoraría esos labios con sabor a... cóctel de color azul; es lo que porta su copa.

Le hago una señal a David, que se acerca desde el otro lado del orro; el mismo al que se han unido dos chicos más que desconozco.

—Chloe, este es mi amigo David, te he hablado de él.

—Hola —le dice Chloe ofreciéndole la mano, con cierta dificultad para decidir qué hacer con la mano que sostiene la copa—. Encantada de conocerte, David. ¿A ti también te ha hablado de mí?

David me mira. Aunque no la conoce, las señales del exceso de alcohol son más que notables.

—Sí, Andrew me ha hablado maravillas de ti. Mi mujer también es estadounidense, como tú, de Los Ángeles.

—Sí, ya lo sé —Se echa a reír—. Eso sí que me lo ha contado él, algunas cosas no... pero eso sí.

David y yo intercambiamos una nueva mirada.

—¿Te gusta Inglaterra, Chloe?

—A veces —pronuncia mientras se esfuerza en sonreír—. Sí, me gusta... algunos días sí. Los que llueve son mis favoritos... o sea, o sea... todos.

Chloe dibuja una sonrisa e intenta mirarme, pero sus ojos, brillantes hasta deslumbrar, no

consiguen sostener mucho tiempo la mirada. Mira hacia atrás, y localiza algo que la invita a dirigirse hasta allí. Se intenta sentar en una banqueta de patas muy largas, pero no lo consigue. Me acerco y la ayudo a impulsarse.

—Me alegro de conocerte, Chloe. Un día me gustaría presentarte a Ashley, le encantará hablar contigo.

—A mí también. Encantada... David.

Al tomar asiento, el cansancio es más notable. Está claro que ha bebido demasiado.

David se acerca a mí.

—Creo que ese asiento no es muy seguro. Necesita descansar...

Asiento con la cabeza mientras veo como se aleja y se une al grupo.

Me siento a su lado, atento a cualquier movimiento que la haga caerse de la banqueta, que no debe faltar mucho.

Chloe intenta hacer malabarismos con su copa para sostenerla y llevársela a los labios. La ayudo cuando veo que su destino es convertirse en añicos.

—¡Qué casualidad que estés aquí! —pronuncia con dificultad. De cada tres palabras, una se le traba un poco.

—Paul me animó a venir, me dijo que estabais aquí.

—También es casualidad que estuviera Paul, ayer... No, ayer, no, hoy hemos venido nosotras... Él y Natalie... No... No he dicho nada.

—Ya sé que hay algo entre ellos, Paul me lo contó.

Me va a costar entenderla, tendré que esforzarme. Me gustaría proponerle que nos marcháramos, pero debo esperar un poco.

Alarga la mano para recuperar la copa y me mira con una mueca infantil que me hace sonreír.

—Si sigues bebiendo, mañana estarás mal todo el día.

—Eso es muy bonito, Andrew... Es muy íntimo... muy bonito. Solo llevo tres de esos... — señala la copa.

—Puede que sea mucho.

—Sí, yo nunca bebo.

—¿Y por qué lo has hecho hoy?

—Para eso que... va bien. Ya sabes...

—No sé si te entiendo...

—En Nueva York decimos que eso ayuda a olvidar... Algo así.

—Eso es universal, no de Nueva York, pero creo que te he entendido. ¿Y qué quieres olvidar, Chloe?

—Todo, todo, todo... No quiero nada.

—¿Qué es todo?

—Que me han despedido... y que llueve y... ese maldito terreno y todo, ya me entiendes. ¿Tú no sabrás por qué me han despedido?

—Chloe, no pienses ahora en eso —le digo con un nudo en la garganta que me obliga a darle un trago a su copa.

—¿Está rico? —me pregunta con otra mueca infantil que me comería de todas las maneras.

—Sí —No puedo evitar echarme a reír.

—Estás lejos...

—Estoy pegado a ti, Chloe.

—Ahora así, pero otro día no. Eso también lo quiero olvidar.

Intento procesar lo que dice, pero ¿cómo voy a sacar conclusiones?

—Me siento un poco cansado, ¿te apetece que volvamos a casa?

—¿Y Natalie?

—No está en condiciones de conducir...

—Hemos venido con esa, con Emily... ¡No! ¡Se llama Victoria! No sé cómo se llama. Es nueva.

—Natalie se irá con Paul.

—La semana que viene iré a Londres a entregar el coche. Es del bufete.

—¿Tienes que volver al bufete?

—Sí, no... Nooooo, solo a un sitio que me han dicho. Ni coche voy a tener... Y el mío, que es precioso... allí en Manhattan.

—Si quieres vamos a buscarlo.

Se echa a reír.

—Vámonos, doctor.

—Sí, es lo mejor. ¿A dónde vamos?

—A casa.

—Uuuuuuuu, eso es muy bonito... ¿A la mía?

La ignoro y la ayudo a bajarse. Si pudiera la cogería en brazos, pero no quiero dar un espectáculo.

Me acerco a Paul y le hablo de mis planes. David se acerca también y me sonrío.

—Lo siento, es que...

—No te preocupes, yo me quedaré un rato, estoy cómodo. Mañana te llamaré.

Le golpeo en el hombro y le susurro un «gracias».

Natalie también se acerca y le da un abrazo a Chloe. Tengo que sostener cuando acaban.

Paul interviene, me guiña un ojo y se aleja con Natalie. Hacía mucho tiempo que no le veía así. Nunca antes me había dado cuenta de que no era feliz en su matrimonio. Me lo ha contado con detalles desde que trabajamos juntos y soy consciente de que vivió unos años muy duros. Ahora parece distinto, no sé si ha sido Natalie o qué ha sido, pero está siempre animado y con ganas de bromear. Mis padres opinan lo mismo que yo.

Entramos en mi coche, que, para mi gusto, está demasiado lejos, unos cincuenta metros; en su estado parecen veinte millas.

Me aseguro de que se acomode en el asiento y emprendo la marcha.

Durante parte del trayecto está callada, solo gira la cabeza de vez en cuando para mirarme. Cuando falta poco para llegar, se pronuncia de nuevo con la misma dificultad, o quizás con más.

—Natalie me ha dicho que me quede... ella quiere que me quede... ¿Y Tú?

—Yo también.

—¿Por qué?

Detengo el coche frente a mi casa. Me giro hacia ella y aprovecho que su mirada está más o menos centrada. No es una conversación que quiera mantener en su estado, pero debo contestarle.

—Porque me gusta que estés aquí, me gusta estar contigo.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—A mí también me gusta.

—Entonces estamos contentos. ¿Es que has planeado marcharte? —Quizás deba aprovecharme de su estado para sacarle algo de información.

—No he planeado nada de nada de nada, nada. Me han despedido. ¿Tú sabes por qué?

—Te ayudaré a bajar, no pienses en eso ahora —le vuelvo a decir.

Sus llaves se resisten durante unos minutos. Estoy a punto de ir a buscar las que guardo en mi casa, pero no quiero dejarla sola.

—Aquí están —dice eufórica—. Las llaves de la casa de esa mujer, la de las fotos... con ese gilipollas, es tu amigo, ¿no?

—¿Quién?

—El padre de la... bruja.

—No, no es mi amigo, Chloe.

La desvisto con prisa mientras me mira con rabia. No soporto esta situación. Me divierten algunos momentos, pero me descoloca su jerga y no saber qué pasa por su cabeza.

Cuando la tumbo en la cama, me sujeta un brazo.

—Es lo más profundo que nos hemos dicho... Andrew.

—¿A qué te refieres?

—Me gusta estar contigo y juntos, lo que me has dicho ayer... —me dice enfadada.

Sé que se refiere a lo que le he dicho en el coche y ella a mí. Que quería que se quedara y que me gusta estar con ella.

«Lo más profundo que nos hemos dicho». No puedo saber si es un halago, un reproche o qué es. Otras veces nos hemos comentado cosas de forma cariñosa, pero... puede que tenga razón y sea la vez que más directos hemos sido en cuanto a algo íntimo. Supongo que «te deseo, me vuelves loco o me muero por tocarte...», no cuentan.

—Cuando estamos prohibidos...

—¿Qué? —le pregunto. Espero que no pretenda que nos acostemos, no sé cómo voy a decirle que no sin que se moleste. En ese estado...

—Que no me gusta.

—¿No te gusta?

Se coloca en posición fetal y me acaricia la mejilla. Es una caricia tan dulce, tan tierna, tan sorprendente en este momento en que su mente está tan nublada...

—No me gusta cuando estamos prohibidos de verdad, de verdad... no cuando es mentira, ¿me entiendes?

—Claro. Ahora descansa.

—Si quieres el terreno... te lo vendo.

¡Dios mío! Está fatal. Ahora le toca al terreno. ¿Es que ha planeado marcharse? Puede que su subconsciente esté trabajando en este momento a gran velocidad.

—¿Lo quieres o no?

—Claro que lo quiero. Ya lo hablaremos.

—Ya lo sabía.

Sus ojos empiezan a cerrarse.

—¿Por qué, Andrew, por... qué?

Se queda dormida.

Me desnudo lentamente, me acuesto a su lado y me abrazo a ella. Y siento, aunque sea en medio de esta situación tan cómica, que estamos juntos de verdad.

«Sí, estoy enamorado», susurro tan despacio que solo yo puedo oírme.

David estaría orgulloso de escucharme.

Capítulo 83

Chloe

Todo el día en la cama. Eso es lo que he hecho en este soleado domingo.

Andrew me ha dado unas pastillas para aliviar la maldita resaca, pero no han sido muy efectivas. Me duele la cabeza, y todo el cuerpo.

Tengo imágenes borrosas de lo que ocurrió ayer por la noche; lo peor es no recordar con nitidez cómo llegué hasta aquí.

He hablado apenas unos minutos con Andrew y me ha explicado lo ocurrido, pero no consigo darle forma.

Sé que salí con Natalie y su amiga y que fuimos a ese club del centro de Bristol. Sé que bebí mucho, pero desde que llegué al club casi todo es confuso.

¡Qué vergüenza! ¿Dije algo que no debía? Andrew me ha jurado que no, pero en esas situaciones se habla de más, lo sé porque si algo recuerdo es hablar mucho. Sé que conocí a David, que hablé con su hermano de Tetbury y de Nueva York, que un amigo suyo fue muy amable y me contó su viaje a Nueva York; que Natalie estaba contenta al ver a Paul, que se besaron delante de todos...

También recuerdo haber hablado con Andrew del padre de la bruja, y del terreno... «Me gusta estar contigo». Eso sí lo recuerdo vagamente. Lo único que tengo claro es que ayer estaba guapísimo... Su amigo también es muy guapo y me gustó, pero lo veo borroso. ¿Cuántos de esos cócteles azules me bebí? Me pasé, seguro. Estaban tan ricos... Y el primero me relajó tanto...

Después le haré un interrogatorio en toda regla para que me cuente las gilipolleces que pude decir. Espero no haber soltado nada de lo que llevo en la cabeza estos días, especialmente lo que sospecho del portátil.

Tengo que hablar con él, quiero preguntarle directamente, aunque la respuesta no sea la que me guste. No puedo seguir con esta maldita oscuridad, ni con la certeza de sus malditos planes con el terreno, ni... nada de lo que he descubierto. Quiero la puta verdad y cuando sea capaz de sostener mi cabeza se la voy a pedir.

Es lo que he decidido esta mañana, mientras volvía al mundo, después de haber viajado a dónde quiera que te lleven tres o cuatro cócteles el día después.

Me levanto con dificultad. Paseo por toda la casa y me detengo en la cocina para beberme un vaso de agua de un trago.

Son las cuatro de la tarde. ¿Tanto he dormido?

Hay un sándwich sobre la mesa. Sé que debo comer algo, pero no tengo apenas hambre.

Lo parto por la mitad y me esfuerzo en comérmelo. Vuelvo al dormitorio. Estoy mejor.

Quiero darme una ducha.

Camino del baño, veo algo que me llama la atención. Me acerco despacio a las puertas por las que se accede al jardín desde el interior de la casa, las que siempre dejamos abiertas. Al otro lado del muro trasero, junta a otra puerta, puedo apreciar lo que parece la cabeza de Andrew.

Me acerco sigilosamente, aunque sé que se ha alejado, y me valgo de una silla para impulsarme. Me asomo con discreción. Veo su espalda. Camina en dirección a los terrenos de la discordia y se detiene cuando llega.

Me canso de observarlo, lleva más de diez minutos parado delante de la extensión de tierra sin moverse. Me asomo de nuevo. Se ha apoyado en la valla. En alguna ocasión hemos estado juntos en ese lugar, pero nunca antes lo había visto acudir solo.

Se mueve hacia un lado y me apresuro en esconderme. Devuelvo la silla a su sitio y entro en casa.

Estoy inquieta. Algo me dice que esa escena es importante y no me atrevo a volver a subirme a la silla. ¿Y si está cerca?

Abro la puerta unos centímetros. Espero. Quizás escuche algo que me indique si está cerca o si sigue allí.

Debe estar haciendo planes sobre el terreno. Sé que ayer comentamos algo sobre él.

Escucho algo.

Me acerco a la puerta y me escondo. Si entra en su jardín y quiere saltar mi valla para acceder al mío, me dará cuenta y tendré tiempo de salir de aquí para que no me descubra.

Oigo su móvil. Esa espantosa melodía la tengo grabada en el cerebro.

—¿Me echaste de menos? —le escucho decir antes de echarse a reír.

¿De quién se trata?

Me concentro.

Escucho la puerta trasera del jardín cerrarse. Después sus pasos a lo largo del jardín y después su voz se aleja en el interior de la casa.

Mataría por saber con quién está hablando y de qué.

Espero unos segundos.

Sé que mi cabeza me va a estallar por el camino, pero hago un esfuerzo y salgo al jardín. Voy vestida con una camiseta de manga corta que me llega hasta las rodillas y ropa interior. Espero no rozarme al saltar la valla.

Lo hago con éxito. Me acerco sigilosamente y entro en el interior. No quiero que me descubra por nada del mundo. Si lo hace, le diré que quería darle una sorpresa.

Escucho su voz, procede del salón. Avanzo por el pasillo y me escondo en el mismo lugar que la vez anterior, cuando le escuché hablando con aquel hombre.

Me siento despacio en el suelo y me acurruco abrazada a mis piernas, solo así podré estar quieta y sostener mi cabeza, que me va a explotar.

—William está un poco loco —le dice riendo a quién sea que haya al otro lado.

William era uno de los amigos de Paul. ¿Será de ese de quién habla?

—¡Ah! Y... ¿de qué quieres hablar, David? ¿Hay algo que te preocupa? —Se vuelve a echar a reír.

¿David? Está hablando con su amigo.

Entonces... ¿No se trata del terreno?

Unos segundos después pronuncia dos palabras que hacen que agudice más el oído.

—¿De Chloe? —dice en un tono más serio y siento un escalofrío tan grande que me abrazo más fuerte a mis piernas.

Capítulo 84

Andrew

El día está siendo peor que aburrido. Chloe está indispuesta y yo no consigo entretenerme con nada.

He dormido junto a ella toda la noche, pero he dormido poco. Los demonios que siempre me acompañan estos días se acostaron a mi lado y no me soltaron.

Acabo de visitar el terreno. Esa preciosa extensión que ayer Chloe bromeaba con venderme. O quizás no bromeaba. Puede que haya planeado marcharse y hablara en serio.

He sentido algo muy especial estando frente a ese pedazo de tierra. El día que se marche me va a costar mirarlo sin verla a ella. No quiero ni pensarlo.

La presión que he sentido en el pecho ha hecho que vuelva a casa, no podía soportarlo.

David me ha llamado de camino. Me acaba de contar lo bien que lo pasó con los amigos de Paul y no ha dejado de bromear conmigo por haberme marchado con Chloe.

—Bueno, no te he llamado para hablar de lo que hicimos en el club. Quiero hablar de otra cosa.

—¡Ah! Y... ¿de qué quieres hablar, David? ¿Hay algo que te preocupa? —le digo echándome a reír por el giro tan brusco que ha dado.

—De Chloe, de eso quiero hablar —me dice adoptando un tono más serio.

—¿De Chloe?

—Sí, ¿No quieres hablar de ella?

—No, no sé de qué vamos a hablar.

—Ayer estabas fatal, quiero saber cómo estás hoy.

—Bien —le digo más serio para provocarlo.

—Veamos. Voy a ir poco a poco. No estás receptivo. Quiero que me digas cómo te sientes hoy con esa chica... ya sabes la que no te importa nada. Chloe. Porque... no te importa ¿verdad?

—No, no me importa. Chloe me importa más bien poco.

—De acuerdo. Y tampoco te importa que se marche, ¿cierto?

—Me importa muy poco que se marche, antes o después tendrá que volver a su casa de Nueva York.

—Claro. Y tampoco estás coladito por ella.

—No, no siento nada por ella.

—Nada de nada...

—Bueno, es guapa, atractiva, pero nada más.

—¿Y tú no quieres ningún compromiso de ninguna clase?

—¿Compromiso yo? Yo no quiero compromisos. Estás loco, ¿es que no me conoces? ¿Crees

que voy a caer rendido como tú con Ashley? Estoy deseando de salir de Tetbury, me muero por volver a llevar la vida que llevaba antes.

—Claro. Solo es sexo lo de esa chica contigo... — Me sigue tentando. Sé dónde quiere llegar, pero no se lo voy a poner fácil. Me estoy divirtiendo—. Ya me di cuenta ayer.

—Ya sabes para qué quiero a Chloe. La necesito mientras esté en Tetbury, es todo.

—Así que la necesitas...

—Claro, lo pasamos bien. Sexo y más sexo. Y compañía, Tetbury es aburrido.

—Entonces no estás enamorado de ella...

—¿Enamorado yo? Eso es imposible —me echo a reír de forma estúpida.

—Vale, se acabó el juego. Ayer vi cómo la mirabas. ¿Vas a seguir negando que estás locamente enamorado? Me aburres.

Me echo a reír a carcajadas.

—Sí, dejemos el juego —le digo cambiando el tono bruscamente—. Me estoy agobiando de escucharme. No voy a negártelo. Me rindo ante la evidencia, amigo. Ayer... lo dije en voz alta. Esto que siento es muy fuerte.

Le cuento a David lo que ocurrió después de marcharnos del club. No deja de reírse, pero deja de hacerlo en cuanto le hablo del momento en que le susurré que estaba enamorado de ella.

¡Qué momento!

Fue despacio, entre susurros, cuando sus ojos se cerraron.

El resto de la conversación recibo los consejos de David. Cree que debo hablar con ella. Cuando esté recuperada de la resaca, lo haré. Es lo que le prometo.

Capítulo 85

Chloe

¡Cómo duele! Cómo duele escucharle hablar así de mí. David es su mejor amigo, con el que más confianza tiene, me lo ha dicho muchas veces.

«No me importa nada»

«Ya sabes para qué la quiero»

«Mientras esté en Tetbury...»

«Sexo»

«¿Compromisos yo?»

«¿Enamorado yo?»

Repito esas malditas frases una y otra vez en mi cabeza mientras siento que cada vez se rompe algo más dentro de mí.

Duele mucho. Arde. Quema.

No sé dónde meterme. Quisiera correr y no parar, sacarme esta maldita presión del pecho.

Las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas y sé que no se van a detener.

Corro hacia el baño. Cierro la puerta con pestillo.

Me siento en el suelo mientras espero a que el agua de la ducha salga más caliente.

Entro lentamente, sintiendo como poco a poco mis músculos entumecidos agradecen el calor.

Tres cuartos de hora son suficientes. Tengo la piel arrugada. Las lágrimas se mezclan con el agua y se van por el desagüe. Ya no me quedan más.

¿Cómo he sido tan tonta? Ni lejos ni cerca... No había nada.

Solo le importaba el sexo, la compañía mientras estuviera en Tetbury. Él tiene planes, quiere volver a su vida, lo ha dicho claramente. Le importa el terreno. Quiere retenerme para que se lo venda; debe tener poco margen de tiempo. Ahora más que nunca sé que él fue capaz de borrar el mensaje del bufete. Es tan sucio, tan ruin...

Me siento en el borde de la cama, no soporto deambular por la casa.

Escucho pasos. ¡Maldita sea!

Entra en el dormitorio y se sienta a mi lado.

—¿Estás mejor?

Me valgo de la oscuridad para que no me vea la cara.

—Estoy mejor, me he dado una ducha. Tengo que marcharme.

—¿Ahora?

—He quedado con Natalie —le digo después de imaginar que querrá estar a mi lado esta noche, acostado a mi lado.

No soporto esa imagen por todo lo que supone para mí.

O me levanto y le digo todo lo que pienso de él o me alejo. Ahora solo estoy en condiciones de alejarme.

—Sí, mañana tengo un juicio y vamos a repasar unos detalles. Hemos hablado y... las dos estamos mejor. Supongo que vendré tarde...

—Bien. Si te sientes con fuerza...

Me pasa la mano por la espalda y se acerca a besarme la mejilla. Me arde el cuerpo... y el alma.

—Estaré un par de días en Londres. Mañana intervienen a una paciente y quiero acompañarla. Aprovecharé para hacer varias cosas. Seguramente vuelva el martes por la noche.

—Ajá —Solo soy capaz de decir eso.

—Voy a prepararme.

—¿No deberías comer algo?

—Lo he hecho. Gracias por el sándwich.

Me vuelve a besar y sale de la habitación.

En medio del torbellino de mociones que me invade, todavía soy capaz de levantarme y correr hacia él.

—Andrew...

Se detiene y me sonríe.

—Adiós —le digo mientras me pongo de puntillas y le beso suavemente. Sé que será la última vez que toque sus labios.

Me doy la vuelta y lo dejo desconcertado, lo sé, pero poco después escucho la puerta.

Capítulo 86

Chloe

Dos días después

No creo que se pueda estar más cansada ni que se puedan hacer más cosas en solo dos días. Eso sí, el reloj parecía haberse detenido porque nunca he sentido que dos días fueran tan largos.

La noche en que le dije adiós a Andrew, la pasé en casa de Natalie. Tardé dos horas en reunirme con ella en su casa. Las que tardó en llegar a Tetbury desde que la llamé. Acababa de entrar en la casa de sus padres cuando le dije que necesitaba que me diera alojamiento esa noche. No solo aceptó, sino que adelantó su vuelta. Aun así, pasé más de dos horas paseando por los alrededores de Tetbury. Dos horas muy necesarias para mi salud mental, las que hicieron que se despejara mi cabeza y se abrieran mis ojos por completo.

Aproveché para llamar a Paige y ponerla al corriente. Lloré de nuevo. Tanto que hasta llegué a enfadarme conmigo misma.

—¿Qué vas a hacer, cariño? —me dijo claramente preocupada.

—No lo sé, de momento he salido de la casa, no soporto tenerlo cerca. Esto es una jodida puta, Paige. No quiero sentir esto.

—Chloe, sal de ahí. Lárgate. Vuelve a casa —sentenció con una voz que me estremeció.

—Eso es lo que voy a hacer —fue mi manera de anunciarlo.

—Voy a consultar los vuelos. Prepara lo que tengas que preparar y sal de ahí.

—¿Cuándo? —le pregunté confundida.

—Lo estoy consultando mientras hablamos, Chloe. Hay vuelos diarios, muchos. Mañana por la mañana, por la tarde, por la noche... El miércoles... No sé cuánto tiempo necesitas, pero sea lo que sea lo que tienes que hacer solvéntalo rápido.

Guardé silencio más tiempo del que podría recordar. Paige me llamó la atención un par de veces temiendo que se hubiera cortado la llamada, pero por fin, después de hacer un repaso mental rápido, me decidí. No me lo había planteado tan pronto.

—El miércoles por la mañana. Me alojaré mañana en Londres. Dejaré el coche en el lugar que me han indicado —le dije sorprendida de los planes que estaba haciendo.

La idea de volver a casa, me calmaba y me curaba al mismo tiempo. Tuve claro, en ese momento, de lo mucho que lo necesitaba. Lo que no esperaba es que fuera tan pronto.

Paige me confirmó el vuelo.

—A las 9.15 de la mañana hay uno. El miércoles.

—Ese es perfecto.

—Me encargo de la reserva —me dijo con tristeza—. Estoy deseando de verte, Chloe, pero siento que tengas que marcharte así.

Eso es lo que he pensado yo cientos de veces en estos dos días, pero por mucho que me he esforzado, no he encontrado nada que me retuviera. Que me doliera sí, muchas cosas, que me retuvieran... ninguna.

Natalie fue el hombro en el que apoyarme después de hablar con Paige. Si hubiera tenido quince, los habría utilizado todos.

Solo le hablé de lo que sentía. Intenté no profundizar demasiado, es una historia muy larga, aunque breve en el tiempo, y no estaba dispuesta a relatarla de nuevo.

Lloré en sus brazos. Fue ahí donde me di cuenta del cariño que sentía por ella.

Natalie me habló de su relación con Paul, y me contara lo que me contara, aunque solo fueran detalles insignificantes, sentí envidia. No sé si es la palabra, al menos no en la connotación negativa; es el deseo de sentir eso que te están contando. Eso sentía yo. Pero el hermano de Paul es distinto. Él no quiere compromisos, solo sexo y terrenos. Él no se enamora.

Le pedí a Natalie que no le hablara a Paul de mi marcha, que quería hacerlo mientras Andrew permaneciera en Londres. Sé que no lo hará.

Ella me confesó que llevaba años enamorada de Paul y que él nunca había mostrado interés. Pero algo cambió una noche, la del accidente en el desván. Antes se habían acercado, pero solo como amigos.

Ese accidente cambió su vida, igual que el accidente que sufrí con Catherine, que también cambió la mía.

Empiezo a creer que el universo envía señales para que nos dirijamos hacia un lugar u otro, para que nos movamos en una u otra dirección, para que reaccionemos de una u otra manera.

Si bien, las que yo recibí respecto a Andrew, me costó interpretarlas y aceptarlas, y me engañé de mil maneras distintas, las que he recibido estos días las he captado rápidamente.

Algo ahí arriba me está diciendo que debo volver a casa. Seguramente el hecho de que esta mañana haya podido firmar la herencia de Caroline, ha sido otra señal.

Ayer por la tarde, me llamó el señor Pemberton para indicarme que a final de semana estaría la documentación de la herencia lista. «Podrás aceptarla o renunciar a ella. Espero que cuando vengas lo tengas decidido», fue lo que me dijo.

En cuanto le hablé de mi marcha y de mis intenciones de aceptarla, hizo todo lo posible por tenerlo listo antes de mi marcha. Y así ha sido.

Esta mañana me he convertido en la dueña oficial del terreno, de la casa, del despacho y de una pequeña cantidad de dinero depositada en la cuenta corriente del banco de Caroline.

Han sido dos horas intensas hablando con el señor Pemberton. Dos horas en las que, no solo hemos solventado el tema de la herencia, sino que también hemos planeado la manera de que el despacho no se cierre, al menos de momento. Un sobrino suyo está interesado en trabajar en él. Lo hemos planeado y, aunque aún quedan muchos trámites, Natalie ha acogido la noticia con entusiasmo.

Pueden disponer del despacho y eso les facilitará el traspaso.

Soy consciente de que en dos días es imposible solucionarlo todo, pero han sido suficientes para determinar el nuevo camino. Por supuesto, estaremos en contacto, tal y como le he prometido a Natalie, de la que ya me he despedido entre un mar de lágrimas.

Y después de eso, solo me quedaba Catherine. No estaba dispuesta a marcharme sin verla.

No he podido despedirme oficialmente de ella, no quiero que alerte a su nieto.

La he visitado y hemos charlado durante un buen rato. Se han añadido sus padres y he disfrutado observando esa complicidad que tanto he admirado en ellos.

Cuando ha llegado el momento de decir adiós, lo he hecho, pero de una forma discreta.

Le he cogido la mano a mi anciana amiga, la he besado y después le he dado un pequeño abrazo mientras le susurraba: «Gracias por todo, Catherine».

Sé que mis ojos, al borde de las lágrimas, le han llamado la atención, pero se ha limitado a sonreír y a despedirse con la mano.

Cuando he llegado al marco de la puerta, la he escuchado decir.

—Vuelve algún día, querida. No te vayas para siempre.

No sé si esas palabras escondían que algo sospechaba o simplemente me pedía una visita nueva en pocos días. No me atrevo a asegurarlo, pero había algo distinto en su tono de voz.

Todavía he tenido tiempo para hacer una última visita. Ha sido a una oficina, en el centro de Tetbury, la de un constructor llamado George Hill. Me ha recibido sin dudar.

Nada más entrar en su lujoso despacho me ha preguntado si había cambiado de opinión.

—No, si es al terreno al que se refiere. He venido a traerle algo que es suyo.

Le he entregado las fotos que guardaba Caroline, y la cámara donde se hicieron, la que contiene el archivo original.

Ha abierto el sobre despacio y al ver su contenido, me ha mirado como si fuera una aparición divina. Ha tardado más de dos minutos, que he esperado con paciencia, en pronunciarse.

—¿Por qué?

—Porque ella y yo no somos iguales.

No ha habido más conversación.

Y ya solo queda él. Andrew.

Observo la casa de Caroline, la mía ahora. Está limpia y ordenada. Así la voy a dejar.

Mis maletas se encuentran en el vestíbulo. Tengo que marcharme. Esta noche dormiré en Londres.

Solo me queda algo. Entro en el dormitorio en busca de mi portátil.

Lo he borrado todo. Está vacío. Solo hay un programa que contiene un archivo. Es la carta que le he escrito al doctor.

Salgo a la calle y accedo a su casa por la puerta principal.

Entro en el salón y coloco el portátil, con la tapa abierta en el centro de la mesa. El archivo está abierto, cuando vuelva lo verá.

Recorro la casa hasta llegar al dormitorio y la primera lágrima resbala en cuanto veo el dintel de la cama.

Puedo sentir las caricias, su olor, el placer que me hizo sentir con las manos en alto, atada a unos de sus postes.

Con el corazón encogido salgo a toda prisa y me detengo cuando veo el ciervo que me miró el día del accidente.

Las bromas de Andrew se suceden en mi cabeza, y el momento en que lo vi en el hospital, y el día que me vendó la mano...

Necesito salir de aquí.

Me apodero de la copia de las llaves de mi casa, sé dónde las guarda. En su lugar cuelgo las de la mía.

Salgo a la calle sintiendo que el sonido que he escuchado no ha sido el propio de cerrar una puerta, ha sido de algo que se me ha roto por dentro, algo más. Un chasquido seco, frío y

doloroso.

Entro en mi casa y me apodero de las maletas que tardo poco en cargar en el coche.

Una última vez.

Entro despacio visitando todas las estancias. Una a una me van ofreciendo recuerdos de Andrew. Cocinando, enredando en el jacuzzi, entrando a toda prisa por la puerta del jardín...

Le veo en cada rincón y en cada uno me rompo un poco más.

Salgo envuelta en lágrimas sabiendo que una parte de mí se queda en este lugar para siempre.

La alfombra del salón me ha traído tantos recuerdos que he tenido que pasar corriendo sobre ella para no detenerme y romperme más.

Cierro la puerta. Le doy dos vueltas a la llave.

Bajo los escalones y recorro la distancia hasta mi coche.

Me subo en él.

Antes de ponerlo en marcha, me doy la vuelta y miro por última vez el lugar donde, durante muchos días, a pesar del desenlace, he sido feliz y me he enamorado.

«Adiós, doctor», digo en voz alta mientras siento que las lágrimas me entorpecen la visión de la carretera.

Capítulo 87

Andrew

Qué dos días más largos... casi tres.

Estoy deseando de ver a Chloe, aunque todavía quedan unas horas para que ella llegue a casa.

Mi abuela me ha dicho que ayer la visitó y que le parecía triste. Sí, es de la forma que ha estado estos últimos días, desde que un cabrón sin sentimientos provocara su despido.

Apenas hemos hablado. Entre el día en que se emborrachó, la resaca, y sus planes de trabajo el domingo por la noche con Natalie...

Joder, cómo la he echado de menos.

El viaje a Londres ha sido fructífero. No solo fue bien la intervención de Nancy, sino que pude poner al día mi apartamento y dedicarle horas a intentar solucionar esta extraña situación con Chloe.

Todavía no he decidido si le voy a contar lo del despido, sigo siendo demasiado cobarde para eso, y sigo estando acojonado de que eso provoque un rechazo absoluto hacia mí. Pero si voy a intentar que sepa, poco a poco, lo que significa para mí. A lo que sí le voy a echar valor es a saber qué siente ella. Sea lo que sea lo aceptaré, pero no quiero seguir jugando a interpretar, a deducir, a romperme cuando se va y a volverme loco de alegría cuando viene.

Lo del despido... quizás más adelante. Necesito saber qué planes tiene ahora que no tiene que marcharse a España.

No sé nada de ella. He estado a punto de llamarla o enviarle algún mensaje, pero no es nuestro estilo.

Entro decidido en mi casa y enseguida me llama la atención lo que hay colocado sobre la mesa. Es el portátil de Chloe. ¿Qué hace aquí?

Siento un escalofrío y presiento con él que algo no va bien.

La tapa está levantada y la pantalla oscura.

Pulso sobre el teclado y se abre un archivo.

En cuanto empiezo a leerlo, busco una silla para poder seguir haciéndolo.

Estoy enamorada, Andrew. Y en ese estado me marchó. Decide si, tras esta confesión, merece o no la pena seguir leyendo.

Me llevo muchas cosas de Tetbury. Me llevo a una amiga, y el recuerdo de una adorable anciana que me ha robado el corazón y me ha ayudado a conocer la verdad, aunque haya dolido y no haya formado parte del cuento que imaginé. La verdad es la verdad.

Me llevo también la bendita sensación de haber sido una abogada de verdad. De haberme reído

a carcajadas con mis clientes, y de haber llorado también con ellos. De haber ganado tres casos y haber llevado a un acuerdo el resto.

Me llevo también una casa, una preciosa donde he vivido contigo momentos inolvidables. Y un terreno, uno maldito que me abrió los ojos. El que tú tanto has deseado. Te escuché hablar con aquel hombre... le dijiste que tenías que convencerme, que te diera tiempo. Pobre Andrew. Se acababa el tiempo. Habías descubierto por casualidad el valor del terreno y tuviste que trabajar a contrarreloj para conseguirlo. Ese hombre te presionaba y quizás también el padre de la bruja, con quien te vi charlar. Había complicidad, me alegro de que no seas rencoroso.

Maldito terreno. Hace unos días lo observabas. Se acababa el tiempo, Andrew, y yo todavía no te lo había vendido. Has debido vivir muy angustiado. Te vi desde lo alto del muro de mi jardín.

Tampoco era de gran ayuda mi contrato en España, por eso te encargaste de eliminarlo. Necesitabas tiempo para convencerme, necesitabas que firmara la herencia, y a alguien con quien follar mientras tanto.

Eso también me lo llevo.

Y también tu conversación con tu amigo David, en la que le confesabas lo mucho que significaba tu vecina para ti. Te escuché. Me colé en tu casa. Ya no confiaba en ti.

Eso es lo que me llevo también.

Sé que me cogiste cariño y que lo pasabas bien conmigo, eso no te lo voy a negar. También me lo llevo.

He visto conspiraciones por todas partes, Andrew. He dudado de todo el mundo. Ha sido una historia tan rocambolesca, tan llena de casualidades que he sentido por momentos que me iba a volver loca.

Lo peor ha sido negarme a ver que dentro de ti, para mí, no había nada. Yo he sido... En un principio, un reto; después, un entretenimiento, y para acabar, la dueña de un succulento terreno valorado en muchas libras.

No quise verlo. Me dolía verte lejos y después cerca, pero me reponía y me engañaba.

Había un muro infranqueable y yo, aunque conocía su existencia, tardé en entender que nunca caería, de ninguna de las maneras.

Tengo una disculpa, me estaba enamorando de ti. Un estado en el que, dicen, se suele estar más ciego de lo habitual.

Todo eso me llevo, Andrew.

También el taxi que me robaste, y el beso en mitad de la calle. Me llevo los momentos en que estuvimos prohibidos y los que sentí que el muro nos daba una tregua. No era real, pero me hacía feliz.

Tardé en ver que no hemos compartido nada íntimo, excepto la cama. Me gustó el momento del dintel.

He firmado la herencia.

He hablado con Leonard Pemberton. Él puede venderte el terreno. Se encargará de todo. Y lo hará a un precio bajo, el que siempre pensamos que tenía. No te preocupes, puedes sacarle mucho beneficio. Espero que aún estés a tiempo de negociar.

Todo no está perdido, Andrew. Sé que ahora sentirás que ha merecido la pena.

No te guardo rencor por provocar mi despido, he tenido muchos días para entender que España no era mi destino, ni ese bufete tampoco.

Ahora sí que estamos prohibidos, Andrew, prohibidos de verdad.

*Sé que con el tiempo lamentaré haberte escrito esto. Algún día saldrá mi orgullo, ese que he perdido al escribirte, y me torturará, pero de momento permanece tranquilo.
Todavía duele, y todavía estoy enamorada, así que no puedo pedirte más.
Suerte en Oxford, doctor.
No olvides que hoy... no puedes saltar la valla. Hoy no estaré al otro lado... ni nunca más.
Chloe.*

Capítulo 88

Andrew

Seis días después

El timbre de la puerta me sobresalta. Resoplo y pongo los ojos en blanco.

Solo puede tratarse de Paul. Esta tarde me ha amenazado con visitarme. A pesar de haberle dejado claro que me apetece estar solo, está empeñado en hacerme compañía a todas horas; como si no compartiéramos suficiente espacio en la clínica.

Agradezco su interés, y también el de David, que no deja de llamarme, pero ahora más que nunca necesito estar solo y continuar luchando para que la marcha de Chloe no siga partiendo mi cuerpo y mi mente en pedacitos. Pero la destrucción sigue su avance y no encuentro consuelo, mucho menos cuando algún pedazo entero, de los pocos que me quedan, se rebela y se pronuncia con la rabia que también siento por haberla perdido de esta forma.

Me dirijo a la puerta sin prisa, con la esperanza de que quien quiera que haya al otro lado, se canse de esperar y me deje solo con mis pensamientos.

El primer rostro que me encuentro es el de Paul, tal y como había previsto; el segundo, el de mi abuela.

¡No me lo puedo creer!

Mi abuela, que no muestra un semblante muy conciliador, empuja la puerta y entra sin decir nada, arrastrando a mi hermano que la tiene sujeta por un brazo.

Fulmino a Paul con la mirada.

—¿Me ves capaz de disuadirla?

Niego con la cabeza, sé que esa capacidad no la tiene ningún ser humano.

Me aparto para dejarles paso. Mi abuela se suelta del brazo de Paul y se dirige a su butaca preferida.

—Tenía que elegir entre acompañarla yo o acompañarla papá. ¡Me debes una!

Hubiera sonreído si esa expresión no me hubiera producido una descarga eléctrica. No había vuelto a pensar en ese momento.

Es extraño. He repasado mentalmente cada segundo que he vivido con ella, sin embargo, el punto de partida, el momento en el que la vi por primera vez, no ha pasado por mi cabeza.

Sonrío. A pesar del dolor de la descarga, he sido capaz de ver su rostro, su expresión de enfado cuando vio mis intenciones de subirme al taxi.

—Os dejaré solos —anuncia Paul devolviéndome a la realidad.

—¿Qué te he hecho? ¿De qué quieres vengarte?

Paul se echa a reír y mi abuela protesta como solo ella sabe hacer.

—Ven a buscarme antes de la hora de la cena. Y dejad de hablar de mí, aún puedo desheredaros a los dos.

—Ya hiciste el reparto, abuela, te lo he dicho muchas veces, todas las que me has

amenazado con ello —protesta Paul sonriendo.

—Y yo te he dicho todas esas veces que no des por hecho que lo repartí todo.

—Volveré a buscarte —anuncia de nuevo Paul.

—No es necesario, ya la acompañaré yo —me ofrezco resignado.

—Te recuerdo que donde vive la abuela también viven papa y mamá... ¿Sigues queriendo acompañarla? Tendrás que quedarte a cenar, tendrás que contestar a preguntas, yo no estaré para echarle una mano...

—Vale, hazlo tú.

Ha sido imposible ocultar mi estado de ánimo a mis padres. Paul, previamente acordado conmigo, les ha explicado que estaba «triste» por la marcha de Chloe y les ha pedido que me dejan tranquilo unos días, pero el plazo de «unos días» está llegando a su fin y ambos sabemos que no me dejarán en paz hasta que me siente frente a ellos y les cuente cómo me siento.

La abuela, como era de esperar, mucho ha tardado, se ha pasado la petición por... donde siempre se pasa ella lo que no le interesa.

—Estoy bien abuela —empiezo a decirle mientras me siento a su lado y le ofrezco el vaso de agua que me ha pedido—. Te advierto que no tengo ganas de hablar de nada.

—La casa está fatal —dice moviendo la cabeza en todas las direcciones del salón.

—La casa está igual que la dejaste, abuela, no puedes decir lo contrario. Puede que no esté reluciente, no tengo tiempo de ordenarla, ni ganas.

—Le pediré a la señora Martin que venga —me dice refiriéndose a la persona que siempre se ha encargado de ayudarle en la limpieza.

—De acuerdo —De nada me vale discutir.

—Pero no me refiero a que la tengas más o menos limpia, me refiero a que no está igual que antes. Le sobran trastos, pero le falta vida, la que había cuando yo estaba aquí, o la que había estos últimos meses, cuando Chloe vivía al otro lado.

—Chloe apenas ha pisado esta casa, abuela.

—Chloe se encargaba de que el que vivía en esta casa estuviera contento. Ahora es un fantasma, uno más de los muchos que habitan aquí.

—No quiero hablar de Chloe, abuela. Sé que es eso lo que pretendes, pero no es lo que necesito.

—¿Qué necesitas?

—Estar tranquilo y tiempo... No te voy a negar que su marcha me ha afectado, creo que, a estas alturas, a ti no puedo engañarte. También sé que has sometido a Paul a un duro interrogatorio y le has sacado algo de información. Pero hasta ahí quiero que llegue.

—¿Por qué se marchó?

—No lo sé, abuela, solo me dejó una carta de despedida.

—¿Qué dice esa carta?

—Abuela... por favor.

—Andrew, escúchame. Chloe se marchó de forma precipitada. Vino a visitarme y ni siquiera se despidió. Algo interpreté en su forma de actuar, pero no anunció su marcha. Eso significa que huía de algo. Por muchos motivos que tuviera para marcharse a América rápidamente, no tenía por qué hacerlo sin decir adiós. No me dijo nada porque no quería que te avisara. Paul me ha dicho que a Natalie le pidió que le guardara el secreto. Se marchó cuando tú estabas en Londres. Eres tú el motivo de que haya salido corriendo como si la persiguiera el mismísimo demonio. Y quiero que me contestes a tres preguntas. La primera, ¿por qué se marchó? La segunda y la

tercera te las formularé después. Y ten por seguro, querido, que hasta Dios sabe que me vas a contestar a todas.

Podría negarme, nada me obliga a hablarle de ello, a pesar de sus amenazas, pero en cierto modo, necesito hablarlo con ella. Es la única persona que ha tratado a Chloe, la única con la que puedo hablar de ella sabiendo que la ha conocido y la única que conoce muchas circunstancias que la rodean.

Me levanto y vuelvo con el portátil. Le muestro la pantalla y le pido que lo lea.

Lo coloca entre sus piernas y levanta la cabeza, como hace ella siempre que lee, para enfocar la vista a través de sus gafas correctamente.

Tarda una eternidad en leerlo. Cuando termina cierra la tapa del portátil y me lo devuelve. Su expresión es la de querer hacerme pedacitos, pero creo que ha visto que ya lo estoy.

—Ahora explícame qué significa todo eso de David, del terreno y de otras cosas que se me escapan. No pretendo meterme en tu vida, querido, pero te irá bien desahogarte. Esta historia es más complicada de lo que creía. Y presiento que no muchos la conocen.

—Al completo, solo la conoce David.

A pesar de que mi hermano ha sido mi apoyo estos días y me he derrumbado con él, no conoce la historia completa.

—Aún queda una hora para que Paul vuelva. Te escucho.

Una vez más, como hice con David, le cuento la historia completa, omitiendo detalles de la intimidad sexual y otros que me resulta violento comentar con ella. Mientras lo relato vuelvo a tener la misma sensación de nostalgia mezclada con culpa y angustia. Es un cóctel terrible.

—Hay muchos malentendidos, Andrew y muchas cosas que no habéis hablado. La segunda pregunta: ¿qué sientes por ella?

—¿Hace falta contestar?

—Esa estúpida conversación con David, en la que no admitías lo que sentías, te ha traído muchos problemas, así que no vuelvas a hacerlo. La pregunta es sencilla.

—Estoy enamorado de ella, abuela.

—¿Por qué te inmiscuiste en su trabajo? Es muy grave, Andrew.

—No quería que se marchara, no pensé bien lo que hacía. No me digas nada respecto a eso, no estoy orgulloso y me siento muy culpable.

—La tercera y última pregunta... tu hermano no tardará en llegar.

Respiro aliviado, pero esperaba que la abuela me dijera algo más, no que me bombardeara solo a preguntas.

—¿Qué más quieres saber? —le pregunto sin ocultar mi decepción.

—Quiero saber si piensas seguir lamentándote de ello, culpándote, vagando como un fantasma y encerrándote aquí, en esta casa rodeada de trastos viejos, o, por el contrario, piensas hacer algo más productivo, como subirte a un avión, cruzar un océano y plantarte delante de ella para darle todas las explicaciones que merece y que tú necesitas dar.

Me quedo callado, todavía no sé qué responderle, antes tengo que procesar lo que ha dicho.

—Su vida está allí, abuela. Ese es su lugar.

—Tráela de vuelta o quédate a su lado, pero haz algo. Siéntate a pensar si eres capaz de conformarte con perderla. Si es así, solo tienes que esperar a que se te pase el disgusto. Si la quieres, como creo que la quieres, mueve el culo de ese asiento.

Mi abuela suaviza su rostro cuando ve que hay una lágrima descendiendo por mi mejilla. Lo único que no he sido capaz de hacer en todos estos días, pero que necesito hacerlo ahora, igual

que necesito aire en mis pulmones.

Capítulo 89

Chloe

De los diez días que hace que aterricé en Nueva York, los dos últimos los he pasado en la librería de Paige ayudándola con todo el trabajo que se le ha ido acumulando. Los clientes no faltan y su ayudante se ha ausentado unos días para acudir al funeral de un familiar en Hartford, Connecticut.

Todo lo relacionado con el mundo de los libros es entretenido y apasionante. Eso es lo que me ha mantenido distraída estos dos días, los únicos que no he pasado atrincherada en mi apartamento.

No tengo noticias de Andrew, aunque tampoco las esperaba. Ni una llamada, ni un mensaje. No sé si le habría atendido, pero me habría gustado que al menos hubiera disimulado algo de interés. Claro que si no lo hay... Al fin y al cabo, después de leer el archivo, debió entender que era una estupidez intentar justificar algo de lo que le acusaba.

Tenía razón cuando le dije que me arrepentiría de haberle escrito todas esas confesiones. Me desnudé y le hablé de mis sentimientos. ¡Qué estúpida fui! Si ahora tuviera que escribirlo de nuevo borraría la parte en que le confesaba lo enamorada que estaba de él.

¿Estaba?

No puedo hablar en pasado, es demasiado pronto. A pesar de todo lo ocurrido, sigo sintiendo algo muy fuerte dentro de mí, algo que me duele cada vez que pienso en él y que me desespera.

Me toca seguir hacia delante y apartarlo de mi cabeza, pero hasta pensarlo me duele.

Me he enamorado de una manera que hasta la idea de olvidarlo me duele. Una contradicción más de esta historia.

El apoyo de Paige está siendo fundamental, así como todas las veces que hablo con Natalie. Ella me consulta todas las dudas que le van surgiendo del despacho. Me hace reír cuando me cuenta la reacción de algunos clientes cuando han conocido mi ausencia.

—Creo que te quieren más que a Caroline —me suele decir hasta que escucha mi risa.

De Andrew no hemos hablado, solo en una ocasión me dijo que Paul le había contado que estaba mal por mi marcha. Debe ser la culpa, o la vergüenza de que le haya descubierto, o... la cama vacía; al menos le servía de entretenimiento.

Andrew es un misterio, a pesar de haberle desenmascarado. Hubo una faceta suya que me sigue desconcertando. Estuvo a mi lado en muchos momentos delicados: la visita a Castle Combe, la búsqueda de Alexander, la verdad sobre Caroline... En esos momentos sentía que me cuidaba y me trataba como si fuera de cristal.

No sé por qué me sigo autoengañando, esos momentos fueron cercanos en mi mente, para él solo eran parte del juego: una manera de pasar el rato con una amiga con la que se divertía.

Al menos, antes de que Olivia diera pistas sobre lo que podía valer el terreno, vivimos algo

más natural y auténtico. Sin profundidad, pero al menos más real.

Estoy subida sobre una escalera de pocos peldaños, colocando una pila de libros que me ha dado Paige.

La voz de Paige me sobresalta.

—Mira quién hay en la sección infantil.

Desde lo alto de la escalera distingo la figura de Madison. Miro a Paige y hago un gesto de asco que la hace reír antes de desaparecer.

Por el rabillo del ojo veo que se está acercando y finjo seguir ocupada.

Poco después siento una caricia en la pierna.

Miro hacia abajo fingiendo que me he sobresaltado y dejo caer un libro que impacta parcialmente en su cabeza. No he tenido la mejor de las punterías, pero ha sido suficiente. Y, además, por alguna razón que solo el destino conoce, el libro que se me ha caído tiene cerca de ochocientas páginas y la cubierta es de cartón duro prensado.

Los daños no parecen graves.

—¿Te ha dolido? —le pregunto mientras coloco el último libro.

—Espero que haya sido un accidente.

La miro con tanto desprecio que no puede pasarle desapercibido.

Recojo el libro accidentado y vuelvo a subirme a la escalera.

—¿Así es como vas a reaccionar después de tanto tiempo?

Bajo de nuevo despacio y me detengo frente a ella.

—¿No crees que tenemos una conversación pendiente? Tengo que contarte muchas cosas y, podríamos aclarar lo que pasó.

Me echo a reír y me mira con recelo.

—Me rio para contrarrestar la repugnancia. Es una buena terapia. Estoy asqueada porque ni siquiera me acordaba de que existías y has tenido que venir aquí a recordármelo.

—No sé por qué esperaba de ti que...

—Dos salidas. Escoge la de la derecha o la de las escaleras, pero lárgate ya —la interrumpo y le doy la espalda para caminar erguida y satisfecha hasta la mesa donde a Paige se le están acumulando las consultas.

Lo bien que me ha sentado...

Al verla, he sentido que hacía años que no nos veíamos, como si hubiera formado parte de mi vida durante la adolescencia.

No me ha sorprendido su presencia porque Paige me había comentado que había acudido alguna vez, desde que me marché, a comprar algún libro y que le había preguntado por mí.

Dentro de una semana se cumplirán cinco meses desde que me marché a Londres. Me parece una vida entera, la misma que voy a necesitar para olvidar esos ojos de color miel.

Capítulo 90

Andrew

Es mi único recurso. No tengo otro. Si la dueña de esa librería se niega a darme información, estoy perdido.

No tengo otra forma de localizarla. No quiero arriesgarme a llamarla o enviarle un mensaje; sé que no me atendería.

Desde que la abuela me ayudó a tomar la decisión, solo han pasado cuatro días, los justos para preparar el viaje, resolver dos asuntos urgentes en la clínica y pedirle a mi padre que volviera mientras yo esté ausente. Como era de esperar, no le ha costado nada aceptar. No le queda mucho tiempo de descanso, según lo que él mismo estipuló, pero la pequeña interrupción ha sido bien acogida. Paul cree que ahora necesita alejarse de mi madre, algo con lo que estoy de acuerdo. Seguirle el ritmo a Claire Ransey no es apto para todos los mortales.

Confieso que estoy acojonado.

Espero que Paige se apiade de mí y me ayude a localizarla. No he sido capaz de conseguir su dirección. Acudí en busca de ayuda al despacho de Natalie, pero ella me juró y perjuró que no conocía la dirección; solo me confirmó que se encontraba en Nueva York.

El señor Pemberton, el único que tenía su dirección por los documentos de la herencia, se negó a dármele, así que, por suerte, se me ocurrió la opción de la librería.

No fue difícil. Conociendo el parentesco de Paige con Chloe, y deduciendo que aún debe conservar el apellido de casada, solo tuve que buscar su nombre entre las librerías de Manhattan.

Si esta opción falla, solo me queda pedirle a la abuela que convenza a Pemberton para que se la proporcione, dada su amistad, pero espero que no sea necesario.

Observo mi maleta, es un auténtico incordio. Debería haberle hecho caso a Paul y reservar alojamiento en un hotel, pero he llegado aquí con la ilusión de encontrarla, de que me perdone, de que me escuche y de que me permita quedarme a su lado. Si algo falla, improvisaré. Buscaré un hotel y un vuelo de regreso a Inglaterra.

Solo con pensarlo se me nubla la vista.

Consulto mi reloj. Solo queda media hora para que cierren, así que debo darme prisa. No puedo apurar, necesito un pequeño margen. Desconozco si Paige tiene que marcharse rápidamente o tendrá tiempo para atender a un pobre inglés desesperado por localizar a su hijastra.

Mi móvil impide que entre.

Retrocedo unos pasos y me alejo. Se trata de Paul. Consulto de nuevo mi reloj. Deben ser las dos de la madrugada en Inglaterra. Algo ha ocurrido.

—Paul... ¿qué ocurre?

—Estoy con Natalie, está activado el altavoz. ¿Ya has llegado? ¿Ya has visto a Chloe?

—Pues... no, estoy en ello.

—Tenemos la dirección de Chloe —me dice entusiasmada Natalie.

Se me dibuja una sonrisa. La escena me produce mucha ternura. Estoy muy sensible.

—Se nos olvidó consultar el informe del detective que encargó Caroline.

—¡Oh! Vaya. Eso es estupendo. Gracias, chicos.

Esto me plantea un conflicto. Ahora no sé si debo ir directamente a su apartamento.

—Te la enviamos.

—Vale, gracias. Daos prisa. Ya os contaré.

Aunque el mensaje con su dirección me llega nada más colgar, he decidido entrar. Ya que estoy aquí... Puede que sea bueno tantear el terreno con Paige. Espero no equivocarme.

Entro sigilosamente y me dirijo a una pila de libros que hay en la entrada. Finjo estar interesado. Reconozco a Paige en seguida; Chloe me mostró una vez una fotografía de ellas dos juntas. Está situada detrás de un mostrador. Me mira y me sonríe, pero sigue atendiendo a cuatro jóvenes.

Los cuatro jóvenes, dos chicas y dos chicos, parecen entusiasmados con algo y hablan prácticamente todos a la vez. Paige se ríe, está encantada con sus clientes. Eso es bueno, así estará de buen humor.

No parece haber nadie más en la librería. Llevo rato observándola desde el otro lado de la calle y el trasiego de clientes me ha producido vértigo, pero, por suerte, ahora solo quedan los cuatro jóvenes.

Dudo otra vez. No sé si debo acercarme a Paige o utilizar la dirección de su apartamento.

Mis dudas se disipan.

Acabo de ver a Chloe.

¡Dios mío! Es ella...

Maldita sea, esto no estaba previsto. No tengo tiempo de pensar. La opción de Paige o la de acudir a su apartamento directamente era todo lo que mi mente era capaz de procesar hasta hace tan solo un minuto.

¡Qué guapa está! Se me acelera el pulso y empiezo a notar un sudor frío en la nuca.

Está subida en lo alto de una escalera colocando unos libros en unas estanterías.

¿Qué hago?

Solo puedo hacer una cosa y es lo que voy a hacer.

Abandono mi maleta en un rincón y me dirijo hacia ella.

No se ha dado cuenta de mi presencia.

—Verte ahí subida, me recuerda algo...

Uno de sus libros impacta contra el suelo.

Me mira como si hubiera descubierto al mismísimo Lucifer. Sus ojos se agrandan, sus labios se separan y, de los dos libros que sigue sosteniendo, uno sucumbe ante la gravedad e impacta contra el filo de la escalera.

—¿Qué...? ¿Qué haces tú aquí?

Lo dice en un tono tan alto que deduzco que ha debido alertar a todo el mundo.

—Estás en la sección de derecho... ¡Qué interesante!

—¡Ah! Y eso, ¿por qué?

Adopta la actitud defensiva y lo agradezco. Aún no sé ni qué le voy a decir.

—Porque en alguno de esos libros debe decir cómo se celebra un juicio justo. Podrías repasarlo.

Me la estoy jugando, no es la mejor manera, pero me recuerda a nuestros inicios.

—¿A eso has venido? —Vuelve a alzar la voz. Esta vez no me queda duda de que todos están pendientes. Incluso puedo notar como se acercan los únicos clientes que quedaban, los cuatro jóvenes.

Están a pocos metros de mí, pero intento ignorarlo.

—Sí, a eso he venido, Chloe. He cometido errores, lo sé, pero me acusaste de cosas que no eran reales, y quiero defenderme. Me acusaste sin pruebas, sin ninguna prueba, a menos que la imaginación se considere una prueba. Eres inocente hasta que se demuestra lo contrario... ¿No es así? Y tú me sentenciaste sin darme la posibilidad de defenderme.

—Venga, defiéndete... Pero lo tienes complicado.

—Vale, expondré mis alegatos.

—Alegaciones... —me corrige.

—Pues eso, mis alegaciones. ¿No son alegatos?

—Esos son los argumentos del final del procedimiento.

—¿No sería mejor que bajaras de esa escalera?

El grupo de jóvenes sigue cerca, observando. No deben tener más de dieciocho años. Paige está un paso detrás de ellos, observando también. Cruzamos la mirada, levanta los hombros y no sé interpretarlo.

—¿Podemos hablar en privado? Nos están mirando, Chloe.

—Son buenos clientes, el que no debería estar aquí eres tú.

No me queda otra que seguir participando del show.

—Chloe, el hombre con el que me escuchaste hablar, era el marido de una paciente. No sé cómo llegaste a esa conclusión, pero estuvimos hablando de su mujer, de seguir convenciéndola para que se sometiera a un tratamiento. Si repasas lo que escuchaste verás que tiene sentido.

—Ajá...

—¿Sigues sin querer bajar?

—Sigue siendo insuficiente para que baje.

—Yo no quiero nada de ese maldito terreno. Para mí sigue siendo de mi abuela y yo no pienso tocar eso de ninguna de las maneras, mucho menos venderlo para que construyan algo. Yo no tengo nada que ver con el impresentable de George. Si me viste hablar con él fue porque él se acercó a mí para decirme que su hija estaba muy nerviosa y que todo lo que me dijo era falso. No te lo conté porque aquellos días estabas desbordada. Afirmabas estar saturada de todo. ¿Bajas?

—Tendrás que esforzarte, más. ¿No ves que no quiere bajar? —se anima a decir uno de los jóvenes.

Me giro hacia donde procede la voz. No me lo puedo creer.

—Ya le has escuchado —le apoya Chloe.

—La conversación con David fue otra mala interpretación.

—Tendrás que esforzarte más, sé muy bien lo que escuché.

—Era un juego de palabras, Chloe. Él pretendía romper mi coraza jugando a que a mí no me importabas, yo me hacía el duro... No sé hasta dónde escuchaste, pero al final le confieso algo muy distinto.

—Vaya, me lo perdí. Qué oportuno. Justo me marché cuando le dijiste algo bonito de mí.

—Sí, le dije que no quería seguir jugando, que estaba locamente enamorado de ti, que la idea de que te marcharas a Nueva York me volvía loco.

—¡Ohhhhhhh! —Se escucha una ovación del sector adolescente. Chloe se encoge de hombros.

Me giro hacia ellos, todos están sonrientes. Paige niega con la cabeza y se cruza de brazos.

—Confieso que fui yo quien borró el archivo, pero estaba desesperado, no razonaba.

—Me despidieron por tu culpa, Andrew. Borraste ese archivo y jugaste con mi carrera...

—¿Eso hizo? ¡Qué cabrón! —dice una voz femenina joven.

Me giro hacia ellos.

—Sí, soy un cabrón, pero ese archivo significaba que ella se marchaba, y no soportaba la idea de perderla, de alejarme de ella. Al final la perdí por imbécil, pero entonces no pensaba con claridad. ¿Algo más?

—Pues habérselo dicho, tío —se queja otro de ellos.

—Sí, eso cierto. Pero es lo que hemos hecho este tiempo —Me giro hacia Chloe—. Muchas veces te veía tan lejos que me dolía. Sentía que no te importaba, que solo pensabas en tu trabajo en Madrid o en tus asuntos con Caroline. Y que tenías claro que estabas de paso en Tetbury y que lo que había entre nosotros era algo que terminaría en cuanto reanudases tus planes profesionales. Cuando leí tu carta no entendía por qué yo no había podido ver esos sentimientos de los que hablabas. A veces daba un paso y notaba tu frialdad o tu indiferencia, y retrocedía. Aprendí a marcar la línea, pero a veces dolía. Y cada día dolía más porque cada día me enamoraba más de ti. Ha sido una lucha, contigo, conmigo mismo... Cuando creí que te perdía, cometí esa estupidez. Me arrepiento mucho y ojalá pudiera volver atrás. Nunca tuve el valor de confesártelo porque no podía exponerme a que me odiasas.

—¡Ohhh! —se escucha de nuevo del sector femenino—. Eso es muy bonito.

Chloe permanece callada, mirándome fijamente.

—Chloe, necesito que me perdones, necesito que me creas.

—Tienes que esforzarte más, tío... —me sugiere uno de los jóvenes—. Le sueltas cuatro cursiladas y crees que es suficiente.

—No le perdones, Chloe —dice su compañera. No sé si se conocen o se ha aprendido el nombre.

—¿Alguien está de mi parte? —les pregunto mirándolos a todos. Paige baja la cabeza y sonríe.

—Yo. Perdónalo, Chloe... —dice el otro joven.

Ella los mira y me mira.

—No le perdones, todos los tíos son iguales. Ahora te suelta el rollo y luego pasa de ti —dice otra enfadada.

—¿Tú qué sabes? —protesta uno del sector masculino—. Si tú nunca te has colado por nadie. Es que no ves que está desesperado...

—Gracias, amigo —le digo y me vuelvo hacia Chloe—. Nos faltaron muchas cosas, Chloe. Puede que los dos lo hiciéramos, no te lo voy a discutir, pero atrincheramos, lo que fuera que había entre nosotros, en cuatro paredes. Nunca salimos fuera de Tetbury, ni siquiera nos acercamos a Londres. Encontramos refugio en mi casa y fuera... la vida continuaba sin más. Cuando estuvimos en la clínica, sentí que te molestaba que Paul nos hubiera descubierto y eso me dolió. Yo no pretendía airearlo a los cuatro vientos, pero de ahí a esconderme...

—Yo me molesté porque pensé que eras tú el que se sentía mal porque Paul nos había descubierto —dice por fin Chloe.

—Si algo he hecho estos días es pensar en todo lo que hemos vivido. Olvídate de esos momentos en que yo estaba lejos, ya te he contado que no eran reales, solo era «en defensa propia»; olvídate de esas conversaciones que te hicieron creer algo que no era; quédate con aquellos momentos que vivimos. Ese soy yo, Chloe. Me faltó tener la confianza y el valor de derribar ese maldito muro que nos separaba, pero creía que para ti era una fortaleza indestructible bajo la que te refugiabas, y... no pude hacerlo. He venido hasta aquí porque estoy enamorado de ti, te quiero... No puedo perderte.

—Joder, eso es precioso. Chloe, dale una oportunidad —dice un miembro del coro.

—¿Qué intenciones tienes, tío? —pregunta otra.

—Quiero que vuelva conmigo a Inglaterra, casarme con ella, decirle todos los días que la quiero...

Chloe me mira con los ojos muy brillantes.

—Inglaterra... inglés... Puafffff. No le perdonas, Chloe, los ingleses son muy raros.

—Vaya, un grupo sin prejuicios —le digo a Chloe consiguiendo que muestre una media sonrisa por primera vez.

—Los ingleses me gustan. Están rodeados de castillos —suelta otro.

—Eso es en Escocia, inculto —le reprocha la compañera.

—Eso es lo que he dicho. ¿No hay castillos en Inglaterra...?

—Algunos, pero tu amiga tiene razón, hay más en Escocia —le informo, a ver si así me lo gana. No es el momento de aclararle en qué está confundido.

—¿Y no es lo mismo?

Me echo a reír mientras discuten.

—Son países diferentes, atontado... —le aclara la más indignada por el error de su amigo.

—Callaos, ya —interviene la otra—. Venga, Chloe, ¿qué le contestas? Es inglés, pero es muy romántico...

—No sé, chicos, ¿le perdono?

—Síiiii —responden muertos de risa.

—Bájate y bésale, Chloe, que el inglés se está esforzando.

—¿Y por qué no te quedas tú en Nueva York? —pregunta el más reacio.

—Si eso es lo que tengo que hacer para estar a su lado, lo haré —confieso sin pensarlo.

Una ovación.

—¿Qué opinas, Paige? —le pregunta, Chloe.

—Creo que ha llegado el momento de dejarlos a solas.

—¿Nos perdemos el beso? —Se siguen riendo.

Paige se los lleva hacia un rincón.

Le muestro el dedo meñique y niega con la cabeza.

—¿Amigos? —le pregunto sin dejar de ofrecerle el dedo.

Chloe baja de la escalera lentamente, pero antes, me lanza el último libro que sostenía y lo cojo al vuelo.

Se pone de puntillas y me besa.

—Te quiero... —le susurro.

—Te quiero, Andrew... Joder, como te quiero...

—Cásate conmigo, Chloe...

—¿Casarnos?

—Hace mil años que estamos separados, Chloe...

—Solo diez días...

—Pues eso, mil años.

Se echa a reír.

Seguimos besándonos. Una pequeña ovación se escucha de fondo, y unas carcajadas. Se alejan poco a poco. Después una puerta metálica impacta y nos sobresalta. Unas luces se apagan a nuestro alrededor.

—¡Buenas noches, chicos! —Dice una voz dulce antes de emitir otro sonido fuerte, el de otra puerta.

Chloe sonrío, me muerde el labio.

—Te robé el taxi...

Suelta una carcajada.

Por primera vez siento que vamos a estar prohibidos para siempre.

—Nunca lo he hecho en una librería —me dice guiñándome un ojo.

—Eso tiene arreglo, belleza.

Solo me queda decir que ahora soy el hombre más feliz del mundo.

Epílogo 1

Chloe

Doce meses después. Tetbury, Inglaterra.

Le he pedido a Andrew que me deje a solas con ella. Me está esperando en lo alto de la colina, apoyado sobre el coche, protestando por el día que he elegido para venir aquí, especialmente porque está a punto de oscurecer.

Andrew está situado en el mismo lugar donde una vez descubrí a Alexander, sin saber de quién podía tratarse. La vida me tenía guardada una sorpresa, en este caso agradable.

Es la primera vez, desde el funeral que he vuelto a pisar este lugar. No he sentido que tuviera que volver, ni siquiera durante este último año, hasta hoy...

Observo la tumba de Caroline. Es un pequeño muro de piedra mármol gris. La superficie lisa lleva grabado su nombre y las fechas de su vida, apenas acompañada por un par de adornos florales en las esquinas. El grabado es discreto, con letras elegantes pero sobrias; como ella lo deseó, según me contó Catherine.

La presencia de su memoria en una piedra...

—Caroline... —le digo mientras inclino una rodilla para depositar un sencillo ramo de flores rojas—. Te he conocido a través de las personas que te quisieron. He conocido tu mundo, tu casa, tus secretos, tu pasado... Solo una pequeña parte de la mujer que debiste ser, pero que nunca quisiste que conociera. No hay rencores, no hay nada. Creo que estamos en paz. La herida que tuve, más bien pequeña y tardía, ya está curada, más que curada. Hoy he venido a darte las gracias porque sin ti, no habría conocido a Andrew. No puedo llamarte de otro modo, pero siempre serás Caroline. ¡Gracias!

Le regalo a una sonrisa y enfilo la colina en busca de Andrew.

Hoy es un día especial, hoy celebramos Acción de Gracias. Sí, en Inglaterra. Es la segunda vez que lo hacemos. La primera fue a las pocas semanas de volver de Nueva York, después de la pintoresca declaración de Andrew en la librería.

Conocí a Ashley, la mujer de David, y se nos ocurrió a ambas; sentíamos nostalgia.

Lo que en un principio iba a ser una cena de cuatro comensales, se convirtió en una de nueve. Durante los preparativos se fueron añadiendo Paul y Natalie, Catherine, y los padres de Andrew. Ashley y yo les enseñamos que era una forma de dar las gracias por todo lo recibido durante el año. Cada uno se animó a expresar su gratitud en voz alta, como hacen muchas familias, y cuando le tocó el turno a Andrew, aprovechó para hablarles «oficialmente» de nuestra relación; un secreto a voces que se empeñó en aclarar.

Este año hemos vuelto a prepararla, pero hay tres personas más que se han unido. Por un lado, Paige, que ha venido por segunda vez en un año a visitarme y también a contarme que está empezando a salir con un abogado guapísimo que conoció en la sección jurídica de la librería; la misma en la que Andrew hizo alegaciones en su defensa. Estoy feliz por ella.

También se ha unido Alexander, que no ha querido acompañarme hoy a visitar a Caroline, pero que, por su exquisita educación y sentido del deber, la ha visitado dos veces en el último año; también ha encargado que haya flores frescas cada mes.

Alexander se ha convertido en un buen amigo. Él y Andrew se adoran y muchos de los fines de semana que pasamos en Londres, nos reunimos con él y con su exclusivo círculo de amigos. En un principio era algo chocante, después descubrimos lo divertidos que eran. En algunas ocasiones, solo algunas, Alexander nos ha invitado a participar en algunas actividades o eventos que jamás nos hubiéramos imaginado: un torneo de polo, un pase privado en una galería de arte, un concierto en una sala de ópera, y alguna cena benéfica en algún hotel de lujo. Hasta David y Ashley se han animado. Son una pareja maravillosa. Aunque la distancia hace que solo nos encontremos alguna que otra vez, Ashley y yo vamos estrechando el camino; la nostalgia de Estados Unidos, nos ha unido.

También se ha añadido a la cena Robert, el abogado, sobrino de Pemberton, que trabaja en el despacho, el de Caroline, o... el mío, según se mire.

Cuando volví de Nueva York, vivimos en Tetbury durante unos meses, hasta que llamaron a Andrew del hospital de Oxford para que se incorporara a su plantilla.

Yo me dediqué al despacho durante todo ese tiempo, pero ahora lo compagino con un bufete de Oxford, el lugar donde residimos. Fue Alexander quien me recomendó; él me ayudó a incorporarme, algo que le agradeceré eternamente por todo lo que ha supuesto en mi carrera trabajar con ese equipo maravilloso de abogados.

El despacho de Tetbury está en manos de Robert, pero estamos en contacto continuamente y no me he desvinculado de él, sigo supervisando todo el trabajo.

Vivo a caballo entre Tetbury y Oxford, donde tenemos la residencia oficial: un bonito apartamento a las afueras.

Reformamos las casas de Tetbury, las dos. Yo quería borrar la huella de Caroline para poner la mía propia, y en el caso de la de Andrew... era necesario. Catherine le dio permiso, solo guardó algunos muebles ante las protestas de los padres de Andrew.

La familia de Andrew es encantadora. Siento que formo parte de ellos porque así se han esforzado en que me sienta. Catherine es mi mejor aliada. Adoro a esa anciana de todas las maneras posibles.

No he vuelto a saber nada de la bruja, sin embargo, su padre me ha prestado la ayuda que he necesitado en algunos casos en cuanto se la he pedido. Tengo entendido que quieren volver a Londres.

Natalie se ha convertido en mi mejor amiga. Ella y Paul siguen avanzando en su relación y compartimos muchos momentos juntos.

A veces siento algo de vértigo al pensar en el giro que ha dado mi vida, pero nunca antes me había sentido tan segura ni tan feliz. Solo mi padre consiguió hacerme sentir así durante muchos años, y Paige, que se ha convertido en un pilar de mi vida.

Mi padre ha pasado a una dimensión distinta. Siento que está a mi lado en todo momento y las heridas han empezado a cicatrizar. Soy capaz de pensar en él y recordarlo sin acabar inundada en un mar de lágrimas. Ahora más que nunca soy capaz de recordar cada momento vivido a su lado.

La cena se va a celebrar en la casa de los padres de Andrew, por expreso deseo de ellos, tal y como lo hicimos el año pasado, pero este año nos hemos esforzado más. Hemos preparado pavo asado, puré de patatas, salsa de arándanos y pastel de calabaza. En su amplio salón, desde el que

se pueden apreciar, a través de los grandes ventanales, la cuidada iluminación del jardín.

Andrew y yo entramos de prisa en el salón de sus padres. Nos están esperando, pero todavía hay algo de trajín en la cocina.

Media hora después, todos sentados frente a la mesa, inicio yo el turno de agradecimientos:

—Sé que os ha sorprendido que eligiera el día de hoy para acudir al cementerio, pero me ha parecido especialmente simbólico hacerlo. Allí hay alguien a quien le he dado las gracias por haber hecho posible que conociera a Andrew.

Todos los rostros sonríen. Catherine me guiña el ojo y es la primera en alzar su copa. El resto se une.

Nos saltamos el protocolo, pero no hay nada más precioso que ver a Adam levantándose con los ojos llenos de lágrimas diciendo:

—Por la familia.

Eso es lo que son todos, mi nueva familia.

Epílogo 2

Andrew

Trece meses después. Tetbury, Inglaterra.

Es el día de Navidad.

Estoy sentado frente al árbol, uno que ha sido motivo de discordia. Chloe me acusó de recargarlo demasiado, y cada vez que me daba la vuelta, ella aprovechaba para descolgar algunos de mis preciosos adornos de colores. Lo ha convertido en un esqueleto tremendamente soso, pero no pienso volver a decírselo, no pienso exponerme de nuevo a que me diga que soy un hortera empedernido. Eso duele.

Chloe está durmiendo. Está en el dormitorio de nuestra nueva casa de Tetbury, la que reformamos durante este último año. Es una casa gigante porque conseguimos comunicarla entre ellas. No fue fácil, debido a que se trataba de una construcción antigua, pero el arquitecto se las ingenió para que los jardines se convirtieran en uno solo. Echo de menos la valla...

Voy a tener que volver a llamar a Chloe, pero me da algo de pena. Está cansada después de la larga noche que hemos vivido. La de nuestra boda. Nuestra noche de bodas.

Nos casamos ayer mediante una ceremonia civil, aquí en Tetbury. La ofició el alcalde, amigo de mi padre, junto al señor Pemberton, que se ofreció. Yo me negué, todavía me acuerdo cuando me negó la dirección de Chloe en Nueva York, pero ella me convenció de que protegía su intimidad.

Fue una boda relativamente precipitada: un regalo para Catherine Herbert, mi maravillosa abuela.

En el último año, su salud nos ha dado algún susto, a pesar de que ha salido adelante. Sus insinuaciones constantes sobre el deseo de vernos casados antes de morir, no hemos podido pasarlas por alto. A pesar de que nunca nos lo ha pedido directamente, se las ha ingeniado para dejarlo caer siempre que ha encontrado la ocasión.

Le concedimos el deseo. Lo anunciamos dos semanas después de la reunión de Acción de gracias, ante el asombro de todos.

El regalo no solo consistía en permitirle vernos casados, sino también en ver su vestido de boda en el cuerpo de Chloe. Hubo que hacerle algún que otro arreglo: más ajustado, menos bordados y algún corte para eliminar la cola, que era excesiva, pero Chloe lo convirtió en una preciosa versión que hizo llorar de emoción a mi abuela, a pesar de haber protestado por la fecha que habíamos elegido.

Y también lloró de risa...

Fue justo en el momento en que comprobó que Chloe había elegido unas zapatillas *Converse* como calzado para acompañar su vestido.

Estaba preciosa.

Acudieron las mismas personas que se sentaron en la mesa de Acción de gracias, incluso Paige que en un solo mes ha venido dos veces.

Fue una ceremonia cercana y muy íntima, llena de risas, de comentarios cargados de humor y de amor... El que siento por la belleza americana de ojos azules que se acaba de despertar y se acerca lentamente a mí y a su ridículo árbol.

Le tengo preparada una sorpresa. Sobre la alfombra hay tres regalos. La caja pequeña contiene unos pendientes. El paquete pequeño es la versión más hortera que encontré en Londres de un cojín con la imagen de los rascacielos de Nueva York. Y el paquete grande, que he sudado para envolverlo, contiene el ciervo que colgaba de la pared. Mi abuela lo conservó y un buen trabajo me ha costado que me lo regalara. Me ha costado una botella de un licor dulce que se bebe a escondidas de mis padres; aunque eso es lo cree ella.

—Cariño, abre este primero, le digo besándola e interrumpiendo su bostezo. Es algo que quiero que coloquemos en nuestra casa de Oxford. Sé que te va a gustar.

—Veamos... —dice emocionada como una niña al tiempo que se sienta en el suelo—. Es algo decorativo... interpreto.

—Ábrelo ya —le apremio, no soporto la lentitud con la que abre siempre los regalos.

—Ya voy... ¿qué prisa tienes?

—Ten cuidado —le pido—. Hay algo que puede hacerte daño.

Me refiero a los cuernos del ciervo.

Cuando lo ve, me fulmina con la mirada y se echa a reír a carcajadas.

El pobre ciervo también me mira, está algo desmejorado con tanto traslado. Pobre animal.

Chloe sigue llorando de la risa y yo no necesito más para ser feliz.

Fin

Gracias por haber llegado hasta aquí. Si te ha gustado esta historia y no conoces la de David y Ashley, la encontrarás en **Cuando somos enemigos**.

Este es el listado de todas mis novelas. Las podrás adquirir en Amazon, tanto en formato digital como en papel.

Serie Error: Jodido Error.

Jodido Doctor.

Jodido Olivier.

Serie Suecia: Prohíbeme Soñarte.

Prohíbeme Despertar.

Serie condenados: Julien. Condenados a encontrarnos.

Daniel. Condenados a entendernos.

Serie enemigos: Cuando somos enemigos.

Cuando estamos prohibidos.

Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia.

Llámame Infiel.

Hasta que escuché tu voz.

Y llegaste a tiempo.

De nuevo, gracias.

Abril Laínez